John William Cooke

PERONISMO Y REVOLUCIÓN

EL PERONISMO Y EL GOLPE DE ESTADO
INFORME A LAS BASES

Biblioteca Popular

Edición original:
Granica Editor
Buenos Aires, 1971
3ra. edición junio de 1973

Esta edición:
Septiembre de 2010

John William Cooke

PERONISMO Y REVOLUCIÓN

EL PERONISMO Y EL GOLPE DE ESTADO
INFORME A LAS BASES

Biblioteca Popular

I. INTRODUCCIÓN AL GOLPISMO INSTITUCIONAL

"Reflexionemos antes lo que corresponde hacer y no imitemos a los atenienses, que primero atacan y luego discurren".

PANTAGRUEL

La prolija operación bélico-administrativa del 27-28 de junio de 1966

Todo golpe militar reivindica la calidad de lo históricamente sublime, con el doble título de haber salvado al país de la desintegración y de estar estableciendo las premisas de un destino de grandeza y bienestar. Es habitual que esa gloria auto-conferida sea su único roce con la trascendencia: los solemnes panegíricos y las odas triunfales pierden el resonar a bronce y a épica cuando, más allá de los ámbitos adictos, la Argentina multitudinaria les opone el clamor de la protesta o la opacidad de su indiferencia, adelantándose a la posteridad, que no homologará esos laureles apresurados. No es novedoso, por lo tanto, que el último golpe invoque la dimensión de acontecimiento gloriosamente impar; sí lo es, en cambio, que el pueblo no haya reaccionado con la certera rapidez de costumbre y guarde un silencio que no significa ratificación, como falsamente alega el nuevo gobierno, sino una suspensión del juicio a la espera de que otros datos le permitan vislumbrar la verdad esencial tras las formulaciones ambiguas y las confusiones que la envuelven. Para explicarse esa expectativa hay que comenzar por señalar los rasgos distintivos que impiden la referencia inmediata o superficial a experiencias previas.

Aunque los golpes exitosos suelen estar "en el ambiente", lo insólito de este caso es que sus detalles fueron de público y anticipado conocimiento, no por fallas de-pendencia sino porque se prescindió del secreto. Centenares de políticos, sindicalis-

tas, empresarios, técnicos, etc., tenían información de primera mano por haber sido comprometidos, consultados o simplemente notificados en los más altos niveles de la conspiración —que además contó con voceros periodísticos, algunos pocos menos que oficiales—, cuya contribución al golpe consistía, en gran parte, en afirmar su inexorabilidad. Es que no era una conjura minoritaria en el Ejército buscando arrastrar la inercia de los cuadros de oficiales o procurando tina correlación favorable de fuerzas frente a los defensores del gobierno, sino del arma en su conjunto respondiendo al verticalismo de los mandos, que implicaba el encuadramiento unánime en el plan para ocupar los órganos del poder político del Estado y ejecutar un programa cuyos aspectos técnicos se elaboraban como parte de las tareas específicas de Estado Mayor.

Esa mecánica peculiar también influía en la relación entre el medio civil y el castrense: a diferencia de lo ocurrido en oportunidades anteriores, el Ejército no se planteaba la posibilidad de salir para satisfacer los requerimientos de un sector de la opinión pública —más o menos vasto, pero en condiciones de gravitar en los cuarteles— sino cine el propósito de alzarse que trascendía de los círculos militares fue el que creó un frente golpista que se amplió hasta traspasar incluso las delimitaciones partidarias a medida que se fue generalizando la certeza del desenlace inminente.

El gobierno, sin imperio sobre las fuerzas en que se sus lenta materialmente el poder constitucional —que habían asumido hacia él el papel de jueces de su desempeño y ejecutores de la sentencia de desahucio— sólo pudo oponer declaraciones doctrinarias, invocar méritos y buscar voces que se le unieran en admoniciones sobre las calamidades que sobrevendrían a la quiebra del poder legal sus límites de maniobra, al no poder hacer pie en el Ejército, se fueron reduciendo al mínimo: el comunicado antigolpista del secretario, general Castro Sánchez (1/4) tuvo, en el mejor de los casos, efectos dilatorios, pero sin alterar esa suerte fatal que se prefiguraba en la fría hostilidad de los altos mandos o en la actitud bordeando el desacato de la Aeronáutica al producirse el incidente entre el ministro de Defensa y el director de la Escuela Nacional de Guerra. Pese a las declaraciones oficiales legando que estuviese amenazada la estabilidad del gobierno y los anuncios legalistas de la Marina (17/5 y 8-6) y de la Aeronáutica (15/6), el Comandante en Jefe del Ejército, al pronunciarle al Presidente de la República un sermón de cuerpo presente sobre el significado de

la libertad, dio el preanuncio de que la agenda del levantamiento entraba en los días críticos. La tramitación del memorándum (del 16/6) en respuesta a las consultas presidenciales fue seguido con formal desinterés por los cabecillas militares mientras seguían afilando las espadas; sólo alguna circunstancia imprevisible podría interponerse entre el oficialismo y el desastre. Pero ya con obtener el gobierno la UCRP había agotado su cuota de dones milagrosos.

Un confuso episodio sirvió para eliminar la solitaria discrepancia en el grupo de generales con mando efectivo y como chispa de arranque del operativo; si no ése, cualquier otro incidente hubiese cumplido esa función. Si tal vez hubo anticipación de fecha, en las medidas militares y en las providencias posteriores del 27-28 de junio hay que descartar toda improvisación. El centro de operaciones fue desarrollando un plan minucioso en que no aparecía la creación del estratega previendo las contingencias de la acción enemiga sino el cálculo glacial del burócrata, su paciencia para los detalles, su exactitud logística.

En el lapso de doce horas se reprodujo, abreviadamente, la situación de los meses previos en que fuerzas incontrastables se cernían sobre un antagonista impotente para hacer valer la autoridad ejecutiva que nominalmente ejercía. Ahora tomaba forma el enfrentamiento virtual y mientras el gobierno asistía al epílogo sin otro recurso que adoptar algunas medidas simbólicas, una maquinaria implacable fue ocupando, con parsimoniosa prolijidad, las dependencias del Estado y centros neurálgicos, como los canales de radiodifusión, desde los cuales fue irradiando los progresos sin resistencia hacia el objetivo prefijado.

El doctor Illia quedó incomunicado del público, que no pudo siquiera conocer la actitud —que por cierto no fue medrosa ni indigna— con que afrontó esa madrugada el derrumbe definitivo. Cuando el emplazamiento de los efectivos militares lo redujo a la ínfima porción territorial de su despacho en la Casa Rosada, la presencia de una dotación policial con lanzagases le impuso finalmente la necesidad de abandonar ese reducto último de su magistratura en falencia. La restauración de 1955 acababa de tragarse al último de sus hijos civiles.

El pueblo siguió todo eso con el relativo interés que merecía un cambio de gobernantes en el que no tenía nada directamente en juego. Derrotar al mustio radicalismo no era una hazaña particularmente heroica; tampoco motivo para censuras. Esa indi-

ferencia de la población explica otra particularidad del suceso: si bien nunca hubo un golpe que contase con tan amplio acuerdo en los mandos militares, paradojalmente, ninguno estuvo menos cargado de pasión contra el oficialismo depuesto. Yrigoyen y Perón significaban el ascenso de la chusma insolentada contra las jerarquías tradicionales y, caídos sus gobiernos, aglutinaban a las fuerzas sociales que continuaban amenazando a los privilegios restaurados por la violencia; por eso se les odió y persiguió, lo mismo que a sus partidarios. Mucho más el peronismo por la mayor profundidad de sus transformaciones y la potencialidad revolucionaria que le da su composición clasista. Frondizi, en cambio, fue un gobernante del régimen contra quien, no obstante, las fuerzas armadas sentían una animadversión formada de desconfianza. Los radicales del pueblo, en cambio, son insospechados en su antiperonismo, tienen una trayectoria de ininterrumpida solidaridad con el episodio de 1955 y, salvo algunas excepciones individuales, no se acusaba al gobierno de pecados demasiado graves (los ataques de la prensa enemiga presentaban al doctor Illia como objeto de irrisión pero no de imputaciones infamantes). Las grandes culpas que se le endilgaban eran de omisión: no hacer determinadas cosas y facilitar con su pasividad la acción de "los verdaderos enemigos" que eran los que obligaban al golpe.

No interesa hacer un análisis del gobierno de Illia sino destacar que se fue quedando sólo con el apoyo de las magras huestes de la UCRP, pues careció de política y en su lugar siguió varias políticas —a menudo contradictorias— que terminaban por dejarlo mal con todo el mundo. Su nacionalismo, en cuanto quiso salir de la retórica proselitista, reveló su falta de realismo y su superficialidad demagógica. La anulación de los contratos de petróleo le echó encima la furia de los representantes de los monopolios y terminó lastimosamente con la claudicación ante las compañías concesionarias; las declamaciones contra el Fondo Monetario Internacional, en una peregrinación a las fuentes que había comenzado por antagonizar; los principios yrigoyenistas en política internacional, en un satelismo a dúo con el cipayismo gorila de Brasil y en el descubrimiento del espíritu progresista del nauseabundo general vietnamés Cao Ky.

Es que, en las actuales circunstancias, *el nacionalismo sólo es posible como una política antiimperialista consecuente* —que no sólo estaba fuera del alcance de la UCRP como práctica sino también como concepción—; y si en lugar de ella se toman medidas

aisladas dentro del contexto de nuestra dependencia integral, el resultado es, que al final hay que buscar acuerdos con el imperialismo pagando altos precios económicos y políticos para compensar los desplantes iniciales. Tales contradicciones entre la formulación idealista de presuntas misiones reparadoras y la naturaleza real del radicalismo están presentes en todo momento. Por ejemplo, en el caso de las compadradas sobre la poca importancia de Perón y de sus anuncios de retorno, que luego terminó en el pavor y la apelación a la tiranía brasileña para que parasen el avión en que viajaba el ex presidente; por ejemplo, en las afirmaciones de Balbín de que al peronismo lo esperaban en las urnas para derrotarlo, seguidas de la aplastante derrota de marzo del 65 y la hechizada conclusión de que "el radicalismo no fue comprendido aun por el pueblo"; o por ejemplo en el obrerismo que lo llevó a proyectar y aprobar las reformas a la ley 11.729, apuntalando de paso la maniobra divisionista en alianza con los amarillos independientes, contra las 62 y la CGT peronista, y el veto posterior a 59 de sus 63 artículos, ante la presión empresaria quedando mal con patrones y obreros.

El radicalismo del pueblo es un conglomerado de diversos sectores y tendencias de la burguesía unidos en función de la nostalgia; su gobierno era un campo de batalla donde se enfrentaban los intereses económicos, sin que la crisis estructural de la organización capitalista argentina le permitiese satisfacer totalmente a ninguno ni integrarlos en un *modus vivendi* aceptable. Mientras el "desarrollismo" lo calificaba de liberal anacrónico, Aciel, la UIA, la Bolsa de Comercio y Alsogaray, entre otros, denunciaban el rumbo "colectivista" que se imprimía al Estado.

De tal manera, el activismo golpista y los sectores comprometidos en su radio de influencia, aunque ampliamente minoritarios, contaron con el peso adicional de un inmenso porcentaje de disconformes. Ese estado de espíritu explica la acogida que tuvo el régimen militar. Los grupos del poder económico y la alta clase media deseaban rectificaciones amplísimas que ya no parecían factibles sin un cambio de manos en la conducción estatal. En los estratos inferiores que no tenían nada que esperar de un golpe, cada grupo veía que no había solución para sus problemas (jubilaciones, remuneraciones sin reajuste, etc.) ni para aquellos que afectan cotidianamente a la comunidad en su conjunto. En última instancia, el cambio difícilmente empeoraría mucho las cosas.

De manera que al derribar a un gobierno impopular, y que no tenía salidas a los efectos de la crisis e implantar un orden *diferente* y con la *eficacia* potencial que da la suma del poder público, el gobierno del general Onganía satisfacía aspiraciones generalizadas. El deseo de cada sector de que fuesen los propios anhelos los que inspiraran a la Junta Revolucionaria inflamó muchos entusiasmos e hizo ver en el trasfondo de las declaraciones oficiales lo que se deseaba. Otros quedaron a la expectativa de las realizaciones concretas que dieran carnadura a los anuncios omnicomprensivos y nebulosos.

Ese es el estado anímico en las bases del peronismo; pero algunos, ganados por cierto contagioso optimismo que les llega de las altas esferas del Movimiento, inducidos por algunos hechos objetivos aunque inconcluyentes, por deducciones sin conexión causal entre sus proposiciones, por la locuacidad de algunos dirigentes rebosantes de argumentos, ilusorios, se consideran partícipes de la apoteosis golpista.

Repercusión en el peronismo: factores objetivos y burocráticos de confusión

En la actitud del peronismo gravitan los factores que hemos enunciado para la población en general, pero conjugados con otros que le son propios en cuanto fuerza diferenciada y que tienen su punto de apoyo en algunos datos objetivos que los comentarios y declaraciones de los grupos vinculados al golpe exageran en sus alcances y desvirtúan en cuanto a significaciones, reforzándolos además con otros hechos que sólo aparentemente son corroborativos. Los mencionaremos en una breve síntesis.

En primer término la inusitada omisión de toda referencia agraviante al peronismo en los documentos de la Junta Revolucionaria y en las palabras del general Onganía. Por el contrario, el golpe militar "ampara a todos los ciudadanos" (Acta de la Revolución Argentina, 28/6); el concurso de todo el pueblo "es indispensable para alcanzar los fines revolucionarios" (Estatuto de la Revolución); "he de gobernar para todos los argentinos sin distinción alguna, y pido la colaboración de todos sin exclusiones" (general Onganía, 30/6); "para que sea posible una solidaridad armoniosa, sin divisiones subalternas" (general Onganía, 9/7). A ello se agrega la formulación de objetivos que, en sí mismos, coinciden con los del peronismo: el deseo de "liquidar

rígidas estructuras políticas y económicas anacrónicas que aniquilan y obstruyen el esfuerzo de la comunidad", el de eliminar "la falacia de una legalidad formal y estéril", etc., y, en fin, la realización y la posibilidad de "una Revolución Nacional" (Acta).

Esos elementos de juicio aparecían confirmados por el trato que se dispensó a los sindicatos, que no condice ni con los antecedentes ni con los juicios reiteradamente expuestos por las fuerzas arruadas a través de los años. La presencia radiante de los jerarcas gremiales peronistas en los actos de torna de posesión del mando del presidente Onganía y de sus ministros, la devolución de la personería a sindicatos privados de ella por el gobierno depuesto, la atención que se prestó a los planteos de los sindicatos, la participación que se anunció tendrían en organismos económico-sociales del Estado, indicaban una conducta que ya se había ido insinuando durante los trámites conspirativos.

En cuanto a la reforma concreta más substancial, la supresión de los mecanismos constitucionales para la elección de autoridades y la disolución de los partidos políticos, ha sido motivo de interpretaciones que, en mérito a razones ideológicas y prácticas, la consideran como una conquista inscripta en los ideales y en la práctica del peronismo, habría terminado con el régimen liberal, restaurado en septiembre de 1955, con las siguientes ventajas prácticas para nosotros: a) nos pone en pie de igualdad, extendiendo a todos la proscripción de la que eran beneficiarios cuando pesaba únicamente sobre el peronismo; b) pero el peronismo queda en pie como única fuerza política que, desaparecido el aparato partidario, sigue operando a través de sus estructuras sindicales; c) la única base de masas en que puede apoyarse el gobierno militar es el peronismo; que por no ser un partido clásico que sólo se cohesiona por medio de los mecanismos electorales, y por mantener su poderío numérico mayoritario, ha quedado como única fuerza pujante después que el defenestramiento del radicalismo del pueblo terminó con los partidos no solamente desde el punto de vista de su existencia jurídica sino también con el régimen de partidos, debido al agotamiento de sus posibilidades de ejercer eficazmente el poder.

A partir de esos elementos vertebrales de la prueba y el razonamiento, la cadena argumental se amplía para crear el convencimiento de que nos hallamos ante una encrucijada muy parecida a la de 1945 que nos abre similares posibilidades: las masas

peronistas y el Ejército constituyendo un bloque frente a las agrupaciones demoliberales; una conducta de acercamiento a la clase obrera seguida por el grupo de oficiales de mayor peso; la sensación general de hastío ante los juegos de la política tradicional y un hecho de violencia que les puso fin para buscar formas integrativas de una voluntad nacional al margen de esas instituciones obsoletas; la Universidad constituida en el principal foco de resistencia al cambio —junto con voces, ya muy débiles, de corporaciones de abogados y alguna formación de la paleontología político-cultural—; y hasta la demora en el reconocimiento por parte de los Estados Unidos, que en esa analogía adquiriría un sentido muy decisivo. Hasta algunos grupos de izquierda que racionalmente no aceptan esa totalización ideal, en la práctica mantienen una actitud reticente, originada por el recuerdo de la alienación de los universitarios en 1930, 45 y 55 y recelando de un juicio que podría ser una nueva visión mistificada de la realidad nacional que nuevamente los dejase, como a sus antecesores, en el campo de los liberales y la izquierda clásica, aislados de las masas y definitivamente rezagados.

En el medio propicio creado por ese cúmulo de evidencias aparentemente homogéneas y concordantes, se desplazan los correos del zar, que gozan de la privanza de los jefes victoriosos y propalan anécdotas, confidencias y frases que no hacen más que confirmar que las almas militares están conmocionadas por un huracán de ternura hacia el peronismo y dispuestas al reencuentro definitivo. ¿Cómo no han de hacer impacto en nuestras filas esas revelaciones de que por vías misteriosas y repentinas está por concretarse el tan difundido y tantas veces frustrado anhelo golpista que en los últimos años ha constituido la hipótesis única de las direcciones del Movimiento para la toma del poder? ¿Cómo, después de los sucesivos callejones sin salida en que vienen metiendo al Movimiento sus dirigentes, no ilusionarse cuando de repente nos señalan que el reencuentro pueblo-fuerzas armadas, que venían anunciando como hecho ineludible y fatal, se ha cumplido y nos abre un atajo hacía el poder? Si casi dan ganas de aceptar sin más vueltas estos horóscopos de constelaciones felices y unirse a la tarantela de los jubilosos; es que a lo mejor la historia está hecha de esos caprichos y a veces una política reformista recibe como dádiva la revolución salvadora, o una política sin vocación real de poder encuentra sorpresivamente el poder como premio. En tal caso, las vanguardias no serían indispensables, demasiado útiles

siquiera; o mejor dicho, no habría vanguardias, desde que la conciencia revolucionaria sería un espejismo con que nos engaña una realidad enigmática donde operan leyes incomprensibles o un azar dislocado que torna posible cualquier resultado en cualquier circunstancia.

Pero negamos esas hipótesis de la impotencia y la gratuidad: en cada momento una serie de factores determina el abanico de las contingencias, y dentro de ese condicionamiento los hechos en última instancia dependen de la actuación de los hombres. La conciencia revolucionaria es un grado de lucidez con que la voluntad humana lucha en medio de una realidad complicada y ambigua. Y la vanguardia revolucionaria no es una minoría autodesignada en mérito a la admiración que a sí misma se profesa, sino el cumplimiento de una función que hay que revalidar constantemente mediante la comprensión teórica de una realidad fluyente que escapa a toda sabiduría inmóvil centelleante de verdades definitivas. Con eso estamos afirmando, en primer lugar, que ese conocimiento no es exterior a la práctica de las masas, sino la *experiencia* directa de esa lucha enriquecida por el pensamiento crítico. Y, además, que tal conocimiento sólo adquiere valor revolucionario en cuanto se "socializa" al ser incorporado por las masas a su acción[i], pues ellas son las actoras y también las destinatarias de la revolución.

Por lo tanto, dispuestos a recibir la cuota de desconfiada irritación con que en estos casos son acogidos los voceros de la sobriedad, debemos enfrentar las corrientes del delirio desatadas por el cambio de gobierno y convocar a nuevas tareas y sacrificios que esperan al Movimiento en esta dura y tal vez prolongada etapa, cuyos inicios se han prestado a que muchos compañeros confundiesen un reajuste del régimen con el amanecer del día de la cita con nuestro destino de comunidad libre.

No pretendemos que estos análisis —que además encuentran muy adversas condiciones para la difusión— basten para cambiar un estado de ánimo expectante que obedece al complejo de causas mencionadas y sólo se diluirá a través de frustraciones vividas como experiencia. Pero se acelerará ese proceso y la reubicación masiva del Movimiento a medida que en su seno se vayan discriminando los agentes del confusionismo que hace mucho venimos denunciando y ahora multiplicaron sus efectos narcotizantes por lo excepcional de la coyuntura.

Los contactos entre dirigentes burocráticos del peronismo y jefes militares eran

cosa corriente desde hace tiempo y responden a la interinfluencia de dos fenómenos. *Uno de ellos es parte del deterioro del régimen burgués argentino,* que acarrea el debilitamiento de las formas tradicionales de unificación de los intereses dominantes y exigió que los militares, dispuestos a desalojar un poder civil inocuo, buscasen algún tipo de compromiso que neutralizase en lo posible la oposición de las masas. *El otro deriva de fallas internas de nuestro Movimiento.* Si bien la inestabilidad del régimen y la potencialidad del peronismo son los dos aspectos de un mismo proceso, en las estructuras directivas del movimiento popular, por falta de una teoría revolucionaria y la consiguiente política de poder, se ha acentuado de más en más la burocratización, la "institucionalización" de una capa de dirigentes políticos y gremiales, que no enfrenta al régimen globalmente sino que es *dentro de él* que concibe su estrategia (golpismo, frentes electorales, candidaturas "potables"), y por consiguiente también es allí donde busca apoyos. Tanto para esa "coparticipación" en el poder cuanto para respaldo en la lucha interna, las FF.AA. son un factor decisivo de la política nacional hacia el cual se tienden los puentes del acercamiento.

El resultado de esa postura dual es que *el régimen integra a los burócratas* en formas diversas que van desde someterlos al "terrorismo ideológico" y tenerlos cada cinco minutos aclarando que no son comunistas hasta inspirarles pautas de conducta para ser reconocidos como personas serias, responsables y sin el pensamiento alborotado por apocalipsis revolucionarias. Ese deslizamiento continuado hacia la derecha otorga impunidad a elementos ultrarreaccionarios que consiguen alguna receptividad —y, en todo caso, la pasividad general— para planteos fascistizantes que reaparecen amparándose en una pretendida filiación peronista y que, como las vacas sagradas de la india, no sirven para nada salvo para estorbar pero que nadie se atreve a liquidar por temor a ser anatemizado desde el engranaje de cazabrujas del régimen.

Como el término "burócrata" está incorporado al léxico peronista pero con muy imprecisas connotaciones, y será utilizado a menudo en este informe, algunas breves puntualizaciones se vuelven necesarias. No designamos con eso a la persona que ocupa un cargo político o sindical, ni sostenemos tesis puritanas en contra de que se utilicen las ventajas que confieren algunos de esos status (licencia gremial, fueros parlamentarios, aparato sindical, etc.). Ni el hacerlo en forma deshonesta es lo que hace merecer el justificativo; el deshonesto es un burócrata, pero el burócrata no es

necesariamente deshonesto ni cobarde (aunque ese ramillete de condiciones se suele dar con frecuencia en el burócrata).

Lo burocrático es un estilo en el ejercicio de las funciones o de la influencia. Presupone, por lo pronto, operar con los mismos valores que el adversario, es decir, con una visión reformista, superficial, antitética de la revolucionaria. Pero no es exclusivamente una determinante ideológica, puesto que hay burócratas con buen nivel de capacidad teórica, pero que la disocian de su práctica, y en todo caso les sirve para justificar con razonamientos de "izquierda" el oportunismo con que actúan. La burocracia es centrista, cultiva un "realismo" que pasa por ser el colmo de lo pragmático y rechaza toda insinuación de someterlo al juicio teórico que los maestritos de la derecha les hacen creer que es "ideología" y que ésta significa algo que no tiene nada que ver con el mundo práctico. Entonces su actividad está depurada de ese sentido de creación propio de la política revolucionaria, de esa proyección hacia el futuro que se busca en cada táctica, en cada hecho, en cada episodio, para que no se agote en sí mismo.

El burócrata quiere que caiga el régimen, pero también quiere durar; espera que la transición se cumpla sin que él abandone el cargo o posición. Se ve como el representante o, a veces, como el benefactor de la masa, pero no *como parte* de ella; su política es una sucesión de tácticas que él considera que sumadas aritméticamente y extendidas en lo temporal configuran una estrategia.

En realidad, está integrando una serie de relaciones superestructurales de las cuales se propone o cree valerse pero que lo tienen aprisionado; es sensible al terrorismo de las acusaciones de trotskista o comunista, cultiva las banalidades sociológicas que le inculcan bajo disfraz "progresista" en los cursos de la CGT o similares, y cree que es el único que sabe sumar tanques y soldados por lo que declara fantasía y aventurerismo todo planteo que desafíe la correlación abrumadora de fuerzas en contra de los intereses populares.

Afirma que el peronismo no debe ser "clasista", porque confunde la *composición* policlasista del Movimiento con su *ideología,* considerando que existen ideologías "policlasistas" o "neutras". No puede entender que, en un frente de lucha, con el policlasismo estamos todos de acuerdo, pero que la ideología sólo puede ser o la revolucionaria del proletariado o la burguesa.

También cree que estar en contra de una sociedad dividida en clases es plantearse utopías en que todo quedará socializado en veinticuatro horas por decretos fulminantes. Esa visión, metodología y práctica burguesas, facilitan la proliferación de los peores elementos que en los remansos de la lucha aparecen para mangonear figuración y candidaturas ellos mismos un poco sorprendidos de la desmemoria general para con sus claudicaciones pasadas. Las flores de fango por un lado y los varones prudentes por el otro, creen que más allá del módico repertorio de métodos y tácticas que ellos manejan sólo quedan el infantilismo los golpes de mano y la desorbitación aventurera; entonces se reivindican como realistas, administradores avaros de cualquier margen de legalidad, de cualquier complacencia que los dueños del rayo de la violencia nos concedan.

Este "estilo", esta calidad especial, corresponde a nuestra contradicción intrínseca de movimiento revolucionario por nuestra composición y nuestra lucha antiimperialista y antipatronal —que objetivamente hace de nosotros el término de un antagonismo irreconciliable con el régimen— mientras que organizativamente y como estructura estamos muy por debajo de esos requerimientos. No creemos que sea un resultado de la mala suerte; responde a causas generales y del peronismo como agente histórico con una especialidad determinada; pero tampoco es un determinismo que nos condene a no superar nuestras propias carencias. Eso no puede ser tema del presente trabajo; simplemente queríamos señalar que el espíritu burocrático que todos los activistas reconocerán inmediatamente, en esta oportunidad ha alcanzado sus más bajos niveles éticos y la máxima nocividad, porque sobre el silencio impuesto por el golpe sólo han hablado los portadores del confusionismo, los predicadores de la mansedumbre, los ideólogos de la alienación totalitaria y clerical. Analizaremos el conjunto de tesis que han sido moneda corriente desde el 28 de junio, para ordenar unas cosas que todos sabemos.

Esta es una gran crisis, y en tales oportunidades los cuadros revolucionarios asumen prácticamente la dirección del esfuerzo colectivo. A los que ya lo han hecho en oportunidades anteriores y a los cuadros que ahora surgirán para cubrir esa vacancia, dirigimos especialmente este informe, que puede servir para una comprensión más rápida de los conflictos reales que se desarrollan por debajo de las exaltadas generalidades y las conciliaciones trémulas y precarias.

Para demostrar la falsedad de esas visiones alucinadas no nos valdremos del tipo de argumento en que ellas se originan ni de datos que nos lleguen por conductos inexpugnables, ni de intenciones y sentimientos que pretendamos leer en el corazón y en el cerebro de los nuevos gobernantes. No somos conocedores profundos del "espíritu de nuestras fuerzas armadas", que tiene ya demasiados intérpretes, comenzando por sus propios integrantes. Tampoco hemos descifrado qué secretos se esconden detrás del laconismo del nuevo presidente, ni estamos habilitados para dictaminar si es la modalidad expresiva de un espíritu hondamente reflexivo o la medida de su riqueza en pensamientos. El psicologismo es apenas un grado superior a la adivinación como método de análisis político-social, a la par con el método analógico, y para tener una idea de lo que eso significa hasta con saber que son los tres únicos métodos que conocen nuestros políticos tradicionales, incluidos los burócratas peronistas. Para juzgar a los actores no recurriremos a otros elementos que los que ellos nos suministran con sus actos públicos; para el examen de las cuestiones nacionales y del Movimiento, nos atendremos a hechos registrados por la experiencia colectiva y a datos objetivos y verificables.

II. ¿EL DERROCAMIENTO DEL GOBIERNO RADICAL FUE LA LIQUIDACIÓN DEL RÉGIMEN?

"*Mañana ocuparemos los edificios de los sindicatos. Habrá poca resistencia*".

GOEBBELS: *Diario*

Las justificaciones del alzamiento según sus ejecutores y sus teóricos

Por primera vez, un alzamiento triunfante no declara haber respondido a la necesidad de tutelar la Constitución desvirtuada ni se fija como objetivo único restablecer su normal funcionamiento. El actual gobierno no juró ante la Suprema Corte porque no reclama ser reconocido como poder "de facto" justificado transitoriamente por la crisis institucional, sino que su título emana de una legalidad que cancela la preexistente; a la inversa, es la Suprema Corte la que ha jurado acatamiento a la nueva juridicidad.

Las FF.AA. a través de los tres Comandantes en Jefe, asumieron el poder constituyente y en ejercicio del mismo han fijado los "Fines Revolucionarios" y dictado el "Estatuto de la Revolución Argentina" como leyes supremas de la Nación, siguiéndole en orden de jerarquía la Constitución en cuanto no se oponga a esas normas; han destituido a las autoridades ejecutivas nacionales y provinciales, disuelto los poderes legislativos, removido a los integrantes de la Corte, disuelto los partidos y prohibido toda actividad política; han designado al general Onganía para desempeñar la Presidencia y le han conferido las facultades que la Constitución otorga al Congreso. Sin entrar en academicismos en torno a la interpretación exacta que debe darse al término "revolución", lo tomaremos en su acepción más lata y aceptaremos que es perfectamente aplicable a un cambio tan radical en las instituciones políticas. Pero esos cambios, pese a todo, son *instrumentales* para cumplir fines que, en lo esencial, consisten en la "transformación nacional para conservar nuestra fisonomía de socie-

dad civilizada y libre y los valores esenciales de nuestro estilo de vida", mediante la transformación y modernización del país y el esfuerzo conjunto de los argentinos. Ahora bien, *como enunciados generales,* muchos de los objetivos de la "Revolución Argentina" y de sus juicios sobre el estado de cosas pueden ser suscriptos por el peronismo.

El gran sector de burocracia que se sumó con sus banderas desplegadas a la columna del nuevo orden alega que hay identidad programática y de concepción. Ya veremos que hay que leer los documentos y declaraciones consumidos de fiebre oficialista para encontrar esa perfecta afinidad que descubren los ángeles y querubes que revolotean en torno a los guerreros invictos. Reduciéndonos ahora a las similitudes que son indudables para los lectores de cabeza fría ¿en qué medida con las mismas palabras se ha querido significar las mismas cosas? Los puntos de vista pueden ser coincidentes o tal vez *conciliables,* desde que las anticipaciones ideales de una revolución nunca son iguales ni aún dentro de un grupo político homogéneo y además la práctica modifica esos modelos mentales. También puede ocurrir que la semejanza resulta de lo abstracto de la terminología, pero que esta corresponda a presupuestos ideológicos incompatibles. Dicho de otra manera: "una Argentina reencontrada con su destino de grandeza" es una aspiración de todos, pero de acuerdo con la visión que se tenga de esa Argentina corresponderán los métodos de acción, las raíces que se atribuyan a los males presentes, los objetivos parciales. Para resolver si realmente hay afinidad entre el régimen militar y nuestro movimiento de masas, hay que plantearse una serie de cuestiones complementarias, que pueden compendiarse en las siguientes:

a) ¿El nuevo orden político forma parte también del programa revolucionario del peronismo, o por lo menos, es un paso adelante en ese sentido? ¿Coincide con nuestras miras, desde que termina con los mecanismos políticos liberales basados en el juego de los partidos tradicionales? Sea como fuere ¿significa una ventaja para nuestra actividad política?

b) ¿Cuáles son las características de los cambios estructurales en lo económico social que están inscriptas en las hipótesis del nuevo régimen? ¿Son iguales, similares o antagónicas con las que nosotros propugnamos?

c) ¿Cuál es la respuesta a las preguntas del punto b) en lo referente a la política interna e internacional del Estado?

d) De acuerdo con lo anterior, ¿el programa del gobierno es factible, existe correspondencia entre los objetivos fijados y los métodos a que se propone recurrir para lograrlos?

e) Estamos ante una perspectiva de reconstrucción del frente de 1945, ¿o las condiciones difieren por completo? ¿Existe un principio de unidad en el marco de las circunstancias creadas, entre el peronismo y las FF. AA.? De no ser así, ¿existe como posibilidad?

f) ¿Qué replanteos estratégicos corresponden de acuerdo con la apreciación de conjunto que resulta de las respuestas a los puntos anteriores? ¿Y cuál es la táctica y cuáles las tareas del peronismo revolucionario en la fase actual?

En ese cuestionario está contenido el resumen de los temas a considerar en una caracterización del régimen militar y de sus repercusiones en la línea política del peronismo. Aunque sin atenernos a ese orden, iremos dando respuesta a los interrogantes. Conviene comenzar por las razones que dan las FF.AA. para sindicar al anterior régimen político como causa de los males que se proponen corregir en todos los órdenes de la vida nacional. Y aunque hay un repertorio común de fallas graves que atribuyen los diversos sectores golpistas al gobierno destituido como este punto es la clave del nuevo panorama político veamos las causales que expresan los autores del hecho militar, ateniéndonos estrictamente a la palabra oficial.

Comencemos por el sistema democrático-representativo tal como se daba en la práctica: "Sin embargo, la falta de una política que incorporara al quehacer nacional a todos los sectores representativos se tradujo en un electoralismo que estableció *la opción* como sistema. Este recurso vulneró la libertad de elección, sustituyendo en los hechos una práctica que estaba en abierta contradicción con la misma libertad que se proclama"; "...una política que acomoda a su arbitrio el albedrío de los ciudadanos…"; "En este ámbito descompuesto, viciado, además, de electoralismo…"

(Acta); “Normas desprovistas de vigencia efectiva”; “Todos estamos convencidos que no podíamos seguir viviendo en medio de la ficción y el desprestigio, 1a autenticidad será, pues, característica de mi gobierno” (general Onganía, al asumir la Presidencia). “Vulnerado el principio de la representación, elemento esencial de la democracia, la voluntad popular fue condenada a la impotencia…”; la identificación entre las tres armas “ha hecho posible la legítima interpretación de las aspiraciones de la ciudadanía” (general Onganía a las FF.AA., 6/7).

Para apreciar el sentido de esos cargos hay que tener en cuenta que pueden responder a diferentes enfoques: 1) el que niega que la democracia liberal-burguesa asegure la libertad real del hombre, porque es una superestructura del modo de producción capitalista, basado en la explotación del trabajo ajeno; 2) el que considera que esos mecanismos son inadecuados para integrar a los distintos componentes de la comunidad global, que es un conjunto de organizaciones de diversa índole (dentro de esta categoría la gama de tendencias es muy amplia: feudales, funcionalistas, corporativistas, etc., etc.); 3) el que denuncia el falseamiento de la representación popular mediante el fraude o la violencia; responde a situaciones de hecho y es compatible con alguno de los anteriores. ¿Cuál es el punto de enfoque de los jefes militares?

Podemos descartar al primero por ser una crítica revolucionaria que apunta a las relaciones clasistas, es decir, una de las herejías que las FF.AA. se asignan la misión de extirpar. El enjuiciamiento participa de las dos restantes, porque divide las culpas entre el gobierno radical y las estructuras, desde que desalojó a aquél y suprimió éstas, aunque sin discriminar las culpas concretas. Las elecciones presididas por Illia en marzo de 1965 fueron correctas, lo mismo que las de Jujuy, Catamarca y Mendoza. El caso del senador por Catamarca fue un fraude legislativo que no levantó muchas protestas y por sí mismo no bastaría para fundar los cargos a tres años de gestión del Poder Ejecutivo; además, no es tenido en cuenta.

Los cargos son conocidos desde hace tiempo porque han sido explicados como *leit motiv* de las campañas de revistas, partidos opositores, golpistas, grupos conservadores, etc. El de “electoralismo” podemos pasarlo por alto porque es demasiado vago, subjetivo y puede achacarse a todo gobernante de un país democrático; en todo caso, hace a la calificación general de la obra del gobierno y no a lo político-electoral. Lo que se le imputa, en una palabra, es haber actuado buscando mantener las contiendas

electorales como una "opción" entre la UCRP y el peronismo. Esta "polarización" motiva la protesta de los restantes partidos del régimen porque les hace perder un porcentaje apreciable de votos que prefieren canalizarse hacia el radicalismo del pueblo que es el que tiene posibilidades de vencer al peronismo. Los "libertadores" de 1955 sancionaron la "representación proporcional" y volvieron al régimen indirecto de elección de presidente y senadores nacionales para poder sumar las representaciones legislativas y los electores del presidente contra el peronismo, que además, como mayoría de la ley Sáenz Peña se aseguraba las dos terceras partes de los electores en los grandes distritos. Además, satisfacía los reclamos de los pequeños partidos que le habían sido fieles (demo progresistas socialistas democráticos, etc.).

No obstante, las grandes elecciones serían siempre confrontaciones bilaterales, como ha ocurrido desde 1945 al crearse la Unión Democrática. La única variable era si había elección más o menos libre o proscripción y opción forzosa como en 1958 y 1963. Los frondizistas, mientras no se produjese un vuelco inesperado de la situación, no podían suplantar a la UCRP como fuerza principal del frente reaccionario contra el peronismo, y empleaban varias tácticas a veces simultáneamente, según lugar y momento; seguían siempre fomentando el "frente nacional y popular" para usufructuar los votos peronistas; intentaban quebrar la "bipolaridad" formando una "tercera fuerza" de los partidos sobrantes, con las fauces abiertas para digerir votos antiperonistas o peronistas según viniesen las cosas; y, delicadamente morales como siempre, alentaban el golpe, única manera de no seguir excluidos de los duelos principales por el poder. Otros partidos buscaban gobiernos y frentes de coalición democráticos que les permitiesen tomar participación a nivel de candidaturas y de decisiones, ya que de hecho siempre se recreaba la Unión Democrática cuando el peronismo iba a elecciones. En el propio radicalismo del pueblo había quienes patrocinaban esa táctica, que ya les dio resultado en el contubernio mendocino. Los publicistas, comentaristas políticos, propagandistas del golpe y profetas de utopías anodinas también le daban vueltas y vueltas al tema y, sociólogos como se han hecho todos, abrazaban la tesis de que la Argentina se frustraba en la *"falsa opción"*. El comentarista Mariano Grondona, que es el más coherente en la exposición de los hechos y conoce bien su Ortega y Gasset —el filósofo común a todos ellos—, suele tener algunas disparadas hacia el irracionalismo más selvático y en una de ellas lanzó la tesis retrospectivamente y

sostuvo que unitarios contra federales, abajeños contra arribeños, urquicistas contra mitristas, la causa yrigoyenista contra el régimen conservador eran expresiones de una tendencia constante de nuestra historia a malgastar las energías nacionales en enfrentamientos duales que nos distraen de las tareas constructivas. Inspirado por su musa loca, Grondona se puso a la altura de los predicadores laicos que todas las semanas escriben el mismo editorial o artículo diciendo que nos estamos destruyendo por odios y terquedades sin importancia, que deberíamos ser una gran potencia si no fuese por esta idiosincrasia nativa que nos impulsa a batallar en dos frentes estériles que desde hace veinte años son los del peronismo y el antiperonismo; es decir, que el país está malogrado porque nos peleamos de estúpidamente pendencieros que somos y que no hay salvación mientras no corrijamos ese vicio del carácter.

En fin, dejando esos análisis "en profundidad", no hay duda que los militares compartían esa preocupación general del régimen por la *opción* y no solamente acusaron a los radicales del pueblo de fomentarla sino que la borraron, ya no "pateando el tablero" como han hecho otras veces, sino prendiéndole fuego a la casa donde se jugaba la partida. Pero, antes de que nos olvidemos, existe un pequeño detalle previo: el fraude al peronismo mediante la proscripción y otros expedientes, que son un "vicio" de la idiosincrasia —no de los argentinos— sino de la oligarquía y restantes clases dirigentes. Porque si Illia hacía "electoralismo" para "falsear la voluntad" de la ciudadanía, era porque se encontraba en una situación que constituye una de las invariantes de nuestra política de once años a esta parte. Pero no es que nos tengan presentes cuando hablan del "principio de la representatividad vulnerado, elemento esencial de la democracia", de "normas desprovistas de vigencia efectiva", de "práctica que estaba en contradicción con la misma libertad que proclamaba". Nada de eso. El amor no da para tanto. Hacerle fraude al peronismo, violentar su albedrío, despojarlo de uno de los contenidos de su voluntad, nada de eso es ficción, falseamiento, delito, desprestigio: eso es una necesidad que las crueles circunstancias imponen a "la parte sana de la población", como dicen el almirante Varela, el general Osiris Villegas y el cardenal Caggiano.

Es que, ya lo hemos dicho, "ellos" son el país; nosotros somos lo que sobra, el residuo, la chusma marginal, no sana. Y he aquí que Illia, que al fin y al cabo no presidió sino elecciones libres, es el tramposo, delincuente, violador de la virginidad

electoral del sistema político argentino. Y las FF.AA. que ordenaron y respaldaron y establecieron la exclusión de la turba marginal, son el instrumento de la justicia y la legalidad descargado sobre la melancolía balbinista.

Esto es así —además de porque el que monopoliza las armas en seguida tiene la suerte de que todos descubran que es de esencia sublime— por dos razones fundamentales. La primera hace que la proscripción, los estatutos electorales y de partidos políticos, los manejos de personería, la Corte Electoral seleccionada con exquisita sutileza para que esté siempre integrada por la aristocracia de la crápula judicial clasista, los atropellos al derecho y al sentido común, el veto a candidatos elegidos, la anulación de elecciones cuando gana el peronismo, toda esa fantasía delictiva no sólo pasa desapercibida para los politiqueros del régimen sino también para las espadas reparadoras que ahora han decretado la expulsión de los politiqueros porque son compañía poco honorable. Sencillamente, esa razón es que los autores directos o "intelectuales" de todo eso son las propias FF.AA. Pero se sabe que la espada de nuestros militares es como la lanza de Aquiles, que cura las heridas que hace.

Y la segunda razón del silencio que se guarda en torno a esta verdad peligrosa es que si a las FF.AA. las angustiase la "autenticidad de la representación", hubiesen empleado la fuerza para evitar que se la burlara durante diez años; menos que eso: hubiese bastado que *no* la empleasen para imponer el fraude. Los usufructuarios principales de la proscripción y otras modalidades fraudulentas han sido, sucesivamente, varios partidos del *régimen* y todos ellos en conjunto. Pero la violencia que apañaba y decretaba el fraude era siempre la misma: los guardianes actuales de la representatividad genuina. Ni siquiera estaban en la situación de las FF.AA. durante la década infame, en que una vez que ejecutaron la restauración oligárquica por mano de Uriburu, les bastó después con hacerse los distraídos en sus "funciones específicas". En cambio, desde 1955 fueron ellas las que montaron el fraude, vigilaron para que no se dejase de hacerlo y cuando por un error de cálculo de pronto hubo una elección honesta en marzo de 1962, pronto restablecieron la "normalidad" haciéndola anular y echando al descuidado oficialismo frondizista. Proscripción y decreto 4161 desde 1955, elección con proscripción en 1957, elección de 1958 limitada a la opción Balbín o Frondizi, elección en 1962 con "garantía" de que ganaba el gobierno y convulsión cuando las cifras dijeron otra cosa.

Se dirá, tal vez, que en ese lapso han cambiado los comandos varias veces y el actual no debe ser acusado de las culpas de sus predecesores; desde ya aceptamos el argumento, pues siempre nos hemos negado a ver a las FF.AA. como una categoría filosófica, siempre igual a sí misma, con atributos que jamás varían; pero a la vez advertimos que así es como se ven ellas y como las ven los devotos del culto militar, con la diferencia de que jamás cargan con los delitos pretéritos y, en cambio, acumulan cuanto mérito cosechó algún militar, desde las invasiones inglesas en adelante.

De cualquier manera, como nosotros no sumarnos ni las virtudes ni los pecados en una cuenta común e intemporal, a cada uno lo consideramos responsable de sus actos y de sus palabras. Al fin y al cabo, el general Osiris Villegas que es el teórico local en guerra contrarrevolucionaria anticomunista en su tratado sobre la materia, al hablar de la "Misión de las FF. AA." reitera la tesis de la identificación de las FF.AA. con la Patria, y explica, no con excesiva lógica, el mecanismo de esa comunión, que hizo nacer "un nuevo estilo de vida de proyecciones trascendentes, asentado en *tres principios inmutables:* el sistema representativo, republicano y federal de gobierno; etc.". Y en seguida explica que los muertos en las luchas patrióticas no murieron en vano, porque "sobre sus tumbas gloriosas creció la nacionalidad y se desarrolló la estructura jurídica de la democracia argentina, rubricada por los constituyentes de 1853. Libertad, paz interior, defensa común y defensa de la Patria pueden sintetizarse en la *defensa de la Constitución. . .*" (Subrayado del general Villegas, *Guerra Revolucionaria comunista,* segunda edición, Pleamar, 1963).

Pese a todo, esa política constante de veto al peronismo no fue interrumpida cuando los jefes de la actual "Revolución Argentina" estaban al frente del Estado durante el interinato de Guido. Fue el propio general Villegas, entonces ministro del Interior, el que vetó el frente encabezado por Solano Lima. Desde nuestro punto de vista (porque las relaciones del general Villegas y sus camaradas con la Patria están fuera de nuestra capacidad de comprensión, así que nos cuidaremos mucho de imputarle perjurio), no dejamos de tener presente que no han procedido con el odio y la crueldad de los psicópatas del gorilismo colorado, pero no han sido menos firmes que ellos en la determinación de atajar el paso al peronismo.

Las maldiciones a la "segunda tiranía" y el propósito de impedir el retorno de nuestro jefe al país o de su Movimiento al poder han sido ratificados con palabras

y con actos cuantas veces lo creyeron oportuno o necesario. Pero los hombres y los grupos cambian, así que tampoco nos cerramos a la posibilidad y a la esperanza de una rectificación que reconciliase a los jefes militares con las masas, y sobre todo con sus conciencias, restableciendo no solamente el imperio de la ley que han jurado sino también el trípode espiritual y político-institucional en que asentaban su unidad con la Patria. Lamentablemente, *los acontecimientos que vivimos actualmente, lejos de constituir una rectificación, son confirmatorios de esa línea de conducta invariable y sin vacilaciones frente al peronismo.*

Los enigmas de la lógica castrense

Todo el país estaba al tanto —y el tema se trataba sin ningún disimulo cuando se barajaban posibi1idades en los comentarios políticos de la prensa— que el elemento que tornaba precaria la estabilidad del gobierno de Illia era su necesidad de encontrar la “solución electoral”, que consistía en realizar los comicios de marzo de 1967 evitando al mismo tiempo que triunfasen los peronistas, o sea, que la “legalidad” estaba condicionada a la garantía de que no tuviese los efectos obvios de todo proceso normal.

La proscripción lisa y llana no daba la salida porque desmentía burdamente esa legalidad cuya defensa invocaba el gobierno como argumento para su propia permanencia. Los proyectos que se fueron estudiando para lograr el fin buscado por vías menos trilladas —reforma de la Constitución Nacional o de la de Buenos Aires— resultaron impracticables. Las esperanzas puestas en la división del peronismo se desmoronaron con la elección de Mendoza. Todos los expedientes que quedaban eran insatisfactorios, carecían de ese mínimo de corrección formal que el espíritu de los burgueses liberales reclama para quedar satisfecho: reglamentaciones al estatuto de los partidos políticos, trabas administrativas diversas, o aprovechamiento de la predisposición de la Cámara Electoral, que días antes del golpe anuló la personería del Partido Justicialista.

Las FF.AA. no estaban dispuestas a que se repitiese lo ocurrido en 1962 y a verse obligadas a intervenir *después* de realizadas las elecciones con resultados adver-

sos. Si el gobierne no daba satisfactoria respuesta a la incógnita que presentaban las elecciones, las FF.AA. pensaban tomar cartas en el asunto pero con la anticipación suficiente como para guardar las formas y no aparecer dando el *putsch* como recurso de última hora contra el triunfo peronista. Al Poder Ejecutivo el problema se le presentaba como poco menos que insoluble, pues ningún expediente parecía apto para conciliar dos condiciones que se excluían mutuamente: confrontación democrática auténtica y derrota peronista.

Y lo que fue dando al golpe una mayor probabilidad a medida que pasaba el tiempo, hasta convertirse en epílogo inevitable de las tensiones, fue la imposibilidad del gobierno para despejar la "incertidumbre" sobre el proceso electoral que carcomía a los cuerpos armados, y que constituía una de las tres grandes preocupaciones del Ejército especificadas en el memorándum del 16/6 que elevaron los jefes al secretario del arma respondiendo a un requerimiento del Poder Ejecutivo.

Es muy propio de un régimen que, como el argentino, entra en estado de crisis integral y permanente y sobrevive merced a la violación de sus presupuestos teóricos, la multiplicación de las contradicciones y el sesgo imprevisible que toman los episodios que ellas originan. Las vertiginosas secuencias de estos eventos suelen engendrar episodios que entran en las zonas nebulosas del absurdo. Uno de estos casos de política surrealista fue, por ejemplo, el de marzo de 1962, en que las FF.AA. imponen a Frondizi la anulación de los comicios y luego utilizan esa anulación como causal para destituirlo. Un admirable caso de justicia poética. Otro, de esa misma secuencia, es la entronización de Guido como presidente de la República justificada por presentarse el supuesto que contempla la Constitución y la ley de acefalía de que el titular se halla inhabilitado para ejercer el cargo... y resulta que esa "inhabilitación" consiste en que Frondizi está preso de los mismos que entraron a gobernar poniendo a Guido como pelele "institucionalizado"; y Guido, como titular de la primera magistratura, pasó a tenerlo "inhabilitado" en Martín García mientras ocupaba la vacancia forzosa.

De esa dimensión de extravagancias despampanantes participa este pronunciamiento militar para redimir la *ilegitimidad* de las representaciones ciudadanas, configurando ese dolo en hechos que no violan las normas jurídicas pero que en cualquier caso son secuela de la defraudación integral en que las mismas FF.AA. han convertido el

proceso democrático. *Defraudación que está impresa en la intencionalidad que llevó al golpe "preventivo" contra marzo de 1967.* La circunstancia de que el jugador a quien se le caen de la manga las cartas tramposas sea también el que tiene todas las armas explica que, como ocurre en tales casos, nadie demuestre haber visto lo ocurrido y todos no hagan más que repetir que jamás han visto un jugador tan caballeresco y correcto.

Cuando dieron el Comunicado 150 hubo muchos crédulos que creyeron que por fin íbamos a dejar de ser muertos políticos para resucitar a la plena vida de los derechos cívicos. Incluso varios desmelenados tribunos del "giro a la izquierda" se volvieron centristas de la noche a la mañana y en vez de predecir el avance de las multitudes sobre las posesiones del parasitismo privilegiado, comenzaron a visitarlo a Matera y a conducirse como gente razonable[1]. Cincuenta comunicados más tarde to-

1 Con su reconocida capacidad para penetrar en lo profundo de nuestra realidad nacional, el Partido Comunista Argentino declaró a la caída de Perón que el sector encabezado por el almirante Rojas era el más democrático y progresista de las FF.AA. En 1962, dando una nueva prueba de sagacidad alentaba al grupo "nasserista" — también llamado "azul"—, "que refleja el malestar existente en las filas de las FF.AA. por la política reaccionaria de sus altos mandos y comprende que ahora ningún golpe de Estado puede tener éxito sin el apoyo de parte considerable del pueblo". Más aún, vio en él la clave para constituir la "amplia coalición democrática" que desde hace treinta años viene proponiendo el comunismo como ins-trumento de salvación nacional, pase lo que pase. En vista del enfrentamiento entre los "nasseristas" y los gorilas ultrarreaccionarios, los dirigentes comunistas adelantaron su astuta estrategia: "contribuiremos primero a la derrota de las camarillas reaccionarias, lo que debilitaría y derrotaría al enemigo principal, segundo, apoyaremos a les llamadas fuerzas nasserianas y otras similares a conquistar y consolidarse en el poder a condición de que se forme un gobierno demócrata y nacional" (Informe de V. Codovilla, 21-22/7/6).

Ignoramos silos comunistas contribuyeron al triunfo de los nasseristas en setiembre de ese año, pero éstos manifestaron su espíritu "unitario" con un diluvio de decretos represivos del peronismo, del comunismo, actividades contra la Seguridad del Estado, etc., que han consagrado al guidismo como caso récord en la materia, compensando su infecundidad en los demás aspectos de la acción gubernativa. El más nasserista de las násseres, el general Villegas, culminó gloriosamente esa performance cuando a pocos días de la fecha en que asumiría el gobierno "constitucional" de Illia dictó el decreto

dos se convencieron de que ni siquiera en un frente castrado de su rebeldía y vitalidad revolucionaria el peronismo era admitido al festival cívico preparado por los mismos que hoy son los fiscales de la República y han abandonado los cuarteles porque les resulta intolerable que "la voluntad popular sea condenada a la impotencia".

Sin embargo, esa legalidad era la que impusieron al país las propias fuerzas armadas, a través de los mismos líderes de hoy. La consagración de la UCRP, con su menguado veintitrés por ciento del electorado del país, con sus ensoñaciones pasatistas, su mesianismo patético, sus milongas tristes y sus tribunos de metáforas embarulladas, es obra directa y exclusiva de sus actuales reemplazantes. Ese gobierno fue el producto de aquella "autenticidad" que implantaron, y que ahora cambian por otra "autenticidad" último modelo. Aquella elección, con maniobras y vetos que al final consiguieron el milagro de que un radical del pueblo resultara presidente, fue una campaña militar llevada contra el pueblo; y los beneficiarios de esas irregularidades, los gobernantes que cayeron el 27-28 de junio, hasta el momento habían presidido una legalidad mucho más "auténtica" que la de sus padres de ayer, transformados hoy en sus ejecutores.

Varios meses después de las "elecciones" que las FF.AA. habían ofrecido el 7 de julio de 1963 a sus compatriotas, el entonces Comandante en Jefe, general Onganía, seguía reivindicando esa obra maestra del civismo, como cuando dijo en Bahía Blanca, el 19/1/1964, que "la legalidad imperante es la que se había prometido en el Comunicado 150".

Y aunque estamos acostumbrados al trato familiar que las FF.AA. tienen con la Patria, con la cual comparten hazañas, héroes y valores, nos parece un poco exagerado que en su discurso del 9 de julio último el presidente, general Onganía, haya declarado que la "Revolución Argentina" es un suceso que tiene el mismo espíritu y voluntad que el acto independentista de hace 150 años, porque se hace un poco duro

---

estableciendo el régimen de censura cinematográfica que aún soportamos. En esta última vuelta de torniquete colaboraron varios astros de la presente constelación como Astigueta, Gelly y Obes, etc., que lograron que también nuestro derecho a decidir cuales películas podemos ver, como otros asuntos culturales, se transfiere a seis o siete mamarrachos tan cerradamente ignorantes como ellos mismos.

aceptar que tenga tanta trascendencia el desalojo de Illia, cuando apenas tres años atrás, el 9 de julio de 1963, el general Osiris Villegas, hablando como ministro del Interior, establecía una conexión espiritual entre el acto de 1816 y la elección que dos días antes se había realizado, organizada y presidida por la FF.AA. elección en la que, casualmente, fue elegido Illia.

Si ninguna duda tenemos en cuanto a las carencias del gobierno depuesto, también es justicia (y contribución a que no se enreden demasiado los hechos) reconocer que pudo haber agravado algunos males o haber dejado de aliviar otros, pero no los creó, sino que venían de arrastre de los gobiernos de Lonardi, Aramburu, Frondizi y Guido. Todos ellos se complementaron para deteriorar los niveles de vida de las capas humildes, desatar el proceso inflacionario y darle el carácter acumuladamente vicioso que tiene, gravarnos con una colosal deuda externa, desvalijar las cajas de previsión, meternos en el redil del FMI, etc. Y no vemos con qué autoridad los que crearon esos problemas y los agudizaron exigían ahora de los radicales del pueblo soluciones que ellos no habían sido capaces de dar en condiciones bastante menos desastrosas. No defendemos al gobierno de Illia: fue patronal y proimperialista como los otros; antiperonista como ellos. Sólo gobiernos con esas calidades pueden existir en el régimen. Somos los que más agravios tenemos contra él, porque está en la dinámica del proceso político-social que se gobierne *contra* nosotros; pero por lo menos hay que equipararlo con los otros. Algo más diremos sobre esto en otra parte, pero ahora hacemos constar que *ese gobierno no fue el régimen sino uno de sus componentes,* e Illia uno de los cinco presidentes del régimen y en muchos conceptos muy superiores a otros anteriores.

Otro punto a poner en claro: la *"polarización"* no era una treta comiteril de la UCRP sino el producto de la vida cívica implantada desde 1955. En 1958 Balbín polarizó el "continuismo" y Frondizi las voluntades contrarias a la "Revolución Libertadora"; Frondizi, no bien traicionó su programa y fue el adalid del privilegio nacional y foráneo polarizó a su vez el electorado antiperonista mientras decaía el potencial numérico de la UCRP y crecía su retórica nacionalista y populista. Es que la Unión Democrática no fue un hecho circunstancial, sino una característica de la realidad electoral argentina desde que apareció el peronismo netamente diferenciado de los antiguos partidos: en 1946, 1952, 1958, 1962, 1965, hubo frente antiperonista,

formalmente estructurado o de hecho, para atajar la horda que amenazaba la ciudadela de la democracia para exquisitos.

Parte de esa distorsión de los fenómenos y los móviles y motivaciones de los participantes en el golpe es el estribillo sobre el *"vacío de poder"*, que venían machacando los teóricos civiles y recogió el documento fundamental del nuevo orden. Al comentar la política del gobierno radical del pueblo dice: "...y renunció a la autoridad de tal suerte que las Fuerzas Armadas, más que substituir un poder vienen a ocupar un vacío de tal autoridad y conducción antes de que decaiga para siempre la dignidad argentina". (Acta).

Los gobiernos civiles, en medio de la crisis, están condenados a actuar en el desorden de los conflictos que estallan en todos los niveles de actividad social, frente a los cuales no tienen la posibilidad de hacer pesar la autoridad. Independientemente del coeficiente de exactitud que tenga la afirmación con respecto a la falta de autoridad, de ejecutividad, de ritmo del gobierno de Illia, juegan en esa convicción la propensión al autoritarismo de los militares, que trasladan idealmente las posibilidades, métodos y condiciones que reinan en el recinto perfectamente hermético de la institución militar. Los militares argentinos que se revelaron como grandes gobernantes —nos estamos refiriendo a su capacidad personal y no haciendo un juicio de valor sobre su obra— actuaban de manera totalmente diferente de la que es propia de las actividades castrenses. Roca, Justo, Perón eran dúctiles, flexibles, persuasivos. En cambio, los que han pensado en trasladar a lo civil los métodos militares sólo han conseguido aplicar mayor represión, emplear la fuerza injusta y desproporcionadamente sin conseguir con eso evitar que los problemas se les escapasen de control. Uriburu y Aramburu bastan como ejemplo. Al caso de Illia, compáreselo con el de Frondizi, que no tuvo un mandato más plácido pese a que gobernó con permanente estado de sitio, Conintes, etcétera.

Si se quiere aludir con esa afirmación del Acta a la poca efectividad del gobierno derrocado frente a los apremiantes problemas del país, repetimos que es la crisis del régimen la que los inhibe, a ese o a cualquier otro gobierno, para dar soluciones, puesto que éstas *presuponen cambiar las estructuras pero no sólo les estructuras políticas* sino el conjunto de estructuras que constituyen en un sistema de relaciones propio de un determinado ordenamiento, económico-social y político.

Si lo que se pretende decir es que dicho gobierno era particularmente inepto y mantenía una desconcertante pasividad ante males susceptibles de ser remediados o atenuados, *no se comprende entonces por qué se cambió el régimen político y no simplemente esos mandatarios.* Pero además, en esos juicios no se hace más que revelar nuevamente el falseamiento del sistema representativo por la acción de la FF.AA., que se atribuyen el arbitraje sobre la calidad de las autoridades elegidas —elegidas en un proceso al que nosotros negamos legitimidad pero que las FF.AA. organizaron como modelo de democracia y no pueden negarlo en ese aspecto. No ha sido ese el primer gobierno objeto de una oposición virulenta y acusado de conducir al país a una catástrofe segura. Ocurre eso mismo en países donde la democracia funciona normalmente y la renovación periódica de los poderes permite reemplazar el elenco gobernante si la opinión mayoritaria le es adversa.

¿Hubo en la Argentina una oposición más violenta, más total, que negara todo mérito y desconociera su legalidad, la honradez, la aptitud y las intenciones del gobierno que la que combatió a Perón? Y sin embargo no pasaba de un treinta por ciento de los votantes el respaldo a esa manera de pensar, y los que dirigían esa campaña sin tregua eran los mismos que la opinión pública sindicaba como culpable de haber liquidado el patrimonio material y moral de la Nación con anterioridad al advenimiento del peronismo.

Pero ya sabemos que aquel gobierno era eficaz y popular y el que acaba de caer no lo era. Lo cual no mejora la posición moral de las FF.AA. ¿De dónde surge su aptitud y su derecho para quebrar la legalidad que ellas habían impuesto? Y si la legalidad está viciada, ¿por qué no restablecerla?

En el Acta de la Revolución y en los discursos de los protagonistas del hecho militar, se insiste en que, pese a lo que ocurría, las FF.AA., “no sólo no entorpecieron la acción del gobierno sino por el contrario buscaron todas las formas posibles de colaboración, por la sugerencia, la opinión seria y desinteresada, el asesoramiento profesional, todo ello como intento sincero de mantener la vigencia de las instituciones y evitar nuevos males a nuestro sufrido pueblo argentino”.

La imagen que se buscaba implantar en el pensamiento de la gente, de un gobierno al borde del abismo y las FF.AA., tratando de salvarlo de su propia locura y de salvar por sobre todo al país, hasta que al final, viendo que no había ninguna es-

peranza de rectificaciones, no les quedó sino proceder quirúrgicamente es una construcción de la propaganda y además, una de las expresiones del modo de pensar, de la imagen de sí mismos y de los otros nucleamientos que tienen nuestras corporaciones militares. Las relaciones gobierno radical-fuerzas armadas-régimen militar no son únicamente temas de interés político general sino que nos atañen muy directamente. Porque del examen de las razones para el golpe que dan sus autores va resultando que, valiéndose de hechos ciertos referentes a lo inadecuado que resultaba el partido radical para encarar las dificultades de la Argentina contemporánea, *las FF.AA., han creado un sistema de justificaciones y una teoría de su toma del poder.* La política de ese régimen nuevo tiene que estar centrada en una concepción y una estrategia con respecto al peronismo, por ser éste el factor que altera los esquemas habituales para dirimir los conflictos socioeconómicos y de poder, de manera que si nuestra proscripción no constituye el delito que da lugar a la condena del sistema electoral, y si nuestra presencia en la consulta electoral de marzo próximo constituye, por el contrario, el fundamento principal y no mencionado del curso de acción adoptado por las FF.AA, entonces se puede comprender más claramente cuáles son nuestras reales relaciones con ellas, y sus posibles derivaciones futuras.

La "ilegalidad", la "inautenticidad", la "autenticidad", el juicio sobre la "opción", no son, evidentemente, nociones idénticas en los militares y en nosotros, su esencia, los hechos objetivos que se definen con alguno de esos términos, los motivos para considerarlos dañosos, las maneras de superar las situaciones perjudiciales que nos crean, son más disímiles a medida que pasamos de los textos, donde parecen revestir un carácter absoluto, a dilucidar los contenidos diversos con que los carga cada uno de los agentes sociales, según sea la posición que ocupa dentro del complejo de relaciones que entrelazan la vida colectiva.

La afirmación sobre la prescindencia mantenida por las FF.AA., salvo para orientar al gobierno con buenos consejos y llamados de atención sobre peligros que éste descuidaba *es absolutamente falsa.*

1º) No es verdad que las FF. AA., intervinieron en última instancia, ante una situación anárquica. Ellas eran el factor principal de esa anarquía, pues no solamente constituían una amenaza permanente para el gobierno, sino que toda la política estaba condicionada por esa circunstancia. Los partidos y grupos opositores predicaban

el golpe y actuaban en una forma que trataba de aumentar las apariencias caóticas de la situación nacional porque sabían, como todo el mundo, que se podía jugar a esa carta con muchas probabilidades de acertar. Las agrupaciones que giran en torno a los engranajes de la propaganda norteamericana y que son especialistas en "anti-comunismo" y antiperonismo, integradas por elementos que reprochan al golpe de 1955 el no haber realizado una "depuración" en forma, todo ese mundo de delatores, enemigos de las masas populares a las que consideran juguetes del totalitarismo, promotores de escándalos en torno a la supuesta acción de agentes rojos, resabios del fascismo —algunos argentinos, otros pertenecientes a grupos que se exilaron de países centroeuropeos al fin de la guerra— y ultraconservadores, en una palabra, todas esas fuerzas minoritarias que viven a la sombra de los servicios de informaciones locales y de la CIA o las que participan de las aspiraciones a ver implantada una tiranía militar que proceda a sangre y fuego, cuando vieron que ese objetivo era muy factible multiplicaron su algarabía para „hacer clima". Las FF.AA. recogían multiplicado por una minoría que amplificaba su voz a través de la prensa "seria" lo que ellas mismas sembraban.

Desde el punto de vista de las soluciones que el pueblo necesita, lo mismo quedarían irresueltas con presión militar o sin ella sobre el gobierno civil, pero la verdad es que ese hostigamiento existía y cada vez más convertía al golpe en una cosa inevitable: no podía haber soluciones, y por lo tanto la justificación para poner fin al poder civil era uno de los datos que éste no podía modificar hiciera lo que hiciera. 2º) Nadie se llama a engaño con respecto al sentido de esa "colaboración" de los hombres de armas. En todo caso, el argumento vendría a ser así: derrocaron al presidente porque no les hizo caso; para que lo dejasen gobernar debía actuar en la forma que le indicasen. ¡Bravo! Esa es la "sincera" y "desinteresada" colaboración. Claro que ésa, como las restantes afirmaciones del documento de la Junta Revolucionaria, parten del mismo dogma: el de que las FF.AA. tiene razón, son *la razón.* Si hubiesen sido respetuosas de la misma legalidad que ellas impusieron, debieron haber asesorado, aconsejado y atenerse a lo que el P. E. resolviese. Para eso la Constitución ha establece que los centros de decisión, y los principios que dicen sostener las FF.AA., se basan en que no sean suplantados por otros. Se presume que la opinión pública está representada por los mandatarios del P. E., por los delegados al poder parlamentario y por otras

formas institucionalizadas de coparticipación en el gobierno, y que cuenta, además de esos vehículos de expresión, con la prensa, la libertad de opinión y de reunión, la de peticionar, etc., etc. (Que eso estaba desvirtuado por el fraude es un argumento, repetirnos, que podemos hacer nosotros; pero no las FF.AA., ni quienes no habían cuestionado la legitimidad constitucional del poder).

3º) De las discrepancias que existían con la acción del gobierno radical, la popular no tenía cómo expresarse. Nadie pensó, en el régimen, que valía la pena que se expresase. Pero las restantes, las que son parte del régimen, gozaban de todas las garantías y medios para hacerse conocer. Si el gobierno les prestó atención, aparte de que no le aconsejaban nada que fuese más beneficioso para el país que lo que ya se estaba haciendo, no hizo más que acogerse a la ley. Lo que ocurre es que una cosa son las opiniones, a favor o en contra del gobierno, y otra cosa las opiniones respaldadas con cañones, tanques, soldados, aviones, submarinos y portaaviones. No es la mayor dosis de verdad o de razón lo que confirió peso al asesoramiento militar, sino sus armas, que por cierto no se les han dado —y pagado— para que hagan valer sus opiniones políticas. 4º) Ni siquiera pueden alegar —lo que sería moralmente argumentable aunque constitucionalmente la calificación no variaría— que encontronazos con el gobierno se produjeron por defender posiciones populares y de interés para la Nación. Ya hemos definido negativamente al presidente depuesto pero los puntos de irritación con el Ejército no demuestran que éste fuese el que sostuvo las mejores posiciones: las FF.AA. querían mandar tropas de ocupación para ayudar a Estados Unidos en el crimen contra el pueblo de la República Dominicana, Illia no; querían darle impulso a la Fuerza Interamericana de Paz para que existiese un guardián armado permanente que custodiara los intereses norteamericanos y de las oligarquías continentales, Illia no tenía igual entusiasmo; las FF. AA. querían medidas en Tucumán contra la "acción roja", Illia no las tomó; en el problema limítrofe con Chile, las FFAA. querían proceder violentamente, Illia no. Esto es suficiente y no necesitamos seguir la enumeración con asuntos menores. En todas las controversias conocidas, aún dentro de una política que estaba subordinada a los designios imperialistas, la actuación del presidente si hubiese respondido al asesoramiento de las FF.AA., hubiese sido infinitamente peor y aún más grande el bochorno nacional.

El régimen: de salud bien, gracias

No pudiendo alegar el único justificativo de una toma violenta del poder que sería moral, política y patrióticamente válido —la instauración de un poder popular para terminar con la injusticia y el imperialismo—, las FF.AA. nos ofrecen una serie de motivos que, examinados uno a uno, no tienen congruencia con la verdadera situación del régimen ni con el papel de los militares en él, antes y después del golpe. Lo desordenado, impotente y angustioso de la situación no es imputable al gobierno radical sino al régimen en sí, como pronto lo comprobarán las propias FF.AA., cuando quieran "solucionar" las cosas. El "vacío del poder", la "falta de autoridad" no es un defecto personal del ex presidente ni de su elenco: es una falla de todos los gobiernos que no son expresión de la voluntad popular, y que no están, por lo tanto, capacitados para aglutinarla tras un gran programa de reconstrucción del país.

Ese vicio afecta también al actual régimen militar, que puede crear su propia legalidad, y tanto más fácilmente si la antigua legalidad tampoco tenía existencia práctica más que como un formulismo intrínsecamente nulo, pero no puede subsanar el verdadero "vacío" que tiene el poder derrocado y el poder recién nacido. Creer que esa carencia se cubrirá con la autoridad armada, que el desorden que Illia no podía dominar será ahora dominado porque se cuenta con el poder total y la capacidad de utilizar la violencia a su servicio, es una lógica confusión de los conceptos; lo que el gobierno actual suprimirá es la protesta, las expresiones lícitas contra los perjuicios que se sufren como consecuencia de la crisis del sistema. *No suprimirá esa crisis ni evitará que exista el sentimiento de protesta.*

Desde la interioridad del régimen, el golpe no tenía fundamento lícito; lo deseaban intereses políticos y económicos que esperaban salir beneficiados con un cambio, pero *no* por el libre juego de las renovaciones electorales, porque menos todavía querían un avance peronista hacia el poder. Pero aunque cada uno quería el golpe por motivos bien concretos y directos, esos motivos no eran compatibles con las causas que podían ser invocadas públicamente. La supuesta superioridad técnica de una dictadura militar era una simple presunción y tampoco admisible si no se querían abandonar totalmente los pudores "democráticos". Al desorden habitual del país, agravado por la actitud antigubernamental del ejército y el escándalo del coro golpis-

ta, se agregaba el elemento infaltable y que, además, daba al operativo militar un carácter dramáticamente urgente como alternativa al caos que estaba por arrastrarnos hacia la hecatombe definitiva: el peligro comunista, castro-comunista, marxista. El radicalismo del pueblo, que no había dejado de utilizarlo, fue víctima de los slogans que sirven para cohonestar cualquier atropello, sostener cualquier usurpación, castigar todas las rebeldías.

El régimen está unificado en la campaña de divulgación de las creaciones de la propaganda y la histeria del centro imperial, incorporadas además como doctrinas políticas y estratégicas. Ya se sabe que es imposible refutar esas patrañas: el que niega que estamos infiltrados por fuerzas diabólicas que fomentan los desastres, difunden toda la pornografía y estimulan toda clase de plagas, es porque forman parte de esa legión que acecha el momento para apoderarse del país, destruir la bandera, matar las vacas, y proclamar el amor libre. Es inútil alegar que lo que existe es la conciencia, cada vez más extendida, de que el orden burgués, además de ser injusto, está agotado y sólo otra forma de organización social nos sacará del estancamiento, del satelismo y la convivencia según la ley del más fuerte. Cualquier lugar donde se proteste contra esta sociedad malvada y estúpida es señalado como un foco de la "conspiración mundial" para dominar al mundo. Esas maquinaciones del místico enemigo sirvieron para justificar el asalto al poder como medida de salvación nacional.

Lamentamos no creer ni admitir que una persona sensata pueda creer en esa conjura que anda por todas partes atisbando nuestro descuido para darnos el golpe mortal. Y aunque el régimen burgués y proimperialista de la Argentina es algo que deseamos que desaparezca cuanto antes, lamentablemente por ahora no corre ningún peligro, ni lo corría con el gobierno anterior.

Si creyésemos esa leyenda, pensaríamos que donde sin duda alguna hay penetración castro-comunista es en los mandos del Ejército. Y eso, por razones muy concretas. En la obra del general Osiris Villegas que hemos citado —y que es una exposición de doctrinas oficialmente establecidas— se explica que las FF.AA., por ser la garantía del orden, son uno de los objetivos principales del comunismo, que busca destruirlas, principalmente por medio de maniobras *para hacerlas* intervenir *en la vida política,* así se desgastan, se relaja la disciplina, etc. "La fase final de este proceso tiende a completar la desintegración moral y orgánica de las FF.AA., mediante:

…La politización de algunos de sus mandos superiores; el fomento de la irrespetuosidad a la jerarquía y a los mandos, la desobediencia, deserción, etc.; la incitación a la rebelión, a la chirinada, al cuartelazo, etc., generador del desorden y precursor del caos político, económico y social, que abren al comunismo la posibilidad, a bajo costo, de la conquista del poder” (ob. cit., p. 183).

Se argüirá que ante la realidad del peligro comunista, fomentado por el gobierno depuesto, está excusado ese deber de respetar la jerarquía del presidente de la República como comandante supremo de las fuerzas armadas No nos convence el argumento porque la excepción es demasiado gruesa, si se admite esa hay que admitir cualquier otra, y el principio se desvirtúa, ¿Y cómo sabernos que no se trata de una maquinación comunista? Además, esa es una opinión nuestra, que somos sospechosos pero la ponemos bajo la más alta autoridad en la materia. El mismo general Osiris Villegas, al fijar los principios integrales, y haya o no enfrentamiento armado, [dice que] *“las acciones político-psicológicas dirigidas a la población, deben tender a:* […] Hacer resaltar las ventajas que se obtienen en un régimen democrático *prescindiendo de las personas que integran el gobierno, de su capacidad o moralidad.* Conquistar y mantener la confianza en las autoridades legales, demostrando la protección que se brinda contra la acción intimidatoria del comunismo” (ídem, p. 168). Preguntamos: ¿y contra la acción intimidatoria de los generales occidentales y cristianos no hay protección?

Véase el peligro a que se expone un honesto anticomunista que hubiera ajustado a las directivas que han elaborado nuestros militares y sus colegas de la Junta Interamericana, hubiese sucumbido a manos de los mismos anticomunistas que le enseñaron que esa era la manera de oponerse al comunismo.

Pero más extraordinario aún es el caso de nuestra Marina y su participación en el golpe. El 11/7, cuando el presidente Onganía pasó revista a la Flota, el almirante Benigno Varela, uno de los tres integrantes de la Junta Revolucionaria pronunció un discurso explicando las razones que tuvo el arma naval para sumarse a la “Revolución Argentina”, y mencionó el efecto decisivo y aleccionador que tuvieron unas palabras que en otro momento de aguda crisis nacional pronunció “la más elevada jerarquía eclesiástica en la Argentina”, y que transcribe *in extenso,* aluden al derecho a resistir a la autoridad civil en ciertas situaciones-límite, mencionando los supuestos de

imposibilidad de obtener "una cierta justicia indispensable para defender los derechos esenciales de la persona", una *autoridad usurpadora,* conciencia en el pueblo de que debe atacarse a la autoridad. Luego el almirante describe la situación del país al 27/6: *"una autoridad prácticamente inexistente", „un orden destruido", "una evidente infiltración ideológica* que amenazaba esa nuestra cristiana esencia".

¿Puede alguien afirmar que imperaban esas condiciones? Qué no existía justicia, libertad de prensa y de opinión, falta de libertad personal y política, podemos sostenerlo nosotros, que estamos contra el régimen y que sufrimos arbitrariedades, pero no las fuerzas sociales que tiene en cuenta el almirante. Entre las hipótesis que plantea el hombre de la Iglesia y la situación argentina a fines de junio no hay la más remota similitud.

Esto es tanto más extraño si se recuerda que el día de la Armada (17/5), *el mismo almirante Varela fijó en un discurso muy importante la posición legalista del arma,* y que el 8/6 el *Consejo de Almirantes* hizo conocer el apoyo de la Marina al orden constituido. Pero he aquí que ahora el almirante Varela, en el discurso que estamos comentando, menciona aquel del 17/5 como antecedente de su posterior participación en el golpe, decidida *por el Almirantazgo en pleno.* Y aunque cita los párrafos que según dice, demuestran esa concordancia, no podemos encontrar aquí tampoco la relación, la coherencia interna de la conducta naval de entonces a ahora; al contrario, previendo apreciaciones discrepantes que pudieran presentarse en el seno de la "población sana", el documento del 17/5 concluía: "Habrá siempre puntos fundamentales de coincidencias; aquellas que en definitiva quedaron estereotipadas en la Constitución política del Estado como las más altas aspiraciones nacionales y como elementos consustantivos de la comunidad que aseguran la verdadera libertad, la orgánica autoridad, el orden constructivo, la cristiana esencia de la argentinidad".

Tratando de ser absolutamente objetivos, ese discurso del 17/5, que todos los comentarios estuvieron de acuerdo en considerar legalista", lo sigue siendo después de leer lo trascripto por el almirante Varela para demostrar que no es antitético con el posterior alzamiento. ¿Acaso el gobierno de Illia violó la Constitución o fue *la* Marina la que transgredió esos "principios fundamentales de coincidencia"? ¿Qué cambios hubo en el país desde el 17/5 al 27/6? ¿Es que en ese lapso los jueces fueron sustituidos por "puntos" del comité radical? ¿El doctor Illia se transformó de golpe

en usurpador, pese a no haber habido ningún cambio en su status constitucional? ¿Y la "infiltración", también en ese mes se convirtió en un peligro inminente para el orden? ¿Qué hizo que de pronto nos encontrásemos "al borde del abismo"? ¿Cuál era el "orden destruido" antes de que lo destruyeran las FF.AA.?

Nosotros formulamos las anteriores preguntas tornando el lapso 17/5 al 27/6 pero en realidad hay que circunscribirlo a los veinte días transcurridos entre el 86, fecha en que el Consejo de Almirantes ratifica su posición legalista, y el 2/7 de ese mes, en que se unen al *putsch*. Los hombres del pueblo no vimos que en esa veintena nos precipitásemos en un abismo, salvo el del propio golpe. Pero no nos atrevemos a negar que hayan existido tremendos procesos que escapen a nuestra capacidad de aprehensión, y que habrán sido los que determinaron que nuestros combatientes del mar, sin variar de posición, pasasen del legalismo al golpismo. Pero no se detuvieron allí, se volcaron también a la "Revolución Argentina" que arrasa los principios constitucionales *que eran el bien supremo hasta el día anterior*. Extrañísimo. Por no explicar esos enigmas permiten que se aprovechen los deslenguados que dicen que la Marina se oponía al golpe y que entró contra su voluntad ante el hecho consumado de que el Ejército se alzaba.

Las clases dirigentes tienen su propia lógica, y mientras la Marina formula explicaciones que al habitante común le resultan incomprensibles, el cardenal primado monseñor Caggiano cumple esa misma evolución, pero no en el curso de veinte días sino en cuestión de unas pocas horas que transcurren desde su llamado a la pacificación, al desconocimiento de ese llamado por las FF.AA., y su inmediata incorporación al nuevo gobierno en medio de espantosas denuncias del peligro comunista. Y para terminar de embarullarnos el embajador Álvaro Alsogaray explica que las primeras designaciones y medidas concretas económico-sociales se demoraron porque habían "calculado" producir el hecho insurreccional para un par de meses más tarde, cuando estuviesen terminados los planes. ¿Tienen más visión los integrantes del Ejército que los de otras organizaciones que recién advierten a última hora el horrendo abismo hacia el que marchábamos? Como la Marina cambió súbitamente, debería suponerse que esa situación cobró gravedad en veinte días o un par de meses a lo sumo; pero entonces, ¿cómo es posible que el Ejército estuviese trazando planes que no respondían a ninguna debacle repentina sino a una decisión "estratégica" de

tomar el poder, de la cual lo único que tuvo que alterar fue posiblemente la fecha, adelantándola por circunstancias puramente políticas?

Al plantear estos interrogantes no perseguimos otro fin evitar la confusión entre los intereses y aspiraciones del pueblo y los que inspiran a los protagonistas del golpe. La coincidencia en considerar que el gobierno radical era perjudicial no es suficiente para que se pretenda que compartíamos los fundamentos de ese juicio y la alternativa que le oponíamos. Acabamos de explicar que la lógica de ellos está fuera de nuestro alcance mental. Para el Ejército y sus teóricos, la disyuntiva a resolver era: gobierno anacrónico, ineficiente, pasivo. etc., etc., o golpe militar y política de desarrollo, prestancia internacional, libre empresa, etc. Pero nosotros nunca planteamos las cosas de esa manera, *porque negábamos al régimen,* no *al gobierno radical del pueblo,* y tampoco creíamos en los "desarrollismos" que propugnaban sus diversos sectores, incluido el oficialismo que también tenía su plan de desarrollo, de modo que la disyuntiva era: o gobierno del régimen, patronal y oligárquico por naturaleza, o gobierno popular revolucionario de liberación nacional.

Las FF.AA., sin embargo, declaran haber cumplido los designios del pueblo y ser las ejecutoras de su voluntad, interpretando la falta de oposición al golpe —que sólo indica que el pueblo estaba contra el gobierno de Illia— como una delegación de soberanía de las masas en el nuevo gobierno. Esto es otro equívoco como el de la "autenticidad" y la "desvirtuación del régimen democrático", pero que ya "llega a la burla. Si más del setenta por ciento del electorado que no es radical del pueblo y no quería el gobierno de Illia, si la inmensa mayoría que "no pudo llevar candidato en esa elección de julio de 1963 y no votó por Illia no fue tenida en cuenta ni se consideró que eso invalidaba el proceso electoral dirigido por estos mismos militares, ¿cómo ahora se utiliza el argumento cuantitativo para justificar la ruptura de esa misma legalidad que ellos declararon impoluta? Si les interesa lo que opina y desea el pueblo, ¿por qué no llaman a que exprese su voluntad mediante el sufragio? Eso, nunca: lo privan arbitrariamente de su derecho a decidir democráticamente, pero luego, simulando que les interesa lo que piensa, se declaran "intérpretes" de sus opiniones y anhelos.

Al aludir al "vacío de poder", las FF.AA., y sus acólitos —peronistas o no— parten de la premisa de que ellas son una entidad *exterior* al poder político que se introducen ahora en él con el fin de cubrir una vacancia peligrosa para los intereses de

la Nación. Pero las FF.AA., por todo cuanto hemos recordado, no han actuado en una esfera específica y separada del poder político: *son parte de ese poder político.* Aún cuando transitoriamente las magistraturas políticas han estado a cargo de civiles, las FF.AA., no han dejado de intervenir, de hacer planteos, de presionar y, en definitiva, de resolver, sustituyéndose al gobierno formal o sustituyéndolo cuando este se convirtió en un inconveniente para la política que ellas determinaban. *Las FF.AA., no han sido, desde 1955, un "órgano" del Estado sino un "poder" del Estado.*

Ellas son el poder, en última instancia, desde que bajo la ficción de que los cargos eran ejercidos por mandato del pueblo, su origen era la fuerza, que limitó las opciones ofrecidas a los votantes y aseguró el gobierno de las minorías, respaldó luego la investidura de los así elegidos y los reemplazó cuando perdieron la confianza de los mandos.

Decir que "cayó el régimen", identificando al régimen con uno de sus componentes —el partido radical— es algo que puede ocurrírsele al espectador ingenuo pero que es inexcusable en los burócratas, aún moviéndose en las napas superficiales de la realidad en que ellos lo hacen. Vero limitándonos exclusivamente a esa visión periférica: *la superestructura política no consiste* en *el conglomerado de los partidos sino en esos partidos apuntalados por las fuerzas armadas, que son el partido vertebral del régimen porque poseen la máxima capacidad de violencia en una época en que toda la confrontación de intereses es pura acción directa.*

Aunque los períodos en que esa violencia se ejerce como dictadura militar directa, o con la tenue pantalla de Guido, se alternan con otros de "legalidad", es la institución militar la que fija las condiciones de esa legalidad, así como las líneas directrices de la política nacional e internacional que debe seguir el Estado. Los dos gobiernos electos "democráticamente" bajo el imperio y con las reglas fijadas por las FF.AA., fueron luego derrocados por ellas mismas. Y eso no ocurrió porque el choque se produjese aisladamente en la cópula del Estado, sino porque allí culminaba un deterioro cuyo factor principal es la chusma descamisada, que además de los pecados que han sido señalados en los anatemas civiles y castrenses desde hace once años, tiene la insolencia de ser mayoría.

Las FF. AA., al regimentar la opción electoral, instauran una mistificación "democrática" cuyo ritual después se ve perturbado por el peronismo, eliminado el día

del comicio pero presente como elemento decisivo de la vida nacional: la "inautenticidad" originaria sigue viciando la semilegalidad, que carece de los recursos autocorrectivos y de recambio en que se basa la teoría constitucional del gobierno representativo, y cuando la fase crítica llega a un determinado grado de intensidad, el golpe vuelve a ser la única salida visible.

Esta vez, las FF.AA. resolvieron terminar, de paso, con el sistema electoral, pero no como depuración realizada por una fuerza extrínseca sino como medida interna adoptada por el elemento clave de su funcionamiento distorsionado. La supresión de todo vestigio de régimen electoral alegra a la extrema derecha, como es comprensible en una minoría que sólo tiene gravitación y acceso al poder como ayudante de una dictadura militar. Pero el movimiento popular y mayoritario no tiene por qué compartir *a priori* esa satisfacción. La mentalidad liberal, incluida cierta izquierda, se conduele ante la liquidación del "régimen democrático", y aunque nosotros no participamos de esa congoja porque sabernos cuán "democrático" era el gobierno de Illia y el régimen en su conjunto, concluir que porque estuviésemos excluidos nos conviene que se suprima es una lógica insostenible, ya que el eje político del régimen es el poder militar, no los partidos. Salvo que los burócratas se planteasen la acción insurreccional y una ilegalidad sin tapujos sea condición aceleradora de esos planes; pero nada más lejos del pensamiento de nuestros "dirigentes"; ellos aplauden el hecho nuevo en sí mismo. Por supuesto que pudiera ocurrir —ha ocurrido antes— que en la entraña del régimen se desate un proceso que termine en una evolución progresista de las relaciones sociales, políticas y económicas. Eso es lo que tendrían que demostrarnos, y no lo han hecho, los que celebran la muerte de algo que sigue vivo mientras los liberales lloran la muerte de algo que nunca existió.

III. LAS CONCEPCIONES ECONÓMICO-SOCIALES DEL NUEVO OFICIALISMO

"Y porque buscamos el poder para esa clase mayoritaria es que debemos prevenimos contra el posible "espíritu revolucionario" de la burguesía".

PERÓN

Las alegres comadres antiliberales

En una situación crítica, con un panorama que repentinamente ha sufrido un cambio total, se hacen sentir con máxima gravedad los males que hace tiempo venimos denunciando en las direcciones del Movimiento, y que tienen una raíz común: *la falta de una política revolucionaria,* entendida como unidad de teoría, metodología organizativa y de lucha. No repetiremos aquí esas críticas y requisitorias, aunque si señalaremos las repercusiones concretas de ese estado de cosas en la presente coyuntura. Calificar los cambios producidos como "la caída del régimen", es —como hemos comentado— un ejemplo en que la trivialidad de la tesis no impide que sea aceptada acríticamente en medios donde estos equívocos encuentran el gran vacío ideológico creado por la burocracia. Algunos de sus expositores sin embargo, han dado a esta caracterización un contenido más explícito.

En efecto, altos dirigentes gremiales y políticos han emitido un dictamen que, recogido en algunos círculos activistas, provocó el entusiasmo consiguiente: el liberalismo, que imperó durante cien años de explotación oligárquica e imperialista, que durante nuestro gobierno creíamos haber enterrado definitivamente junto con otras antiguallas dañinas pero que vimos reaparecer en 1955 lleno de vigor para restaurarse como filosofía oficial, por fin ha sucumbido arrollado por los tanques del general Pistarini, ametrallado por las escuadrillas del brigadier Álvarez, bombardeado por la flota del almirante Varela.

Estas interpretaciones atraviesan las líneas de la escisión peronista, la que a nivel burocrático era formal y fruto del oportunismo, sin que las respectivas actitudes reflejasen contraste en la apreciación de la realidad y del papel que en ella jugaba el Movimiento. Los que buscaban en los militares el respaldo que compensase la pérdida de la confianza de Perón, no podían haber encontrado mejor salida que ésta, que valoriza sus posiciones en las estructuras gremiales y suprime el ámbito de lo político, donde su defección los exponía al repudio de las masas. Pero no fueron ellos los únicos en elogiar al orden militar implantado.

Las "62 de Pie" —donde hay dirigentes con buena cabeza pero a los que parece que nunca dejan participar en la redacción de los documentos— vibraron en un comunicado eufórico: "En el país cayó un sistema, un régimen, y murió el comité, el frenetismo politiquero y comienza la transformación nacional". Más explicito aún, el órgano de prensa dirigido por el secretario general de esa agrupación dedica sus páginas a ejercicios de la apologética al nuevo orden, sin dejar de preocuparse por aquellos que carecen de su capacidad de penetración: "Sin embargo, quienes han comprendido la magnitud del cambio que acaba de ocurrir, consideran que no todos son igualmente conscientes del mismo. El gobierno de la Revolución significó para muchos la defenestración de un régimen, pero no intuyen la iniciación de otro totalmente distinto; veamos por qué". Y, para ilustración de los indoctos, explica que en el estatuto revolucionario dictado por los Comandantes en Jefe "quedaron establecidos los puntos básicos de la nueva estructura económica y social. En uno de sus postulados se establece la disolución de todos los partidos políticos, Aquí se concreta el fin de la política liberal". *(De Pie,* 5/7).

El resto del artículo no agrega nada a esta simple explicación: glosa los objetivos que ya están fijados en el Estatuto, dándolos por asegurados como consecuencia de la disolución de los partidos, pero sin ilustrarnos por qué ello ha de ocurrir, cuál es la relación entre una cosa y otra, cómo es la nueva estructura social y política a que se refiere y en qué consiste la felicidad y grandeza que nos vaticina. Pero ahora nos preocupan no los ensueños "revolucionarios" sino la política liberal y su exterminio. Y visto ese texto explicativo, lo más conveniente es buscar a los compañeros que hayan quedado impresionados por esos silogismos truncos y advertirles que pueden ir sacando los crespones. El liberalismo no perece porque a los burócratas se les ocurra

extenderle el certificado de defunción; previniéndoles, de paso, que los preparativos funerarios del régimen militar están destinados a otra víctima, y no al liberalismo.

El peronismo surgió, efectivamente, como antítesis de la Argentina liberal. Expresaba fuerzas que habían crecido como consecuencia de la quiebra del sistema mundial de intercambios en que la Argentina estaba integrada como dependencia pastoril de los centros imperialistas, fuerzas que recibieron el estímulo del cese de importaciones durante la segunda guerra y determinaban una dinámica del desarrollo nacional que tropezaba con el molde de estructuras que sobrevivían al viejo esquema del trueque de excedentes agropecuarios por productos manufacturados. Al atacar el complejo de intereses oligárquico-imperialistas y negar los dogmas que durante ochenta años habían impreso una mentalidad homogénea en la apreciación y el manejo de las cosas del país, al expresar las reivindicaciones de la clase trabajadora que por primera vez se convertía en agente histórico asumiendo participación directa en las decisiones políticas, el movimiento peronista tuvo que luchar contra toda la antigua superestructura político-cultural representada en lo electoral por la Unión Democrática. Por sus características de movimiento de liberación nacional que eclosionaba como resultante de fuerzas y procesos que por primera vez emergían al plano de la controversia pública, lo empírico casi siempre precedió a las formulaciones teóricas: pero partiendo de un estado de conciencia que rechazó la injusticia social y la servidumbre semicolonial. La deformación económica, geográfica y social, la descapitalización del país y la explotación del trabajo interno fueron denunciados como males que tenían su origen en nuestra condición dependiente, instrumentada por el liberalismo como sistema de instituciones y como alineación cultural. Pero lo que parecen ignorar nuestros burócratas es que *todo eso no lo produjo el liberalismo político sino el liberalismo económico.*

Los representantes de la minoría privilegiada del puerto de Buenos Aires, los unitarios, los que después de Caseros asumieron los intereses de la burguesía comercial portuaria, integrada luego a la oligarquía terrateniente, negaron siempre la participación popular en los asuntos públicos. Las complicidades con los jefes ingleses vencidos en las invasiones, las traiciones a Artigas, la segregación de la Banda Oriental y el sometimiento a los planes ingleses y a la corte imperial brasileña, los tratos para ponernos bajo el protectorado inglés o francés, los pedidos de perdón a Fernando

vii, la resistencia a proclamar la Independencia, las maniobras que aún después de haberla proclamado se hicieron para ser acogidos como dependencia de las potencias europeas, el empleo de los ejércitos libertadores como fuerzas de represión contra las provincias, las maniobras con el Banco de Descuentos, el empréstito Baring Brothers, la entrega de las minas de Famatina, la negativa de fondos a las tropas que luchaban contra españoles o brasileños, etcétera, fueron siempre obra de minorías o *espaldas del pueblo.* Las masas que habían peleado en las invasiones inglesas, y actuado en los hechos de Mayo, que formaron los ejércitos libertadores y que exigieron la Independencia, que reaccionaron contra los desmedros de nuestros intereses nacionales y resistieron ataques y bloqueos, no fueron nunca tenidas en cuenta por las minorías del privilegio económico. Y en esta nación que ellos hicieron con su sangre, les fueron negadas todas las libertades que refulgían en la retórica. El decreto de "vagos y mal entretenidos" o el proyecto constitucional de los rivadavianos en 1826, que reservaba el voto para la "gente principal", fueron la expresión jurídica de una actitud constante. Después de 1853 se les cargó de derechos y garantías, pero como abstracción, como ciudadanía que existía en la zona fantasmal de los artículos constitucionales y de los discursos; como seres de carne y hueso eran chusma productora de riqueza para el Imperio Británico; raza inferior destinada a la extinción; sin bienes ni tierra ni justicia, objetivo de las expediciones punitivas de Mitre y Sarmiento. La masa quedó segregada de los centros del poder; ya había cumplido su parte creando un país, ahora molestaba a los que iban a traficarlo. Quedaba en el ostracismo, depositaria única de los valores de la nacionalidad que ella había conquistado, y Martín Fierro gritó sus protestas desde las angustias del país profundo. Pero ya no contaba: había muerto la Argentina de las lanzas y faltaba mucho para la Argentina de las alpargatas. La cabeza del Chacho asesinado simboliza a la clase dominante argentina mucho mejor que los mármoles con que ella se ha idealizado.

Lo que sí funcionó y gozó de respeto sacrosanto fue el sistema económico de la Constitución liberal, que nos dejaba a merced del imperialismo inglés. El liberalismo, ideología de la clase burguesa en las naciones centrales en su período cenital, era un desastre para países como el nuestro, en estadios inferiores de evolución económica. Se aplicó para consagrar el absolutismo de la propiedad privada, perpetuar los fueros del privilegio y sentar, con el libre cambio como doctrina comercial, la indefensión

ante la penetración de las finanzas imperialistas, concentradas en nuestro medio económico incipiente; el resultado fue un siglo de desarrollo deformado y tributario, de imposibilidad de capitalización autónoma. Si eso convenía a la minoría apátrida que se beneficiaba de nuestra condición de circuito complementario del capitalismo ultramarino, le impedía en cambio utilizar la superestructura político-electoral del sistema. Lo que hicieron, entonces, fue utilizar del régimen demo-burgués la parte que se refería al libre cambio y a la libertad económica, mientras la democracia política quedó en la letra muerta del texto constitucional.

Así, en 133 años de vigencia, la democracia representativa funcionó de 1916 a 1930 y de 1946 a 1955, o sea, alrededor de veinticuatro años. Cuando se aplicó, surgieron los dos movimientos plebeyos, populares, contrarios a la entente oligárquico imperialista, el yrigoyenismo y el peronismo (con las diferencias que corresponden a sus respectivas circunstancias). Ambos derrocados por golpes militares, si no recordamos mal.

Así que el golpe militar del 27-28 de junio ha terminado con lo que no fue aplicado del liberalismo, con lo que era un impedimento para lo que sí hubo siempre interés en aplicar.

Esa inautenticidad, que concebía al país desde la refracción de los intereses clasistas, idealizándolo como si lo real fuese la definición constitucional de nuestras libertades y no su desconocimiento permanente en la práctica concreta, fue una de las grandes modificaciones que denunció el peronismo, reconociéndose en las tradiciones del país y sus masas perseguidas y no en el país oficial donde el pueblo sólo era una figura literaria, marginado políticamente y explotado desde adentro y desde afuera. La historia falsificada por Mitre fue rechazada como parte de la ideología del sometimiento al imperialismo y de la hegemonía de las élites, porque era una versión apócrifa del pasado que servía a una concepción general del país nociva para toda acción que buscase recuperar la soberanía desmedrada, interrumpir el drenaje de la riqueza o terminar con las injusticias. Desde la negación del hombre argentino como factor de su destino y el encandilamiento ante las creaciones de los grandes países occidentales, toda una serie de acciones aseguraban la continuidad del sistema que e1 peronismo vino a suprimir: la economía autorregulada por el mercado, el papel neutral del Estado en lo económico-social, el Estado mal administrador, la supuesta

igualdad de todos los contratantes, el respeto ilimitado por la propiedad privada, etc., etc. Todo eso lo negó el peronismo. Negaba incluso que en el Estado liberal, aún funcionando la legalidad electoral, el hombre fuese libre. Pero no renegó de la democracia, que permitió llevar a cabo las transformaciones necesarias y reparar las injusticias apoyándose en las masas. ¿No les parece extraño a los que desde el peronismo aplauden el "antiliberalismo" del poder militar que las dos veces que hubo enfrentamiento con los intereses clásicos del liberalismo fue bajo gobiernos elegidos con inequívoca mayoría y participación popular? ¿Y que, en cambio, los principios del liberalismo han imperado en la vida económica y en las relaciones sociales cuando el pueblo fue excluido del juego democrático mediante el fraude, la proscripción, el veto o cualquier otra forma de violencia?

Los ideales invocados por la oligarquía argentina —Democracia, Libertad. Progreso, Civi1ización, etc.— la forzaron a convertir la vida política argentina en una farsa permanente, en que la oposición entre las declaraciones de principios, por un lado, y la práctica, por otro, fue lo permanente. En esa forma distorsionada propia de toda la deformación del país, se dio una contradicción que está en la esencia del Estado moderno: aunque se ha dado genéricamente el nombre de "liberalismo" al régimen burgués democrático, los *principios liberales* y los *principios, democráticos* no han sido una sola y misma cosa sino dos filosofías que en algunas oportunidades coexisten armónicamente y en otras, las más, entraron en conflicto. La democracia afirma la soberanía del pueblo y el imperio de la voluntad general; el liberalismo pone en primer término ciertos derechos individuales que no pueden ser afectados por el poder público. Lógicamente aún los más ortodoxos sistemas democráticos parten del supuesto de que ciertos derechos son inalienables y la mayoría no puede quitárselos a la minoría, como por ejemplo el derecho al sufragio; pero a partir del principio de igualdad ante la ley la convivencia está regida por la voluntad de la mayoría; en cambio, los liberales niegan que pueda existir libertad si los individuos no están en condiciones de gozar de una coerción; en la práctica se trata de la libertad del empresario (libertad de gozar de la propiedad privada, de contratar, el afán de lucro como aliciente básico, libre y absoluta disposición de las ganancias, etc.). Los filósofos democráticos han planteado a menudo la *igualdad* como uno de los objetivos primordiales; en cambio el igualitarismo nunca fue principio de los liberales desde

que consideran las desigualdades económicas como diferencias *naturales* y buscar eliminarlas significaría ejercer coerción (sobre el propietario, claro está, que es a quien se busca proteger).

¿En qué consiste la política que por vía de la dictadura militar va a dar solución a los anhelos de las masas y justifica la adhesión que le prestan los dirigentes peronistas, especialmente del sector gremial? Como ya vimos no han justificado la supresión del régimen político democrático como exigencia para la conquista de objetivos concretos sino que, a la inversa, nos dicen que esa supresión *constituye por sí misma* un progreso trascendental que asegura el logro de objetivos que los jerarcas aseguran son los nuestros, a pesar de que los exponen con la misma imprecisión grandilocuente de los documentos oficiales.

La supresión de los mecanismos electivos no impide —sino todo lo contrario— los abusos del liberalismo. ¿Qué razón hay para que se considere que debemos regocijarnos ante la supresión del sistema democrático resuelta precisamente por los que tienen poder para restablecerlo en su auténtico funcionamiento? Pero dejando eso de lado, ¿en qué elementos de juicio apoyan su creencia de que el gobierno seguirá una política económico-social antiliberal? Del pensamiento de las FF.AA. tenemos testimonios constantes en arengas, discursos, comunicados, mensajes y clases magistrales. Ellos revelan una explícita adscripción a los principios del liberalismo tradicional, a su visión del país, y a la versión mitrista del proceso nacional. ¿O es que nos hemos olvidado que el discurso del general Pistarini del 29/5, que sabemos por las mismas fuentes militares que fue fruto de la elaboración colectiva de la oficialidad superior y era la proclama del Ejército rebelado, repite el anatema contra la "tiranía rosista", que en ese contexto no es una reminiscencia histórica que respondió a un capricho del orador sino una definición de alcances bien amplios, claros y actuales? Postura consecuente con la mantenida todos estos últimos años, incluso con la exaltación de la libertad "occidental y cristiana" y en encontrarla perfectamente compatible con la privación de los derechos electorales a la mayoría de los argentinos.

Nosotros no consideramos que el programa del período 1945-55 sea el que corresponda aplicar ahora; Perón tampoco lo cree, y ha expresado terminantemente que tendríamos que ir mucho allá en la profundidad y amplitud de las transformaciones. Pero no pretendemos que los burócratas lo entiendan, de modo que nos atenemos a

lo que entonces se hizo, y que la misma burocracia ha postulado como esencial para la superación de la crisis argentina. Pues bien, ¿creen que habrá monopolio estatal de comercio exterior, nacionalización de los depósitos bancarios, derecho de propiedad condicionado al deber de hacerla servir socialmente, propiedad del Estado sobre los bienes y servicios nacionales? Y no seguirnos. Si no creen que esas medidas se tomen, ¿por qué apoyan al gobierno militar? Si creen que las adoptará, ¿cómo lo saben? ¿Qué manifestación pueden invocar que pueda interpretarse como expresando esos propósitos? Y como no existe tal declaración, nos permitirnos preguntar: si ahora apoyan un programa que no plantea ninguna de estas o similares medidas, ¿por qué las *reclamaron* en nombre del Movimiento y de las 62 Organizaciones, por qué las incluyeron en el programa aprobado para las elecciones de 1965?

Nosotros, que no concurrirnos a los despachos militares ni oficiales, vamos a hacer una cita. Son dos enunciados del decálogo de *Convicciones básicas del ciudadano en una democracia:*

5. "Libertad para ser dueño de propiedades y para hacer contratos en asuntos personales".
7. "Libertad para competir en la producción y para hacer gestiones contractuales con referencia a mercancías y servicios en el mercado libre".

Más puro liberalismo, imposible. Pues bien, esa orientación principista es la que será aplicada por este gobierno. Y ese decálogo no pertenece a ninguna asociación representativa de los intereses empresariales, sino que es la definición de la "libertad" elaborada por la Junta Interamericana de Defensa.

Agentes de confusionismo: los propagandistas del barullo y los filósofos de las brumas

La burguesía argentina, que no tiene ideologías ni programas que puedan ser de atracción para el movimiento de masas, le trasmite, en cambio, los fundamentos para el error y los temas de la desorientación. Llegan a través de la burocracia, que

en teoría es la cabeza del Movimiento pero constituye en los hechos una estructura intermedia por donde el régimen esteriliza los impulsos revolucionarios que surgen de las bases populares y penetra con los tópicos y nociones que forman parte de su repertorio conceptual y propagandístico. Las consignas que encuentran mayor receptividad son, lógicamente, las que parecen simple confirmación de datos ya captados por la conciencia colectiva, verdades presentadas como si conservasen una vigencia que han perdido hace tiempo. Son también las que más condicen independientemente de que en cada caso sean además una elección de la astucia— con la razón burocrática, que vive la política como repetición y permanencia, precavida contra todo pensamiento que encierre una amenaza para su mórbida seguridad en la rutina. Varios contrasentidos de moda tienen por centro al "liberalismo" y son taimadamente alimentados desde sectores exógenos al peronismo, especialmente el frondizismo y la extrema derecha autoritaria.

Los frondizistas hicieron campaña golpista calificando al radicalismo del pueblo como gobierno liberal. Eso forma parte de una trampa que hace tiempo tienen tendida y que como todas las políticas burguesas, consiste en acomodar las contradicciones del país a sus propias conveniencias. Como el resto del coro, sostiene que la disyuntiva "peronismo-antiperonismo" es falsa y sólo sirve para dividir fuerzas con intereses comunes, „pues la contradicción básica del país se da entre dos adversarios irreconciliables; por un lado la "oligarquía", formada por los intereses agro-importadores, interesada en mantenernos en la antigua división internacional del trabajo, coaligada con los grandes monopolios foráneos enemigos de nuestra industrialización, retrógrada, anacrónica, *liberal;* por otro lado, los intereses "nacionales y populares" constituidos por la clase obrera y la burguesía nacional (especialmente industrial), la suma de fuerzas ligadas a la expansión del mercado interno, a la ampliación del aparato productivo, y por lo tanto, bregando por el desarrollo y el mejoramiento del nivel de vida en base a una mayor producción de bienes.

De esa manera, el MID queda del buen lado de la barricada y la política adecuada para el peronismo es la "integración" en un frente nacional, que defenderá las reivindicaciones de todos, aún si la incomprensión gorila no permite, por ahora, que las representaciones políticas sean desempeñadas directamente por integrantes del partido mayoritario. Las formas de combate como planes de lucha, ocupaciones de

fábrica, agitación, etc., que sobrepasen los límites tolerables por los empresarios y las fuerzas del orden son contraproducentes, porque atraen la represión y alarman a la clase empresarial, separando a la clase obrera de sus aliados naturales. Ese aislamiento, dicen, es el que provocó la caída del gobierno de Perón, y los "extremistas" son los que impiden concretar de una vez por todas una línea "realista" que vaya facilitando la incorporación del peronismo a la respetabilidad pública.

La derecha nacionalista, desde el paternalismo más o menos corporativista hasta las expresiones del fascismo más primario, refuerzan las posiciones de la derecha peronista y, aprovechando la invertebración ideológica y práctica de la burocracia, ha logrado en los últimos tiempos penetrar en el seno del Movimiento y constituir un sector que en la superestructura tiene una gravitación que no guarda correspondencia con su falta de representabilidad del sentir de las bases. Valida de esa situación, difunde puntos de vista que toman como punto de apoyo la antítesis "peronismo vs. liberalismo", con lo que la derecha antiliberal pasaría a ser integrante o aliada del peronismo y se facilitaría la sustitución de sus banderas por las del extremismo reaccionario: el anticomunismo, la denuncia policial de los "marxistas", el clericalismo cerril, etc. El cuadro de las fuerzas sociales queda convertido en una ensalada y el proceso histórico en una acumulación de hechos arbitrarios cuya trama es impredecible e inexplicable. ¿Cómo es posible que en el frente "enemigo" estén confundidos los liberales y los marxistas, el capitalismo y el socialismo revolucionario, las finanzas internacionales y los movimientos y gobiernos anticapitalistas? Los catecúmenos explican que todo es parte de una conspiración mundial donde el comunismo y los poderes del capital son instrumentos de *planes* que traza un directorio de malvados, generalmente de raza semítica.

Aparte de otras perversiones de la razón, ambos planteos, el frondi-frigerista y el derechista, tienen en común el *antiliberalismo* como piedra de toque de la "unidad de lo nacional", en base a la transposición anacrónica de situaciones y a la extrapolación de elementos constitutivos de una situación histórica, para utilizarlos en la descripción de un contexto totalmente diferente. Como ese método —y algunos de esos criterios— son parte de la distorsión típica de nuestros burócratas, hay que hacer un pequeño repaso, muy esquemático, del proceso argentino en los últimos años.

La política del gobierno peronista se basaba en la defensa y desarrollo de nuestra

economía y en la justa participación de los trabajadores en el reparto del producto social. Lo primero era liberar al país del endeudamiento al extranjero y recuperar el manejo de los instrumentos principales de la economía que servían al imperialismo para controlar el proceso productivo y drenar nuestra riqueza: nacionalización del sistema bancario y de los depósitos, de los seguros y reaseguros, de los silos y elevadores de granos, de los ferrocarriles y servicios públicos, repatriación de la deuda externa, control del comercio exterior mediante el IAPI, crecimiento de la flota mercante, liquidación de los monopolios de transporte, repatriación de la deuda, etc. El desarrollo tenía como eje el apoyo a la industria nacional, protegiéndola para que no fuese arrasada por el flujo de artículos competitivos provenientes de las grandes potencias una vez que reconvirtiesen sus economías a la producción para tiempos de paz, y desarrollándola mediante la transferencia de parte del ingreso proveniente de la exportación, que se volcaba al sector industrial a través de préstamos con modalidades propias de ese tipo de actividad.

La burguesía industrial beneficiaria de esa política, no sólo no tomó parte activa sino que además siguió en la órbita gravitacional política, ideológica y cultural de la vieja oligarquía terrateniente-mercantil. La prosperidad no fue obstáculo para que se sintiesen amenazados por el avance del poder de los sindicatos y las condiciones nuevas en que se desenvolverían las relaciones obrero-patronales.

El deterioro de la balanza comercial por la baja de los precios de postguerra, la exclusión de nuestros saldos de las compras norteamericanas para el Plan Marshall, el agotamiento del fondo de divisas acumulado durante el conflicto mundial y hasta la calamidad natural de las dos sequías más grandes del siglo que causaron la pérdida de las cosechas de 1950-51 y 1951-52 determinaron el cese del auge y su empalme con una coyuntura depresiva. El gobierno fue logrando paulatinamente el restablecimiento del equilibrio y por primera vez en nuestra historia una crisis no se paga con un mayor aherrojamiento de la economía a manos del capital extranjero y con el hambre y la sed de las capas humildes de la población. Pero, al desaparecer las condiciones en que el ingreso nacional creciente permitía el enriquecimiento empresario y el mejoramiento de la vida de los trabajadores, la burguesía se pasó masivamente al frente antiperonista; la política del Estado impedía buscar compensación al desmejoramiento por medio de la intensificación de la explotación del trabajo que aumentase

la cuota de plusvalía y el entendimiento completo con el imperialismo para buscar fuentes extranjeras de financiamiento a la expansión. Algunas medidas oficiales que pueden considerarse orientadas en tal sentido no pasaron de actos aislados, insuficientes, desganados; un vuelco hacia tal línea de acción contrariaba las tendencias, las ideas y la razón de ser histórica del peronismo. En 1955, una constelación de factores internacionales e internos provocó la caída del gobierno, que por entonces no contaba sino con el respaldo de los trabajadores y sectores de la clase media baja, pues la burguesía en su conjunto y los sectores influidos por ella formaron un sólido bloque antipopular.

No vamos a entrar en el tema —ajeno a este documento, y que hemos considerado en otros trabajos— de cuál era la alternativa que pudo haber evitado el derrocamiento y las causas que gravitaron para que no se adoptase. Pero, ateniéndonos a lo ocurrido, señalamos que no es exacta la tesis del frigerismo-frondizismo de que el gobierno cayó porque la clase trabajadora se aisló; *cayó porque la clase trabajadora, que era la que sostenía al régimen y la que contaba para un salto hacia la intensificación de sus tendencias más revolucionarias, no participó en la lucha en que se resolvió su suerte y la del país para un largo período histórico.* El 17 de octubre fue un hecho de masas; el 16 y 21 de septiembre de 1955, las masas se enteraron por la radio de que habían perdido una guerra sin llegar a pelear en ella.

En el ínterin se fue completando el proceso mundial de estructuración del capitalismo bajo la hegemonía de los Estados Unidos; las clases dirigentes de los países capitalistas se unificaban como representantes locales de un frente a escala universal, bajo los principios de la "guerra fría" y el liderazgo norteamericano, que simultáneamente aparece como freno al presunto expansionismo ruso, el defensor del orden social clasista y el poseedor de los controles y mecanismo de la finanza internacional. En los países dependientes, aunque los intereses de las burguesías nacionales no estaban exentas de contradicciones con los del imperialismo, era éste el que podía proveer ayuda financiera a los gobiernos, armamentos a los ejércitos y capitales a la economía; las tensiones internacionales y el estallido de movimientos revolucionarios de liberación impedían que aquellos antagonismos secundarios llegasen a límites extremos y favorecían la permanente penetración yanki en los sectores claves de la vida nacional, en primer término los económicos.

En nuestro país, la caída de Perón significó el ingreso del país en ese orden imperial: la política internacional repudió el tercerismo y las actitudes independientes; el gobierno de Aramburu, por decreto, rectificó retrospectivamente la posición de la Argentina en la Conferencia de Caracas de 1951, cuando Foster Dulles planteó una declaración contra la amenaza del "comunismo internacional" en el hemisferio —que era el asentimiento de todos para el atraco que preparaba contra la soberanía de Guatemala— y *la Argentina* y *Méjico se abstuvieron en la votación.* Las radios comenzaron a difundir programas de propaganda política norteamericana, los noticieros cinematográficos, la prensa en general, repitieron las consignas del "anticomunismo" y la beligerancia al lado del "occidentalismo cristiano". La TV, que pasó a ser el medio predominante, está directamente en manos norteamericanas. La defensa nacional se integró en la estrategia imperialista y la Argentina apoyó la metamorfosis de la Junta Interamericana de Defensa, que de simple asesor se convirtió en el órgano que traza la política militar y la política toda de los países continentales, mientras la OEA violaba los principios de no-intervención que daban fundamento jurídico a su existencia y se transformaba en un superorganismo que legaliza la política de los Estados Unidos y unifica tras ella a las teóricas soberanías famélicas de los satélites latinoamericanos.

En lo económico, la ratificación de los acuerdos de Bretton Woods (que el peronismo tenía encarpetados desde hacía años), nos incorporaron al Fondo Monetario Internacional y al Banco Mundial; las restantes disposiciones de orientación económica dieron paso a la recolonización del país que fue servida por todos los gobiernos civiles y militares de los últimos once años.

El frondizismo subió al poder con un programa nacionalista que llenó de entusiasmo a la pequeña-burguesía y a los sectores industriales no vinculados al imperialismo. El Comando Superior Peronista (Perón, Cooke), en el manifiesto celebrando el triunfo electoral obtenido contra el continuismo gorila, negaba que el nuevo gobierno pudiese cumplir la profunda transformación que anunciaba su programática, por entender que los objetivos de la liberación nacional eran inalcanzables para las fuerzas sociales que componían el frondizismo: la burguesía industrial había evidenciado su flaqueza y su proclividad a la capitulación ante el imperialismo, la clase media, librada a sí misma, sólo era apta para la lucha cívico-electoral, pero no para la

clase de batallas que exige una política anticolonialista en serio. Esta deficiencia no se superaba con el aporte de los trabajadores a la candidatura de Frondizi que había dispuesto el peronismo, simple medida defensiva contra la tiranía aramburista, y la tesis "integracionista" —que suponía que ese apoyo podía convertirse en participación solidaria en la acción del nuevo gobierno— estaba atrasada con respecto al grado de conciencia del proletariado, que no aceptaría reducirse a "grupo de presión" dentro del ordenamiento tradicional y a ejercer su política por delegación.

Pero ni siquiera la obra positiva que, en esa estimación más modesta, se consideraba al alcance del ucrismo, fue iniciada. Frondizi entró a gobernar con un plan totalmente diferente y su "desarrollismo" consistió en continuar trasvasando poder de compra al sector terrateniente (como se venía haciendo desde la caída de Perón) y promover el desenvolvimiento por medio de créditos exteriores e inversiones del imperialismo en los sectores claves, donde además extendió su poder mediante la asociación con grupos industriales locales. Su reemplazante, Guido, siguió esa tendencia general, acentuando sus aspectos libreempresistas.

La UCRP, que como opositor había reverdecido el antiimperialismo yrigoyenista, dio algunos pasos para rectificar lo que había motivado sus críticas más violentas a Frondizi, pero no pasó de las primeras disposiciones y discursos; volvió al regazo del FMI, hizo arreglos ampliamente ventajosas para los consorcios petroleros y adelantó la vuelta al sistema de concesiones.

Los sucesivos responsables de la economía desde 1955 a la fecha se echan mutuamente las culpas por el estancamiento, con *lo cual exculpan al régimen, que es el que está en crisis* y no puede asegurar ni siquiera las modestas metas del desarrollo que plantean los economistas burgueses. Eso sí, todos coinciden en remitir la culpa originaria al régimen peronista, sin que para ellos tenga importancia el tiempo transcurrido ni el sincronismo perfecto entre el desmantelamiento del dispositivo defensivo de la economía peronista y el comienzo del desquicio.

Entre las personas y equipos que han tenido a su cargo la conducción económica hay diferencias de capacidad, concepción técnica, conducta, pero las líneas de pensamiento y de acción no han sido antagónicas si se las considera desde una perspectiva externa al régimen. El papel beneficioso del capital extranjero y la necesidad de otorgarle las mayores garantías de inversión, la libre iniciativa como motor real del

progreso, la planificación de tipo indicativo, el concepto restrictivo sobre la intervención del Estado en el juego de las fuerzas económicas, la función supletoria de la actividad económica estatal, la relación salarios-productividad, etc., son principios generales que cada uno sigue en la medida de lo posible y según criterios dispares pero no diametralmente opuestos. En suma, el régimen capitalista argentino tiene la política del "desarrollismo", con una gama de variantes, teóricas unas, exigidas por la práctica del gobierno otras. Pero ninguna preconiza una política de planificación —que para nosotros sería insuficiente a esta altura— que tenga los alcances de la que estableció el peronismo.

Podemos resumir, en algunas conclusiones que se refieren a la materia que examinamos, la realidad que se intenta falsificar desde las posiciones reaccionarias que simulan confundirse con las nuestras.

1º) El liberalismo al estilo clásico no tiene hoy defensores. Aunque los que denuncian al "estatismo" como causante de los males económicos hacen recaer las culpas en el peronismo y en los resabios de su política que aún se conservan, están refiriéndose a dos cosas diferentes. El "intervencionismo" existía desde antes del peronismo, y respondió a las situaciones críticas que se crearon con motivo del crack de 1930 y de la guerra mundial. Las Juntas Reguladoras, el Instituto Movilizador, el control de cambios, el Banco Central, etc., fueron formas de intervencionismo —Pinedo fue el creador de los mecanismos— que tenía en vista, claro está, los intereses de la oligarquía vacuna. Lo que varió substancialmente con el peronismo fue no solamente la *nacionalización* de esos mecanismos y la creación de otros que los complementaban, sino que formaban parte de una *planificación* integral para un saneamiento y avance orgánico de la economía dentro de una concepción totalmente diferente. De modo que no deben confundirse los aspectos técnicos de esa planificación (que pueden ser materia de discusión en cuanto a su eficacia, méritos y fallas) con la *diferencia cualitativa* que tienen con los intervencionismos anteriores y posteriores, que responden a otra visión de la economía, del país y de sus clases sociales.

2º) Todos los programas de la burguesía son "desarrollistas", neocapitalistas, de acuerdo con las características del capitalismo contemporáneo. Son también "neoliberales", pues ponen el acento en la libertad de empresa, aunque discrepen sobre las formas de complementar esa política desde el Estado.

3º) Aunque no es correcto considerar a la "burguesía" como una unidad, sin tener presente que está compuesta por fuerzas disímiles —algunas de las cuales tienen intereses que objetivamente son opuestos a los del imperialismo— y que tienen conflictos entre sí, considerada desde el punto de vista de los trabajadores constituye un conjunto unificado bajo las directivas y consignas del imperialismo. Las diferencias pueden tener importancia táctica, pero en cuanto a la explotación del país y del trabajo humano, se trata de un bloque hegemónico, y ningún sector es capaz de impulsar o plantear una política de liberación, aunque haya aliados potenciales de tipo sectorial para el proletariado cuando éste asuma esas tareas revolucionarias para las cuales es el único capacitado.

4º) Los intereses vinculados al país agroexportador, que tienen una importancia que sería nefasto subestimar, no constituyen ya el grupo que determina la política del conjunto de la burguesía. Los intereses imperialistas yankis, mucho más importantes en la política general del país, no operan a través de los mecanismos de intermediación como antes los británicos (transportes y otros servicios públicos, finanzas, fletes, seguros, etc.) sino que, además de su avance en las actividades extractivas (petróleo, minería, etc.) invierten en sectores claves de alto rendimiento (petroquímica, siderurgia), directamente asociados con capital local. Además, se ha acentuado en los últimos tiempos la "integración" de capitales industriales y agrícola-ganaderos, de manera que no pueden distinguirse tajantemente dos grupos capitalistas frontalmente opuestos sino que las inversiones en la industria y en el agro forman parte de una concentración de la propiedad en mano de sociedades anónimas que diversifican sus actividades económicas.

5º) En momentos en que sufrimos la más abierta, total y omnímoda dominación imperialista de toda nuestra historia, *sólo puede considerarse "nacionalista" a una política que luche contra el imperialismo.* Y, por lo que hemos relatado, la burguesía no es ni puede ser antiimperialista. Ni siquiera los grupos que lo fueron por su prédica, como el frondizismo, aplicaron ni en principio sus programas. El problema de la "traición de Frondizi" hizo olvidar otro mucho más fundamental que existía detrás de su actitud: sometido a presión, la defección de un hombre puede ser total y vertiginosa, arrojando por la borda los principios que ha sustentado toda su vida —eso depende del hombre—; pero, ¿cómo explicar la defección de *todo un partido*, la conversión de

cuadros que ni siquiera tuvieron la excusa de que sus planes fueran desautorizados por los datos de la realidad, puesto que ni siquiera los pusieron en práctica? Es que la burguesía latinoamericana ya no es capaz no sólo de realizar una política antiimperialista, sino de plantearla. Bentancourt, Figueres, Haya de la Torre, Frondizi, etc., aparte de apostasías personales, simbolizan la esterilidad de las burguesías, su agotamiento histórico, su sometimiento al poder imperialista.

Las posiciones del nacionalismo de derecha son lógicas: *es que ya no es nacionalista*. Pudo serlo en 1945 porque era un nacionalismo que, aunque tenía contenido antipopular desde su origen (repudio a los "gringuitos" yrigoyenistas y a la chusma que los apoyaba) y estuviese inspirado en la simpatía por los estados totalitarios europeos, tenía los mismos enemigos que el país y sus masas populares: los imperialismos anglosajones, los liberales y su orden cultural, político, económico, la historia mitrista. Muchos nacionalistas coincidieron con las masas, que tomaron los aportes del nacionalismo, del radicalismo yrigoyenista forjista, del grupo militar industrialista. Pero ese frente era transitorio pues el peronismo era un nacionalismo democrático burgués, popular, obrerista, y contrariaba las ideas autoritarias, paternalistas, de respeto por las "jerarquías" que tenía el nacionalismo de derecha. Los nacionalistas fueron transformándose en opositores, hasta que pasaron a constituirse en el grupo de choque de la oposición en 1954/55 y en los factores del levantamiento lonardista.

Este viraje no fue sólo de hecho. Sus teóricos denunciaron el "clasismo" peronista, la injerencia de la CGT, la confusión de las categorías sociales, defendieron a la "libertad" contra el autoritarismo peronista (ya los totalitarios fascistas, hitleristas y falangistas no eran enemigos de los EE. UU., sino que integran todos la "Santa Alianza" occidental). Olvidaron el antiliberalismo y el antiimperialismo y se definieron como lo que eran: burgueses. Ante la agudización de la lucha de clases, se unieron al conglomerado burgués-imperialista, donde las oposiciones anteriores adquirieron carácter secundario frente al enemigo común: el peronismo y la clase obrera. Fueron funcionarios de la "libertadora" (algunos atacaron de nuevo al "liberalismo", pero como tendencia que los desalojó con el golpe interno de Aramburu-Rojas), y funcionarios de Frondizi, aprueban la intervención en la República Dominicana, atacan al único país autodeterminado del continente, Cuba —porque ya la no intervención y la soberanía son secundarios ante el mal mayor: la revolución social—.

Esta alianza fascista liberal no es tampoco un fenómeno reciente; en la década infame, los conservadores tenían una gran propensión al fascismo, que les proporcionaba una justificación ideológica para el fraude (no habían pasado de las tesis del "fraude patriótico") y una metodología contra el "comunismo", o sea, contra toda protesta social. El fascismo era expresamente elogiado por los dirigentes del régimen que señalaban que no era una ideología antisocial como el comunismo, y copiaban su legislación y procedimientos[2].

Al estallar la guerra civil española, el apoyo al alzamiento reaccionario hizo aún más estrecha esa unión entre liberales nacionalistas fascistizantes y el resto de las tendencias celosas de los sistemas de privilegio burgués. La prensa de extrema derecha compartía con *La Nación, La Razón* y casi toda la prensa "seria" la defensa del bando rebelado, que con ayuda de tropas y armamentos de la Alemania nazi y de la Italia fascista trataba de aplastar al régimen popular español. Lo que cortó esa tendencia fue la guerra mundial: los lazos con Inglaterra obligaron a los hombres del régimen a tomar posiciones antifascistas. Hasta entonces, conservadores y ultranacionalistas no tenían una línea divisoria precisa.

A medida que el sometimiento al imperialismo de los continentes subdesarrollados ha perdido su carácter de hecho aceptado pasivamente y debe mantenerse con actos bélicos como en Indochina o Venezuela y Guatemala, y con el reforzamiento de las instituciones represivas, el nacionalismo de derecha se transformó en declamado

---

2 Un caso muy conocido es el del proyecto de Código Penal suscripto por el ministro José Eduardo Coll, que sostenía: "La Constitución consagra un régimen político bajo el cual se respetan derechos y se dan garantías que responden a amparar sentimientos, ideas y tradiciones argentinas. En consecuencia, no es posible tratar con los mismos principios jurídicos actos de propaganda (comunista, anarquista, etc.) que tienden a destruir esos principios esenciales y otros hechos e ideas, que si bien alteran o intentan alterar el orden político, como es el llamado fascismo, se proponen ampararlos y, precisamente, busca en su acción protegerlos mejor". Allí se resume la filosofía de nuestra clase dirigente, antes y ahora: mientras se protegen los "principios esenciales" tradicionales, —o sea, el orden social y económico—, las formas políticas son intercambiables, de acuerdo al criterio democracia en la conservación del statu quo.

patriotero, que voceado desde el interior de nuestro Movimiento tiene que refugiarse en generalidades, inventarse un enemigo único llamado "liberalismo" y echarle todas las culpas y apelar a las formas más torpes de irracionalismo, porque ataca a un imperialismo que simultáneamente está halagando bajo la denominación de "occidente", porque se tiene que declarar solidario con las masas, pero combatir toda auténtica liberación o planteo de liberación con la acusación de que es "comunismo".

Desde que la liberación nacional es indivisible de la revolución social, no hay nacionalismo burgués. Las máscaras fascinantes que circulan en nuestro medio repiten consignas especulando con su solo valor sentimental, puesto que de llevar a la práctica una política nacionalista ellos la denunciarían como "comunista" o "castrista". Le reprochan al Partido Comunista haber estado con la Unión Democrática, pero lo imitan aliándose con nuestros enemigos de entonces, de 1955 y de siempre; y se prestan a asaltar sindicatos apoyados por la policía como los comunistas en 1955.

Los epígonos que todavía intentan cohonestar posiciones fascistas con las del peronismo son, por sobre todo, infradotados, y no valen ni el tiempo que lleva una refutación, que debe hacerse en el terreno de la lógica, que les es ajeno. Están para justificar la Unión Democrática y el gorilismo extremo, que es un irracionalismo simétrico; como éste sostuvo siempre que el peronismo es fascista, han aparecido fascistas rezagados que se dicen peronistas para darles la razón[3]. Y junto a estos reac-

3 Para los jóvenes y los desmemoriados: Cuando en vísperas de la elección presidencial de 1946 el Departamento de Estado lanzó un "Libro Azul" demostrando que Perón y sus seguidores eran nazifascistas, la CGT de entonces, la del 17 de octubre, aclaró perfectamente la verdad del sentir de nuestras masas, respondiendo al gobierno yanki: "Fuimos y somos antifascistas y antitotalitarios, y por eso luchamos denodadamente contra Hitler y Mussolini, cuando Wall Street, coaligada con otros sectores del imperialismo capitalista mundial, alimentaba con sus dineros robados a los sudores y necesidades de los proleta-rios, a la bestia nazifascista" [...] "Cuando el pueblo español luchó valientemente contra la oligarquía interna y contra la invasión nazifascista, nuestra solidaridad…" etc. Y recordaba que durante la vigencia del pacto germano-soviético, los dirigentes y organizaciones obreras controladas por los comunistas "formulaban declaraciones elogiando al régimen nazi" y el diario La Hora se servía de los informativos de la agencia nazi Transocean.

Este era el modo de pensar casi total de las masas, y está reiterado continuamente por las organi-

cionarios de última hora, siempre ha habido una capa de entregados y apóstatas para que la oligarquía tenga algo concreto que sirva de pretexto para despreciarnos.

Sin embargo, nuestros jerarcas, que son hombres "realistas" y no creen más que en lo concreto, han declarado que "se abre la perspectiva hacia un venturoso proceso argentinista" (62 de Pie), que "nos encontramos ante el momento expectantes del despegue" (José Alonso), que "adelantan su decidido apoyo a los enunciados contenidos en la proclama revolucionaria" (Sindicato de la Carne), que "nadie tiene derecho a frustrar esta esperanza" (Sindicato de Luz y Fuerza), etc. Vandor, March, Taccone, Coria, Izetta, han decorado con su presencia las ceremonias de la dictadura, han avalado sus modalidades antipopulares, han silenciado sus atropellos y exaltado una presunta orientación nacional. ¿Qué planes tiene el gobierno militar que sean una alternativa frente al "desarrollismo" neocapitalista, qué política capaz de validar la confianza de los jerarcas y fascinar a los embarulladores del "antiliberalismo"?

Estas aclaraciones que hacemos tienen el propósito de salir al cruce de los heraldos de las posiciones confusas, de los filósofos de las brumas, de los abanderados de la nada.

Onganía y Perón, ¿un sólo corazón?

Las palabras mágicas de nuestros burgueses "progresistas" son, como se sabe, "cambio de estructuras". Evocan la imagen de transformaciones profundas, de remedios radicales y heroicos. Todos los economistas, políticos y burócratas diversos las usan. Cuando ahora ese anuncio viene entre los toques de clarín y el redoble de tambores de un gobierno con la suma del poder, muchos tienen derecho a pensar que por fin esa panacea pasará a ser una realidad que nos ponga en camino hacia las soluciones totales.

---

zaciones políticas y obreras del Movimiento. El Partido Laborista, del cual Perón fue el afiliado No 1, establecía en su Declaración de Principios: "No tendrán cabida en nuestras filas los reaccionarios, los totalitarios y ninguno de los núcleos de la oligarquía".

Ocurre, desgraciadamente, que dicha expresión es tan banal como los personajes que la vienen utilizando tan abusivamente, porque no existen "estructuras" en abstracto sino que ese término designa un *conjunto determinado de elementos funcionalmente relacionados;* el "cambio de estructuras" es sólo polvo retórico, una consigna que implica todo y no define nada, mientras no se concreta a cuáles estructuras se refiere y en qué consiste el cambio. También los detentadores de los privilegios más repugnantes desean cambiar algunas estructuras que les impiden acrecentar la explotación (la estructura gremial, por ejemplo); y los "progresistas" pueden estar refiriéndose —si es que tienen alguna concreta en vista— a estructuras que no son las causantes principales de nuestros infortunios o a cambios que no den satisfacción a las necesidades de las clases desfavorecidas.

Al considerar el programa del gobierno, no hay que confundirlo con las expresiones de deseos que son compartidas por todos los partidos, analistas y núcleos económicos —frenar la inflación, estabilizar la moneda, eliminar el déficit ferroviario y de las empresas del Estado, promover las industrias de base y las obras de infraestructura, sanear el balance de pagos, nivelar el presupuesto, estimular al campo y a la industria, mejorar el salario real, ordenar el caos previsional, ampliar la ocupación, elevar la productividad, etc.— conjunto de objetivos que todos propician, aunque sin indicar cómo se han de alcanzar y tampoco cómo es posible que se logren simultáneamente varios de ellos, que son contradictorios entre sí.

El "Acta de la Revolución" hace dos referencias a las consecuencias de la gestión económica del gobierno depuesto: creó un ámbito en el cual "la sana economía no puede subsistir como un proceso racional, y los servicios públicos, convertidos en verdaderos objetivos electorales, gravaron al país con una carga insoportable"; "la inflación monetaria que soportaba la Nación fue agravada por un *estatismo insaciable...*". Sin perjuicio de que los cargos sean en parte exactos, el diagnóstico centrado en el "estatismo insaciable" se inscribe netamente en el pensamiento del neoliberalismo, de Frondizi a Cueto Rúa, Aciel, la Unión Industrial y la prensa comercial.

Esa coincidencia no es parcial: no encontramos que el programa sea diferente de los que proponen los desarrollismos ni tampoco que se aparte de la orientación que se sigue desde 1955, con diferencias técnicas y de aplicación. Y dentro de esa filosofía, corresponde ubicarlo en la posición más categóricamente liberal.

El gobierno, al fijar las "Políticas del Gobierno Nacional" (13/7), enuncia que su propósito es "implantar un sistema económico en el que no haya lugar para totalitarismos que ahoguen la iniciativa, las energías y las libertades individuales, ni para deformaciones del sistema de libre *empresa*". No puede pedirse una definición más ortodoxa de fe liberal. Y aunque en la práctica tendrá que atenuarse en ciertos aspectos, no deja dudas sobre cómo se propone alcanzar la salvación nacional. Ese enunciado es reiterado en los otros objetivos fijados en dicho documento. Inmediatamente reafirma: "Basar el nuevo sistema en la *libertad de decisión* por parte de consumidores y productores…" Luego, "el Estado trazará un marco adecuado para que la actividad económica pueda desenvolverse *libremente*". A continuación: "La *propiedad privada* será considerada como un factor básico para la preservación de las *libertades* individuales y un incentivo natural y lícito para el trabajo humano". A renglón seguido: "Todo lo que puedan hacer los individuos y las empresas privadas dentro del marco de bien común *debe quedar a su cargo.* Al Estado le corresponde actuar *supletoriamente…*" Más adelante: "La clave fundamental para guiar la actividad económica y los esfuerzos individuales es el funcionamiento de un sistema de *libre empresa* que se oriente hacia los objetivos deseados por el bien común a través de un mecanismo *competitivo*".

¿En qué contraría este programa los principios de una economía ultra-liberal? Es un secreto de nuestros jerarcas: seguramente está escrito en clave y los iniciados saben que todo es al revés de como lo leen las personas "de afuera". Porque suponemos que no pensarán que este *far west* libre-empresista se atenúa en algo porque se acompañen frases sobre el "bien común", la "justicia", etc.; Primero, porque las concesiones, en cuanto existan, no hacen más que reconocer parte de lo que está incorporado definitivamente a la legislación de todas las naciones capitalistas: no son una negación del capitalismo clásico sino sus formas modernas, su adaptación a la evolución de la sociedad. El neocapitalismo no es sino el antiguo capitalismo en su proyección histórica, con sus formas monopolísticas, el crecimiento del sindicalismo, la automatización, etc. Es decir, que responde a una necesidad del sistema, forma parte de su dinámica intrínseca. Segundo, porque para el liberal las menciones de "bien común", etc., se identifican con la economía "sana", "racional" (término que emplea el Acta), "natural", es decir, "libre". Tercero, porque la "justicia" quedará en el mundo platónico

de las afirmaciones bien intencionadas, mientras los buitres del libre-empresismo se encargarán, en la práctica, de devorarse la riqueza en forma "sana" y "racional".

El mismo valor tiene la cláusula que afirma: "El Estado, a diferencia de lo que preconizan ciertas fórmulas liberales absolutas, no debe adoptar frente a los problemas económicos una actitud pasiva y de mero espectador. Las funciones a que se ha hecho referencia anteriormente..." Estas "funciones" *tienden todas a facilitar el sistema de libre competencia y libre iniciativa privada,* de modo que esto forma parte de las estrofas líricas que acompañan, sin alterar para nada, la implantación de un sistema que facilite aún más la explotación. Aparte de su ningún significado, se trata de una inexactitud: las "fórmulas liberales absolutas" no son hoy en día defendidas ni aplicadas en ninguna parte del mundo; las que se aplican las "fórmulas liberales" neocapitalistas, entre las cuales las más liberales son las de esta "Revolución Argentina". Hasta *La Nación,* órgano de expresión de las más retrógrada oligarquía y defensora del más desenfrenado libertinaje decimonónico en materia económica, al elogiar férvidamente "la nueva orientación económica" reitera con piadoso "modernismo": "El famoso dejar hacer y dejar pasar de la escuela manchesteriana ya nada tiene que hacer". Lo que tiene en vista *La Nación* es que el Estado debe defender la propiedad privada y, frente a su desconocimiento por las formas que adopta la lucha sindical, desea que la policía esté alerta y vigilante. Pero cierta planificación nacional, indicativa y no compulsiva, las medidas de regulación por medio de la tasa de interés, los impuestos, los derechos aduaneros, etc., aparte de que no son novedad, ahora son imprescindibles para la economía de monopolios, pues éstos necesitan contar con los datos orientadores para el "cálculo económico", planes a largo plazo para la producción de mercancías, reposición de capital fijo, ampliaciones, etc. La anarquía de la competencia absoluta es una etapa que concluyó hace mucho y ahora toma otras características, propias del capitalismo en sus transformaciones actuales.

El intento más total para recrear la situación preperonista fue el del régimen de Aramburu, que intentó volver a un liberalismo que era utópico en virtud de los cambios producidos en nuestra economía. Pero deseamos hacer una cita de ese momento de crudo y confesado propósito de *laissez faire.* El ministro de Trabajo y Previsión, Migone, una hiena que hacía ostentación de la alegría con que se dedicaba a perseguir los sindicatos y hambrear a los obreros, manifestó que el gobierno se proponía

"restaurar las antiguas formas del Estado liberal, con la intervención del Estado sobre la moneda, el crédito y otros resortes financieros, *del modo como se había establecido desde el siglo pasado*". Como se ve, los resortes que el régimen actual se reserva no son una moderación del liberalismo sino el liberalismo tal como existe en sus modelos más ortodoxos.

Aunque no estamos ya en esa época en que cada cipayo era un espíritu ardiendo de alevosía revanchista, el neoliberalismo de hoy también busca suprimir las corruptelas que trababan el "normal" funcionamiento económico y, hasta donde pueda, mantener la paz social apelando al paternalismo frente a los trabajadores. No obstante, computadas las peculiaridades que distinguen a uno y otro período, las constantes que hemos apuntado en la política general del Estado argentino desde 1955 se observan perfectamente en el campo de la política económica.

El Plan Prebisch, con los correctivos que la realidad impuso, fue aplicado desde Lonardi al presente. Sus rubros principales eran: "Fuerte incentivo a la producción agropecuaria elevando apreciablemente los precios mediante el desplazamiento de los tipos de cambio" (o sea devaluación), "Restablecimiento del mercado libre de cambios", "Desarticulación progresiva del aparato de medidas intervencionistas", "Liquidación de empresas comerciales e industriales del Estado", "Eliminación progresiva del control de precios de los artículos de primera necesidad", "Eliminación progresiva de los subsidios a los precios" y "del control de cambios", "Contratación de empréstitos exteriores", "Desnacionalización de los depósitos bancarios", "Transformación del Banco Industrial en un banco autónomo de desarrollo". El general Lonardi (el 26/10/1955), declaraba que: "el gobierno cree conveniente y necesario el aporte del capital privado y público extranjero y de la técnica internacional para promover un vigoroso ritmo de desarrollo. Creemos en el sistema de libre empresa, que tanto ha contribuido al progreso de la civilización occidental, porque no es incompatible con una sana política económica del Estado".

He ahí, en sus grandes directrices, la política del régimen, de Lonardi a Onganía. La aprobación por decreto-ley del Plan Prebisch y la adopción de sus principales medidas, el Club de París, las bases de la política petrolera de concesiones, la adhesión al Fondo Monetario Internacional y al Banco Internacional bajo Aramburu; los convenios petroleros, el plan del FMI y los compromisos contraídos con él referentes

a nuestra política económica, la garantía a los inversores extranjeros, la estabilización", etc., bajo Frondizi; la "guerra relámpago" de Pinedo y las medidas de Alsogaray bajo Guido; la negociación con las empresas excontratistas de petróleo, la aceptación de los principios del FMI, los planes para atraer inversores, bajo el gobierno radical depuesto, son algunos de los hechos relevantes con que se fue concretando el "cambio de estructuras" después de la caída de Perón.

En cuanto a las consecuencias, están a la vista y las puede detallar cualquier obrero o su esposa. Las remuneraciones al trabajo que llegaron a constituir el 56,9% del producto interno durante la época peronista, bajaron rápidamente y llegaban al 45,9% en 1960, lo que significa que el ingreso de los trabajadores disminuyó para que aumentase el de los empresarios (dentro del sector empresario, se favoreció en gran medida a los terratenientes). El Plan de Estabilización y Desarrollo de Frondizi se basaba, como todos los similares, en producir una marcada alteración en la composición de los ingresos, de manera que los sectores empresarios aumentasen sus ganancias, se capitalizasen e invirtiesen en nuevos medios de producción. Ese es el principio de todos los proyectos de desarrollo hasta el presente.

Lo que, dentro de esa concepción, se propone el gobierno actual, es eliminar las desviaciones al libreempresismo que fueron produciéndose en la práctica; liberar los precios; suprimir los precios políticos (aumento de los servicios públicos, energía eléctrica, combustibles, los transportes) y facilitar el clima adecuado para que los inversionistas locales y extranjeros tengan aseguradas sus ganancias. Está en cualquier declaración de Aciel, de la Unión Industrial o entidades similares que denuncian el "colectivismo", "estatismo", etc. Las declaraciones de Alsogaray, que tanto revuelo causaron en los altos medios sindicales, no son más que la expresión de la pura y simple verdad. Los jerarcas sindicales no tienen por qué indignarse; si a ellos se les ocurrió que ésta es una revolución y que los objetivos del gobierno no son los de instaurar el liberalismo económico más absoluto, eso no va a cambiar la naturaleza del plan oficial ni las orientaciones fijadas.

Cuando el secretario general de la GGT, Francisco Prado, declara (28/7), que "Alsogaray no interpreta, a juicio de la CGT, el pensamiento nacional y, por lo tanto, el de la Revolución Argentina", expresa el pensamiento del grupo que encabezaba la tendencia más netamente oficialista de los nucleamientos representados en la central

obrera (así como Alonso cumple el mismo papel en el grupo disidente). Identificar al régimen militar con el pensamiento nacional es normal tratándose de uno de los dirigentes que, desde Luz y Fuerza, han luchado por un sindicalismo "puro", estrechamente conectado con el imperialismo norteamericano y que intenta repetir aquí la política sindical que la AFL-CIO cumple en Estados Unidos, aliadas del capitalismo yanqui y defensoras de su política imperialista. Amarillismo que —otras coincidencias aparte— resulta absurdo en un país cuya clase obrera no es copartícipe del despojo colonial sino víctima del mismo. Pero Luz y Fuerza, que no sufre los impactos de la crisis como el grueso de la clase, forma parte de una aristocracia obrera cuyos dirigentes están entregados al tradeunionismo más rastrero. Fue otro de sus representantes en la mesa directiva anterior de la CGT, Angeleri, el que maniobró para limitar los alcances del Plan de Lucha y últimamente para marginar a la central obrera, a instancias de la embajada yanki, de las movilizaciones en favor del pueblo dominicano.

Dentro de esta mentalidad y esta manera de entender los problemas de la clase trabajadora, es perfectamente comprensible que no tengan sino entusiasmo por el régimen militar, con cuyos organizadores ya estaban en los mejores términos desde hace tiempo. Lo que no tiene ni el menor atisbo de sentido común es la afirmación con respecto a Alsogaray, que también se hace en un comunicado del Sindicato de Luz y Fuerza: "La presentación de Alsogarav como el defensor de la libre empresa no condice con el documento oficial respecto a la futura línea económica. En todo caso, al menos en tal sentido no existe una definición aún…"

Las definiciones de Alsogaray *coinciden* con el documento oficial, como las citas que hemos hecho lo demuestran sin sombra de duda y luego ha ratificado Onganía. Alsogaray dijo otras cosas que posiblemente el gobierno no hubiese querido que fuesen expresadas con tanta crudeza (como los ataques al peronismo), pero en lo que se refiere al libre-empresismo, a la búsqueda de capital extranjero ofreciéndole las condiciones de estabilidad social, política y monetaria que éste exige, al cumplimiento de planes de estabilización y a la libre competencia, no hay una sola palabra que haya dicho Alsogaray que ya no estuviese *explícitamente, expresamente, categóricamente* esclarecida en los objetivos dados a conocer por el gobierno y en todo lo que ha sido permanente enunciación del pensamiento militar.

Hay el propósito oficial de "cambiar estructuras", pero para que el capitalismo funcione de acuerdo al ideal que tiene en cuenta la burguesía. Con eso esperan suprimir la crisis crónica, mientras descargan en las clases populares, en forma aún más despiadada, los costos del "saneamiento", que no se producirá, y el mayor enriquecimiento de los consorcios, que es lo permanente.

Las estructuras actuales producen ese estado permanente de crisis, mientras se va repitiendo un ciclo cuyos desajustes recaen sobre los trabajadores y los sectores de clase media con ingresos pequeños. Muy resumido, el mecanismo sería el siguiente: la necesidad de exportar obliga a estimular a los productores del agro y, en algunos casos, a ponerlos en condiciones de vender a precios que sean competitivos en el mercado mundial; entonces se devalúa el peso (es decir, los exportadores reciben mayor cantidad de pesos moneda nacional por cada dólar que obtienen de la venta en el extranjero). Eso modifica la estructura interna de precios, pues el sector exportador (en primer término los terratenientes y grandes intermediarios) reciben esa mayor cantidad de dinero y pueden comprar más cosas que antes; al mismo tiempo, como la parte principal de la producción agrícola-ganadera se consume internamente, suben los precios de los alimentos, materias primas, etc., es decir, de todo lo que la población urbana adquiere al campo (que vende a los nuevos precios del peso devaluado). Esta transferencia de poder de compra en perjuicio de la población urbana y en beneficio del campo se concentra principalmente en la clase propietaria porque la producción agropecuaria requiere menor proporción de mano de obra que la industria, y además, los salarios son más bajos, no hay servicios sociales ni indemnización por la ley de despido, etcétera.

De los costos de producción rural, sólo un pequeño porcentaje corresponde a salarios de manera que el beneficio no se distribuye en forma pareja sino que enriquece a los terratenientes A su vez, en la ciudad los precios suben, pero los empresarios no se perjudican en la misma proporción que los obreros, porque ellos cargan en el precio de venta el mayor costo de la materia prima y demás perjuicios de la desvalorización Se produce una "inflación de costos" en los productos industriales, es decir, baja el nivel de vida, hay menos compradores para los productos y las fábricas reducen la producción; pero como tienen que mantener los mismos gastos fijos, éstos se tienen que prorratear entre una cantidad menor de artículos, aumentando el precio por unidad:

hay suba de precios, inflación y sin embargo la gente no tiene dinero para comprar. Este proceso se encadena, pues la paralización o disminución de producción de un sector, al rebajar el poder de compra de sus trabajadores, origina la necesidad de bajar la producción en otros sectores para ponerla a nivel de la menor demanda, y así sucesivamente Esto no llega a los extremos que tenía en las épocas iniciales del capitalismo o en las épocas posteriores a la gran crisis del año 30. Los obreros de la ciudad luchan para recuperar su poder adquisitivo, los empresarios pelean por créditos para la reactivación y se va restableciendo el equilibrio. Los precios y salarios industriales se establecen buscando compensar la modificación producida; pero, para entonces y debido a ella, nuevamente se ha desajustado el precio internacional con respecto al interno; con la paridad fijada en relación a las monedas extranjeras ya no se compra la misma cantidad de cosas que antes y los exportadores piden otra devaluación para colocar sus productos, lo que entonces reinicia el proceso... En el principio y en el final de estos ciclos, está la devaluación. Generalmente, por la mitad aparece Alsogaray como bastonero económico y promete inviernos frígidos que nunca fallan y primaveras floridas que jamás llegan. Entre tanto, las fluctuaciones han ido beneficiando a los capitalistas y perjudicando a los trabajadores, tanto por los desajustes que demoran en superarse cuanto por el retraso permanente en que están los salarios con respecto al nivel del costo de vida. Contra esto, los remedios que nos proponen todos los "desarrollistas" tienen una misma base: el incentivo del lucro, asegurado por las reglas de la libre competencia y la libre empresa, hará que los empresarios expandan la producción y acumulen ganancias para reinvertirlas; como esa capitalización es insuficiente, se atraen los capitales extranjeros con un clima social tranquilo, una moneda estable que les permita hacer ganancias que no se desvaloricen, facilidades para remesar sus beneficios y amortizaciones, estímulos para que inviertan en los sectores claves, garantías del Estado para esos capitales que ingresan, etc. De esta manera, dicen, se reactiva la economía y adquiere un ritmo de crecimiento autosostenido que termina con el estancamiento del producto bruto, libera rubros de la balanza comercial por la sustitución de importaciones, y habiendo mayor riqueza y productividad todos se benefician, porque se aumentan los salarios y hay ocupación plena.

Ya se han visto los resultados de la política del régimen, que partía de esos mismos supuestos y que las fuerzas armadas han respaldado, al punto que en los planteos que

periódicamente le hacían a Frondizi y en las razones para voltearlo en 1962 no hay objeciones a su política económica, ni está ni estuvo en cuestión en ninguno de los conflictos intramilitares.

Los capitales extranjeros han venido; se ha producido un traspaso de ingresos del sector del trabajo al empresario que, según estimaciones de economistas burgueses, representaba hasta 1963 alrededor de 2.500 millones de dólares (400.000 millones de pesos valor de 1963, según la CGT); y se contrajo una deuda externa que llegaba a 4.000 millones de dólares. Pese a eso 2.500 millones de dólares que se extrajeron del ingreso de los trabajadores y los 4.000 millones que también paga el pueblo, la economía siguió en crisis. Los consorcios extranjeros y sus socios giraron sobre ganancias inmensas, los empresarios locales enviaron sus capitales al exterior y aumentaron aquí sus gastos suntuarios. Ahora nos dicen que esos sacrificios populares fueron en vano —cosa que sabíamos de sobra— pero se anuncia que para salvarnos hay que acentuar más aún esa misma política. Pues bien, el problema no es simplemente de mejor aplicación, o de reajustes de esa política. *Las estructuras que hay que cambiar son otras. No las estructuras del sistema, sino el sistema de estructuras.*

Que una política más de la burguesía se confunda con la revolución desde las direcciones de los organismos del proletariado sería increíble —aun si en lugar de este programa liberal con una capa de merengue paternalista se tratase de una política más planificada y dirigista— si no fuese que conocemos el nivel de conciencia de clase de esas burocracias. En un artículo firmado por José Alonso *(De Pie,* 19/7) se dice sobre el plan oficial que, aun con reparos, "queremos que se ponga en marcha con premura para romper la inercia en que nos encontramos"; y después de algunos consejos y generalidades, afirma: "Tenemos alguna autoridad para hacer esta afirmación. Hace dos años, cuando hablamos de cambio de estructura y ofrecimos como base de nuestra parte, fuimos incomprendidos y desde la derecha a la izquierda nos sacudieron con calificativos "motes" descalificando un esfuerzo creador. El correr del tiempo demostró que nuestro esfuerzo vanguardista no tuvo en cuenta las críticas de la mediocridad ni los riesgos".

Alonso se refiere a un engendro, del cual se repartieron alrededor de 80.000 ejemplares *(Hacia el cambio de estructuras)* publicado cuando él era secretario general de la CGT, que contenía las mismas tesis del "progresismo desarrollista" y presuponía una

política común de la burguesía y la clase obrera; felizmente, al ser tratado en el bloque de las "62" prevaleció el buen criterio de algunos dirigentes con mejor sentido de los intereses de su clase y fue a parar al archivo. Estaba dentro del espíritu de la declaración sobre "reforma agraria" que se votó en un congreso convocado por esa misma dirección de la CGT y que es un canto de amor a la propiedad privada mechado con dos o tres proposiciones inocuas. Todo de acuerdo con la orientación de los cursos de "capacitación" de la CGT, dirigidos por reaccionarios con barniz progresista y con el beneplácito y las becas del agregado obrero de la embajada de los EE.UU., que hace un tiempo pasó a ser un gran influyente en esa central del proletariado que conoció los días en que Perón decía "que maldito sea el que se une con los representantes del imperialismo (refiriéndose a Serafino Romualdi, que intentaba lo mismo que ahora que han conseguido sin resistencia) y Evita cometía permanente sacrilegio contra los ídolos tristes ante quienes ahora se busca sacrificar a la clase obrera.

Con esos y muchos otros antecedentes, casi cotidianos, que marcan el enfoque con que se encaran los problemas nacionales desde la cúspide del sindicalismo, no es demasiado sorprendente que, como es habitual, invoquen el nombre de la revolución en vano, confundiéndolo con la "Revolución Argentina". Estos dirigentes, y los engranajes que han introducido con las asesorías, los capacitadores, etc., son los que llenaban de optimismo a Thomas Mann, ex subsecretario del Departamento de Estado para nuestro continente y campeón de la "línea dura" del imperialismo, que manifestaba su conformidad por la comprensión que hallaba en muchos círculos militares, y agregaba: "en América Latina está aumentando el número de líderes obreros responsables". *(U.S. News and World Report,* 13/7/64).

Lo único que nos preocupa es que algún compañero pueda confundirse y crea que el peronismo tiene algo que ver con estos defensores de la ley escrita y de los ideales con respaldo armado.

Los burócratas están siempre a la pesca de cualquier frase o declaración de Perón que puedan utilizar para teñir de ortodoxia sus claudicaciones, pero ignoran los conceptos medulares de su pensamiento, mantenidos a través de los años como directrices del Movimiento, invariables y coherentes, que prevalecen sobre los momentos tácticos. Aquí es oportuno hacer algunas citas recientes que condensan ese pensamiento.

1) "Los que piensan que el problema social argentino puede solucionarse con un aumento progresivo de la renta en el término de diez años, se equivocan". 2) "Desde que la injusticia social ha dominado, venimos escuchando de boca de los que la disfrutan, la afirmación de que la justicia social sólo puede alcanzarse si se constituye una Nación económica poderosa y rica. Si no predominara el egoísmo en la sociedad actual esta afirmación podría ser efectivamente valedera, pero es que el *actual* sistema *capitalista* de explotación tiene y se observa que, excepto en la época del justicialismo, las etapas prósperas no lo han sido para los trabajadores sino para los empresarios y los parásitos que las usufructúan. Cuando más poderosa ha sido la economía, mayor ha sido la explotación".

3) "Es que una vez más el gobierno de la burguesía demuestra su fracaso evidenciando su incapacidad para gobernar lo inerte y su falta de dignidad y valores morales para conducir lo vital".

4) "Cuando se nos habla de "economía libre", de "libre empresa", de "libertad de comercio" no son sino creaciones insidiosas para evitar que los demás se defiendan, para penetrarlos y explotarlos".

5) "Ahora los capitalistas quieren convencer al pueblo de que hay que defender la *propiedad*, sin darse cuenta que el pueblo que no tiene acceso a ella no puede tener interés en defenderla. En cambio, la propiedad común es una solución para el que, de otra manera, no pude ni podrá nunca tener nada".

6) "La economía no es ni ha sido nunca libre: o se la dirige y controla por el Estado en beneficio del Pueblo o la manejan los grandes monopolios en perjuicio de la Nación".

7) "Las aparentes ayudas por empréstitos y aportes de capital no son sino otras formas de penetración que sirven de medios de expoliación y descapitalización. Los bancos extranjeros y los monopolios terminan por dominar, imponen finalmente sus exigencias económicas, políticas y sociales, ya sea directamente o por intermedio

de los "fondos monetarios internacionales" con lo que los países sometidos pasan a ser una colonia". Como se ve, "Onganía y Perón, un solo corazón". En la cabeza de los burócratas cualquier conciliación es posible. De noche sueñan que suman botas, sotanas y alpargatas, y que la cuenta les sale justa. Las desventuras de la utopía desarrollista.

La discusión sobre si la Argentina es o no un país "subdesarrollado", si corresponde buscarle alguna otra denominación técnica que tenga en cuenta su situación peculiar, con una serie de características que son propias de economías avanzadas (alto porcentaje de urbanización, hábitos de consumo de alta calidad, proletariado numeroso, poderosa industria de transformación, etc.) es ociosa. Sirve para que distinguidos economistas que vienen a explicar lo bueno que es el capitalismo y que todo es cuestión de que pongamos un poco de orden, halaguen a sus auditorios y les hagan ver que no nos consideran en un mismo nivel con la escoria de los países atrasados de Asia, África y América Latina. Esas diferencias existen; pero no significan que podamos considerarnos desligados de la suerte de los restantes países de América Latina y de los otros dos continentes atrasados; que Afganistán sea mucho más subdesarrollado que Argentina no es un argumento para que nos consideremos parte del grupo de naciones selectas de la "civilización occidental". Plantear las cosas así en base a comparaciones técnicas significa aislarnos, hacernos perder de vista nuestro común destino americano y ocultar que la *dependencia* es el factor determinante de cualquier caracterización y no las especificidades que nos distancian de las naciones que ocupan los peldaños inferiores de la evolución mundial.

Todos los programas de desarrollo burgueses parten de un presupuesto: el de que en los países subdesarrollados (o de desarrollo incompleto o como quieran llamar a la Argentina) se reproducen los procesos evolutivos que ya cumplieron los capitalismos adelantados. El subdesarrollo sería una infancia o una adolescencia desde la cual se pasará a la madurez; los capitales extranjeros, las inversiones en algunos sectores claves, etc., dan el impulso para iniciar el crecimiento, para entrar en una etapa cualitativamente diferente o para acelerarlo si su ritmo no es adecuado. *Ese presupuesto es falso.*

El subdesarrollo no es un fenómeno particular de cada país, sino parte de un pro-

ceso de alcance mundial producido por la expansión del capitalismo. El desarrollo es un grado de progreso alcanzado por algunas potencias de Europa, por los Estados Unidos, por Japón, que no se cumplió en el circuito cerrado de sus respectivas economías sino que al llegar al punto en que el aparato productivo superaba la capacidad de absorción del mercado nacional, se buscaba mercados más allá de las fronteras; en el mundo atrasado se obtenían materias primas baratas, se vendían artículos manufacturados y se colocaban los capitales excedentes que no eran suficientemente rentables cuando por saturación de la plaza deprimían la tasa de interés. En una palabra: el desarrollo de Inglaterra, Francia, Bélgica, Holanda, Alemania, Estados Unidos, *se realizó en función del subdesarrollo del mundo semicolonial y colonial,* cuya riqueza se llevaron por la colonización directa o por la succión de las relaciones entre economías desiguales. Ya hemos mencionado con relación a Inglaterra y la Argentina, los efectos de la dependencia sobre las formas de nuestro desarrollo. Además, lo que impulsó inicialmente al capitalismo en sus lugares de origen fue, en gran parte, la riqueza que extrajeron de otros continentes mediante la conquista, que dio gran parte de la base económica para realizar las transformaciones subsiguientes (lo que se llama "acumulación primitiva").

Pues bien, así como nuestra debilidad y deformación fueron resultado de que nuestro desenvolvimiento capitalista se iniciara con retraso y bajo el signo de la dependencia y de la metrópoli británica, también ahora el imperialismo está incrustado en el nudo de nuestra crisis. A través de los términos desfavorables de intercambio, remisión de ganancias de los monopolios, pagos diversos, etc., nos descapitalizamos en beneficio del imperialismo. Esta es la gran ausencia que encontraremos en todos los "desarrollismos": *ignoran el problema imperialista.* O, cuando lo mencionan, como el frigerismo, lo conciben sólo en las formas antiguas de la relación agro-importadora con Gran Bretaña y no en sus formas actuales de penetración norteamericana, que no se limita a despojarnos en la intermediación sino que participa del proceso de la producción y condiciona toda nuestra economía.

La ganancia imperialista se realiza ya sea instalando filiales de los consorcios en el país u obteniendo concesiones o facilidades para invertir en rubros de alto porcentaje de ganancia (petróleo, petroquímica química, acero), ya sea asociándose con capitales nacionales. Como el imperialismo norteamericano es integral (político, estratégico,

económico) lo vemos en todos los aspectos de la vida nacional, no sólo como influencia cultural sino como presencia directa. En caso de una economía "sana" donde jueguen sin restricción las normas de la libre competencia (aspiración que pasa por alto las formas monopolísticas del capitalismo moderno) las empresas que sobrevivirán serán las más eficientes, las que producen a más bajo costo, porque son extranjeras o están asociadas con el capital extranjero y desplazarán a las que carecen de instalaciones tan altamente tecnificadas. Son las que ahora extraen superganancias del "desarrollo combinado", es decir, de coexistir con empresas de muy inferior capacidad técnica con precios basados en costos de producción muy superiores a los del gran consorcio. Este es también el que puede proporcionar una situación más cómoda a sus obreros, de manera que se acentúan las diferencias dentro de la misma clase obrera.

Esta desaparición de las empresas atrasadas es una política que en los países capitalistas avanzados tiende a liquidar el "malthusianismo" industrial, que constituye una rémora mantenida por un empresariado parapetado detrás de barreras defensivas y en retraso con respecto a los adelantos de la técnica moderna, como fue característica clásica de la economía francesa. Ese propósito, que forma parte de la política del nuevo régimen argentino, traslada mecánicamente los problemas del "malthusianismo" a nuestra economía *prescindiendo de nuestra situación dependiente* y de las formas del atraso. Una *liquidación sin reemplazo,* tal como la que se produjo cuando la importación extranjera a partir de mediados del siglo XIX, que liquidó la producción artesanal del interior argentino, aumentará los desniveles internos y completará nuestra sujeción al dominio imperialista. Cuando en los países adelantados se liquidaron las formas feudales y artesanales, fueron reemplazadas por las formas de producción capitalista; en la Argentina no hubo trabajo para los desplazados del interior porque no había una industria que los absorbiera: "nuestras" industrias estaban en Inglaterra. Ahora, en última instancia se piensa en algo similar; se saneará la producción, pero no mediante un desarrollo armónico, sino eliminando, sin *reemplazo,* las unidades productivas inferiores. Una política de saneamiento sólo se concibe bajo una concepción diametralmente opuesta; no bajo la libre empresa y la ley de la jungla, sino dentro de una planificación donde el Estado dirija un proceso de modernización que contemple los intereses generales. Es decir, que el Estado tendría que comenzar por

ser otro, y no estar en manos de la burguesía.

Antes, la explotación imperialista se encontraba en la balanza de comercio (términos de intercambio) pero principalmente en el balance de pagos como salida de dividendos, amortizaciones, pagos de fletes y seguros, etc. La balanza comercial daba superávit pero la de pagos daba déficit. Ahora, una proporción importante se realiza por otros medios: pago de patentes, ayuda técnica, diferencias obtenidas por la venta de maquinarias, materias primas y demás elementos que deben comprarse en la metrópoli para abastecer las industrias que funciona aquí, en condiciones que permiten fijar arbitrariamente los precios, reinvertir ganancias para multiplicar la succión o transferir ganancias o pérdidas, según convenga, dentro de un circuito completo que cubra las etapas de la producción. No es necesario que una industria sea exclusivamente norteamericana: basta con que dependa de las compras en Estados Unidos de maquinaria, materias primas básicas y patentes. Es decir, que ese cáncer *está ahora dentro de las estructuras capitalistas argentinas, y son esas estructuras las que hay que cambiar.* De lo contrario, se aumentan los sacrificios para favorecer a la gran industria y a los terratenientes —que no son dos sectores separados tajantemente— y al imperialismo.

La diferencia entre países desarrollados y subdesarrollados, en lugar de disminuir como vaticinaron los economistas burgueses, ha ido en aumento. Los ricos son cada vez más ricos, no sólo en forma absoluta sino en relación con los pobres. Las relaciones de intercambio siguen siendo desfavorables para los exportadores de materias primas, subdesarrolladas, y por cada dólar que invierte el capitalismo, retira tres. Es fácil demostrar que el crecimiento necesario para que el Tercer Mundo alcance, dentro de muchísimos años, niveles de vida mínimamente decorosos, sin que haya 1500 millones de personas que pasen hambre como actualmente, requiere inversiones que están fuera de toda posibilidad. Para mantener los niveles presentes, es decir, para compensar el crecimiento demográfico, harían falta sumas que tampoco parece existir la menor chance de lograrlas; al contrario, los montos de "ayudas" e inversiones de los países desarrollados en las regiones atrasadas tienden a decrecer. No se ha cumplido ninguno de los cálculos que formularon los teóricos desarrollistas. Rostow, que escribió hace pocos años un libro que todos los economistas burgueses repetían que era mucho más importante para el mundo actual que el *Manifiesto Comunista* de

Marx y Engels, planteaba científicamente las etapas de la evolución económica, analizaba las condiciones del "despegue" hacia el desarrollo, etc. Uno de los cargos contra los estudiantes universitarios —muy recordado estos días por quienes justifican la intervención— es que armaron un escándalo y le impidieron dar una conferencia cuando estuvo en nuestro país; hicieron muy bien, porque el Sr. Rostow es uno de los colaboradores de la política imperialista de Johnson, y fue tratado como el enemigo del país y de América Latina que es. Pero lo que nadie se acordó de mencionar es que ningún país del mundo ha "despegado" ni está en vías de hacerlo.

En cuanto al modelo que siempre mencionaban los frigeristas para demostrar sus tesis era la India que *no se desarrolló* y perdió terreno.

No por eso han revisado sus posiciones, simplemente se han olvidado de mencionar a la India.

De cualquier manera, el caso Argentino no presenta las características que hemos mencionado para el Tercer Mundo en su conjunto, así que debe ser evaluado a partir de nuestra situación particular. Once años de desarrollismos no han servido para desarrollamos, ni tampoco ahora lo conseguiremos. Seguiremos sin ser un caso desesperado ni mucho menos, pero también sin alcanzar ese grado de evolución económica que nos anuncian. Y aquí no es cuestión de que nos apliquen el estilo de los empresarios, gobernantes y economistas del régimen, y nos hablen de fe en el país, confianza en nosotros mismos y demás generalidades. Ya hemos aclarado que en el país creemos, en el pueblo creemos; es en ellos que no creemos ni los computamos como factor de progreso sino todo lo contrario. Para atenernos al desarrollismo concretamente, aparte de las críticas que cada política nos merece, negamos en conjunto el desarrollismo en todas sus variantes.

El desarrollismo se apoya en una serie de *falacias:* la de que toda inversión equivale a desarrollo; la de que toda industria es factor de crecimiento autónomo; la de que las ganancias empresarias se transforman en inversiones; la de que el capital extranjero cumple la función de la "acumulación primitiva" con que contaron las potencias adelantadas.

Las "burguesías nacionales" ya no son contradictorias con el imperialismo (lo son, por cierto, algunos sectores de la burguesía, pero ya hemos dicho que carecen de peso y de vocación para encabezar e imponer una política nacional). Tratan de lograr un

aumento de ganancias o de ponerse a salvo asociándose con el imperialismo. De paso, necesitan estar al amparo de su poder bélico por temor a las insurgencias subversivas. Son parte del "occidentalismo cristiano" en lo político y estratégico y son parte del dominio económico del capital monopolista del imperio.

El problema sigue siendo insoluble para la economía burguesa de nuestro país. Tiene que encontrar sostén, plataforma económica a su industria, pues el que tiene ahora, la producción del agro, es insuficiente, y la capitalización nacional a través de las ganancias industriales también es imposible. Además, el círculo tiende a estrecharse, y nada más ridículo que ver a nuestros patriotas burgueses de Latinoamérica ir a reclamar mejores precios por nuestros productos de exportación. Primero, porque si niegan la existencia del imperialismo y adoran el fantoche de la libre competencia, no tienen por qué pretender que se les pague más de lo que determina el mercado. Luego, porque cuanto más "occidentales y cristianos" son, más ligados y protegidos por el poderío norteamericano se sienten, más gastos tiene ese gran gendarme de la contrarrevolución para mantener su dispositivo militar y de espionaje en todo el mundo, financiar sus guerras contra los pueblos que quieren liberarse como el de Vietnam o Venezuela, Guatemala, etc.: como Estados Unidos tiene un serio problema en su balance de pagos a raíz de todos sus gastos exteriores, que sólo en parte compensa con el saldo favorable de su balanza de comercio, a mayor unidad del "mundo libre", más necesidad tiene su líder de mantener los precios más bajos para los productos que adquiere en nuestros países.

La "Revolución Argentina" es, por consiguiente, una imposibilidad de la política burguesa, porque elimina del planteo al imperialismo que es factor clave y porque no son aptos los procedimientos que están a su alcance para desarrollar la economía armónicamente y de manera autosostenida. Y esto permite comprender mejor en qué consiste el "nuevo régimen" y cuál es la relación que tiene con el Movimiento peronista.

IV. EL SIGNIFICADO DE LA DESPOLITIZACIÓN

"Las fuerzas armadas se han convertido en instrumentos de control de la autoridad civil, pero no al servicio del país y sus instituciones, sino en beneficio de los intereses foráneos y de los monopolios imperialistas".

PERÓN

Ayudamemoria sobre el 17 de octubre

Según se nos dice, ha caído el sistema de la democracia liberal, que entorpecía la marcha del país con su parlamento, el régimen de partidos, etc. ¿Quién ha de llorarlo sino los liberales, que lo usufructuaban usurpando al peronismo proscripto? ¿Quién se puede lamentar de que haya sido derrocado el gobierno de la UCRP, salvo los propios afiliados de ese partido? En resumen, ¿cómo no hemos de recibir jubilosamente a un régimen que ha barrido a nuestros adversarios? ¿Y a quién va a tener que recurrir, necesariamente, sino a nosotros, que somos la antítesis de los partidos? Hay gente que encuentra irrefutable esta argumentación, pues cuenta con la ventaja de ser coincidente con los propios deseos y conveniencias.

Estos encadenamientos silogísticos son sólo aparentes, y tras ellos está la insustancialidad de los "dirigentes" que los propalan. Inducen a engaño a compañeros que los toman por racionalizaciones de la realidad, cuando son racionalizaciones del egoísmo y la defección. Les permiten a los burócratas aparecer en actitud combativa, a la sombra sin riesgos del poder militar omnímodo. Ofrecen un simulacro de lucha con enemigos que ya han sido puestos fuera de combate por las FF.AA. Es la versión heroica de la táctica habitual en ellos, que denuncian las injusticias pasadas y no las presentes, y eluden los adversarios poderosos para sólo atacar a los que no tienen la capacidad de represalia. En esto del régimen electoral y los partidos políticos, festejan una victoria falsa porque de esa manera se justifican como oficialistas. Ocultan el

significado y las consecuencias perjudiciales al peronismo para no asumir la responsabilidad de plantarse frente a un gobierno dispuesto a emplear la violencia.

En primer lugar, los que consideran un progreso la supresión de los partidos liberales son los mismos que nunca hicieron nada para diferenciar de ellos al peronismo. Reconocemos que en las efemérides, campañas electorales y otras ocasiones solemnes, desde la tribuna recordaban que "no somos un partido más", pero también que el resto del tiempo se lo pasaban tratando de mostrar al régimen que no éramos peligrosos y que no debía tratársenos como si fuésemos incapaces de convivir en la paz de las instituciones seculares. ¿Simple táctica? No, porque la conducta corroboraba esas declaraciones. Y cuando estos que bailan sobre la tumba de las instituciones políticas, repartieron entre ellos y sus paniaguados las representaciones parlamentarias, ¿en qué se notó la diferencia entre los cincuenta legisladores peronistas y los restantes? Hoy vienen con la novedad de que el parlamento no sirve para nada; esa es otra de las verdades fuera de contexto que se convierten en inexactitudes.

Al sumarse indiscriminadamente a la condenación del parlamento, demuestran la filiación burguesa de su pensamiento. Porque están haciendo el balance y dando el fallo desde la visión de las clases poseedoras, que han renunciado al parlamentarismo cuando dejó de servirles porque había cambiado el medio social. Es decir, emiten un juicio de valor sobre la *eficacia* de la institución legislativa, cuando debieran hacerlo desde la visión revolucionaria, que concibe formas *superiores* de integración y representación popular, pero mientras no llegue el momento en que puedan implantarse, aprecia las existentes de acuerdo a los intereses revolucionarios y no a los del orden burgués. *"La legalité nos tué"* (La legalidad nos mata) exclama el político reaccionario Odylon Barrat, cuando en Francia crecían las representaciones parlamentarias socialdemócratas. Y en Italia o España, cuando el sistema burgués no lograba estabilidad, apareció el fascismo para imponer el orden perdido.

Aquí, lo que correspondía al peronismo era ver su utilidad *revolucionaria,* no si era apto para dar soluciones que sabemos —y ellos debían saberlo— que no pueden ser más que paliativos mientras no se cambie de sociedad y las clases que controlan el Estado. No tenían por qué esperar que el parlamento sirviese; tenían que hacerlo servir, mucho más cuando se trataba de un movimiento proscripto, que se encontraba con

una tribuna de protesta y de denuncia. El parlamento, en las condiciones existentes, debió haber servido de mucho al peronismo: sus representantes tenían tribuna para impugnar, entonces sí, el régimen, denunciar sus mentiras y su esencia inhumana, las relaciones de explotación, la presencia del imperialismo en la economía, en nuestra política internacional, en los órganos de la defensa nacional. Excepciones honrosas aparte, ese bloque no hizo ningún ataque a fondo contra las causas de nuestros males, no se metió ni con el régimen ni con los dignatarios del régimen —salvo con aquellos que vio débiles—.

El gobierno de Perón, que contaba con la inmensa mayoría de la opinión, que era elegido en comicios libérrimos, que estaba haciendo una obra formidable para terminar con males crónicos, jamás fue "reconocido" por la oposición parlamentaria que carecía a su vez de representatividad, de autoridad moral y de razón. En cambio, los recientes parlamentarios peronistas no dejaban de hacerse presentes en ninguna oportunidad como aspirantes a integrarse en el régimen. Iban al Colón a demostrar que eran gente de mundo; votaron por los radicales para la presidencia de la Cámara de Diputados a cambio de ubicar algún figurón como vice. Presentaron una ley de amnistía donde se contemplaba minuciosamente todas las hipótesis posibles en que podía hallarse un militar enviado a retiro, pero no incluían a los civiles a pesar de que había presos políticos, la mayoría de ellos peronistas.

En el debate sobre Santo Domingo se cansaron de hacer profesión de fe anticomunista, lo cual no era más que una concesión al terrorismo ideológico, darle explicaciones a la reacción de que no nos desviamos de las "ideas comunes de la racionalidad". Se quedaron callados mientras el general Alsogaray, como jefe de la Gendarmería, les dio una versión a su antojo del caso de los guerrilleros de Salta, y enmudecieron no obstante tener en sus carpetas todas las constancias de las torturas infligidas a los sobrevivientes. Dejaron que uno de los integrantes del bloque "peronista" identificase como malos argentinos a los que plantean "la liberación nacional"; dando una demostración de reaccionarismo y de sumisión cipaya que sobrepasó ampliamente la del diputado conservador Joffré. ¿Para qué seguir?

Si el parlamento no es más que un engranaje del régimen, debieron utilizarlo como tribuna de denuncia, pero hicieron todo lo contrario, allí actuaron como personas "serias", buscando los puntos de acuerdo con los otros grupos, cumpliendo con

todos los formalismos como corresponde a repúblicos mesurados, centristas y bien educados, verdaderos baluartes contra el "extremismo". Eran pequeños "hombres de Estado", serios, responsables, respetables, sobre todo respetuosos. Antes no escupían en el suelo para no ser mal educados; ahora escupen lo que antes reverenciaron.

Es decir, ahora siguen respetando lo que más respetaron y se cuidaron entonces de homenajear, a los poseedores de la fuerza. No se les pasó por la cabeza que las declaraciones sobre "fronteras ideológicas" del general Onganía comprometían la soberanía nacional. Era un jefe militar, es decir pertenecía a algo que estaba por encima de toda crítica; el Ejército da golpes y toma el poder, y si no, tiene la palabra final en materia de vetos y decide quiénes son "potables" para las repartijas electoreras. Entonces le rindieron pleitesía, fueron exquisitos; y bastó que se produjese el incidente fronterizo con Chile para que el belicismo patriotero de la aristocracia argentina tuviese su eco en el grupo que teóricamente estaba en Diputados representando a la chusma. Y los que nunca pelearon por ninguna de las grandes causas de la masa peronista y del país, se transformaron en una legión de mambruses, henchidos de ardor guerrerista.

Mientras tanto, los destinatarios de esas sumisiones de los cortesanos entusiastas, ¿qué decían? Hablaban de "esa gesta —la del 16 de septiembre de 1955—, definitivamente incorporada a los fastos más gloriosos de la nacionalidad" (declaración de la Marina); "aquello —el peronismo— pasó y no volverá" (declaración de la Aeronáutica); "ese régimen, ese sistema ha concluido para siempre en el país" (declaración del Ejército).

Pero nuestros tribunos de la plebe se sobreponían a esas pequeñas rudezas castrenses y se proponían demostrar a los espadones que hacían mal en no deponer su desfavorable predisposición y sus ásperos modales. Encabezados por el diputado Niembro, compartían los palcos oficiales en las ceremonias militares e intercambiaban zalamerías con los altos mandos pretorianos, mientras las bandas, marcialmente, ponían la música de fondo deleitándose con los acordes de la *Marcha de la Libertad*. Pero eso no es lo principal de nuestra refutación. A cambio de la revelación falsa que ellos difunden sobre la "caída del régimen" y sobre el trascendental significado de que se haya puesto fin al sistema de partidos, nosotros vamos a darles un dato que sí es auténtico: *el régimen liberal de los partidos políticos no cayó el 28 de junio pasado: había caído el 17 de octubre de 1945*.

Sabemos que nos agradecerán la noticia. Ellos saben muy bien lo que pasó el 17 de octubre, y en sus discursos lo recuerdan transidos de emoción. Los hechos no son un secreto para nadie: el equilibrio de fuerzas dentro del Ejército se quebró en perjuicio del sector favorable al coronel Perón, éste renunció, la oligarquía se disponía a retomar los controles y las masas populares abandonaron el trabajo y confluyeron a la Plaza de Mayo reclamando —y obteniendo— la libertad del exsecretario de Trabajo y Previsión. Todo eso es exacto. Incluso todos saben que ese día hubo un vuelco en la política y que la clase trabajadora se convirtió en el actor fundamental de las cuestiones de poder. Sin embargo, las interpretaciones sobre el golpe reciente no hacen más que poner en descubierto todo lo que no han comprendido de aquella jornada. Es que la concepción de un burócrata —es decir, de un reformista, una mentalidad que piensa en términos que superan a los de la burguesía— se diferencia de una mentalidad, de una concepción revolucionaria, en que la primera sólo permite ver cosas y la segunda busca la *relación entre las cosas,* la conexión *íntima* que la crónica desconoce.

Y cuando el burócrata trata de cubrir su desnudez conceptual con la vehemencia de su adhesión incondicional al líder, se aleja aún más de la verdad; cuando concentra toda la dinámica del suceso en el líder, más lejos se halla, aunque parezca lo contrario, de estar compenetrado con él. Es un error de la misma índole que el de los extremistas de derecha, que llevan hasta el frenesí la exaltación del "caudillo" por el simple hecho de serlo, que buscan sumergirse en el vértigo de la fuerza concentrada en el hombre carismático porque al tiempo que se someten a una violencia que los atrae, se convierten en parte de esa violencia y la utilizan contra los enemigos prescindiendo de la racionalidad. Nada de eso tiene que ver con el 17 de octubre y con el papel de Perón. Porque el héroe revolucionario, el líder de masas, tiene una densidad de la que carece el demagogo o el caudillo que apela solamente a lo irracional de las multitudes para servirse de ellas. Hombres que momentáneamente fueron seguidos por las masas y que en nada las sirvieron, abundan en la historia. Hitler y Mussolini reunían también multitudes, no para movilizarlas en defensa de la libertad del hombre y de los pueblos sino para integrarlos en el orden capitalista, al conjunto de mitos fantasmagóricos. Esos hombres aparecen por influjo de determinadas circunstancias históricas, pero no para sobrepasar las contradicciones de una sociedad injusta sino

para afirmarla e integrar en ella a los pueblos durante un corto lapso. Pero el héroe del pueblo, el líder revolucionario, no es un fenómeno personal sobreimpuesto a la realidad que permite su surgimiento, sino un protagonista que *integra* esa realidad y expresa las fuerzas del crecimiento, las ansias de libertad de los oprimidos, la voluntad nacional de constituirse como comunidad soberana.

Entonces el héroe se carga de contenido, de belleza, de fuerza, porque en él se objetivan anhelos y ansias, aspiraciones multitudinarias que irrumpen cuando a determinadas condiciones históricas se une la voluntad de las clases y de la nación explotada.

Ese fue el papel de Perón en octubre de 1945, ésa su relación con el pueblo que demandó su libertad. No fue el agradecimiento por determinas mejoras lo que entonces se expresó en la movilización de masas; eso fue sólo parte de las motivaciones. Lo que ocurrió el 17 de octubre de 1945 fue la eclosión de la conciencia popular, que certeramente identificó su suerte con la del líder; en quien había encontrado el punto de confluencia de tantas voluntades dispersas, la voz que expresaba sus anhelos, el poder que los realizaría.

Perón había creado las condiciones desde la Secretaría de Trabajo para que una serie de fenómenos que se venían desarrollando en el país culminaran ese día como hecho político. El crecimiento de la clase trabajadora, tan importante que ya no era solamente un hecho cuantitativo sino cualitativo, cargaba de valencias de sentido social la presencia de esa masa. La montonera derrotada por el plomo de los civilizadores, el hijo de gringo proletarizado del régimen, la multitud que había asistido al entierro de Yrigoyen como ciudadanía impotente, ocupaba la ciudad —puerto de la oligarquía rapaz y parasitaria—. Ahora venían no como gauchos ni como votantes; venían como clase obrera, utilizando el medio de lucha de los proletarios: la paralización de actividades. Ya no eran “ciudadanos” de la democracia liberal sino seres concretos de carne y hueso, con su hambre, con su necesidad, con sus sueños, con sus cantos, con sus bombos.

El deterioro de las estructuras económicas y políticas había sido rápido, pero gradual. El 17 de octubre expuso la falencia del viejo orden y la caducidad de los partidos, sobrepasados por el proletariado, que de ahora en más buscaría las formas de combate adecuadas y directas. En ese momento saltó en pedazos el sistema de

la democracia formalista, con su mistificación de igualar como "ciudadanos" a seres humanos que eran explotadores o explotados.

Esa muchedumbre estaba compuesta en su mayor parte por hombres que, aunque no lo formulasen como noción expresa, *reasumían su personalidad,* hasta entonces seccionada por la dicotomía que hacía de ellos un ciudadano libre y un obrero esclavizado al capital. Sólo así, por la acción directa y colectiva, podían obtener reivindicaciones que ya no se pedían, se reclamaban, que ya no se confiaban a un utópico progresismo basado en la buena voluntad de las clases dominantes sino a la propia fuerza de los obreros.

El suceso escapaba a la capacidad de comprensión de nuestras clases dominantes. Escapaba también a la de los fascistas, que también lo vieron a través de una óptica europea, confundiendo el nacionalismo de un país semicolonial o dependiente, que es defensivo de sus valores morales y materiales, con el nacionalismo de las grandes naciones que se habían quedado sin una tajada adecuada en la repartija colonial. El nacionalismo peronista es popular y antiimperialista, solidario con los pueblos de los países oprimidos.

Las explicaciones que dieron los políticos y la prensa fueron disparatadas, y el llamado a comicios para febrero siguiente los llenó de entusiasmo; el desastre electoral los anonadó. En varias oportunidades Perón hizo llamados a la conciliación nacional, que era posible si sus adversarios admitían la representatividad del nuevo gobierno y se avenían a disputarle el poder por la sola vía de los enfrentamientos electorales. Se trataba de "integrar" a la oposición en un régimen que ampliaba el contenido democrático de las instituciones con la elección directa de presidente y senadores nacionales, sufragio femenino, voto de los suboficiales, respeto a los derechos cívicos. Pero los partidos de la Unión Democrática no admitían la legitimidad de un régimen que los desplazaba como representantes de la mayoría ciudadana que ellos consideraban que les correspondía por derecho divino, y en cambio limitaba el derecho de propiedad y las libertades de las empresas, atropellando los valores del mundo cultural-histórico al que pertenecían. La democracia burguesa que sólo había funcionado catorce años, y que volvía a funcionar (por vez final) se convertía en centro de una serie de equívocos. El gobierno se ajustaba a sus principios y exigía se le reconociese su título como expresión de la soberanía del pueblo; los opositores, en nombre de esos principios, se

negaban a reconocer la confrontación que les era desfavorable.

El 17 de octubre, analizado como algo más que mero episodio, no solamente deja sin fundamento lógico a los descubrimientos del "antiliberalismo" tardío, sino que destruye otras nociones igualmente erróneas. Tanto los que intentan diseminar la duda de si no podrá Onganía ser un nuevo Perón[4], como los que pretenden encontrar similitudes entre el fenómeno peronista y los fascismos, desconocen totalmente ese papel de Perón que acabamos de señalar. Olvidan lo fundamental: el fascismo es una política defensiva de un régimen capitalista amenazado por la revolución social, con la burguesía empavorecida por la disolución del orden, la posibilidad del caos. Pero en 1945, aquí no había ninguna burguesía amenazada, ninguna preocupación de las clases dominantes por la existencia de peligros para el orden establecido. Fue Perón el que coordinó las fuerzas sociales que se habían desarrollado sin que se advirtiese su magnitud, el que dio cohesión y contenido diferenciado a un movimiento de trabajadores.

En otras palabras, Perón no sacó de una galera al proletariado ni inventó las contradicciones: pero las hizo aflorar y dio formas orgánicas de enfrentamiento con la burguesía. Fue todo lo contrario de un líder fascista, porque no apareció para frenar a las masas rebeladas sino para plantear la rebeldía, no para apaciguar sino para *agitar*. De lo que más lo acusaron sus enemigos fue de "agitador", y él declaró que lo era y muy honrado de serlo. También allí está la clave del problema en sus aspectos psicológicos: el odio inextinguible de la oligarquía hacia el que desempeñó el papel de factor y símbolo de esa transición violenta hacia una dimensión nueva en la lucha por el poder.

---

4 En una de sus escapadas hacia lo esotérico, el comentarista Grondona explica que el gran error de Illia consistió en no comprender "que su misión era, en definitiva, viabilizar el encuentro del caudillo con la Nación". "La Nación y el caudillo se buscan entre mil crisis hasta que, para bien o para mal, celebran un misterioso matrimonio" (30/7). Si alguien cree que el Dr. Grondona se ha sumado a las huestes del retornismo, se equivoca: ese caudillo es Onganía, cuyo idilio con la República es lógico que Illia no haya facilitado porque ignoraría, como todos nosotros, que existía. Las "nupcias" misteriosas de esa pareja romántica se realizarán, suponemos, con todas las formalidades civiles y religiosas como corresponde a la alta respetabilidad del régimen; de cualquier manera, lo que vemos por ahora más se parece a una viola-ción cometida en banda.

El peronismo es incompatible con el régimen

Caído el gobierno peronista se desmanteló rápidamente la estructura económica, social y política. La vuelta al liberalismo económico, con algunas concesiones que hubo que hacer a la etapa histórica que vivimos, se cumplió. Pero en cambio, hubo inconvenientes insalvables para establecer el régimen de democracia política. Es que, como explicación del carácter mayoritario que tenía el régimen depuesto en 1955, se había seguido aplicando fórmulas europeas de interpretación: era un sistema "totalitario", que mediante la técnica de utilización de los resortes estatales manipulaba la opinión de las masas. Los gorilas "libertadores" llevaron su cretinismo hasta el punto de solicitar por vía del Ministerio de Relaciones Exteriores la legislación antifascista y antinazi para aplicarla al Movimiento caído. Pero he aquí que pasaba el tiempo, el peronismo no sólo no contaba con los resortes estatales sino que éstos funcionaban total y permanentemente en contra suya, tenía su jefe exiliado, sus dirigentes presos, los dirigentes sindicales proscriptos, sus símbolos, consignas y temas de propaganda prohibidos, sus bienes incautados y el decreto 4161 pendiente sobre la cabeza de cualquiera que hiciese proselitismo; y sin embargo seguía cohesionado y con su caudal básico —es decir, el de las clases trabajadoras— intacto. El "recuento globular" de la elección de constituyentes de 1957 dio el asombroso resultado de una mayoría de votos en blanco, y hubo que recurrir entonces a una elección presidencial que no dejase más libertad que la de optar por uno de los candidatos legalizados; el peronismo hizo triunfar al que se declaraba enemigo de la política de la dictadura militar. Pero, el gobierno electo fue rápidamente "persuadido" de que su permanencia dependía de que actuase como representante de los intereses de la minoría privilegiada. De ahí en adelante todo sigue siendo la misma historia de proscripciones, vetos, opciones, etcétera.

Y aunque Grondona y los profetas menores del nuevo orden hayan diseminado la teoría de que debe superarse el "falso conflicto" peronismo vs. antiperonismo, y los burgueses de alma bondadosa piensen que es una lástima que los argentinos estemos divididos porque sí cuando sería tan fácil que todos nos entendiéramos y nos dedicásemos a construir el gran país, etc. etc., *la verdad es que esa antinomia "peronismo-*

antiperonismo" es la forma concreta en que se da la lucha de de clases en este período de nuestro devenir. Por eso es que contra el peronismo se ejerció la violencia durante todo el tiempo, sea en la forma negativa de vedarle sus derechos, sea bajo las formas activas de la represión.

El multipartidismo se transformó en una competencia entre las fuerzas políticas que forman los sectores del régimen y la "democracia" en un libre juego de estos partidos oficiales, que no sólo no cuestionan el orden económico-social sino que, gracias a la proporcionalidad, se dividían los cargos representativos.

Pero claro que ese multipartidismo no expresaba los conflictos globales de nuestra sociedad, sino las parcialidades existentes en el bloque histórico formado por las clases agónicas pero poseedoras de la fuerza. El otro bloque estaba excluido, pero su presencia amenazaba a todos en conjunto e imprimía virulencia a esos enfrentamientos secundarios. Cuando hay proscripción mayoritaria, la Unión Democrática no necesita polarizarse y sus integrantes hacen resaltar las diferencias que los separan entre sí, que en ese circuito cerrado pierden su carácter relativo para convertirse en oposiciones absolutas.

Ese choque era por momentos de suma violencia, sin amenguar la sensación de transitoriedad de una política sin salidas. Las fórmulas salvadoras de cada grupo son celajes que se disuelven no bien entran en contacto con lo concreto. Alsogaray y Frigerio se pelean antes y después de la presidencia de Frondizi, pero ambos han sido colaboradores en puestos claves de ese presidente.

El peronismo complica la situación; es un codiciado capital electoral que ningún partido está dispuesto a permitir que el otro usufructúe en las opciones que se ofrecen; desde el gobierno, hay que buscar cómo eliminarlo, porque de le contrario, lo hacen los militares a costa de los eventuales detentadores del poder civil. Y las FF.AA. están, a su vez, interviniendo directa o indirectamente, atentas a cada circunstancia en que parece que el poder civil es impotente para contener a los partidarios de la "tiranía".

El Movimiento es la expresión de la crisis general del sistema burgués argentino, pues representa a las clases sociales cuyas reivindicaciones no pueden lograrse en el marco del institucionalismo actual. Si fuese como sus burócratas no crearía ningún problema, pero detrás de la mansedumbre de los dirigentes está ese peligro oscuro que por

instinto las clases dominantes saben que desbordará a los calígrafos que exhiben su dócil disposición desde los cargos políticos o sindicales. El régimen no puede *institucionalizarse* porque el peronismo obtendría el gobierno y aunque no formule ningún programa antiburgués, la obtención de satisfacciones mínimamente compatibles con las expectativas populares y las exigencias de autodeterminación que son consubstanciales a su masa llevarían a la alteración del orden social existente. *El régimen, entonces, tiene fuerza sólo para mantenerse,* a costa de transgredir los principios democráticos que invoca como razón de su existencia. *El peronismo, por su parte, jaquea el régimen, agudiza su crisis, le impide institucionalizarse, pero no tiene fuerza para suplantarlo,* cosa que solo será posible por métodos revolucionarios.

De ahí que la burocracia peronista, que por cierto no cayó del cielo y responde a déficits de nuestro Movimiento (que hemos señalado en trabajos autocríticos y aquí no vienen al caso) representa al Movimiento en su más bajo nivel pues *como estructura del nucleamiento de la masa popular* —política, administrativa, sindical, etc.— *el peronismo oficial siempre ha estado muy por debajo de su calidad como movimiento de masas.* El espontaneísmo ha sido lo que le ha deparado sus grandes jornadas triunfales, pero las condiciones exigen hace tiempo que dé *el paso de la rebeldía a la revolución* y para eso necesita la política que oriente sus acciones dentro de una estrategia global, a partir de concepciones teóricas que superen al reformismo, al burocratismo y a la improvisación.

Las transformaciones que han tenido lugar desde 1945 han cambiado el carácter del fraude como sistema para gobernar; antes se hacía fraude el día del comicio y los perjudicados no tenían más remedio que esperar hasta las próximas elecciones —en que les volvían a impedir que votasen—. Pero, por la forma en que ahora se da la lucha de clases, éste no es un fraude entre partidos burgueses, sino que es el fraude que le hace un régimen clasista a la mayoría compuesta principalmente por los trabajadores; la lucha es permanente, cotidiana y en todos los niveles de la actividad.

Ahora bien, el procedimiento inicial del gorilismo era efectivo a corto plazo, pero requería la violencia continua y cada vez en mayor intensidad, transformando al régimen en una rudimentaria tiranía ejercida por las fuerzas armadas. Pasada esa fase, el régimen buscó la "normalidad", mediante la "integración" del peronismo. Desmentida la tesis que éramos una multitudinaria acumulación de papanatas encandilados

por los trucos que hacia Perón con el aparato del Estado, se procuró que aceptásemos ser absorbidos hacia una coparticipación marginal del poder, como parte de un frentismo en que nos resignábamos a las posiciones secundarias en el aparato político del Estado. Las direcciones burocráticas no tenían otra política de poder que ese electoralismo o la de servir como fuerza de apoyo a los diversos intentos golpistas que fueron configurándose. El *golpismo y el electoralismo con candidatos "potables" y visto bueno militar no eran vías antagónicas sino dos hipótesis de un mismo planteo,* que implica la renuncia del peronismo a su razón de ser como instrumento de las fuerzas trabajadoras para la conquista del poder. Lo que calificarnos como "dirección burocrática" es, precisamente, la imposibilidad de superar esa alternativa porque opera con los mismos valores y preceptos del régimen con el cual estamos enfrentados. Ambos términos de la alternativa —golpismo y electoralismo pitagórico— son igualmente suicidas, *el peronismo,* incapaz *de traducir su número en fuerza, presta el número a los que detentan la fuerza, subordinándose a sus designios.* Con lo que se acepta, tácitamente, la proscripción del peronismo; es decir, se pacta sacrificando las necesidades y anhelos de nuestro pueblo, que necesita tomar *directamente* el poder. Esto no siempre estaba inspirado por la traición o la venalidad. Resulta de un déficit de conducción, de metodología, de comprensión teórica de la realidad nacional. *Somos incompatibles con el régimen,* de manera que esas tácticas oportunistas no podrán cumplir con el designio de incorporarnos a él; a lo sumo le daríamos una prórroga, pero a costa de declinar nuestro papel como expresión política de las masas. Que la burocracia ignore los antagonismos fundamentales de la sociedad argentina actual y se desplace hacia los conflictos secundarios entre las fuerzas del régimen no significa que también va a desplazar contradicciones que son parte de la realidad objetiva y que sólo momentáneamente pueden dejar de repercutir en la práctica de la clase trabajadora.

Aunque exista la predisposición de los jerarcas a llevarnos al sacrificio como parte de algún esquema para reanimar los fuegos mortecinos del Estado de Derecho, esas creaciones del pensamiento no sustituyen los términos reales de los antagonismos que sacuden al país.

Aunque el frondizismo periódicamente renovaba sus planteos "integracionistas" aunque fuese por la vía tangencial de Frigerio, se trataba de una maniobra opor-

tunista, de una treta para captar algún electorado peronista en alguna encrucijada electoral; desde el momento en que el gobierno cambió su programa, junto con la demostración de la incapacidad de toda política popular y antiimperialista dirigida por la burguesía quedó cerrada la viabilidad de un frente con el movimiento de de masas, que sólo podía ser factible en torno a un acuerdo sobre realizaciones políticas concretas. Frondizi, al errar los cálculos electorales, fracasó también como gobernante civil de la conjunción antiperonista y fue defenestrado. A partir del encontronazo entre los bandos militares en setiembre de 1962 se intentó, por parte de los azules, evolucionar hacia una salida que permitiese detener el desgaste de las fuerzas armadas por su permanente actividad política y evitar los peligros del "giro a la izquierda" que había penetrado en las masas peronistas "como un cuchillo en la manteca". Claro que no mediante la restitución al peronismo de la paridad con los otros agrupamientos políticos, sino condicionado en forma que no ofreciese peligrosidad.

Este propósito explica la maraña de esos diez meses, con el Comunicado 150 y la serie posterior de comunicados, cada uno de los cuales modificaba, dejaba sin efecto y finalmente restablecía el anterior; con sus cambios ministeriales, con las tesis bizantinas sobre la legalidad de los "justicialistas" y la ilegitimidad de los "peronistas". El hilo conductor estaba en la necesidad de conciliar objetivos e intereses antagónicos: por un lado obtener la aceptación del peronismo para elecciones en las que virtualmente quedaba marginado; por otro, conseguir que las masas abriesen crédito a una política dirigida contra ellas. El llamado Frente Nacional y Popular, de triste memoria, fue el instrumento con que se intentó traducir prácticamente una política pero sin poder abogar por otra opuesta en su reemplazo; para que aceptase como fatalidad que le estaba cerrado el camino del poder y renunciase a plantear un programa propio. Era un equilibrio con demasiados elementos, una filigrana que requería tiempos más apacibles y una masa menos alborotada. La proscripción final fue una infamia, aunque en cierto modo quedó cancelada porque el Frente también lo era. Los promotores frentistas actuaron como si estuvieran ante una lucha electoral pura y simple; el general Osiris Villegas, desde el Ministerio del Interior, llevaba a cabo una verdadera campaña militar, y aunque no por las anticipaciones de sus jugadas estratégicas sino por la concentración de la violencia, logró sus objetivos. Por otra parte, no tenía enfrente guerrilleros políticos demasiado peligrosos.

El radicalismo del pueblo tampoco halló el expediente milagroso, y la autosugestión sobre el carácter históricamente providencial de su advenimiento le llevó a ignorar su verdadero papel de componente de una coalición y a actuar como depositario exclusivo de un poder que abarcaba mucho más terreno que la franja de cargos políticos del Estado. Por lo demás, el hecho mismo de su elección fue el síntoma del agotamiento de las posibilidades integradoras de la juridicidad constitucional.

Si el régimen es una hidra de muchas cabezas, la oposición aparece también en las más diversas formas y lugares de resistencia, canalizar las rebeldías hacia el plano exclusivamente político-partidista, donde pueden ser fácilmente controlados. *Había que "despolitizar"*.

Se les prohibió a los sindicatos hacer política, se los conminó a circunscribirse en su "específica" esfera gremial. Se utilizaron los engranajes del Ministerio de Trabajo para dejar sin recursos a la CGT, para quitar personerías y ejercer presión sobre las direcciones sindicales: interventores-contables, ayuda a las listas opositoras, amenazas insinuadas a los dirigentes de quienes se conocían manejos turbios y que compraron su impunidad con el apoliticismo, reglamentación de la ley de Asociaciones Profesionales, maniobras divisionistas con los amarillos Independientes.

La Universidad y los solemnes defensores del orden

La Universidad se convirtió en otro gran objetivo de la "despolitización" y tema central de la agitación reaccionaria. Todos los que están prendidos a alguna de las mil tetas del imperialismo se unieron a la gritería contra la infiltración "castro-comunista". La extrema derecha "nacionalista", el clericalismo arcaico, la legión de cruzados anticomunistas que se hacen cargo de las formas más viles de la delación y desparraman los argumentos recogidos en los bajos de la propaganda yanki, se unieron para dar la alarma como si en los claustros se estuviese preparando la proclamación de la república de los soviets. Las listas de personas, entidades y nucleamientos son las mismas que aparecieron en 1955 para infamar al peronismo y cada tanto se hacen presentes incitando a nuestro exterminio.

A este coro, que el Ministerio del Interior llama "clamor de la opinión pública"

cuando no es más que la voz del cipayaje amplificada por los medios de difusión, se han unido algunos burócratas peronistas. De paso que halagan a los militares pidiéndoles lo que éstos desean que se les pida, refuerzan la equiparación de la situación presente con las que se le presentaron al peronismo utilizando otra falsa analogía: como en 1945 y 1955, la resistencia a la "revolución" tiene su centro en la Universidad, que siempre está a espaldas del país y defendiendo intereses contrarios a los de la masa popular.

El planteo es una de las maniobras con que buscan engañar a nuestras bases, pero llevada a extremos que demuestra que con lo único que son férreamente consecuentes es con el indecoro. Requiere, además de desprecio por el pueblo, una estólida mediocridad que les permite exhibir su oportunismo de menor cuantía sin ningún resto de pudor inhibitorio.

"Lo que no se puede aceptar es que la Universidad no haya luchado por integrarse en el medio, en vez de buscar separarse de él enarbolando el signo equívoco y desquiciante de la autonomía"; "Al ponerse punto final al régimen liberal se ha quebrado uno de los términos de la fórmula Universidad autónoma igual a liberalismo ineficiente"; "La Universidad se ha quedado de pronto sin argumentos para permanecer al margen de la comunidad". Esas son algunas de las frases que resultan antológicas porque no provienen de algún fanático cavernícola sino del periódico "peronista" *De Pie* que anuncia: "El fin primero del gran cambio argentino procura reunir a todos los sectores sanos del país" (sí, dice "sanos", como el almirante Varela, monseñor Caggiano, *La Nación,* etc.) y anuncia el fin de ese reducto de indisciplinas y rebeldía. Desde la alta cátedra de su apostolado cívico, otra figura consular de la república, el doctor Raúl Matera, ha confirmado que la Patria exige el holocausto de esta Universidad escandalosa y les ha pedido a los militares que arrasen ese antro de iniquidad enquistado dentro de esta Nación que sólo necesita tranquilidad para ser feliz bajo la conducción de los jefes del Ejército, mientras los gremialistas y los políticos respetuosos de la respetabilidad los acompañan marchando al compás de las fanfarrias marciales. Aunque haya que contradecir a los confidentes de la historia, vamos a poner algunas cosas en claro. La historia no va al ritmo del pensamiento de los burócratas; no está paralizada sino que es un proceso continuo donde nadie permanece inmutable. La Universidad tenía muchas fallas, puesto que no podía escapar a las deformaciones del

conjunto de un país dependiente. Acción Revolucionaria Peronista ha expresado su repudio a las rémoras del condicionamiento cultural del liberalismo, la penetración imperialista a través de subsidios de empresas y universidades norteamericanas y del cientificismo. No teníamos ningún excesivo entusiasmo por ella. Pero con todo no era ni es la Universidad de 1945 ó 1955. Si la consideramos en retardo con respecto a nuestras concepciones revolucionarias, no por eso desconocemos que en muchos aspectos es un centro avanzado científica y culturalmente, y por supuesto que en comparación con sus impugnadores está a distancias siderales de avance.

Pero sobre todo, el estudiantado no es el mismo de hace diez años, y así como la sobrevivencia del peronismo señala la descomposición del régimen, ese fenómeno no ha pasado inadvertido para una gran masa de estudiantes, que no están aprisionados por las alienaciones de la cultura liberal. *Esa evolución es la que preocupa* a *las fuerzas reaccionarias* que nunca se preocuparon cuando reinaba omnímodo el liberalismo, destruido ahora críticamente por las constancias de la realidad en que vivimos.

Lo que desata la campaña antiuniversitaria no es una actitud "al margen de la comunidad" sino la protesta universitaria contra el imperialismo y los privilegios económicos.

La actitud de una juventud que ha abandonado el antiperonismo de las generaciones anteriores y en lugar de las viejas declaraciones sobre una mítica unidad obrero-estudiantil ahora se une a las causas que defienden los trabajadores; que se ha movilizado junto con ellos por la causa de la República Dominicana, que recibe con sus aulas llenas a los obreros de la FOTIA y colabora con su lucha, que está buscando la coincidencia con las masas populares, a veces con acierto, otras más torpemente, pero siempre con el espíritu de no aislarse del pueblo, eso es lo que verdaderamente preocupa a la reacción.

Las nuevas corrientes han penetrado en el estudiantado y las divisiones que antes existían en su seno han perdido vigencia para dar lugar a otros alineamientos en torno a las cuestiones de fondo de la Nación y de los pueblos de los continentes colonizados; por encima de los agrupamientos que dirimen la política universitaria, los grandes asuntos unen a marxistas independientes, católicos, peronistas revolucionarios, comunistas, etcétera.

En momentos en que el régimen monopoliza la prensa, la radio, la televisión, que las consignas del imperialismo nos llueven desde todas las estructuras del poder

estatal y civil, la Universidad quedaba como uno de los pocos lugares donde todavía se discutían los problemas y se quebraba ese monólogo corrompido y antinacional del pensamiento uniformado.

Con el transcurso del tiempo, las nuevas situaciones son resultados y causa al mismo tiempo de deslizamientos de las fuerzas que actúan en la sociedad; algunos, como los jerarcas burocráticos, retroceden al quedar cristalizados en categorías caducas del pensamiento político, otras se unen a la corriente de la superación y el avance.

Mientras los estudiantes fueron la fuerza de choque de la Unión Democrática, la reacción estaba encantada con la política en la Universidad y se deshacía en lamentos y acusaciones cuando se intentaba trabarla en cualquier forma; en cambio ahora, esos mismos intereses son los que apoyan la intervención y declaran que "a la Universidad se va a estudiar". ¿Acaso eso no está a la vista de los que escriben artículos supuestamente "peronistas"? ¿Por qué no dicen nada del cambio de posición de la oligarquía, que ya no considera a la Universidad como su feudo y por eso quiere terminar con ese foco de discordancia que aún queda? ¿Pretenden desconocer que cuando Frondizi completó la entrega al imperialismo —junto con los contratos petroleros, los arreglos con Bemberg y con el resto de las concesiones— iba incluida la "enseñanza libre", para que en institutos privados se pueda formar la "élite dirigente" sin contaminaciones de ideas revolucionarias? *Es que una verdad de 1945 ó 1955 puede ser una falsedad de 1966, como ésta?*

En el artículo de *De Pie* se alude a la penetración imperialista y al plan Chapman "para poner a las más importantes casas de estudios al servicio de intereses foráneos, que con sus becas y fundaciones sostienen aun hoy a los técnicos que se preparan para atender las empresas que son sucursales de los monopolios". Como de costumbre, el antiimperialismo aparece para cubrir las posiciones entreguistas: a) No se dice que son los alumnos los que más han agitado ese problema y han resistido esas formas de penetración; es precisamente el estudiantado al que se quiere alejar de toda participación en el manejo de las universidades; b) ¿No recuerdan los disturbios estudiantiles que hubo en la Universidad del Sur cuando el rector quería aceptar —e impuso su criterio al Consejo— una contribución extranjera? Ese rector, Aziz Ur Rahman, es uno de los que ha aceptado seguir como interventores en representación del P. E. y ha sancionado a los militantes de las agrupaciones estudiantiles; c) Con la mención del

plan Chapman, etcétera, se simula apuntar contra el imperialismo, pero en realidad se apunta contra la Universidad y especialmente contra las fuerzas antiimperialistas que actúan en su seno. Porque es extraño que esto preocupe a los que aceptan que los obreros que siguen los cursos de capacitación de la CGT, orientados por los reaccionarios del CIAS; vayan becados a Puerto Rico o EE.UU. para ser adiestrados por los amarillos de la AFL-CIO norteamericana, que colaboran sin reservas con la política imperialista de su país; d) porque si esto los escandaliza, podrían haber mencionado el convenio de armamentos de las FF. AA. con el Pentágono, las maniobras conjuntas, el plan Unitas, el Pacto del Atlántico Sur, los pactos y acuerdos de defensa interamericana que nos convierten en satélites de la estrategia militar yanki. De eso ni una palabra. Al contrario, los que propugnan esa política de total sumisión a los EE.UU. — y lo hacen sin tapujos— son los que van a "nacionalizar" la Universidad, según los jerarcas que dictan lección desde los periódicos semi letrados y seudo populares; e) porque no es por ninguna posición proimperialista que se pide su intervención, sino por todo lo contrario, como bien lo saben los que escriben *De Pie,* el doctor Matera y los "unitarios" de la CGT, que cuan de los estudiantes les pidieron apoyo se hicieron los sordos o, en lugar de unirse a ellos, víctimas en ese momento de una agresión evidente, sacaron a relucir argumentos pretendidamente profundos y "concepciones" sobre los objetivos últimos de una abstracta política universitaria, que no era otra cosa que maniobras para eludir un pronunciamiento. En esto, como en los temas antes tratados, la palabra oficial es perfectamente clara. Son los que no quieren entenderla quienes atribuyen al gobierno intenciones que no tiene.

El ministro del Interior, en su comunicado sobre el problema universitario, declara que la actitud del P. E. está motivada en las denuncias sobre actividades de organizaciones estudiantiles y autoridades universitarias: "Unas y otras se han constituido reiteradamente en elementos de alteración del orden público y se han mezclado con llamativa frecuencia en problemas totalmente ajenos al fin de la institución. La guerra en Vietnam y la situación en Santo Domingo, los guerrilleros de Salta, el debate del presupuesto universitario, verbigracia, han constituido pretextos para el apartamiento de los estudiantes universitarios de la función que les es propia, que no es otra que la de cultivar su inteligencia y formar su personalidad para una irrenunciable empresa de bien público".

No se puede pedir mayor acumulación de lugares comunes y contrasentidos, que son de esperar de un gobierno formado por católicos-conservadores y conservadores-católicos, anacrónicos e impenetrables a todo hálito renovador —ni siquiera al que les llega de su propia iglesia, que para ellos es otra imagen congelada en los glaciares eternos del pensamiento autoritario, solemne, patriarcal, inmóvil, que conjuga perfectamente el liberalismo con lo feudal, en una cuidadosa selección de lo peor que tiene uno y otro sistema. El gobierno entiende que la guerra de Vietnam es ajena a la institución, como si no fuese un problema que conmueve a todo el mundo; y que además nos afecta directamente, porque según dicen, formamos parte del bando agresor occidentalista cristiano, y el experto en estos temas, general Osiris Villegas, lo expresa categóricamente: "Somos protagonistas de una guerra de características nunca vistas y de alcance universal a la que nadie podrá sustraerse". ¿Dónde está el "aislamiento" que imputa el señor Alonso para *pedir una intervención que todo el mundo sabía que se enviaría para imponer ese aislamiento?* Santo Domingo tampoco le parece que sea materia que deba inquietar a los universitarios, ni el presupuesto de sus casas de estudio. Para el P.E. *los estudiantes deben "cultivar su inteligencia" pero no emplearla para nada que sea importante,* para ninguno de los dramas que afectan al país y al mundo, sino para enclaustrarse a resolver problemas teóricos y "prepararse para una irrenunciable empresa de bien común". ¿Cuál, la libre empresa? ¿Para el papel de los técnicos "despolitizados" que son los zombies que mejor sirven a los consorcios? Pero no hay que desmayar; si uno se mantiene suficientemente aislado, si no se entera de nada de lo que pasa, si se desentiende del mundo, del país y de las angustias de los hombres, entonces hay muchas probabilidades de que algún día aparezca la "revolución" de los no políticos y lo hagan ministro del Interior. Hay porvenires mejores.

Mientras la jauría estaba lanzada sobre la Universidad por considerarla sobrepolitizada, los jerarcas peronistas, impávidos, se unen al ataque, pero contra la "universidad liberal", que está "al margen de la comunidad". Esta contradicción es sólo aparente: la universidad está al margen de la comunidad de gente "sana", la que no quiere "desórdenes".

El consejero universitario que venía actuando como cabecilla del núcleo más reaccionario, antiperonista y enemigo de las posiciones populares, el doctor Risolía, conservador, es ahora miembro de la Corte Suprema del régimen militar. Correli-

gionario, por lo tanto, de los señores Prado, Alonso, Izetta, Vandor, March, Matera. Como Alsogaray; o el coronel Schettini, que en 1956 nos perseguía desde Coordinación Policial; como el capitán Green, ex jefe de policía y que conquistó gloria militar cuando, osado tripulante de un "carrier", destruyó el busto de Evita. Como el general Imaz, que desde el Estado Mayor "leal" hizo ganar a las tropas rebeldes de Lonardi. Como el ex juez de la "Revolución Libertadora", doctor Botet, abogado de Agar-Cross y de empresas petroleras que condenó por "traidores a la Patria" a todos los legisladores peronistas, elegidos por el pueblo, y ahora, como mandatario de los espadones, va a "limpiar" la Universidad.

Véase la lista de los funcionarios del gobierno "apolítico": repúblicos deteriorados por la polilla, una lista de los figurones políticos de los años 30 o sus hijos, que no han abandonado su conservadorismo reaccionario, "libertadores" de 1955 1958. Otros son viejos, dirigentes del régimen conservador como el ingeniero Butty, César Bustos). Todos se parecen a ese personaje de una obra de Colette, que "tenía 74 años, pero representaba más". Pregúntenles a todos esos correligionarios si hay que intervenir la Universidad; todos dirán que sí. Porque no es, repetimos, por lo que permanece inmodificado que se la persigue, sino porque era uno de los últimos lugares que quedaba donde había discusión, enjuiciamiento, desorden si se quiere, y no nos parece mal, porque en este país, lo que sobra es orden, reverencia, etiqueta, acatamiento, ritual, ceremonia, el peso de tanto hombre dócil, de tanto conformista, de tantos cínicos de menor cuantía, de tantos payasos solemnes. Ese medio humano es lo que viene a extender la "revolución".

Y ahora, los respetuosos "nacionalistas", liberales, beatos, rotarianos, empresarios, gerentes del imperialismo, "dirigentes obreros" y peronistas burgueses han encontrado que sólo tenían, en realidad, unos pocos enemigos: la Universidad, la izquierda, los "extremistas de izquierda". Sacando a éstos, desaparecía el problema. Todo los separaba, pero Onganía los une.

En el caso de los "peronistas"que apoyan la intervención de la Universidad, o la consienten en silencio, ya hace tiempo que formaban parte de la "unión sagrada" que existe virtualmente y empieza a funcionar cada vez que hay ganancias políticas posibles sin necesidad de correr riesgos. "Nuestros" gremialistas y los materas se mueven en las aguas cenagosas y poco profundas donde se congregan los dirigentes

del “cambio de estructuras” sin tocar más que las estructuras de la lógica, aliados con patrones y gerentes; pretendientes a la “revolución” a precio módico por común acuerdo de todos y sin quebrar ninguna regla de convivencia entre caballeros. De esa blanda parcería hace mucho que el Dr. Matera es una figura de máxima importancia, el candidato de transacción, siempre listo para llevar al peronismo a la integración con la burguesía y con los poderes hemisféricos. No importa que el primer carnero del rebaño siga siendo tan carnero como los que van detrás. El Dr. Matera, desde la dirección del Movimiento se especializó en ofrecer la paz a los opresores, en escribirles misivas explicando que no hay diferencias, que lo mismo da el explotador que el explotado, el torturador que el torturado. ¿No somos todos ciudadanos de un mismo país? Lo malo es que se ofrecía para ser el primero de un rebaño que no existía, como bien lo sabían los propios militares. Antes agitaba la bandera de la tregua y quería hacerle creer a la masa que era una espada de combate. Ahora las espadas y las banderas se han unido, adjudicándose pontificados para los que no han sido ungidos. Los militares pondrán la violencia. El Dr. Matera y sus similares pondrán el toque populista, la ideología errátil, la filosofía de lo superfluo. Se otorgarán mutuamente condecoraciones por batallas en que no han combatido, se felicitarán por haber ganado guerras que nunca tuvieron lugar. La parálisis escolástica es el mundo feliz de la gente “sana”.

Pero la Universidad era, desde antes del golpe, un objetivo de la “despolitización”. Era uno de los recursos para la defensa del sistema. Despolitizadas las agrupaciones obreras, despolitizada la Universidad, despolitizada toda forma civil de protesta colectiva so pretexto de que contrariaba el “occidentalismo cristiano”, los únicos que podían hacer política eran los empresarios, la prensa comercial, los reaccionarios de todo calibre y procedencia: el régimen. Y, después se despolitizaban las elecciones porque los intereses populares no podían participar más que votando por las opciones —todas más o menos iguales—. No se crea que esto es demasiado original; es una tendencia que fomentan todas las clases gobernantes, aun en las democracias que funcionan sin mayores trampas. Aquí lo único diferencial era la violencia. El famoso profesor Duverger, nada comunista por cierto, analiza el fenómeno y condensa: “Toda despolitización favorece al *statu quo*”.

Pero esa tarea no estaba al alcance del gobierno radical del pueblo. Los partidos

tradicionales y la flora anémica que apareció aprovechando el atraco setembrino de 1955 forman un *bloque donde faltaba* un *elemento unificador: las FF.AA. desempeñaban esa función*. Eso no era un fenómeno que se originase en la superestructura política, sino una repercusión de la mayor complejidad de la economía argentina. Hasta 1943, la oligarquía vacuna ejercía la hegemonía del conjunto de las fuerzas burguesas, imponía sus ideas, su estilo y sus hombres. Ahora el país es más difícil, se han diversificado los grupos del poder económico, y como está en crisis, tienen que aplastar en conjunto a las clases populares pero luchar entre sí por el reparto de la renta nacional. Y eso bajo la amenaza de las fuerzas excluidas del derecho político, pero siempre presentes en todas las manifestaciones de la actividad nacional en un enfrentamiento cargado con la violencia latente de un país grávido de conflictos retardados.

¿Cómo unificar al bloque de las clases dominantes, asegurar la continuidad del orden social imperante sin los sobresaltos de cada proceso electoral, impedir que el peronismo sea factor de perturbación, que Perón pase a primer plano cada vez que se acercan los comicios, que su Movimiento pueda decidir cediendo sus votos en una eventual negociación o que obligue a recurrir a procedimientos fraudulentos para impedirle concurrir con sus candidatos propios? ¿Cómo sortear los inconvenientes y peligros de la elección a realizarse en marzo próximo donde estaban en juego las provincias decisivas? En una palabra: ¿Cómo despolitizar la política también? *Todos esos objetivos se lograron* con el *golpe militar* y *la instauración de un gobierno que monopoliza no sólo el poder político sino también la actividad política*.

La despolitización es la continuación de la política antiperonista por otros medios[ii]

El régimen no ha cambiado su actitud frente al peronismo. No podía hacerlo, desde que ningún orden social se suicida: sólo se va descomponiendo y agrietando, pero aún en el más avanzado estado de deterioro hace falta la fuerza que lo voltee. En la Argentina el régimen no puede dar soluciones y la crisis es permanente, pero no por eso ha caído ni está próxima su extinción; cuenta con fuerzas como para seguir en ese estado durante muchísimo tiempo. Su fin no depende sólo de las condiciones objeti-

vas en que se desenvuelve sino de las condiciones subjetivas que se vayan creando en sus víctimas; vale decir, del desarrollo de la conciencia revolucionaria de las masas, y la existencia de vanguardias que puedan estimularla. Por lo pronto, *lo que se les quiere presentar como un nuevo régimen no es más que un reacondicionamiento del régimen tradicional para adaptarse a la etapa actual.*

En efecto, la contradicción *régimen-peronismo* es de tal hondura que no admite bases de conciliación, a pesar de quienes piensan que estas luchas son confrontaciones de ideas puras o de ambiciones de hombres o grupos de hombres. La lucha de clases no es una invención marxista sino un hecho que ya antes de Marx había sido analizado por los historiadores burgueses y que hoy en día no niega ningún sociólogo, historiador o economista serio; las discrepancias son con respecto al papel que juega en la historia y a las formas en que se resuelve.

Tampoco es exacto que los gorilas, con su persecución, desataron la lucha de clases. No solamente ella es permanente, sino que ya estaba agudizada, y su recalentamiento tuvo como consecuencia la caída de Perón. Las contradicciones, como hemos dicho antes, no se dieron entre dos frentes tal y como se constituyeron en 1945 sino también en el seno del frente gobernante; entre el Ejército, partidario de la industrialización pero no de la política social demasiado avanzada, y la clase obrera que al fortalecerse tendía a radicalizar el movimiento; entre la burguesía que había progresado con el régimen y el proletariado al cual temía; entre los burócratas que trataban de "consolidar las conquistas" y la corriente popular que se oponía a la pérdida de la dinámica renovadora.

Lo que en 1945 había sido una concentración del poderío mediante la amalgama de fuerzas diversas, se transformó en causa de su debilidad cuando éstas tendieron a chocar. En lugar de aquella unidad existía una dispersión que se disimulaba por el liderazgo de Perón, aceptado sin reservas por la clase trabajadora y con apatía creciente por otros sectores, hasta convertirse en simulación a la espera de la oportunidad para defeccionar. Durante bastante tiempo, el prestigio de Perón evitó las colisiones, pero aunque podía absorber estas contradicciones, no las suprimía; algunas aparecieron a la luz en los momentos finales del régimen, otras después de la caída. El equilibrio era ya insostenible, y el frente estaba desarticulado. Eso explica por qué el peronismo sigue siendo el hecho maldito de la política argentina: su cohesión y empuje es el de

las clases que tienden a la destrucción del *statu quo.*

El peronismo es peligroso, y eso hace que el rechazo a la conciliación sea general en la clase gobernante aun sin contar el extremo rencor cultivado sistemáticamente por el gorilismo. No es por el temor a que se restaure el sistema de 1945, como creen nuestros dirigentes burgueses; eso sería hoy tan anacrónico como el gobierno radical, pues en esta época tanto da estar atrasado 3 años como 200. Lo que cuenta es la sensación de temor que inspira la fuerza revolucionaria, la autodefensa ante la posibilidad de que estos obreros que no se adaptan a las pretensiones de sus patrones y de los gobiernos cuenten con el poder y rompan el ordenamiento clasista. El régimen, en el transcurso del tiempo, ha intentado la "integración" expresando que no desea marginar a las masas peronistas sino a los que piensan en "retornos imposibles" o a "los que reciben órdenes de Madrid", etc. Es decir, que *nos quieren, pero no como peronistas.* El respeto por la persona humana que se exalta como principio rector es en la práctica el respeto por la persona del burgués; no existe para nosotros, puesto que se nos exige que renunciemos a nuestra entidad —que comprende el sentimiento partidario como una de sus dimensiones principales— previamente a ser tratados como hombres amparados por la Constitución.

¿Ha cambiado esa interdicción? En absoluto, ya que el *.sistema que no nos podía integrar como parte de sí mismo en el esquema político ahora nos ha integrado en la proscripción.* Los partidos burgueses no gobernaban por la legalidad, sino por la falta de legalidad; pues bien, esa legalidad que no servía se ha suprimido, esos partidos ineficaces para asegurar la estabilidad política del régimen han sido desintegrados. Los que se alegraron porque ahora estamos todos iguales, con una especie de 4161 colectivo, son unos babiecas que no comprenden que se ha suprimido *lo inútil* del régimen, la causa de sus perturbaciones.

En el juego de las afirmaciones fuera de contexto, los burócratas hablan de nuestro poco respeto por el régimen democrático burgués, sin tener en cuenta —o haciéndose los desentendidos— que como movimiento revolucionario (revolucionario en serio) aspiramos a sustituirlo, pero *superándolo* por otra organización social despojada de su contenido explotador y no a sustituirlo con cualquier otra cosa. Negamos que una democracia con base clasista sea una comunidad de hombres libres e iguales, pero eso no se redime suprimiendo la democracia y dejando el clasismo.

Cuando algunos declaran, exultantes: "Murió el comité" (Alonso, Prado, etc.) sería bueno preguntarles si saben de muchos gerentes de consorcios imperialistas, terratenientes, etc., que frecuentasen los comités. Alguien contestaría, seguramente, que era un modo de referirse al ejercicio de influencia a través del aparato partidista, al favoritismo en la administración pública, etc. Lo cual es innegable, pero nuestra pregunta iba a lo siguiente: se suprimió el comité, pero no los gerentes ni a los intereses privilegiados, ¿será más difícil o más fácil influir en la administración pública? Además, hay empresarios y banqueros en puestos importantísimos, ¿qué garantías mayores ofrecen ellos que un funcionario de origen político? En otro orden de cosas, los juegos politiqueros pueden haber originado muchas fallas en las designaciones de ciertos cargos, pero, ¿es acaso mejor el sistema actual de la provincia de Buenos Aires por ejemplo, donde los intendentes de los lugares en los cuales la intervención no tiene candidato se designan a propuesta del cura párroco? De cualquier manera, los partidos políticos no son, para nosotros, el más adecuado ni el único conducto de expresión de las aspiraciones del ciudadano común, pero, ¿es un progreso que se cierre *además* ese canal?

Se dirá que, desde que no gozarnos del ejercicio de esos derechos —salvo parcialmente— lo mismo da y mejor es que haya desaparecido esa legalidad mentida. Estamos dispuestos a admitirlo si lo plantea una dirección que busca una salida insurreccional, y en ese caso sería una ventaja que desaparecieran todas las ilusiones legalistas, pero sabemos que no es ese el caso.

El razonamiento lo dio un alto dirigente sindical: "Esta medida pone en pie de igualdad a todas las agrupaciones políticas. El peronismo ya estaba proscripto. Esta es la hora cero de la política nacional". (Gerónimo Izetta, 10/7). A Izetta le corresponde *cero,* pero en lógica (y sentarlo en el rincón con el gorro puntiagudo como castigo). 1) Lo que se nos ofrece en cambio es la más nociva combinación: amordazar la política y liberar la economía. 2) Que nos propongamos superar el demoliberalismo no significa que no nos interese, o no nos convenga la *lucha democrática,* aún retaceada: Acción Revolucionaria Peronista, por principio, no participó nunca en ella, pero no quiere decir que al Movimiento no pudiese convenirle. 3) Aunque no derramaremos lágrimas de cocodrilo, una cosa es que por necesidades *revolucionarias* tuviésemos que terminar con los partidos para instituir otras formas superiores de

representación democrática, y otra que nos alegremos porque ello ocurrió por imposición reaccionaria.

Mientras estaba vigente el régimen democrático-representativo había que hacerlo funcionar, aun fraudulentamente, realizar elecciones, buscar cómo anularnos; se complicaban civiles y militares en la estafa periódica al pueblo. Todos esos engorros han desaparecido. Cuando se acercaban las elecciones, Perón dejaba de ser el proscripto total y se convertía en el centro de atracción, se injertaba en el centro del proceso como factor del que todo el régimen estaba pendiente, desde los aspirantes a su apoyo hasta los que le pedían “sacrificios patrióticos” y los que tenían que planear cómo cometer el fraude.

Y cuando no era época de elecciones también había que considerarlo y entonces toda la política del oficialismo, las estrategias de la oposición, de las FF.AA., etc., se resolvían a partir de la posición con respecto a Perón. Recordemos cómo Frondizi alternaba épocas en que simulaba representar una coalición en que estaba incluido el peronismo y épocas en que tenía que asumir su papel de gobernante a nombre del antiperonismo; recordemos cómo en octubre de 1961 pronunció un discurso occidentalísimo y cristianísimo en el que echó todas las culpas de los males del país y de los tropiezos del gobierno al comunismo, y pocos días después —producida la tentativa del regimiento 11 de Rosario— cambia el libreto y aparecemos nosotros como la encamación del mal. Recordemos que el gobierno radical del pueblo durante cierta etapa pensó en ganarse nuestra buena voluntad hasta que las realidades lo empujaron a tomar su puesto de eje de todos los intereses antiperonistas.

Los órganos periodísticos del golpismo, los que anticiparon todo cuanto ocurrió y dieron a conocer el pensamiento, las actividades y los planes de las FF.AA., se han ocupado de destacar y aplaudir esta neutralización del líder. Por ejemplo, *Primera Plana* (5/7): “Más allá de los sectores, la actitud oficial predispone a la unidad de la CGT: al desaparecer las elecciones de gobernadores de 1967 se esfuma el predicamento de Perón, una amenaza que sólo toma cuerpo cuando hay comicios. En cambio, se mantiene la influencia de los dirigentes sindicales… que residen en la Argentina y comparten la esencia comunitaria que reclama para sí la revolución del 28 de junio”. Y *Confirmado* (14/7) comentando un supuesto plan de Perón: “El esquema es tan fantasioso como cualquier tipo de elaboración que se pueda realizar sobre la

base de que Perón mantiene su fuerza en la Argentina: sin elecciones, son las estructuras sindicales —cada vez más independientes de la tutela del ex presidente— las únicas que juegan y solamente en la instancia de los comicios podría mantener algún sentido el sistema de órdenes desde Madrid".

Perón, que no es como "sus" dirigentes, vio desde el primer momento cuál era el peligro para el país y para el pueblo y por eso declaró: "Nadie que observara la situación actual imaginaría que el problema político, dentro de la concepción democrática que se intenta realizar, es de una simplicidad desconcertante. Todo consiste en llegar a un gobierno popular, es decir, elegido y que gobierne por y para el pueblo. Para ello bastaría que se realizaran elecciones libres y *luego* que ese gobierno, así legítimo, realizara los cambios estructurales impuestos por la situación" *(Mensaje a todos los argentinos.* junio 1966). O sea, todo lo contrario de lo que se propone el gobierno militar con el aplauso de los jerarcas. Y para que no haya dudas, Perón aclara que se refiere a "elecciones por la ley Sáenz Peña o cualquier otra ley justa" (léase: nada de ocurrencias a lo Castelo Branco, híbridos corporativistas, plebiscitos de candidato único, etcétera).

¿Es que Perón es liberal y los "dirigentes" avanzados revolucionarios? ¿O más bien se trata de que Perón ve la revolución como un salto hacia adelante y los "dirigentes" como un paso atrás, tal como siempre lo han hecho? Lo cierto es que *el régimen, por fin, encontró como cumplir su objetivo: tratar con nosotros, pero no como peronistas.* Tratará y hasta considerará a los dirigentes sindicales en cuanto señores Fulano y Mengano, no en cuanto representantes gremiales del peronismo.

Y no es cuestión de hacerse los astutos y pretender que es una concesión de forma, pero sin que implique que dejan de ser hombres del peronismo. Primero, porque los militares no han tomado posiciones tan drásticas para después dejarse engañar con picardías pueriles; segundo, porque nadie les reprocha que traten con las autoridades actuales, tal como lo hacían con las anteriores, desde que el ejercicio de los cargos gremiales hoy en día exige el contacto con el Estado; pero es que ellos no se limitan a eso, sino que *han adherido a la "revolución"*, son sus conspicuos simpatizantes, han hecho declaraciones de apoyo (incluso han elogiado expresamente la disolución de los partidos), así que al estar de acuerdo con la "revolución" no pueden desconocer su sistema político que es lo esencial, inseparable de ella. Si alguno, pese a todo, afirma

que se sigue considerando peronista, allá él; eso no interesa a nadie ni importa. El régimen militar no se preocupa por lo que piensan los argentinos en materia política sino porque no lo traduzcan en actos políticos.

El "falso dilema peronismo-antiperonismo ha sido eliminado con drasticidad castrense: se lo borró de la superficie. Pero los que no nos guiamos por los ideólogos del desarrollismo petrolero o del clericalismo antipopular sabemos que el famoso dilema no es entre partidos políticos sino entre fuerzas sociales. *Con la supresión del peronismo se liquidó la voz de la fuerzas del proletariado y de los demás sectores populares; con la supresión de los partidos clásicos no se suprime la voz de la burguesía,* de los empresarios nacionales y extranjeros, que no tienen ningún interés en la política partidista y sí en la política económica del Estado, donde no solamente se los escucha, sino que el Estado les pertenece.

El gobierno en manos de políticos era difuso, las influencias se entreveraban, en cambio ahora los elencos "técnicos" salen de las filas empresarias. No es extraño, porque esto pertenece a la estricta lógica interna del régimen.

De la contradicción peronismo-antiperonismo el gobierno ha suprimido uno de sus términos, pero lo ha suprimido como fuerza legalmente organizada, como agrupamiento político el antagonismo que así se expresaba no lo puede suprimir ninguna cantidad de poder militar, aunque sí reprimir su exteriorización.

A partir de 1945 la burguesía realizó su proceso democrático-burgués en forma indirecta, como imposición del régimen cuya base de apoyo era la parte nacionalista del Ejército, sectores de clase inedia y la clase trabajadora. En 1955 el bloque de las clases privilegiadas recurrió a la corporación militar, pero ya como su brazo armado, como violencia pura para que derribase a Perón y luego como puntal de la semilegalidad. Pero hoy el sistema democrático tampoco asegura la hegemonía burguesa en el Estado como en los capitalismos avanzados, así que hay que suprimirlo; para eso se ha recurrido nuevamente a las FF.AA. para que "despoliticen". En realidad, *no ha ocurrido otra cosa que una aceleración y agudización de la política bajo la forma mistificadora de la apoliticidad.*

Es que nuestro sistema capitalista no está en la juventud previa a la maduración del desarrollo armónico y autoimpulsado como dicen sus economistas, sino que está decrépito sin haber pasado por la lozanía. Se le puede hacer caminar algo mejor,

desarrollar tales o cuales sectores aislados, pero no crearle un porvenir de juventud y vigor. Las burguesías adelantadas que impusieron en sus países la democracia liberal, eran las clases de vanguardia en esa época, y su hegemonía no solamente se basaba en el poder económico que les aseguró el manejo del Estado, sino que también impusieron su concepción del mundo a toda la sociedad[iii], contaron con el *consenso* general para sus sistemas ideológicos y político-sociales. Hemos visto que aquí esas instituciones las impuso una oligarquía portuaria, comercial y terrateniente, al margen de la voluntad del pueblo; le faltó el requisito de *universalidad,* que hace de una clase la expresión, en un momento histórico, de la sociedad en su conjunto. Su política no estaba trazada en función del país como unidad sino de la parte de pampa húmeda que se fue incorporando a la producción con destino al comercio exterior, formando un circuito con los centros industriales ultramarinos. Recién en el 80 se completó la integración de la Argentina como unidad económica, aunque dentro de los moldes impuestos por la complementariedad semicolonial con el centro cíclico.

Así fue que la burguesía nunca aplicó el sistema y buscó suprimirlo cuando funcionaba, en 1930 y en 1955. Restablecido, ni siquiera como pseudolegalidad le servía. *Ahora, en nombre de la libertad, las FF.AA. nos quitan la libertad a todos.* Digo a todos, pese a que antes los peronistas no gozábamos de ella *porque el propósito de la "nueva legalidad" no es suprimir la amplia libertad de que gozaban los partidos políticos clásicos, sino suprimir la retaceada, mínima libertad que tenía el peronismo;* no reparar la ilegalidad fundamental de nuestra vida política, sino terminar con los efectos que sobre ella tenía la presencia política del movimiento mayoritario.

La libertad del régimen es el aherrojamiento total del pueblo. Los principios democráticos ya no justifican como ideología al régimen ni sirven como mediaciones para su funcionamiento armónico, por el contrario, son un motivo de descalificación y anarquía al ser violados constantemente. Cuando la violencia es visible y continuada, es lógico que quienes la ejerzan tiendan a no cargarla además con el estigma de la mentira a la vista de todo el mundo y prefieran asumirla como título en sí misma para el ejercicio del poder. Pero tampoco pueden renegar de la filosofía democrática que es la que expresa simbólicamente el mundo de relaciones sociales que defienden, salvo adoptando las ideas del fascismo, que son los del dominio de clase en su momento

de violencia desnuda, por eso la coincidencia de liberales y fascistas, falangistas, etc. no tiene nada de paradójica, (y se presenta a la vista como en la otra crisis de 1955). Entonces *nuestras FF.AA. no reniegan de la democracia: reniegan de su ejercicio. Por lo tanto, se proponen quedarse diez años, por lo menos;* pero fijan como objetivo: "Elaborar las bases necesarias para que pueda restablecerse una democracia representativa que corrija las deformaciones políticas preexistentes" ("Políticas del Gobierno Nacional", 13/7).

¿Se refiere a la "deformación preexistente" de excluir al pueblo de los derechos cívicos? Evidentemente no, porque eso lo pueden subsanar con un simple llamado a elecciones honestas. ¿Y cómo pueden, entonces, hablar de "deformaciones" si lo que funcionaba era un remedo de democracia? ¿Cómo saben que funcionando decentemente el sistema tendrá deformaciones? Y, en todo caso, no serán esas mismas deformaciones preexistentes, que correspondían a una simulación.

Es que un llamado a elecciones se sabe en qué resultaría: en un gobierno de masas, que es lo que se quiere evitar. Así que la democracia queda como filosofía[iv] y como meta futura, mientras como realidad y como presente desaparece. Por sobre esa contradicción, las grandes generalidades permiten que las cosas de la tierra se confundan con las del cielo; el occidentalismo cristiano culmina como verdad última y redime las inconsecuencias de la praxis. Un concierto de renegados, cultores del sindicalismo puro, recaderos del despotismo, cegetistas patronales, visionarios del arcaísmo, devotos de la violencia, tácticos del milagrerismo, expertos en ignorancia, adoradores de fachadas, tratan de anestesiar al peronismo y hacerle creer que le están levantando un altar y no un patíbulo.

El nuevo orden nos dice que ésta es la gran oportunidad para construir un país como merecemos pues ahora no gobierna un partido sino que todos los partidos han desaparecido y por encima de las divisiones se nos convoca a olvidar el pasado y unirnos sin distinción de banderías y de intereses particulares. Desde ya sus propagandistas aclaran que sólo el egoísmo, la pasión sectaria o la falta de patriotismo pueden inspirar a quien niegue colaboración a este esfuerzo de todos los argentinos. Alguna gente de buena voluntad tiene dudas: no ve con claridad el sesgo que han tomado las cosas, pero teme quedar al margen de una decisiva empresa nacional o retacear su apoyo cuando más necesario puede ser. ¿No corre peligro de que le pase lo

que a muchos en el año 1945, que no se dieron cuenta de que en el país había surgido un movimiento histórico? ¿Puede uno negarse a poner el hombro cuando hay una labor colectiva a la cual se nos llama sin exclusión alguna? Este régimen es el de las FF.AA., de manera que no hay perspectivas de que vaya a ser derribado y tiene poder para hacer las grandes transformaciones que reclamábamos. ¿No es justo apoyarlo, aunque más no sea porque la única chance del país, tal vez por muchos años, es la de que realmente estemos ante un gobierno que busque cumplir nuestras aspiraciones? ¿Por qué rechazarlos de entrada?

Pues bien, ya hemos dado razones de fondo para responder negativamente, fundadas en la ubicación de los males nacionales, los objetivos y los métodos que puedan superarlos y las fuerzas sociales en juego. Hay otras apreciaciones que deseamos hacer, comenzando con algunas sobre el papel de las FF.AA. ¿Por qué ellas apelan a la comunidad toda y presumen que seguirlas es un imperativo moral? En la imagen que las FF.AA. presentan de sí mismas, aceptada y difundida por muchos civiles, aparecen confundidas con la Patria, con la nacionalidad, con las tradiciones. No hay ceremonia militar en que eso no se repita. El 11/7 el Comandante de Operaciones Navales, almirante Varela, recalcaba que las FF.AA. son "síntesis de la nacionalidad" y que "por su constante contribución a la comunidad constituyen una constante en el quehacer racional". La Junta Revolucionaria dijo en su mensaje: "Hoy, como en todas las etapas decisivas de nuestra historia, las FF.AA., interpretando el más alto interés común…" El general Onganía, al asumir la Presidencia: "La resolución adoptada por las FF.AA. con una unanimidad y disciplina que son testimonio de su patriotismo y desinterés…" En la comida de camaradería de las FF,AA.: "Su profundo contenido espiritual, resultado de una educación que se inspira en nuestras raíces históricas, afirma la prevalencia de los valores morales sobre los materiales y las vincula estrechamente con el pueblo argentino"; "este instrumento del orden y la libertad que acaba de prestar tan señalado servicio a la República".

Esta autoglorificación cuenta con muchos propagandistas civiles y eclesiásticos, y con un vastísimo auditorio de asentimientos tácitos. Los políticos, aun los que no están ligados a los intereses más cercanos a las FF.AA., jamás cuestionan sus atributos inmarcesibles pues no tienen a intención de malquistarse con un factor permanente de la lucha por el poder, que además del desquite de la represión tiene el poder per-

manente de veto sobre partidos y candidatos. Cuando critican al Ejército, obligados por razones de fuerza mayor, es añadiendo larguísimas aclaratorias que dejan a salvo la intangibilidad moral y patriótica de la institución y limitan las incriminaciones a una minoría —que evidentemente no representa el sentir y la conducta de los demás oficiales—. Hasta el Comité Nacional de la UCRP, en el documento posterior al golpe no olvida esa prudencia, pese a la total armonía de propósitos que exhibieron los cuadros militares para cumplir la operación quirúrgica que todos conocemos. Y va sin decir que nuestros burócratas son cultores de esa mitología y corren tras cualquier jenízaro que se digne tenerlos en cuenta.

Todo esto, además de repugnante como cualquier obsecuencia, es uno de los convencionalismos más reñidos con el buen sentido y con la evidencia, tanto la ofrecida por la historia como la vivida contemporáneamente. Pero valiéndose de otra extrapolación como las citadas anteriormente, nuestros reaccionarios internos sindican a cualquiera que ponga en cuestión al Ejército como un exponente del clásico antimilitarismo liberal, que en 1945 renació y tuvo mucho éxito en las filas de la Unión Democrática. Claro que olvidan que esos liberales y esa oligarquía que en algún momento fueron antimilitaristas ahora practican devotamente el culto a los hombres de armas. Las FF.AA. representan el orden, la disciplina, el respeto a los valores establecidos, el freno a toda subversión de las categorías económicas y sociales; y ya se sabe que las clases dominantes identifican sus intereses con valores sublimes, y con el caos y el desorden y la catástrofe a toda amenaza a sus privilegios. Olvidan también nuestros pigmeos lengualargas que si los militares son la encarnación del patriotismo en estado químicamente puro, entonces los peronistas no tenernos razón de ser: fue patriótico voltear a Perón, fue patriótico voltear a Irigoyen, la "década infame" y la infamia de esta última década. La historia reciente se transforma en una pugna entre nuestra maldad e ingratitud y la infinita paciencia de las FF.AA., que nos han proscripto para ventura de la Nación.

Nosotros no consideramos que en esta materia haya que proceder con olvido de las reglas de la sana lógica y los métodos racionales propios de todo análisis político-social. No consideramos a las FF.AA. como una categoría metafísica, poseedora de determinados atributos inmutables que forman parte de su esencia. Son instituciones humanas que actúan para bien o para mal de acuerdo a los hombres que cir-

cunstancialmente las dirigen. No son ni peores ni mejores que los hombres que las componen, y por consiguiente no existe la continuidad histórica que iguale todos los actos militares a través del tiempo, con un mismo sello de excelencia, desinterés y patriotismo; tampoco los méritos de una época alcanzan a los protagonistas de otra —a menos que éstos las revaliden con su propia conducta—. Y lo mismo en lo que atañe a las conductas infamantes. Los méritos de San Martín no amparan a Quaranta ni Fernández Suárez infama a Belgrano, a Dorrego o a Güemes. Podemos admirar al almirante Brown y negar a Rojas o al mismo almirante Varela, si fuera el caso. Podemos sentirnos deudores y herederos de tantos milicos que dejaron sus huesos desparramados por el suelo de América o de nuestra patria, y no por eso atenuar el juicio que nos merecen los oficiales que cometieron, ordenaron o consintieron torturas durante la época de Aramburu o cuando el Conintes. El comandante del buque que disparó sobre los barrios obreros durante la Semana Trágica o los que en el Círculo Naval reclutaron a la casta innoble que llaman nuestro "patriciado" para formar las guardias blancas de la Liga Patriótica, esos no son para nosotros ni siquiera compatriotas. Todo esto parece tan claro que no habría que repetirlo, a no ser porque el indiscriminado patriotismo de los militares goza de un prejuicio favorable vastamente cultivado —por ellos mismos en primer término—.

Nosotros no incurrirnos en la puerilidad de creer que haya relación entre los ejércitos de la Independencia o de Obligado o el Ejército de la época de la Organización que ganó sus trofeos asesinando gauchos. Ni tampoco ese es el mismo Ejército moderno que se fue estructurando bajo el general Roca.

Asimismo, al considerar a este Ejército moderno, es importante no aplicar muchos datos y conclusiones que conocemos por estudios sobre las fuerzas armadas de los estados capitalistas avanzados. Los ejércitos del continente europeo fueron inicialmente grandes milicias del pueblo en armas que defendieron las revoluciones burguesas, como en Francia; pero una vez consolidadas las burguesías cumplen el papel de guardias pretorianas del orden social y ejecutores de sus aventuras coloniales. En Latinoamérica, según las circunstancias de tiempo y lugar, las fuerzas armadas pueden ser el soporte de tiranuelos y de la rapiña imperialista o elementos claves en la defensa de los intereses nacionales; en este último sentido gravitan factores específicos, desde la tradición de las guerras emancipadoras hasta la conciencia de la nece-

sidad de contar con industria pesada o la indignación al comprender la dominación ejercida por el imperialismo sobre la vida nacional. Las fuerzas armadas pueden ser instrumento de liberación o de servidumbre; no hay ningún determinismo fatalista en uno u otro sentido. Un examen de los hechos ocurridos en diversos países del hemisferio indicaría que al darse ciertas circunstancias se produjo un vuelco hacia las posiciones nacionalistas, pero que ahora desaparecidos esos estímulos, la unificación bajo el Pentágono se ha impuesto sin permitir ningún optimismo en cuanto a nuevos cambios, salvo cambios totales e imprevisibles.

En la Argentina, tenemos casos de tendencias progresistas que se fueron desarrollando con variada gravitación y cuyas figuras más destacadas fueron Baldrich, Mosconi, Savio, Oca Balda, tendencias que en 1945 predominaron. En los últimos tiempos del gobierno peronista el sentimiento del Ejército había experimentado un vuelco adverso al movimiento popular. La presión de la burguesía se ejerció con efectividad mediante los más inesperados procedimientos: los desaires en los clubes distinguidos, la actitud despectiva de "gente bien" con quienes convivían socialmente los oficiales, la campaña de la Iglesia, todo fue maleando el pensamiento de los cuadros; los que habían simpatizado con las potencias del Eje y con España y habían sido enemigos de Inglaterra y EE.UU. se encontraron con que esos enemigos de la segunda guerra mundial se habían unido en un mismo bloque defensivo. Una parte de los militares entró en la conspiración, otra bastante crecida mantuvo una actitud dual o, en todo caso, totalmente desganada, y sobre ese ambiente de derrota pudo imponerse la reacción en el mes de setiembre.

El lonardismo, a cuyo programa económico nos hemos referido, intentaba una conciliación imposible: nacionalismo e imperialismo, Plan Prebisch y paternalismo hacia los obreros, unión del frente antiperonista y tentativas para captar a la masa peronista depurándola de la influencia de Perón. Aparte de todas esas contradicciones, el régimen que sucediese al peronismo tenía que ser el más liberal, oligárquico y antipopular; a mayor significado revolucionario de un régimen popular más reaccionario ha de ser el poder que lo suceda si aquel es derrotado militarmente. Vino la ideología "Mayo-Caseros", la vuelta a la Constitución de 1853, el abandono total de los mecanismos defensivos de la economía y la inculpación a los mismos de los desastres que produjeron el libreempresismo, las devaluaciones monetarias, las puertas

abiertas a los imperios.

El análisis objetivo de la evolución de nuestras FF.AA., tanto en su ideología como en su conducta no permite abrigar la menor ilusión de que puedan plegarse a los intereses del pueblo y de la Nación. Son liberales o, en parte, clericales de extrema derecha (y hemos visto que es fácil el acuerdo entre ambos extremos), unificados bajo la estrategia y la ideología de la guerra santa por occidente contra el "comunismo". Como se sabe, esta última denominación alcanza a cualquiera que no esté de acuerdo con el orden social existente y con la claudicación de nuestra soberanía política y económica ante el imperialismo. O sea que la defensa de los verdaderos intereses patrióticos implica de por sí entrar en antagonismo con las FF.AA., que en nombre de un "patriotismo" clasista y proimperialista descargarán sus espadas punitivas sobre los "agentes subversivos".

Antes, sin perjuicio, del papel que jugasen como soportes de la estratificación social, tenían el prestigio de que, en caso de que nuestra soberanía fuese amenazada por algún enemigo exterior, los militares iban a ser los primeros en ir a defender las fronteras con sus vidas y organizarían al resto de la población para el combate. Hoy han perdido esa áurea; las doctrinas de las fronteras ideológicas, de la guerra interior, de la invasión subversiva, de la lucha contrarrevolucionaria, significan que los enemigos contra los que van a combatir son los argentinos que no aguanten más la injusticia y la dimisión nacional, O sea los patriotas.

La revolución en serio, la que busque terminar con la explotación, con la carga insoportable de los intereses oligárquicos unidos al saqueo del capital foráneo, con la vergüenza de que los norteamericanos tengan imperio sobre nuestra defensa nacional, sobre nuestra política exterior sobre todos los medios de comunicación de masas, sobre la política y los servicios de seguridad, esa revolución será "internacionalizada", considerada como guerra exterior, y nuestros militares irán a aniquilarla. Es verdad, *la revolución será "internacional", pero porque las FF.AA. actuarán como parte del dispositivo bélico del Imperio.*

Que los caimanes de la libre empresa, los financistas que seguirán haciéndose cada vez más ricos, los empresarios que exprimen plusvalía y los socios de la inversión extranjera se unan a la gesta de la salvación nacional bajo el nuevo régimen; *pero no nosotros.*

Y dejamos constancia que *los peronistas no somos responsables de estos años de desquicio:* no son los obreros los que remitieron fondos al exterior, ni los que lograron superganancias para gastos suntuarios, ni los que abrieron las puertas al capital extranjero, ni los que contrajeron las deudas en el exterior, ni los que las aprovecharon, sino los que pagaron con su trabajo todo ese despilfarro y latrocinio, los que protestaron y fueron a la cárcel, se opusieron y no pudieron votar, los que fueron apaleados, vejados, torturados y asesinados. No tenemos porqué hacemos cargo de la culpa colectiva que ahora las FF.AA. echan en cara el resto del país y resuelven "reparar" asumiendo la tutela de esta civilidad de incapaces, deshonestos y cabezas locas.

Nuestras culpas son de otra índole: el no haber sido capaces de terminar con todo eso. Una culpa que, en todo caso, es ante nosotros mismos. Una culpa que no se confunde con la de haber traficado con el país y la sangre de los pobres. No admitimos que ahora nos digan "que nos elevemos por encima de nuestros egoísmos", de nuestra particularidad, etc. ¿Qué egoísmos? ¿Qué interés *particular* tienen las masas? Si agitamos al país, si no permitimos gobernar apaciblemente, es porque la gente tiene necesidades aquí y hambre en el norte y la miseria va alcanzando inexorablemente a todo el país. Porque no queremos que nadie disfrute de su dulce ociosidad clasista mientras los niños de los trabajadores están subalimentados y no tienen fuerza para ir a la escuela, se mueren al nacer por desnutrición, se enferman por carecer de lo más elemental ¿Eso lo van a solucionar con la libre empresa, estabilizaciones, misiones mendicantes ante los potentados extranjeros para explicarles que ahora pueden traer sus capitales y sacar el beneficio que se les antoje porque no hay más desorden y que los desamparados sufrirán sin hacer batifondo y los niños morirán en silencio como caballeritos occidentales y cristianos?

Ante todo, *¿qué autoridad tienen las FF.AA. para erigirse en mentores y curadores de los argentinos?* Lo hemos dicho y demostrado: ellas han sido las que han gobernado en estos años de zafarrancho generalizado, las que han dicho cómo se votaba y a quiénes se podía elegir. Los que jamás estuvieron en desacuerdo con la política económica de entrega no pueden ahora presentarse como si hubiesen sido ajenos al descalabro argentino. Claro que tienen la autoridad más efectiva: la del monopolio de la capacidad de violencia. Esa autoridad sí la conocemos bien. Pero si no nos

posternamos antes, menos lo haremos ahora, y más vale que no se engañen porque ven unos cuantos posternados que pretenden actuar en nuestro nombre; esos están siempre de rodillas.

Hasta el 28 de junio "vivíamos en la ficción", pero ahora "la autenticidad será característica de mi gobierno" (general Onganía, 29/6). La autenticidad, sin embargo, no consiste en el hecho de que tienen la fuerza y la utilizan: como las FF.AA. son patriotismo destilado, sin duda saben qué es lo más conveniente para el país. Además, todos estamos de acuerdo con ese apotegma: la Junta Revolucionaria actuó "en ejercicio del poder constituyente" y afirmó que "el gobierno ejerce la representación de todo el pueblo de la República" (Estatuto de la Revolución). El general Onganía ha dicho reiteradamente que "las Fuerzas Aunadas constituyen el medio de expresión, legítimo de esa voluntad civil, recluida por el artificio"; "de allí esta unanimidad y este consentimiento revolucionario" (6/7).

El almirante Varela aseguró que la "situación a que se había llegado aseguraba en la conciencia del pueblo ese asentimiento para hacer probable el éxito. Sin duda la unánime aceptación nacional del drástico cambio, constituye la mejor justificación del decisivo paso…" (10/7).

Que la Marina de Guerra se preocupe de lo que piensa el pueblo y encuentre en su consenso el mejor justificativo del golpe es una novedad que los peronistas han de recibir con estupor. ¿Entonces en 1955 y demás episodios que todos conocemos estaba equivocada al luchar contra el pueblo? Lamentablemente no existe tal autocrítica; también entonces invocó al pueblo. Pero no hay contradicción entre esas actitudes, porque la Marina tiene en cuenta "la parte sana del pueblo", de la que nosotros estamos excluidos, pero donde nos readmiten mientras sigamos asintiendo a las actitudes de la Marina.

Como ya hemos dicho, no es que nos quieran mal, todo lo contrario; basta con que estemos de acuerdo con ellos y dejemos de ser peronistas. ¿Por qué no habríamos de cambiar nosotros si una entidad tan importante y "sana" como la Marina lo hace, nada menos que en una decisión antigolpista y hasta retrospectivamente si viene al caso?

Sea como fuere, *las FF.AA. declaran haber contado con nuestro asentimiento tácito.* ¿Y qué querían que hiciésemos? ¿Qué defendiésemos a un gobierno enemigo como

el radical del pueblo? De la pasividad ante hechos que se desarrollan fuera de nuestro control al apoyo hay un largo trecho que nuestros guerreros pasan al tranco alegre. El pueblo sale a manifestar *cuando es parte, cuando puede decidir, cuando tiene algo que decir o expresar,* aunque más no sea una protesta que no será atendida. No sale a exponer opiniones académicas sobre un suceso al que es totalmente ajeno, del cual ni siquiera sabe cuáles son las posibles alternativas. ¿Gobierno de Illia o *qué?* Y no nos parece que el 27/28 de junio fuera ocasión muy oportuna para salir a reclamar, por ejemplo, el regreso de Perón, el cadáver de Evita o la creación de milicias populares en lugar del ejército regular. Lo único que hay es expectativa ante lo nuevo, cualquier coeficiente de optimismo se debe —el gobierno lo sabe mejor que nadie— al deseo de cambios y al equívoco de atribuir al nuevo régimen propósitos que no tiene.

Por ese silencio que guardamos, pero sobre todo porque ellas son los lugartenientes del destino, las FF.A.A. *"nos representan"*. La dualidad de esa conducta está en que *se presumen intérpretes y depositarios de una voluntad ciudadana que está en manos de ellas dejar que se exprese tal como es.* Si están tan seguros de ser sus auténticos intérpretes, nada mejor que llamar a que el pueblo expresamente los ratifique. Y no deben abrigar ningún temor; si hay elecciones libres no van a gobernar ni los radicales, ni Frondizi, ni ambos Ghioldi, ni Thedy; precisamente por eso, sospechamos, no habrá elecciones libres.

Hemos comprendido: *podemos ser "interpretados" lo que no podemos es expresar lo que desearnos y ahorrarle tiempo* a *los intérpretes.* El método "democrático" que se ha instituido no es tan estrafalario como parece. El teórico Grondona lo explica *(Primera Plano,* 31/7): el pueblo tiene el derecho de *participar* de la política gubernamental en los organismos que se creen (Consejo Económico y Social, por ejemplo), y de *consentir,* en forma "implícita", callándose la boca, o en forma "explícita" sí se convoca a un plebiscito para consultarlo sobre algún tema o candidato; a lo que no tiene derecho es a *elegir.*

No es un papel muy lúcido, como se ve, el que nos adjudican. Pero hay algo que no está claro. Lo de *participar* se refiere a un derecho que aun si se llegase a ejercer, sería para temas específicos, parciales; lo podemos eliminar porque es una posibilidad y además insatisfactoria. Del consentimiento podemos eliminar el *plebiscito;* primero porque estamos entre gente seria, así que todos sabemos lo que es eso; luego porque

sería una participación sobre un solo asunto y alguna vez cada mucho tiempo, si es que se realiza alguno; y por fin, porque no hay ningún plebiscito proyectado, así que es otra posibilidad teórica. Nos queda el derecho de *consentir asintiendo.* Aquí es donde se nos hace difícil seguir la sutileza del pensamiento del Dr. Grondona. ¿Cómo asentimos? Callándonos la boca. Bien, ¿y cómo *disentimos?* ¿Con una huelga de hambre en Plaza de Mayo, esperando en la puerta de la Casa Rosada para comunicárselo al presidente, organizando un acto público? Eso no es *disentir* sino expresar el deseo de que nos metan presos. Salvo los casos de propietarios de periódicos, columnistas prestigiosos, jefes de unidades, etcétera, los demás, el pueblo, no tenemos cómo disentir. Ni siquiera cómo hacer saber que disentimos. He aquí pues que si nos callamos la boca es porque estamos de acuerdo, consentimos implícitamente, y si estamos en desacuerdo también tenemos que callarnos la boca, de modo que también consentimos. Y encima, el gobierno nos "interpreta": no hay sino el más perfecto acuerdo entre la "revolución" y nosotros.

El "derecho" que nos acuerda la "revolución" es sólo una operación literaria de Grondona. Pero éste, para consolar a los que no captaron que se trataba de un bello juego que se desarrolla en el plano del espíritu, un repliegue del ser sobre su propia interioridad, explica que se abren tres hipótesis sobre el tipo de régimen que suplantará a la democracia representativa: como el de De Gaulle, como el de Castelo Branco o como el de Franco. El democrático, parlamento, existencialistas, beatniks, pintores, ateos, racionalistas, masones, apaches y vino Beaujolais, entre otras cosas. Todo eso se podría importar, pero hay otro elemento que por sí sólo cancela el proyecto:

Elecciones. En cuanto a los dos restantes modelos, esperamos que por lo menos tengamos la suerte de que nos toque el franquista; al menos sabemos que el precio será un millón de muertos.

No nos quejemos. Tenemos derecho a quedarnos callados y gozamos de "libertad de prensa" (ver Grondona, *Primera Plana,* 2/9). Que imperará la más completa libertad de prensa y que la prensa expresa la "opinión pública" sobre la acción del gobierno, lo ha declarado el general Onganía. La prensa comercial, bien entendido, pues la prensa "política" está prohibida si es partidista, y eliminada como "subversiva" y perturbadora si disiente con el sistema económico-social. En resumen: los intereses

capitalistas gobiernan y la prensa que responde a esos mismos intereses opina sobre el gobierno. ¿Y el pueblo? El pueblo goza de “libertad de prensa”, que consiste en la libertad de *comprar* la prensa del régimen y *enterarse* de lo que La *Nación, La Prensa* o *Clarín* opinan. Es una libertad de los ricos y una falta de libertad para los pobres. Nada nuevo.

El ex Comandante en Jefe, general Carlos Toranzo Montero, occidental y cristiano como el que más, con la elegante finura que caracteriza su pensamiento, decía en un documento, aludiendo a nuestra inferioridad peronista, “que el caso argentino es un caso de reformatorio político”. Ahora en cambio se nos considera capaces de convivir con los mayores y mantenernos en silencio. Tendríamos que ser incorregibles para molestar ahora, en lugar de decir: “gracias por dejarnos consentir”. Están gobernando las FF.AA. que fueron concebidas sin pecado y abandonan su cielo de pureza para impedir que sucumbamos víctimas de nuestra incapacidad. Nosotros en cambio hemos pecado mucho. Pero tienen la consideración de ponernos en pie de igualdad con las viejas prostitutas de la politiquería burguesa; todos podemos alcanzar la redención. Por medio del arrepentimiento elevarnos a la categoría de putas respetuosas pedir consejo espiritual a monseñor Caggiano e ir a los desfiles para aplaudir a los santos de la espada.

Agradecemos la condescendencia que se nos tiene, pero es otro el destino de las masas argentinas. No nos considerarnos una congregación de puros, pero así como nos declaramos responsables de la “segunda tiranía”, con sus méritos y sus flaquezas, no tenemos nada que ver con lo que pasó desde entonces ni ponemos nuestro albedrío a los pies de los que poseen los tanques, los aviones, los buques y los garrotes.

El peronismo podrá desaparecer cuando deje de expresar reivindicaciones nacionales y populares y otro movimiento lo releve con ventaja, o cuando él mismo evolucione hacia algún nuevo tipo de nucleamiento que lo supere dialécticamente, es decir, sin negarlo sino integrándolo en una nueva síntesis. No desaparecerá por decisión propia porque no es un puñado de ideas y mitos decolorándose, sino una misión, un frente de la nacionalidad estructurado en torno a su clase revolucionaria y cargado con la potencialidad de la transformación integral de la sociedad.

El peronismo ha conocido las horas triunfales y las felices jornadas de las masas festivas y los suburbios resonando en cantos, ha conocido el desconsuelo de perder a

su mejor compañera cuyo recuerdo no mitigan los años, ha conocido la derrota y el crimen impune segando la flor de sus combatientes militares y civiles. Lo que no ha conocido es el deshonor.

Si todavía calla, no es porque se haya sometido a un acto forzado de expiación colectiva, a ningún voto de silencio, a ninguna tutela de quienes acaban de desprenderse de sus cómplices inútiles y usurpan una representación que no delegamos, un poder que no consentimos, una violencia que no obtendrá nuestra resignada sumisión.

V. LA DICTADURA ACTUAL ES UNA ESTRUCTURA Y UNA POLÍTICA MÁS DEL PRIVILEGIO

"Que se supo conquistar
"a la gran masa del pueblo
"combatiendo al capital".

Las FF.AA.: una parcialidad que se arroga la representación global del país

Algunos compañeros que no creían que "los militares están con el peronismo", como se les decía, pero que alentaban la recóndita esperanza de que resultase cierto, comprueban que para peor, están en contra del Movimiento. Las cosas se presentan bastante difíciles con el programa económico que pronto detonará las primeras resistencias; los verdaderos peronistas harán, como siempre, lo que deba hacerse en defensa del pueblo, pero es lógico que traten de indagar en busca de alguna alternativa menos penosa. ¿No es lo más probable que en el equipo militar se produzcan fisuras, dándonos oportunidad para gravitar apoyando al sector que nos sea favorable? ¿No será cierto que Onganía es bien intencionado y rectificará el rumbo cuando advierta que su política es contraria al pueblo? ¿No se reproducirá el caso de 1945?

La forma en que vayan a desarrollarse los acontecimientos dentro de las fuerzas gobernantes es imprevisible. Pero para aprovechar las circunstancias favorables y aguantar las adveras es preciso colocarse en las mejores condiciones posibles: *tener una política* y actuar de acuerdo a ella dentro de lo que esta emergencia permita: y no esperar a que se produzcan novedades para ver recién qué se hace en medio de la anarquía que acrecentarán con sus directivas y actitudes los dirigentes que procuren sacar partido de la inorganicidad del Movimiento.

Valerse de la amplitud del cono de incertidumbres futuras para elegir algunas hipótesis propicias y actuar en función de ellas es inadmisible porque no se trata de

acertar una tómbola sino de orientar una praxis multitudinaria; cualesquiera sean las circunstancias hay pronósticos que no están fuera de lo conjeturable, pero que, por lo arbitrarios, deben ser descartados en la elaboración de nuestra táctica. Las disensiones en el poder son inevitables y su profundidad impredecible; con saberla no adelantamos nada. Pero interesa sí tener en cuenta dentro de qué limites se desarrollarán, para lo cual disponemos de elementos de juicio concluyentes; para que esos límites fuesen traspuestos tendrían que cumplirse primero procesos que cambien totalmente los datos computables desde la realidad presente. Para ser más claros: hay ciertas evoluciones que no están dentro de lo posible. Por mucho que varíen las relaciones entre las fuerzas operantes y las tendencias presentes en la "Revolución Argentina" sólo se podría entrar en el campo de las especulaciones si previamente ocurriesen hechos que invirtiesen la dirección general que llevan las cosas. O sea, que no serían una derivación de la "Revolución Argentina" sino que recién aparecerán como parte de la posible *negación* de ella. Cuando esas hipótesis ingresen en el campo de lo factible, recién podrán ser consideradas. Cuánto más acertada sea la apreciación del proceso previo, más pronto advertiremos los cambios que puedan tener el sentido de un vuelco de la tendencia histórica.

Queremos insistir en esto porque no queremos que se confunda una *política* con las artimañas del oportunismo. Si ocurriese algún vuelco de esos, estemos seguros de que habrá "realistas" sirviendo de portaespadas a los que puedan pasar a ser personajes decisivos en el viraje; pero esas apuestas están bien para los burócratas, mejor o peor intencionados, y no constituyen una línea política. También Aristóteles dijo que la tierra debía ser redonda pero por deducciones metafísicas que no tenían nada que ver con la realidad, y lógicamente a nadie se le ocurre mencionarlo como un genio de la astronomía. Los que juegan esas cartas oportunistas están confiando que sucedan cosas en el régimen militar. Una política para el Movimiento plantea *nuestra* acción como *causa* de los cambios; se traza en función de la convicción de que es la voluntad de los hombres movilizada en la acción la que puede decidir el curso histórico. Precisamente en el supuesto de que hubiese evoluciones como las que espera el oportunista serán una secuela de la lucha de las fuerzas revolucionarias.

De modo que podemos descontar entonces que el programa económico se ajustará a lineamientos ultraliberales y aún cuando estos se atenúen en alguna medida

no modificarán su carácter; los precios subirán y, según vaya la economía, la política hacia los gremios se endurecerá (casi seguro, por cuanto las medidas de liberación y el plan de estabilización castigarán el ingreso obrero); mientras pueda, el oficialismo seguirá el tono dialogal de ahora pero sin alterar la tendencia adversa a la clase obrera; la buena conducta y el "sindicalismo puro" serán las invariantes de la convivencia del movimiento obrero y el Estado, que servirá de muy poco frente a la lógica del libre juego económico; el peronismo seguirá, para el oficialismo, como parte de la nada que originó la ley de pulverización de los organismos políticos. Como síntesis: entre las corrientes internas que presumiblemente están latentes o puedan surgir en el oficialismo, los choques dejarán incambiado el derrotero fijado.

La buena fe del general Onganía es un dato que no cuenta para nada en lo que acabamos de afirmar; Onganía encarna una visión de los problemas que es propia de un determinado ejército y antitética con nuestros intereses. Sólo como fantasía de la imaginación se puede concebir que modifique ese modo de pensar; todas las rectificaciones serán técnicas. Además ni aún él, con ser la figura de mayor prestigio, podría imponer cambios que no fueran secundarios. Una corriente interna afín con las posiciones e intereses del peronismo no existe ni puede existir en las FF.AA. Sólo al cabo de convulsiones que afecten toda la vida nacional —lo que presupone intensos enfrentamientos por parte de las masas populares— podría conmoverse esa homogeneidad esencial.

Nuestros burócratas aducen que su incorporación como cortesanos del nuevo régimen es una prueba de la evolución operada en la actitud del Ejército, al que así estimulan para que se profundice hacia posiciones cada vez más próximas a las del peronismo, mientras quienes los critican demuestran un sectarismo torpe que sólo serviría para forzar una retracción de les militares y cerrarnos esta oportunidad que se presenta. Esas afirmaciones no tienen más fundamento que la desvergüenza o la ignorancia insondable, o ambas.

Por supuesto que tendríamos todo el derecho a invocar lo que las FF.A.A. han hecho contra el país y contra nuestra masa para exigir, cuanto menos, testimonios concluyentes antes de aceptar que se ha producido tal rectificación, si no fuera que los objetivos, el programa, las medidas y los colaboradores prueban que la "revolución" responde a las mismas pautas que siguen las FF.AA. desde 1955 aunque por

ahora con mejores modales. Pero ni aún esa legítima predisposición espiritual gravita en lo más mínimo cuando afirmarnos que los burócratas se verán defraudados en sus esperanzas de que el gobierno haga algunas concesiones populistas que sirven de justificación *a posteriori* a tan disciplinados auxiliares. No atribuimos a ninguna congénita perversidad de los militares su insalvable incomprensión de la tragedia nacional. Más arriba negamos que fuesen ajenos a la política que vituperan y que fuese lógica y moralmente inadmisible la representatividad de que se dicen ungidos. Ahora lo repetimos, pero no desde el punto de vista de una confrontación entre esas pretensiones y lo realmente ocurrido, sino para llegar a la médula de ese comportamiento, a los orígenes de esas ideas fantásticas acerca del país y de sí mismos, desentrañando el significado del programa que presentan como el estropajo lustral para esta tierra asolada por el descocado desenfreno aborigen.

La "Revolución Argentina" ha tomado a su cargo interpretar los sentimientos y aspiraciones de los argentinos, codificando los objetivos nacionales y las normas que unificarán el esfuerzo colectivo. Ha reconocido que su tarea no será fácil, pero para comenzar tiene a su favor una aptitud de eficiencia de la cual dio una lucida exhibición administrativa en la jornada del 27/28 de junio, que contrasta con el desempeño del aparato civil del Estado. Y aunque no es lo mismo la función del mando que la del gobierno, por lo pronto ha eliminado impedimentos que quitan operatividad al gobierno civil: la política, el parlamento, los comités, los peronistas, Landrú, la crítica "no constructiva" y los centros universitarios; para no actuar bajo la presión de las confrontaciones electorales y la transitoriedad de las funciones electivas, suprimió las elecciones y la periodicidad de su gobierno; para no estar sujeto a las dilaciones y desórdenes de la dualidad de poderes, centralizó las facultades legislativas y ejecutivas en las manos del presidente; y por razones obvias, no tendrá que vivir con el suspenso del posible golpe de las FF.AA.

Todo esto está dentro de la lógica del nuevo régimen, pues declara que "no gobernará contra nadie" y sí tiene intención de hacerlo "con todos sin exclusión", "sin hacer política partidaria" "sino con la política de la Patria". Al "despolitizarse" el Estado, la política es un impedimento superfluo y también tuvo que ser suprimida.

Precisamente esas pretensiones son las que dan por tierra con toda la concepción de

la "Revolución", porque llevan en sí mismas el fatalismo del fracaso. *Transforman en política del Estado la visión irreal que las FF.AA. tienen de sí* mismas *y de la comunidad* cuyos destinos han resuelto dirigir. Pretender que el gobierno es apolítico, neutral en los conflictos sociales y ubicado por encima de todas las divisiones, puede ser una creencia genuina en el presidente y los jefes militares, *pero esa verdad subjetiva es objetivamente imposible.*

Porque las FF.AA. no son tina institución neutral, ni sus principios son conceptos incontaminados de ideología ni su actividad y pensamiento son extrapolíticos, ni los particularis….

Hay quienes sostienen que el Ejército es un microcosmos y por lo tanto reproduce en cierto modo el macrocosmos de la Nación. No habría así corte alguno con la comunidad civil cuyos fenómenos se manifestarían en esta porción armada. Esta opinión encierra contrasentidos que saltan a la vista: el peronismo predomina en lo civil y sin embargo sólo tiene repercusiones negativas en el ámbito castrense.

Menos mecanicista es la tesis que prevalece en los cultores de los valores militares (y en los propios militares). Según ellos las FF.AA.: a) son parte de nuestra sociedad, vibran al ritmo de ésta; y b) no se mezclan en las divisiones facciosas de la política; se guían por principios que están por encima de las ideologías e intereses de los sectores civiles. En esta concepción se basa el paso dado para hacerse cargo de la conducción del país.

Contra esto pueden adelantarse dos objeciones básicas. La primera es fáctica y consiste en todo lo que hemos dicho sobre la actuación protagónica que los militares han tenido en nuestra política. Puede no percibirse con claridad en la década del 30, donde su presencia en el primer plano político fue efímera (aunque el golpe del 6 de setiembre fue la transición del gobierno popular a trece años de fraude); pero no puede ignorarse que desde 1955, aun cuando había gobiernos civiles, las FF. AA. participaron en diversas formas y, sobre todo, mantuvieron el derecho a veto sobre la acción de los mandatarios. La segunda: un núcleo de la población que fuera la quintaesencia de sus virtudes, esterilizado contra sus impurezas sería algo aparte, una élite que constituye una categoría cualitativamente diferenciada del común.

Aunque se aluda al origen de clase media de gran parte de sus jefes para negar que los militares constituyen una casta y un cuerpo con sentido exclusivista, el argumento

no es válido, pues las FF.AA. no son determinadas por las clases de origen de sus miembros, sino que son canales de ascenso social. No constituyen una continuidad con el resto de la ciudadanía sino que son corporaciones altamente especializadas y adscriptas a valores que son los de las clases altas. Son instituciones formativas que moldean las personalidad de sus miembros desde que tienen quince años, dentro de sistemas de valores y concepciones filosóficas que no sufren la erosión del contacto propio de la convivencia en un medio social abierto y se integran en las conciencias incuestionadas por la confrontación con otras teorías en medio de la experiencia social.

Las FF.AA. no son, como ellos creen, una representación del conjunto de los componentes sociales, ni un núcleo "neutral" frente a las contradicciones entre ellos. *Son una parcialidad.* Podemos pasar por alto su participación en la política desde setiembre de 1935, para que no se piense que hacemos hincapié en las acciones pasadas de un enemigo que ahora quiere enterrar el hacha de la guerra, y tomar otro dato que define su naturaleza en la presente etapa: las doctrinas de la "frontera interior", de la "guerra contrarrevolucionaria", en que se asignan una función específica como *parcialidad* enrolada en un orden, aliada a los intereses locales y foráneos privilegiados por ese orden, cuya defensa confunden con la de la Nación y declara la guerra por anticipado a cualquiera que trate de llevar a la práctica un intento de reformarlo o que simplemente se alce porque la opresión se le vuelve insoportable. Este papel como guardianes del orden no se modifica porque las FF.AA. consideren que esos adversarios del régimen son agentes extranjeros y califiquen su función represiva como lucha contra una amenaza exterior; las cosas son por su naturaleza y no por el nombre que se les da, y esas patrañas no son serias más que como propaganda. Tampoco son una novedad, ya que siempre la opresión ha sido justificada en nombre de ideales intangibles.

El papel de la ideología militar

Dejemos totalmente de lado las tergiversaciones que forman parte de la propaganda para cohonestar el crimen y desfigurar los hechos e invertir los papeles respectivos

de víctimas y verdugos. Las modificaciones que estamos analizando no son las que están arraigadas en las conciencias y ocultan a los hombres su propia realidad y la del mundo al que pertenecen.

¿Por qué esta visión tan adulterada de las FF.AA. con respecto a sí mismas y a lo que hacen y representan? ¿Por qué ese trastrocamiento de conceptos? En otras palabras: ¿cuál es la causa de que las FF.A.A. se asignen una ubicación por encima de las fuerzas que actúan en la sociedad, que atribuyen inspiración divina a su sistema normativo, considerando que sus ideas son patrióticas cualitativamente superiores a las ideologías político-sociales?

Porque todo eso constituye, precisamente la ideología de las fuerzas arruadas. Es decir, un conjunto de formas conceptuales que condensan una representación de la realidad y un proyecto sobre su futuro. *Ideología* que no sólo es clasista sino la misma que la de las clases que *explotan* el trabajo de los argentinos y constituyen un bloque social integrado con las dominación económica, política, cultural y estratégica de un imperialismo agresivo y omnipotente, el más grande enemigo de la humanidad en este período histórico.

La ideología de las clases dominantes es la que prevalece en cada sociedad; pero en cada sistema de organización social la ideología cumple una *función* diferente. En las organizaciones precapitalistas la estratificación social era un hecho perfectamente visible, inamovible, que aparecía como el orden "natural" en la comunidad humana. Se era esclavo o propietario agrícola o comerciante. En la época feudal se nacía en una sociedad donde la división existía como algo prefijado e inherente a ella. Caballeros, siervos, artesanos, etc., eran categorías que estaban a la vista, desigualdades que se presentaban en forma directa, lo mismo que su sistema de múltiples relaciones de servidumbre; constituían a la vez el ordenamiento económico-social y el ordenamiento político de la comunidad. Las clases estaban constituidas en castas, resultado de relaciones de dependencia, que eran inherentes a la vida gregaria, consagradas como la manera de institucionalización de la sociedad. La función de la serie de conceptos, representaciones, valores —es decir, la ideología—, era la de *racionalizar y justificar* esa pirámide de desigualdades, presentándola como un todo coherente, ordenado, lógico y, además, respondiendo a un designio divino.

En el Estado moderno, la ideología no es simple *justificación* sino además una *mediación* en el interior mismo de las contradicciones de clase. Con el desarrollo del capitalismo y la Constitución del Estado moderno, *las relaciones de producción y las relaciones políticas fueron perdiendo su unidad,* escindidas en dos esferas, la sociedad civil y la política. Los hombres, que como productoras están bajo relaciones de desigualdad (patrón y obrero, empresario y empleado, etc.), en cuanto individuos políticos son libres e iguales. La sociedad civil *es* el ámbito de contradicciones entre intereses *privados,* tanto de orden competitivo entre burgueses como sociales entre la burguesía y los trabajadores. En lo político (siempre, por supuesto, que el régimen democrático funcione) reina una libertad que es real, en cuanto equipara a todos como ciudadanos; pero es real en *el interior de ese ámbito político,* que a su vez es parte de las superestructuras que integran la organización social basada en la explotación de la fuerza del trabajo por los capitalistas.

La ideología, como elemento de *esa* dominación clasista, no tiene la función de justificar lo que está a la vista, sino de ocultar, de mistificar el conjunto de las relaciones sociales. El Estado burgués toma carácter *universal* o sea que, aunque se funda sobre una coalición de diversos intereses y privilegios en la sociedad civil, aparece como una creación *general* que responde a toda la sociedad, aparece como *representación de la sociedad* cuando no es más que una proyección falsa, sin correspondencia con las relaciones reales que existen en la comunidad, una «abstracción» que corresponde a la complejidad de la sociedad capitalista, donde las relaciones naturales y directas ceden a las relaciones de mercado, el valor de uso cede al valor de cambio, la producción es de mercancías, etcétera.

La ideología no es una serie de falsedades que los burgueses deciden propalar para engañar al resto de la población, sino que es uno de los elementos que forman parte del proceso de integración del Estado, a partir de ese determinado modo de producción. El carácter específicamente *político* del Estado en cuanto separado de la sociedad civil, se manifiesta por la *universalidad* que adquiere un conjunto de valores que no aparecen como lo que en realidad son: factores objetivos de relaciones entre la base económica y la superestructura política (instituciones políticas, jurídicas, culturales, filosóficas).

La función mistificadora de la ideología consiste en que presenta las condiciones igualitarias de la vida política como si fueran las que imperan también en su vida civil. Vale decir, que el individuo concibe su situación en la comunidad *como igualitaria y libre,* cuando lo cierto es que de ese igualitarismo y esa libertad sólo goza formalmente en la parcialidad de su actividad política.

Este complicado proceso que aquí esquematizamos se apoya en la *desigualdad* que es propia del capitalismo, su realidad esencial. Ella es la que da a la burguesía el control de la creación y difusión de la cultura (educación, prensa, comunicaciones, etc.) y le permite difundir sus concepciones a las otras clases, a las que presenta su propia libertad, de la que goza en cuanto burgués, en cuanto privilegiado, como si fuesen libertades de las que gozan todos.

La ideología burguesa realiza *la unidad imaginaría de dos planos distintos* de la realidad que vive el hombre (el económico-social y el político) mediante la sustitución del doble juego de relaciones que en realidad existen entre el hombre y cada uno de esos planos por *una relación única* —la política— en que el hombre es libre y está en igualdad de condiciones con los demás hombres. De esa manera, las clases hegemónicas imponen la visión de una sociedad cuyas estructuras aparecen, en todos los planos de la realidad, como representativas del *interés general,* a hombres que *sólo en esa forma abstracta* están unificados como participantes en igualdad de condiciones de la comunidad nacional.

Las clases hegemónicas manejan esa comunidad supuestamente igualitaria, que parece ser el resultado de un acuerdo libre de voluntades, de un "contrato" de toda la sociedad.

Todo esto es preciso tenerlo presente para saber por qué desearnos terminar con el demoliberalismo, cuál es su intrínseca superchería, y entonces se puede valorar la actitud de los burócratas que proclaman que se ha logrado ese objetivo cuando lo que ha ocurrido es que se destruyó la superestructura político-electoral pero no lo que esa superestructura ocultaba. También se comprende cómo la ideología forma parte de la evolución de la sociedad explotadora y justifica y oculta su dependencia, su carácter de instrumento de los intereses unilaterales dominantes.

La ideología expresa la relación del hombre con las condiciones de su vida, tal como él las vive; por medio de ella se inserta en el sistema de relaciones que existen

entre la base económica de la sociedad y la superestructura, cohesionando en su conciencia los diversos niveles objetivos de la vida social. Pero actualmente, utilizada por las clases dominantes, no registra directamente esas relaciones sino que da (vimos) una representación invertida de ellas. Para tomar una forma contemporánea de condicionamiento ideológico: las ideologías que difunden los medios de comunicación de masas (especialmente la TV), imprimen en el público la imagen de una igualdad formal entre individuos, variados pero idénticos, que aparecen integrados en la comunidad política abstracta de la Nación; el espectador, que es parte de esa comunidad, se identifica con ella, pero de hecho lo está haciendo con el conjunto de sus relaciones reales, entre las cuales están las de su explotación por capitalistas.

La ideología "privatiza" la vida civil —es decir, mantiene lo referente a las necesidades económico-sociales como asunto particular de cada individuo— y de esa manera "despolitiza" a las clases dominadas, al tiempo que las unifica abstractamente a través de las instituciones del Estado político; estructura así la hegemonía de las clases dominantes. "La tendencia a la creciente despolitización de las clases dominadas constituye el factor determinante ante una politización de las clases hegemónicas actuales y es propio de las estructuras objetivas del Estado moderno".

Como vemos, nuestros jerarcas peronistas enronquecieron vivando a la "revolución" que había liquidado la política, cuando *la despolitización no es sino una de las tendencias del Estado capitalista actual,* aún en los países desarrollados, en los cuales no existen las situaciones explosivas como la que aquí crea la presencia de un numeroso proletariado sin un correlativo sistema capitalista capaz de asegurarle mejores condiciones de vida y estabilidad en el trabajo. Por eso hicimos notar la "despolitización" que se intentaba imponer ya desde el gobierno civil: sindicatos, Universidad, legislación represiva del artículo 213 bis que pone la libertad de los ciudadanos en manos de la justicia clasista argentina —que por algo fue el títere que dejó intacto la pasión reestructuradora de los militares—. Aquella despolitización, como todo lo que hiciesen los partidos burgueses, era incompleta. Primero, porque un gobierno como el de Illia que actuaba en un marco de semilegalidad con prensa, parlamento, etc., no disponía de fuerza de coerción suficiente; segundo, porque quedaba en pie el problema de las elecciones.

La dictadura militar, con el manejo de la violencia, ha podido plantearse la "despolitización" integral que se necesitaba. En principio y por el momento, el objetivo se logró: sólo desde la interioridad del régimen se pueden discutir algunos puntos y ninguno de ellos importante.

El peronismo todavía no rearmó sus filas. Nos referimos a la cohesión que, aún en las peores circunstancias se establece en la base del Movimiento donde la conciencia colectiva orienta las reacciones populares ante la adversidad común y contrarresta los efectos centrífugos de la quiebra de los instrumentos formales de unificación como los organismos partidarios, la capa dirigente superior, etc. Los viejos partidos no tienen fuerza para plantear una oposición a los mismos que acaban de desalojarlos de la conducción burguesa. Han quedado entre las dos grandes fuerzas políticas argentinas: el Estado, con la violencia organizada, y las masas.

El oficialismo dialoga con un gremialismo representado por la superestructura de atildados hombrecitos reverenciosos, en gran parte encantados de verse coaccionados a practicar el "sindicalismo puro" que tanto les gusta íntimamente (cuando no hay perspectivas de figuraciones políticas).

La despolitización, necesidad objetiva del régimen, encuentra ambiente favorable en sectores del movimiento de masas; aquellos, precisamente, que hemos caracterizado como un puente a través del cual las clases dominantes introducen sus propias consignas en el seno de las clases dominadas. Las direcciones sindicales de orientación "vandorista" ya estaban replegadas hacia la "despolitización" y el enfrentamiento con Perón los iba a liquidar tarde o temprano. Ahora, las imputaciones de deslealtad son utilizadas a media voz por otros burócratas exactamente igual a ellos, pero ha desaparecido el terreno de lucha donde tenía efectos contundentes, como lo demostró la elección de Mendoza.

La "unidad" formada en torno a la mesa directiva de la CGT, con amarillos independientes ya tenía la marca de la politización, nada lo expresaba mejor que la consagración, en forma oficial y práctica, del avance hacia el liderazgo de los dirigentes de Luz y Fuerza. Luz y Fuerza es, efectivamente, el exponente de un sindicalismo pasteurizado, dispuesto a obtener todas las conquistas por medio del "diálogo" y la "conciliación", pronto a firmar cualquier "tregua" que se le proponga. Diálogo con la patronal, con el gobierno —cualquiera que éste sea— con los Estados Unidos y

sus agentes bajo cualquier disfraz que lleven (diplomático, sindical, etc.). Como la política existía, Luz y Fuerza tenía la fórmula de la máxima fidelidad y la total desvinculación: adherían a Perón, como *único líder,* después del cual sólo había "equipos" (de conducción, gremiales. etc.); de manera que, entregando el monopolio teórico de la política a Perón, ellos se manejaban con criterio técnico-sindical y practicaban el tradeunionismo, tratando de imponer al conjunto del movimiento obrero ese economicismo que a ellos les permite presentarse como modelo de organización administrativa y de ventajas obtenidas para sus afiliados; ventajas que no son extensibles al conjunto de la clase por ser producto de una situación privilegiada de ciertos gremios. Esa posición era incompatible con la lealtad declarada y servía para confundir lo que es fundamental con lo accesorio: como todos los amarillos, declaran que no están contra la política sino contra la politiquería o las divisiones por pequeñas banderías e intereses, en lo que tienen toda la razón del mundo; pero la trampa está en que la "política", la gran política que todos aceptan practicar, es tan vaga y estratosférica que no tiene existencia sino en el mundo platónico donde se va a encontrar con su versión en lenguaje político-militar; es la política que no se reconoce en el bajo mundo de la carne y aparece como "mandato de la Patria", "interpretación del ser nacional" como la del régimen actual, que resuelve por todos y llama a sus órdenes coactivas "empresa nacional", extrañamente parecida a la "libre empresa".

Perón, mediante esas "lealtades" burocráticas, quedaba también desencarnado y brillando en el firmamento lejano del cual provienen los efluvios patrióticos y principistas que inspiran a las clases dominantes, dan a sus actos un tono de eternidad y convierten en sacrílego a quien niegue los "valores" de Civilización, Libertad, Occidente, etc. Es el gobierno militar traduciéndonos los mensajes que la Patria le confía al oído, que son exactamente iguales a las conveniencias de las fuerzas explotadoras. Es el señor Faustino Fano, presidente de la Sociedad Rural, que entrega los premios del torneo ganadero como si fuesen condecoraciones por méritos de guerra a quienes han salvado a la Patria, y declara que la central de la oligarquía no ha actuado nunca en función de intereses egoístas sino que "actuó como país". Es Luz y Fuerza, declarando que "nuestra CGT nunca se encerró en un esquema clasista"; o Alonso atribuyendo a la clase obrera un papel conciliador, la formación de un "frente solidario", transformando el "pacto negativo" de los privilegiados en "pacto positivo" que

promueva la "reforma de estructuras", la "formación de una élite nacional" al margen de las clases; o Cardozo, de la Carne, expresando que "el planteo de una lucha de clases es ajeno a nuestra tradición".

Con citas como esas podríamos llenar muchas carillas porque son conceptos muy generalizados entre los burócratas, y por eso no parece tan sensacional que la central *"de trabajadores"* no sea *clasista.* Pero el economicismo, el tradeunionismo, la defensa de intereses económico-corporativos y aún la actividad política desarrollada en la interioridad de un régimen cuyos fundamentos no se cuestionan, *son clasismo* y de la peor calidad; porque bajo la abstracta "unidad nacional" se da como dato fijo de nuestra realidad la existencia de la desigualdad, y sólo se buscan atenuantes a sus efectos más "abusivos", sin considerar que *el capitalismo es en sí un abuso que explota* el trabajo *social* en beneficio de los propietarios. Con la afirmación de que "no somos ni de izquierda ni de derecha", (con lo cual Ortega y Gasset sirve tanto a los ideólogos del gobierno como a los del sindicalismo domesticado) los jerarcas se colocan "en el centro", aunque no se sabe bien en el centro de qué.

En esos altos niveles burocrático-sindicales la despolitización era ya una realidad, en primer término porque la falta de política de nuestras conducciones era una forma de apoliticidad; luego, porque los enfrentados con Perón tenían que eludir esa región peligrosa para ellos; el ágape obrero-militar organizado por el sindicato de Luz y Fuerza en homenaje al coronel Leal, por ejemplo, fue pródigo en declaraciones e insinuaciones que deslindaban cuidadosamente ambas actividades. Un tribuno de la plebe, aclaró: "No vengo como legislador de un partido sino como dirigente sindical"; porque la condición de peronista y hasta la investidura de representante político del Movimiento son prendas que se dejan en el guardarropas cuando se entra al ámbito purificado en que actúan los militares.

En cuanto al otro sector de las "62", que cuenta con los mejores elementos sindicales, tenía como núcleo superior al "alonsismo", con lo cual su peronismo quedaba reducido a una carta para jugar en la lucha interna con los "desafectos", pero tan ausente como estos últimos en cuanto a definición ideológica *y* política, por lo que con ánimo ligero y corazón alegre lo dejaron de lado para aunarse al cortejo de la "revolución nacional". Porque el apoliticismo es una de las aberraciones que Perón siempre condenó en la forma más enérgica, como en un párrafo que vamos a citar

porque estaba dirigido a estos mismos oídos sordos de hoy: "Algunos dirigentes sindicales carentes de mentalidad y fuera de la real situación podrían sostener, equivocadamente, que su misión es sólo la defensa de los intereses profesionales, pero no hay posibilidad de tal defensa en tanto el colonialismo, la oligarquía y los políticos al servicio de la burguesía estén en la posibilidad de entregar y someter al país, explotar y escarnecer al Pueblo mediante sus "triquiñuelas", sus sofismas o sus falsedades, cuando no con la violencia de la fuerza que los mismos trabajadores pagan pero que sus enemigos manejan". *(Mensaje a los peronistas,* octubre de 1961).

Los dirigentes sindicales, en el desempeño de sus funciones, tienen que tratar con los poderes públicos. El "diálogo" interrumpido con Illia se estaba por reanudar, y no hay razón para que no se estableciese con las autoridades actuales. Lo que constituye una traición es que, en lugar de hacerlo como necesidad de la clase obrera en un régimen que responde a las clases enemigas, se han *adherido* a la expresión más cruda de la violencia que ejerce ese régimen, han aceptado las reglas del juego como si fuesen pactadas, como si un poder externo las garantizase imparcialmente y como si fuesen más favorables que las que regían antes.

La "neutralidad" de las FF.AA. es una evasión de la realidad, que no tiene ninguna excusa en datos que induzcan a engaño. El régimen ha hecho más duras, difíciles e implacables las anteriores normas de coexistencia de las clases, ha sacado a relucir su violencia y ha extremado las formas de explotación del trabajo proletario. La *despolitización,* en la actitud de los dirigentes, no aparece como forma extrema de coacción sino como una ventaja; la burocracia al lanzarse a apoyar ese método nuevo para continuar la opresión clasista, lo ha fortalecido inmovilizando *políticamente* al pueblo, induciéndolo al desarme, como si fuese un desarme general y no un desarme de la mayoría sometida a servidumbre.

La política, por supuesto no ha desaparecido; simplemente, *el régimen se arroga el monopolio de la política,* suprimiendo los frentes donde no era omnipotente. Ese monopolio tampoco elimina la política popular, lo que es una imposibilidad; la elimina sólo de la legalidad. Ya buscará otras formas de expresarse y los burócratas que se han "despolitizado" aparecerán en su verdadera actitud, es decir, "politizados" con el régimen.

Aparte del oportunismo, acomodo, complicidad, etc., las razones para el equívoco

están en la mentalidad de los burócratas; como ellos actúan en el Movimiento peronista, pero no con una visión "hacia" y contra el régimen sino dentro de las condiciones, incluso ideológicas, que éste les impone, antes veían en la política de partidos una expresión de las fuerzas reales en pugna, sólo falseadas por nuestra ausencia en la competición electoral; las luchas económico-sociales se daban en forma directa en la relación sindicato-patronal y encontraban sus soluciones políticas de conjunto en la confluencia de los partidos hacia la superestructura del Estado. Entonces les parece lógico que estemos incluidos en un pie de igualdad con los otros partidos políticos en las medidas de disolución.

Y aún los que reconocen que la acción de los partidos es lucha de clases, piensan que los intereses de la burguesía y del proletariado han sido afectados en forma pareja. Los partidos clásicos eran, efectivamente una expresión de esos intereses de la burguesía, así como el peronismo lo era de los intereses de los trabajadores: *lo que no hay es igualdad,* porque suprimida la política partidista, aquellos intereses siguen presentes en el Estado, en *su* Estado, mientras que el proletariado queda privado de su instrumento para luchar dentro de la jurisdicción política de dicho Estado. *La "igualación" ha significado, concretamente, la disminución en lo defensa de los trabajadores* y *el refuerzo del poder de las clases poseedoras.* La ficción de que la democracia burguesa representaba al conjunto de la sociedad ha sido reemplazada por la ficción de que el Estado en manos militares ha perdido su clasismo.

Así, el noclasismo de nuestra burocracia, unido a su nopolítica de ahora facilita el clasismo y la política de las clases dominantes, no menos real porque se presenten como "por encima" de la política y los sectores sociales. Ahora gravitan con mucha efectividad: no tienen que pasar por la intermediación de los partidos, donde pesaban también ciertos factores que, sin alterar ese contenido clasista burgués, eran "relativamente" independientes, propio de lo específicamente político. Tampoco tiene ahora otra política enfrente, que se manifestaba a través del peronismo en primer término, y en toda suerte de expresiones populares, estudiantiles, etcétera.

Es posible que Alsogaray, víctima de su locuacidad, eventualmente sea sacrificado; entonces la burocracia renovará sus pretextos para la infamia explicando que es un triunfo del "sector progresista" del régimen militar. Pero el general Onganía, que

está exento de los peligros de la elocuencia, define los alcances de la "revolución" de tal manera que descalifica de antemano la tentativa de hacer de Alsogaray un chivo emisario y un "desviacionista" de la política de la "revolución" y aún hay indicios de que Alsogaray y su sector lejos de ser sacrificado, aumentarán sus ya numerosos poderes. De entre el cúmulo de definiciones concordantes, he aquí algunas, a través de las palabras del presidente Onganía:

"El Estado empresario, patrón o ejecutor, en general ha dado resultados desfavorables". (Allá van diez años de realizaciones peronistas).

"Queda claramente establecido que el Estado no interviene para limitar la libertad de las personas, sino que por el contrario su actuación tenderá a asegurarla, impidiendo sus abusos y reprimiendo su violación". (Porque se sabe que los pobres viven abusando de los ricos y los trabajadores oprimen a sus patrones de manera atroz).

"El Estado tiende, a implantar condiciones generales que brinden posibilidades similares a todos los individuos para que su desenvolvimiento y realización puedan así obtener los beneficios que su capacidad y esfuerzo les permitan alcanzar" (O sea: la famosa "igualdad de oportunidades" que el régimen capitalista ofrece como solución a las ansias por terminar con las desigualdades: Esta "igualdad" implica dos falacias básicas: 1) que las diferencias económicas pueden compensarse y poner en pie de igualdad de oportunidad a todos los individuos (se desprende que los hijos de los ricos son más inteligentes que los hijos de los pobres porque aquellos van a la escuela, al colegio secundario y muchos a la universidad, mientras que los otros van a la fábrica); 2) que porque algunos individuos que tienen suerte y determinadas aptitudes abandonan la situación de obreros y mejoran su status social, se satisface el ideal de justicia, cuando lo que interesa no es que algunos explotados se conviertan en explotadores o en auxiliares de la explotación, sino en suprimir la explotación. da solución individual de algunos que dejan de ser obreros no soluciona el problema *de los obreros* como clase).

"Las relaciones entre el Estado, las fuerzas empresarias y las fuerzas de trabajo se han caracterizado hasta el presente, salvo excepciones, por una continua puja entre dichas fuerzas en la obtención de una mayor participación en el ingreso nacional y un constante ceder del Estado a las presiones de ambas direcciones. Con desconsideración casi absoluta, por parte de todos, al incremento de ese ingreso. El resultado ha

sido una carrera establecida entre precios y salarios, que ha esterilizado los mejores esfuerzos del país en los últimos 20 años.

"El gobierno tiene la responsabilidad de velar por ese libre juego de las fuerzas del trabajo para impedir el exceso de alguna de las partes en detrimento de otros sectores de la comunidad". ("Directivas para el planeamiento y desarrollo de la acción de Gobierno).

Esta última cita condensa la concepción "social" del régimen revolucionario. Es económicamente falso que haya sido la lucha por mejores salarios la causante de la inflación. Por el contrario, los aumentos de las remuneraciones son una defensa contra el proceso inflacionario, que se debe a otras causas; esas causas son estructurales. Pero no son esas las estructuras que van a cambiarse sino otras, como por ejemplo las de las relaciones entre empresarios y obreros, que son puestos en igualdad de situación: tanto los obreros como los patrones son unos desconsiderados que no cumplen con el "libre" juego, pero éste se restablecerá debido a la amplia sensibilidad social de la "Revolución Argentina". Hay que terminar con el egoísmo de los obreros, con sus viajes a Europa, los autos de lujo, sus departamentos suntuosos, sus remesas de dólares al exterior, etc. La "revolución" va a preocuparse de que, en la jaula donde están los leones y las gacelas, éstas no les hagan trampa a los leones, que quieren alimentarse.

Aquí las complicaciones e incertidumbres en torno a *lo político* y a *lo gremial* desaparecieron con un golpe de sable que liquidó uno de los términos. La burocracia despolitizada tratará con el Estado —que además de despolitizado es también no-clasista— las soluciones que han de buscarse en la conciliación y en la tregua. Lo que le va ocurrir a las burocracias es que, si antes no reciben algún otro golpe del sable aséptico de la "revolución", se van a encontrar en determinado momento con que el proceso ha ido recorriendo por abajo un camino inverso al que ellos hicieron a su alto nivel y cuando lleguen a cierto extremo los efectos de la "revolución", la reacción de la masa obrera no va a mantenerse en los linderos del gremialismo impoluto y simultáneamente va a exigir la defensa de la política-gremial y de la política-política, y a lo mejor lo exige de malas maneras y con mejor memoria que la habitual para

la actuación de los que las han representado. Para que eso no ocurra, los burócratas, tratarán de hacer oír sus voces de prevención en los círculos áulicos del Estado,

pero aunque encuentren espíritus comprensivos, éstos nada podrán contra los rodillos inatajables de la libre empresa y la economía "sana".

Los dirigentes gremiales, que no tiene otro medio de presión contra el gobierno que las declaraciones a media voz, van a verse superados por la correntada que viene de abajo y, al mismo tiempo, habrán perdido todo predicamento con las autoridades, que les imputarán su inoperancia ante las acciones "extremistas". La política y la lucha de clases se les aparecerán quieran o no.

La mitología de los violentos

Claro que la dictadura militar jamás reconocerá que la lucha de clases es la determinante de los conflictos, y mucho menos admitirá su propio papel beligerante. Es que en la sociedad capitalista la actividad humana se ordena en una organización productiva que escapa a su control y aprehensión porque las categorías de la economía burguesa (cambio, valor, capital, mercancía, dinero) no revelan el verdadero carácter de las relaciones sino que toman —como indicamos más arriba— un carácter abstracto, están mistificadas. El carácter *social* que tiene el trabajo realizado por una multitud de productores privados y las formas de apropiación *privada* de la ganancia no aparecen como contradictorias porque eso está oculto tras relaciones aparentes que se presentan como naturales e incambiables. Las formas de la vida social también parecen tener una existencia más allá de la voluntad humana —el Derecho, el Estado, las ideologías—, y aparecen envueltas en resplandores de eternidad y no como emanadas de ese subsuelo de relaciones de producción.

Esa idealización que mistifica la realidad llega a un grado todavía mayor en las FF.AA., que se manejan con una serie de símbolos que van evaporándose en sucesivas abstracciones: bandera, himno, etc., que simbolizan la Patria, que a su vez es el símbolo de una unidad formada por múltiples elementos materiales e inmateriales.

A la separación moderna entre sociedad civil y Estado correspondió la culminación de un proceso que se venía desarrollando desde que históricamente apareció el Estado: el de la "fuerza pública" como algo diferente de la población organizada como fuerza armada. La violencia organizada era, en el Medioevo, un privilegio de la Igle-

sia, de la nobleza y de ciertas castas y corporaciones. La “privatización” de la sociedad determinó el monopolio de la violencia pública por parte del Estado jurídicamente organizado. Las fuerzas armadas adquirieron ese mismo carácter de “universalidad”, de producto de la voluntad general de la colectividad, que era, como hemos dicho, una mistificación de su verdadera naturaleza; y más aún, porque las fuerzas armadas eran un órgano que en teoría no hacía sino custodiar y ejecutar esa voluntad general, ajena a los cambios que se producían en la política del Estado. Lógicamente, esa neutralidad fue muy relativa en todos los Estados, en primer lugar porque quienes manejan la fuerza tienden a subrogarse a las autoridades civiles en muchas situaciones críticas, y luego, porque el Estado no es “universal” sino que lo parece, y la ideología y los intereses de la burguesía son elementos que estructuran la organización de la sociedad y están incorporados, por lo tanto, al Estado y a sus fuerzas armadas. Eso, en términos generales. En nuestro caso agregamos que la mistificación de su presunta imparcialidad política social e ideológica, no tiene más asidero que la irracionalidad con que se abrazan los conceptos que coinciden con la propia conveniencia.

Las FF.AA. experimentan la evolución ideológica cumplida por el pensamiento burgués, tomando de él los componentes que más se prestan a una síntesis con su simbología específica como corporación. La disposición de la violencia organizada y la tendencia a los conceptos de máxima abstracción, se conjugan para que las FF.AA. tiendan a asumir el papel de instrumento providencial en los momentos críticos. La simbología de la Patria va representando valores cada vez más abstractos, que son la proyección de las ideas predominantes en los militares, de forma que éstos se ven como representantes directos de los valores de la Patria, que ellos mismos han elevado a esa categoría. Todo influye para decidirlos a tomar el poder, comparando su propia eficiencia y orden con la desorganización de la vida civil; y para emplear la violencia contra la oposición, pues sólo extremistas, inadaptados, antipatriotas, etcétera, pueden discrepar con una política que por definición es patriótica. Las interferencias y las acciones defensivas del pueblo son imputadas a la conspiración marxista, una ruptura del orden armonioso que el Estado está tratando de imponer entre los grupos sociales.

Pero *entre las clases dominantes* y *las clases dominadas las relaciones son de fuerza,* aunque

no siempre esa fuerza parece como evidente porque según cada circunstancia varía la proporción entre la violencia como coerción y la violencia que aparece diluida en las instituciones. Los derechos son privilegios jurídicamente cristalizados que están protegidos por la violencia, aunque ésta es potencial y por eso no se ve; pero se descargará sobre quién intente desconocer a algunos de esos derechos. Mientras esto no ocurra, la violencia permanece potencialmente contenida en los códigos, en el aparato del Estado, en la policía, en el ejército. Es la paz, la normalidad; pero cuando contra una injusticia jurídicamente consagrada se alza el oprimido, el explotado, entonces la violencia que éste sufre por parte del propietario, del empresario, no se tiene en cuenta: es el *rebelde* el que ha violado la ley, y por consiguiente ha hecho violencia sobre el orden social y ha agredido al titular del derecho; el Estado aparece entonces con su violencia para repelerlo.

Las cadencias de la incentivación, la superexplotación en las regiones rurales del noreste donde no hay concentración obrera y los trabajadores están aislados y sin posibilidad de defensa colectiva, las listas negras, no son consideradas como violencia. Sólo si el pobre se rebela se dirá que aparece la violencia, *y* entonces viene la policía para castigarlo. Si hay gente que tiene mucho y otros que se mueren de hambre, si los magnates de la industria azucarera tucumana logran superganancias embolsándose los adelantos del gobierno federal y venden su producción a través de compañías intermediarias que les pertenecen, mientras liquidan a los pequeños cañeros sobre la base del bajo precio a que simulan haber vendido, eso no es violencia para el orden imperante. Que los niños del noroeste coman en la olla popular, que haya altísimos porcentajes de mortalidad infantil, que haya una carencia alarmante de proteínas en la alimentación de los chicos y vivan desnutridos mientras las clases altas dilapidan su dinero en gastos suntuarios, envían dólares a los bancos extranjeros, y las empresas norteamericanas se llevan ganancias disimuladas mediante toda clase de subterfugios, esos no son hechos de violencia para el régimen. ¿Qué mayor violencia puede haber que ésa? ¿Qué mayor atentado contra la persona humana; contra el mínimo derecho a ser alimentado y vestido que tiene toda criatura que viene al inundo, contra la libertad concreta de miles *y* miles de personas que viven en condiciones de infraconsumo, sin acceso a ninguna forma de cultura, condenados desde que nacen a ser miserables? Nuestras FF.AA., que saben que esas penurias existen, y que según

dicen, están en favor de planes de ayuda social, van a salir a aniquilar a esos muertos de hambre cuando se rebelen; van a perseguir como a perro rabioso a quien les diga a los explotados que no deben resignarse sino *que tienen derecho a usar la violencia revolucionaria, que es la afirmación de la humanidad del hombre, contra la violencia reaccionaria, que* es *su negación.* Se puede llorar por los desamparados, se pueden mencionar las estadísticas sobre calorías, consumo de alimentos por habitante, hablar del hambre, jurar que hay que acabar con la necesidad; lo que no se puede es tratar de terminar de una vez por todas con este sistema capitalista que es el causante, así como sus defensores son cómplices, de los flagelos que asolan a parte de nuestra población, de las necesidades que pasan otros sectores, de la injusticia que está a la vista de todos y en todas partes.

Pero las FF.AA. no van a tocar nada de eso, salvo mediante la "libre empresa", los planes de desarrollo y las recetas de los economistas que pertenecen a las empresas burguesas. ¿Es que todos los militares son crueles y carecen de un mínimo de solidaridad humana? No, es que ellos están por "las jerarquías", por "el orden", por el "derecho de propiedad", es decir, están por todo lo que causa los males; pero en lugar de ver que allí están los engranajes que trituran a los seres humanos y sangran a nuestro país, lo reverencian bajo los disfraces de gran de abstracciones.

También los dueños y tratantes de esclavos se oponían a que se terminase con el sistema y argumentaban a favor de la situación imperante invocando el orden, la libertad de comercio, la propiedad privada, Dios, etc. Léase a los segregacionistas del Sur de Estados Unidos, a los racistas de Rhodesia, a cualquier comunidad de opresores, y se encontrarán argumentos muy parecidos a los que sostienen los opresores de aquí. La forma de violencia sobre los seres humanos es ahora, en comparación, menos visible, menos grosera, pero no menos real. Las FF.AA. no salieron de sus cuarteles para terminar con la explotación; salieron para terminar con el desorden y restablecer la "autoridad". Como si el orden o la autoridad fuesen fines en sí mismos. Ellos tienen un sentido en la vida disciplinada de lo militar, pero otro muy diferente en la vida social. En ésta, no son valores primordiales, sino que tienen categoría instrumental; orden sí, cuando sirve para afianzar o lograr la justicia y la libertad. Y lucha contra el orden cuando es el orden del inmovilismo social, la indefensión nacional, la perpetuación de la ignominia.

Es que todo forma parte de la misma ideología. Las FF.AA. creen en el "equilibrio" social, en el respeto por el orden. *Pero el orden no existe:* es el punto de vista humano el que pone el orden en una situación social dada.

El orden, el equilibrio, no es más que un desequilibrio social que se ha institucionalizado. Tampoco hay jerarquías preestablecidas o de origen divino o representativas de los grandes valores que nombran tan frecuentemente. Las jerarquías son hechos sociales, las establece el poder en sus diversas formas. La jerarquía del general y la del teniente son funcionales dentro de una institución que tiene por fin la defensa armada. Pero la jerarquía de la gente "señorial" es una creación de la economía. Ningún peón ni obrero es "señorial", y en cambio cualquier estanciero que venga seguido a la capital lo es. Lo es todo un estrato de la sociedad, constituido por los que son o han sido dueños de la tierra y los que siguen sus módulos de conducta fieles a una "tradición" que ellos mismos crearon y sacralizaron de esa axiología, en saber aceptar las estratificaciones existentes, comprendiendo, que si ellos no están en los peldaños superiores es porque no les corresponde. Cada vez que desde las jerarquías se reconocen a algún servidor los atributos de la belleza del alma, con toda seguridad que es un alcahuete, un servil o un pobre diablo que se tomó en serio las jerarquías patronales y "conserva su lugar", de manera que es tratado paternalmente y recoge la limosna de los elogios: "es de la gente como ya no va quedando". Porque los inferiores se definen a partir de los superiores, en relación con su conducta hacia ellos.

Estos privilegios de nacimiento y de situación social que se presentan como atributos de la sangre o bienes de la gracia divina, o recompensas a la superioridad personal, forman parte de una serie de jerarquías que tienen un origen económico-social, aunque aparecen trasmutadas en valores espirituales. Las FF.AA. defienden ese orden, como si formase parte del patrimonio moral de los argentinos ("afirma la prevalencia de los valores morales sobre los materiales", Onganía), e identifican esa custodia con una función patriótica. Sin embargo, ese *orden* es un escándalo en cuanto lo desmenuzamos en las relaciones concretas que unen a los individuos en la actividad privada. Las FF. AA. lo consideran como un todo estructurado y armonioso, sin advertir que el Estado —de cuyos órganos son parte— es el encuadre formal que cohesiona externamente el campo concreto de intercambios competitivos de la sociedad civil, teóricamente constituida por un sinnúmero de "voluntades autónomas".

Es el Estado el que de la sociedad civil capitalista, desigual y anarquizada, *hace un orden,* que organiza el funcionamiento de la sociedad civil, al tiempo que mantiene su atomización. Los llamados a la "empresa común" y a la "unidad de los argentinos" son una convocatoria a convalidar la propia esclavitud. El programa de la "revolución" expresado por el general Onganía, establece: "Se asegura plenamente el ejercicio de la propiedad"; "Hacer respetar la autoridad, la propiedad, y el derecho ajeno". Esta trilogía campea en toda la ideología de la política del régimen militar. La política de la "revolución" recoge todos esos mitos, algunos de origen liberal otros puramente clerical-reaccionarios, casi todos comunes a una y otra ideología. Su concepción social reposa sobre las tendencias con que los sociólogos tratan de dar cuenta de la contradicción fundamental del capitalismo, la que crea el carácter *social* del proceso productivo y el carácter *privado* de la apropiación del producto, o sea entre la socialización de las fuerzas productivas y la propiedad privada de los medios de producción; contradicción que se agudiza por el carácter monopolítico del capitalismo moderno. Contra el viejo pensamiento liberal, se ha producido una evolución en la apreciación de la sociedad ante el hecho concreto de que el "individuo" del esquema liberal se encuentra, en la práctica, integrado en organizaciones y grupos por su participación en la producción (sindicatos, organizaciones patronales), y otras formas de asociación a diferentes niveles de la vida colectiva. Eso originó la perspectiva de la sociedad no teniendo como centro el hombre atomístico del viejo liberalismo, sino como "totalidad", como conjunto de corporaciones (políticas, gremiales, educativas, de trabajo, etc.). Una sociedad vendría a ser el conjunto de todos esos elementos empíricos, cohesionados en un equilibrio integrativo donde las fuerzas se compensan. Hay versiones de mayor o menor refinamiento a partir de estos principios, pero todas se basan en negar la lucha de clases y la hegemonía de un bloque de intereses sobre otro. Esa es la vertiente "social" del gobierno, que coexiste perfectamente con el liberalismo libreempresista y el anatema contra el intervencionismo estatal.

Como la "Revolución" cree en esa apacible imagen, busca la "conciliación", la "tregua", el "pacto social", reduciendo la lucha de clases a la confluencia de representantes de las fuerzas en pugna a la mesa de acuerdos "patrióticos", atribuyendo al "extremismo" cualquier acto que revele la futilidad de semejante empresa. Pero la lucha de clases sólo se atenúa con la extrema riqueza de los países adelantados, es allí también

donde funciona el régimen democrático que es un lujo de la opulencia. En cambio en la Argentina, así como no funcionó este último tampoco hay atenuación posible de una lucha que está agudizada por la crisis del sistema económico y que llega periódicamente al punto de incandescencia. Lo que habrá serán instancias de conciliación y fuerza para reprimir a los díscolos[5].

Los consejeros del general Ongania le han hecho caer en una que será posible por la desocupación y la acción represiva.

Porque la "totalidad" política riel Estado capitalista es una *Unidad objetiva de elementos en contradicción, funcionales u no-funcionales* a la vez, bajo la hegemonía de determinadas clases. El mantenimiento del orden no es, entonces, la preservación de una mítica armonía de elementos que funcionalmente tienden a cohesionarse en la Nación, sino la coerción que mantiene la unidad garantizando el *statuquo. Las FF.AA. no defienden "el orden" sino éste orden, que es el impuesto por los explotadores.* No se constituyen en defensoras de un orden que existía independientemente de ellas, que corresponde a valores extrahumanos, patrióticos y divinos, *sino que forman parte de ese arden, como elemento interno de él.* Antes como respaldo, ahora directamente. No son una fuerza que corre a la defensa de un orden fijado de acuerdo a un modelo de valores, sino que *en el acto de defenderlo lo crean,* le dan continuidad como hecho humano producto de la acción de las fuerzas económicas predominantes en el capitalismo en perjuicio de los que carecen de bienes. El "individualismo con motivaciones puramente materiales" que el general Onganía señala como una de las causas

---

5 El gobierno militar oscila entre dos actitudes al enunciar los objetivos que tiene en vista para restablecer la "democracia". Por una parte, el general Onganía ha expresado que, oportunamente, se volverá a los partidos políticos y a la democracia representativa; otros voceros, como el ministro del interior, han hablado de integrar a la comunidad a través de las "asociaciones intermedias", o alguna de las fórmulas que designan a municipalidades, asociaciones diversas, etc. Es una de las creaciones de los teóricos que buscan "integrar" a la población a través de organismos no políticos, cumplir con la "democracia" y con la "despolitización". Ese engendro corporativo también intenta borrar la lucha de clases, sepultándola bajo un enramado de formas asociativas basadas en otros motivos que los de la común situación en el proceso productivo que sólo jugarían para las tratativas exclusivamente gremiales apolitizadas.

de nuestros males, es el que impera en nuestra sociedad, apoyado por las FF.AA., el general Onganía y los planes de la "Revolución Argentina".

Las idealizaciones del lenguaje burgués, aunque vengan con los pífanos y tambores de su traspaso al idioma patriótico militar, siguen siendo la justificación de las realidades más sórdidas de la convivencia humana. ¿Por qué desde hace tiempo había que despolitizar a los gremios, a la Universidad y si era posible a todo el país civil, como ahora, pero no por cierto que no a la FF..? ¿Por qué, en ese sentido, se negaba a los sindicatos, que responden a una realidad social y económica de la vida civil, lo que asumían y asumen como privilegio las FF.AA. que sólo tienen existencia institucional como protección de la soberanía de los ciudadanos, como ejecutor y no como sustituto de esa voluntad? ¿Esa libertad sin límites, esa libertad de la cual —según la Junta Revolucionaria y el general Onganía— algunos abusaban, acaso nosotros la hemos conocido? Parece una befa hablarle al pueblo de abuso de la libertad. Lo que hemos conocido es la falta de libertad, el exceso de autoridad, de represión, de coacción. Los que han tenido y han abusado de su libertad, producto de la negación de la libertad de los demás, son los que ahora siguen gozando de ella, unos como capitalistas, otros como guardianes.

Los militares creen que perciben la realidad en su totalidad, tal cual es. Pero lo que conocen verdaderamente *son* fragmentos de ella, que están integrados en el conjunto de representaciones que constituye la "ideología". Porque la ideo logia no es algo que se elige o se va conformando, sino que es ese conjunto de ideas, valores, representaciones que ya existen en esa sociedad y conforman la conciencia de todos los que nacen en ella. La experiencia de cada individuo no se graba sobre una conciencia en blanco sino que esa experiencia se vive ya con el condicionamiento que es parte de la existencia misma en la comunidad.

La ideología, que los militares —y los analistas burgueses— creen que es un hecho puramente subjetivo, se da efectivamente como hecho de la subjetividad de cada individuo, pero es el conjunto, el medio social, el que imprime los contenidos y las formas de ese desarrollo subjetivo. Dicho de otra manera, la ideología es *una estructura*, que existe objetivamente como componente de la vida de relación, y el pensamiento revolucionario puede analizar, prescindiendo de los particularismos de cada caso-individuo aislado. La conciencia revolucionaria es una superación de esa

ideología que forma parte del orden social, no oponiéndole ninguna superioridad mediante una hipotética "comparación", sino penetrando en los hechos sociales de los que esa ideología burguesa forma parte.

Los militares afirman su superioridad en base a las mismas estructuras ideológicas con que el burgués cree en la suya, pues ambos están condicionados por el mismo contexto social. La ideología les permite reconocer su propia "calidad" de integrantes de los estratos superiores, que se les aparece como un hecho divino o natural y les presenta su predominio económico o político como el ejercicio de un imperativo moral: mandan "obedeciendo" a un deber moral superior.

Bajo la neblina espiritualista de las declaraciones, lo que defienden las FF.AA. es un conjunto de relaciones concretas entre hombres concretos, de carne y hueso, relaciones que ahora se consolidan asegurando la multiplicación del lucro obtenido mediante un despojo de nuestros trabajadores, despojo que no es sólo económico sino una mengua de su esencia humana. La ideología de las FF.AA. borra esta realidad y su propio papel en ella; el orden, la autoridad, las jerarquías, desprovistos de todo vestigio de historicidad, se subliman en valores excelsos y los miembros de la minoría parasitaria, sobre el país silenciado, se felicitan entre sí como beneméritos de la Patria. La esencia de la dictadura y la función que cumplen las FF.AA. en esta etapa Por lo dicho se comprende que la institucionalización de la hegemonía clasista en las estructuras estatales no se produce en forma directa sino por una serie de mediaciones, de una trama de interrelaciones entre la base económica, los valores y sistemas normativos e ideológicos y las formas jurídicas positivas que rigen la vida de la comunidad. Sin entrar en más precisiones que escaparían a nuestro tema, queremos poner el acento en el carácter no-mecánico de esas relaciones, de modo que lo político-estatal no es un reflejo directo e inmediato de los hechos económicos-sociales —como lo conciben ciertas simplificaciones economicistas— sino que tiene cierta autonomía, si bien relativa, propia de su especificidad dentro de la organización total de la sociedad. En los estados corporativos (tanto en el feudalismo como en los regímenes fascistas) los privilegios de las clases dominantes son consagrados en su inmediatez, impuestos a la sociedad como hecho empírico, aunque justificado ideológicamente. En el capitalismo moderno, en cambio, se presentan bajo las formas universales de un Estado que abstractamente condensa los intereses del conjunto de la población. Vale decir,

que el Estado expresa los intereses *políticos* de las clases dominantes, presentando sus intereses económico-sociales propiamente dichos como necesidades *generales,* como un crecimiento y un progreso de las fuerzas *nacionales* en una trasmutación donde quedan escamoteados los contenidos clasistas.

En la Argentina, repetimos, esa „universalización" fue realizada por una clase comercial y latifundista parasitaria que no podía representar a la sociedad global y cuya prosperidad estaba en contraposición con las condiciones de una acumulación capitalista interna.

La época de Rosas había significado un compromiso precario entre Buenos Aires y el interior. Buenos Aires conservó la Aduana, pero defendió la unidad nacional basada en el reconocimiento de los intereses locales de las provincias. Cuando ese equilibrio se rompió, la unidad nacional fue un hecho político impuesto por la minoría bonaerense dentro del marco general de la enajenación de la soberanía económica. Impuso así, una práctica económico-social y una ideología, pero sin su correspondiente práctica política. La alienación ideológica no cumplió simplemente una función mistificadora de la realdad clasista como en los capitalismos autónomos, sino que además, fue un elemento de nuestra condición dependiente; pues *el imperialismo no es un hecho puramente técnico-económico sino también un hecho de cultura.* La ideología del liberalismo, que en lo económico justificaba una práctica, en lo político era una alienación que ocultaba la carencia de la práctica, la exaltación de un institucionalismo formal instaurado mediante la transgresión de sus normas teóricas.

El nacionalismo fue una ideología revolucionaria, de «izquierda" en la terminología moderna, propia de la formación de las naciones como parte del desarrollo capitalista, que unió a todas las clases contra la nobleza y los estamentos feudales en la revolución burguesa, y en la defensa de la Nación —como los ejércitos de la (Revolución Francesa— contra la aristocracia parasitaria desplazada y las monarquías extranjeras que intentaban restaurarla.

Recién cuando se impone el orden burgués las oligarquías hacen del nacionalismo un instrumento reaccionario, sea para movilizar al Estado en aventuras imperialistas, sea valiéndose de él como instrumento «integrador" para disimular los antagonismos creados por la desigualdad económica. Lo "nacional" en ese caso se convierte en lo

opuesto a lo "revolucionario" en una tergiversación alienante que hoy en día vemos emplear contra las amenazas al *statuquo.*

En nuestra patria, la independencia del poder español y la afirmación de una personalidad nacional propia recibió su dinamismo de las masas y de algunos conductores y grupos que se pusieron a la cabeza del proceso, complicado y recorrido por tendencias desintegrativas. Lo nacional quedó trunco en 1852, al menos en el sentido del paso a la organización del país como unidad económica a través de una política planteada para el desarrollo del conjunto. Recién en el 80 queda políticamente unido pero su crecimiento económico se cumple en función de factores exógenos. La quiebra del ordenamiento mundial de las relaciones imperialistas impone los cambios de nuestra estructura productiva. Por eso, puede decirse que lo nacional resurge en 1945, retomando las tareas que habían quedado en suspenso. Tampoco querríamos que esta afirmación se tome como una esquematización simplista de noventa años de vida nacional, con todas sus complejidades: es que no sólo se dieron factores objetivos —el crecimiento de la producción industrial, que sobrepasa a la agrícola-ganadera en la formación de la renta nacional, con todo lo que eso significa— sino también la conciencia de la forma en que nuestra autodeterminación había sido desmerecida y de la necesidad de asegurarnos un destino como nación autodirigida. Fue una explosión popular y revolucionaria como esfuerzo emancipador en un país dependiente, cumplido empíricamente y unificando las verdades parciales en un programa de grandes consignas; coincidiendo con la aparición de las masas compuestas principalmente por el nuevo proletariado urbano, que había surgido como clase pujante y que no estaba alienada a los valores vetustos del régimen. Era el paso de la semicolonia pastoril a la nación burguesa moderna, pero a cargo de un movimiento que tenía por eje a! proletariado. *Era demasiado pronto para que la clase obrera tuviera su propio proyecto de organización social, y demasiado tarde para que una burguesía ligada al mercado interno asumiera la conducción del proceso.*

La conciencia política y la conciencia histórica de las masas superaron, en 1945, las categorías culturales de la oligarquía que imperaban omnímodas en las mentes de las clases altas. Significaba también el más alto grado posible de conciencia de sí misma como entidad diferenciada dentro del complejo social, noción de su fuerza y de su derecho a pesar en las decisiones políticas.

Todo eso explica el carácter del Estado peronista, que no puede ser analizado con el cartabón de los capitalismos avanzados sino como hecho social en un país en el cual lo peculiar era un desarrollo deformado y donde el problema nacional era indivisible del problema social. Lo que nos interesa es destacar que el movimiento era antiimperialista, popular, democrático (en el buen sentido del término) dejando a un lado los aciertos y fallas de ejecución y el análisis de si luego pudo o no haber avanzado hacia formas más revolucionarias de organización social. El régimen era burgués porque no podía ser otra cosa (ni a nadie se le ocurrió entonces que las soluciones fuesen otra cosa que burguesas), pero el Estado no era la expresión de privilegiadas oligarquías sino de una coalición en la que los trabajadores jugaban una función principal, y aun cuando no cambió el sistema de propiedad, modificó el principio de su absolutismo e impuso nuevos criterios sobre la libertad de contrato, el papel del capital extranjero, las relaciones obrero patronales, la función del Estado, etcétera.

Por lo tanto nada más inverosímil que la posición de quienes no sólo omiten que el régimen actual y el peronismo son antagónicos sino que encima pretenden que son afines. Entre ellos, el más explícito es el secretario de las "62 De Pie", que incluso trae a colación la Declaración del Plenario de Tucumán como antecedente de su actitud actual *(De Pie.* 19/7). Ese plenario, por su importancia en relación con *e!* cisma que afectaba al Movimiento, contó con la presencia y la adhesión de 1os sectores revolucionarios, pero su Declaración es un documento pobre, reaccionario y lastimoso: el desarrollismo por medio de planes concertados con los patrones es el tipo de curanderismo programático que refleja el pensamiento del compañero Alonso, sus allegados y asesores: pero algunos planteos peronistas que no alcanzaron a ser ahogados por el espeso follaje de inexactitudes e hibrideces sociológicas, son suficientes para que ni siquiera esa cartilla de la involución pueda cohonestarse con los fines de la "Revolución Argentina".

La demostración de cómo ya desde antes del golpe las FF. AA. determinaban la conducta de los sectores del régimen, incluida nuestra burocracia sindical, es que ese documento de Tucumán, que no puede ser tornado como base programática del Movimiento, fue impugnado por el sector de las 62 "vandoristas", no por su debilidad conceptual y política sino que, utilizando una versión periodística desfigurada de lo ocurrido en Tucumán, publicaron un inmundo documento titulado "De pie junto

al trotskismo", buscando descolocar a la fracción rival frente a los militares y valerse del terrorismo ideológico. Actitud que, a su vez, el "alonsismo" imitó denunciando a los militares la unidad que el vandorismo, los Independientes, etc., formaron para designar las autoridades provisorias de la CGT porque figuraba un representante del MUCS (que no jugaban papel alguno y no bien se produjo el golpe fue "descolgado"). Ni Vandor ni Alonso, ni sus estados mayores reclamaron nada para la clase obrera: se prestaron a darle barniz popular a la dictadura militar y a sembrar el desconcierto en el peronismo, buscando que ésta, en cambio, resolviese en su favor el pleito por el control de la CGT. No nos gusta hacer pronósticos, pero no sería extraño que durante un tiempo los sátrapas gobernantes mantengan a estos "empleados sindicales", y, cuando ya no los necesiten, los despidan en la forma en que los patrones despiden a su servidumbre levantisca. La oligarquía tiene buena memoria, y por sobre la sumisión personal de los "dirigentes" prevalecerá, llegado el momento, el recuerdo de los sustos que les ha dado el peronismo, al cual ellos han representado oficialmente.

Aun cuando el gobierno militar se propusiese do que no ocurre) un programa de lineamientos similares a los de 1945-1955 no podría reproducir ninguno de sus fenómenos, que correspondían a condiciones irreversibles y que ya en 1952 había sufrido modificaciones que hicieron imposible que continuase la capitalización interna sobre las bases que habían permitido la expansión previa. *El peronismo sólo podría plantearse hoy en día una política con el proletariado como clase hegemónica, única capaz de acaudillar la lucha por las reivindicaciones sociales y nacionales que el agotamiento del sistema burgués torna inalcanzables dentro de su sistema de relaciones sociales.* Perón lo sabe muy bien: "El mismo justicialismo, si hoy quisiera alcanzar los éxitos populares que conquistó con sus verdades y creaciones en 1946, tendría que ir mucho más lejos que entonces y con procedimientos expeditivos y drásticos. Es que el tiempo no transcurre en vano".

Aunque cualquier punto que consideremos ¡nuestra la oposición total entre el gobierno peronista y el actual, *hay que señalar dónde está la esencial diferenciación.* Aparte de las transformaciones que el peronismo introdujo en las prácticas y en los esquemas ideológicos consagrados, fue un Estado que aunque beneficiaba a la burguesía industrial, mantuvo frente a ella la máxima independencia, dentro de esas relaciones capitalistas de producción. El Estado de la "Revolución Argentina", aun "despoli-

tizado" de la presencia partidista, no es independiente de las clases hegemónicas: *el gobierno militar por intermedio de Onganía o de quien sea es una forma en que se ejerce esa hegemonía.* Como todo hecho histórico, los rasgos concretos de la actual "Revolución Argentina" corresponden a una situación intransferible donde se resume todo el curso previo de nuestro desenvolvimiento. Hecha esa reserva, destaquemos que no estamos ante algo inédito sino ante fenómenos —ya hemos señalado algunos— propios del Estado clasista moderno, refractados en el marco de las condiciones locales. En el Estado capitalista desarrollado, los mecanismos democráticos permiten que en el plano politice se garanticen ciertos intereses de las clases dominadas, como parte de la estructura del poder de las clases dominantes. No es una integración como la del Estado corporativista, en que la proporción de ajuste que tienen los intereses de las clases subalternas es mucho menor; sino que el Estado, dentro de su dinámica propia, incorpora una proporción más o menos apreciable de intereses de las clases dominadas como una necesidad política de las clases dominantes, lo que incluso puede no coincidir con sus intereses económicos inmediatos. Es el caso del Estado de Bienestar contemporáneo, o del *New Deal* de Roosevelt o del acomodamiento de los sindicatos en el *establishment* británico. En la Argentina se produjeron diversos reacondicionamientos, que la oligarquía resistió, como el ascenso yrigoyenista en 1916 que terminó con un golpe militar catorce años después. El peronismo que tenía la situación peculiar ya aludida, produjo reajustes que cambiaron la distribución del ingreso, con importantes pérdidas de poder económico y social de las clases altas, lo cual determinó que éstas no lo reconociesen como poder legal a pesar de su origen en el sufragio popular y de la prosperidad general del país. Pero las transformaciones de la época alcanzaron también a las estructuras de nuestro capitalismo, con un vuelco hacia la producción y el comercio para el mercado interno, etc., todo lo cual, en definitiva, facilitó la convivencia dentro del orden capitalista. A medida que se fue haciendo más tensa la situación económica, los compromisos de esta índole se han ido tornando más difíciles; y hace tiempo que la clase trabajadora no puede hacer otra cosa que tratar de defender sus condiciones de vida, mientras que los jubilados, trabajadores de zonas castigadas por desastres locales (como la economía tucumana), etc., experimentan notorios retrocesos. La *"despolitización" de las clases dominadas adquiere las características de una necesidad impuesta por las carencias de la economía y no*

de un resultado de la "unificación" a través de un Estado supuestamente representativo de todas las clases.

En uno y otro caso, sin embargo, *bajo una apariencia de "despolitización" se produce una sobrepolitización de las ideologías:* en esta etapa de capital concentrado monopolísticamente y formas que acentúan cada vez más el carácter *social* del proceso producido, la creciente intensidad de esa contradicción no ha determinado, sin embargo, un abandono de la «privatización" de la sociedad civil, sino que las creaciones ideológicas y las técnicas de comunicación de la "sociedad de ¡nasas" suponen una "unidad" ficticia que sirve para mantener el aislamiento de los individuos entre sí, conservar a cada uno como caso "particular" en las relaciones "privadas" de la vida civil. Aquí, mientras que por una parte se acentuaba la situación molecular de las personas en sus relaciones económico-sociales (que ahora el libre cambio, la libertad de empresa y toda la concepción económica de la "Revolución" exacerba aún más); por otro, bajo una proclamada "unidad patriótica tras los objetivos del gobierno y conducida omnímodamente por él, se intenta una cohesión puramente ideal y en base a abstracciones sin sustento en la realidad del país.

Recapitulando, denunciamos la despolitización-desperonización instrumentada por el nuevo régimen como la consecuencia de la unificación que las masas establecen *de hecho* entre las dos esferas, la política y la económico-social, que significa la no-integración del peronismo en el régimen a través de las fuerzas políticas tradicionales, ni siquiera como partido clasista de tipo "laborista" (o sea, que busque obtener ventajas en el seno de un régimen político-social cuyas coordenadas fundamentales no cuestione). Estas imposibilidades no resultan de una teoría revolucionaria ni, por supuesto, de una praxis revolucionaria en la dirección del Movimiento, sino del carácter revolucionario que objetivamente tiene el peronismo como fuerza de las clases desposeídas luchando en el medio histórico del capitalismo declinante de nuestro país. Aunque no incluyera programáticamente la destrucción de las estructuras de la propiedad privada, tanto por las derivaciones que toma su lucha sindical (como ser la toma de fábricas), como por las aspiraciones de las clases populares, el peronismo es una amenaza al sistema vigente de valores y derechos (intereses). En esa situación, el régimen de partidos y elecciones carece de operancia para la "unificación abstracta" de la comunidad profundamente desgarrada por conflictos irreductibles. El "peligro

comunista", las "fuerzas de disociación", etc., no son alarmas ante un enemigo concreto (el P.C.A. no se propone la toma violenta del poder, como es bien sabido, ni está en condiciones de intentarlo; los tucumanos no buscan implantar el comunismo sino comer; y es poco seria la historia de que la izquierda universitaria sea actualmente un foco desencadenante de la revolución socialista); es la reacción defensiva ante la negación del "orden», que está implícita en toda acción de masas.

Al gobierno radical se le atribuía incapacidad para poner fin a ese estado de agitación permanente. Pero si eso ocurría debido al estilo de cámara lenta que le criticaban a Illia, a los intereses del comité distrayendo al poder de sus funciones apremiantes, como se decía; *¿cómo se explica entonces que* el *actual régimen, que tiene la* fuerza, *la eficacia* y *las soluciones, necesite silenciar toda expresión de crítica, de* protesta o disentimiento? La única conclusión lógica es que era el margen de legalidad, retaceado y todo, lo que resultaba intolerable.

Hay otro aspecto estrechamente vinculado con el régimen obsoleto de partidos; el de las relaciones en el interior del conjunto de intereses económicos dominantes.

Hemos venido refiriéndonos al "bloque" o a "clases" en plural para poner de relieve que la contradicción capital (burguesía) vs. trabajo (proletariado) es una simplificación, por cuanto no se trata de una dualidad. La lucha por el poder se da a través de ese antagonismo entre capital y trabajo, pero eso no es una traslación mecánica al plano político de la lucha de clases tal como se da en el nivel socioeconómico, sino que se produce una polarización. Lo que llamamos clase dominante no constituye un solo grupo social sino una unidad contradictoria de varias clases y sectores de clase, que en el plano político, por mediación del Estado, se estructura como bloque de poder con cohesión y lógica propia. Generalmente, una clase o fracción actúa como *núcleo hegemónico,* es decir, como factor de la reunificación política, integrando sus propios intereses específicos con el interés general unitivo de las restantes clases y fracciones privilegiadas. Esto demuestra la mala fe del frentismo frigerista, que aísla a un elemento de la conjunción dominante —la oligarquía terrateniente— como si los sectores capitalistas restantes y las clases populares fuesen sus víctimas por igual. Quieren inducir a que se confundan las contradicciones secundarias dentro del bloque con la línea divisoria de la contradicción principal, de modo que, los trabajadores

se condenen a servir de tropa, de masas de maniobra de una parte de sus explotadores. Al contrario, ese pluralismo de la burguesía debe ser tenido en cuenta por el proletariado para que, *actuando con una política propia* distinga los enfrentamientos existentes en el conjunto de las clases poseedoras y pueda plantearse *alianzas tácticas* con algunos grupos de la burguesía objetivamente en contradicción con el imperialismo y sus aliados, y atraerse a la pequeña burguesía que tiene intereses *contrapuestos a* la *gran* burguesía y al imperialismo. La crisis de la economía creaba una doble circunstancia negativa para el régimen: por una parte, la radicalización de la lucha de clases, que en lo gremial amenazó rebalsar la jurisdicción civil (rehenes, ocupaciones, formas de protesta ilegales) irrumpe en la lucha político-electoral a través del peronismo pugnando por el poder; al mismo tiempo, en el bloque de clases dominantes los choques de intereses fraccionales se multiplicaban, sin que una clase esté en condiciones de asumir la hegemonía y estructurar una política común que garantice la estabilidad institucional como para dirimir en su interior esas contradicciones entre los componentes de la alianza.

La autonomía política del Estado a que nos hemos referido, toma otras derivaciones que las de 1945, pues en este caso no es el instrumento de una política burguesa impuesta *y* condicionada por los sectores populares sino que toma a su cargo funciones normales en el capitalismo, en un doble carácter: como órgano de estructuración política de los intereses privilegiados, y como factor de unidad entre las clases y fracciones que imponen esos intereses, *supliendo el liderazgo hegemónico* vacante. A la lucha de partidos —que los burgueses conciben como enfrentamiento de ideas o de grupos y no como un aspecto de la lucha de clases— correspondía la violencia "cristalizada"; pero cuando se hace necesario aplicar la violencia como coerción o como amenaza directa de represión, queda descalificado por inocuo al mecanismo constitucional.

La transición da lugar a una singular paradoja: en la visión liberal el Estado es universal, producto de toda la comunidad, y dentro de él, las fuerzas armadas son el órgano de máxima universalidad, pues se mantienen ajenas a la lucha por el poder político y cumplen sus tareas especificas bajo la autoridad civil legalmente constituida; los mandos actuales insistieron en que habían reimplantado el cumplimiento de esos principios constitucionales, pero se desmintieron al epilogar una guerra de ner-

vios contra el gobierno civil asumiendo todos los poderes, incluido el constituyente. Y justamente en el momento en que terminan abiertamente con aquella ficción, piden que se reconozca en su gobierno esos místicos caracteres de universalidad. Justamente cuando termina con el orden político liberal, se refugian en los fundamentos liberales sobre la existencia del orden militar.

En cuanto no son las FF.AA. un partido político ni una clase, consideran que son neutrales y que esa independencia de los antagonismos internos del país es la que introducen en el Estado. Sería un tipo de poder indiferenciado, funcional, técnico, desvinculado de todo interés particular. Dentro de este criterio podríamos destacar que el nuevo régimen, "despolitizándose, pone en primer término lo pragmático: orden, eficiencia, racionalización, armas, técnica moderna. Pero, en primer lugar hemos visto que *la despolitización es una política como cualquier otra, dentro da la "no-ideología" que no es sino la ideología de las ciases dominantes.* Sin embargo no son esas las únicas fallas de la autocaracterización del gobierno militar.

Aunque los militares titulares del poder político del Estado no estén personalmente ligados a las actividades privadas de la empresa capitalista (y muchos de ellos lo están), a la búsqueda del lucro do cual ocurre también con gran parte de los políticos), ese poder se ejerce en un Estado que corresponde a un conjunto de relaciones capitalistas. Cuando el gobierno fija los "objetivos" de su acción en base a la "libre empresa", e1 "antiestatisrno", el respeto a la propiedad, etc., está ratificando la existencia de ese orden de relaciones, cuyas categorías son la producción mercantil, la propiedad privada, el lucro, el salario, etc. Más aún: está fijando un marco jurídico y organizativo dentro del cual se han de desarrollar más fácilmente esas actividades de la sociedad civil. Agreguemos un hecho objetivo: los elencos «técnicos" designados no son especialistas en ciencia pura sino personas ligadas al mundo empresario en los distintos campos productivos, *y* si no se cree que vayan a favorecer sus intereses particulares o de sector do que el equipo militar es muy dueño de creer si le da la gana), sí han de favorecer los intereses generales del empresariado, puesto que eso es lo lógico y lo que se espera de ellos.

Mientras los obreros de General Motors, fueron forzados policialmente a someterse a la patronal, mientras los tucumanos no tienen a quien reclamar y sólo les queda el hambre o, para los más "favorecidos", ir a trabajar con el pico y la pala a

donde se le ocurra al gobierno, los empresarios se han repartido los puestos del Estado y dirigen la economía argentina. Alsogaray y su "socio" aceitero Salimei —también ligado a la exportación de granos, a sociedades de ahorro y préstamo, al Banco de Boulogne, a negocios de pavimentación, de transportes, etc.— son los ejes de la política económica, y han ubicado a los allegados comerciales, industriales y financieros; Frigerio mete los que puede. El consorcio eléctrico mundial SOFINA, famoso por las exacciones que perpetró a través de la GADE ha ubicado a sus hombres en las posiciones clave de la política energética: Gotelli (recomendado también por el dirigente del Sindicato de Luz y Fuerza, Taccone), es integrante de la Sociedad Rural, de la Asociación Cristiana de Dirigentes de Empresa, colaborador de Pinedo y Frondizi desde la Secretaría de Energía y Combustibles; Pegoraro, administrador de Agua y Energía; el ingeniero Butty, director de la CADE y representante del pulpo eléctrico en los gobiernos de la "década infame", etc.; Costa Méndez, vinculado a intereses azucareros, lo mismo que Raggio, secretario de Agricultura y miembro de la Sociedad Rural, ex subsecretario del ministro de Guido, Martínez de Hoz, a su vez uno de los "cuatro grandes" que dirigen la organización de la oligarquía azucarera, ¡pobres obreros tucumanos! José María Saravia (h), es subsecretario del Interior, tal como bajo Aramburu lo fuera su padre, jefe del estudio que atiende los intereses de Bemberg; Juan C. Sanguinetti, administrador de YPF, gerente de Tamet, de Catsa, hombre del trust metalúrgico ligado a monopolios europeos; Brunella, de IPF. uno de los propagandistas de los contratos petrolíferos, gerente de la metalúrgica Austral, presidente de la Cámara de Productores de Metales y dirigentes de la Asociación Industriales Metalúrgicos; Galimberti, secretario de Industria, fabricante de calderas y ligado a los consorcios yanquis ACINDAR, socio de la Republic Steel, tiene entre sus puntales al subsecretario de Energía, ingeniero Thibaud, director además de Acinfer, de la Compañía Sudamericana Krelinger, de la Compañía de Quebracho Formosa, de Catya, del Banco Francés. No vale la pena seguir dando ejemplos. El empresariado nacional y extranjero, industrial, rural y financiero controla el Estado argentino. Desde allí, lógicamente propone la "tregua" y la "paz social": han conquistado todo lo que les interesa.

El argumento que se nos opondrá nueve veces de cada diez es que los mejores especialistas son los que tienen éxito como funcionarios de las grandes compañías o

como empresarios; no es una refutación, sino lo que queríamos demostrar, en contra de la supuesta imparcialidad del poder. *No hay imparcialidad,* papel de árbitro ni nada por el estilo; no sólo en el caso de un gobierno como éste, que piensa exactamente como los patrones, sino en algún otro que estuviese menos hechizado por el liberalismo económico; porque no se preside sobre un vacío o sobre un campo socialmente desmagnetizado, sino que la injusticia ya existe, ya está implantado el derecho de los ricos contra los pobres. "Las cosas son reaccionarias", como comentó alguien; la inercia obra a favor de lo que es y está. Es la lógica del sistema, pero además es la lógica de la "Revolución" que prescinde de los políticos pero donde actúan directamente los empresarios y fija las reglas que permiten multiplicar las ventajas de su desigualdad contra la masa de los no-poseedores. Mucha gente humilde creyó que venían los militares a proteger a los trabajadores contra el capitalismo; sin embargo todo lo que han dicho, planeado y ejecutado es, en cambio, para defender al capital contra los trabajadores.

VI. LOS VALORES DEL ORDEN BURGUÉS ARGENTINO Y LA MORAL REVOLUCIONARIA

"El socialismo económico sin la moral revolucionaria no me interesa. Luchamos contra la miseria, pero al mismo tiempo contra la enajenación. Si el socialismo se despreocupara de la conciencia, puede ser un método de reparto pero nunca una moral revolucionaria".

CHE GUEVARA

El programa del gobierno: tecnocracia y libre empresa más moralismo

El programa del régimen militar tiene los presupuestos del desarrollismo neocapita1ista: la lucha de clases no existe o es superable mediante acuerdos concertados por la mediación del Estado "despolitizado"; las inversiones y la aplicación de tecnología moderna de acuerdo a ciertas prioridades, determinará la formación permanente y en proporción adecuada de capital (desarrollo); el crecimiento sostenido del producto nacional permitirá aumentar el ingreso real de los trabajadores, eliminar la inflación mejorar la composición y monto de la balanza comercial.

Algunos economistas burgueses objetan ese criterio en el establecimiento del orden de los objetivos, sosteniendo que es erróneo considerar la estabilización como un resultado del desarrollo, puesto que la inflación impide la acumulación de capitales y desalienta las inversiones reproductivas, frenando el desenvolvimiento del cual se espera que la remedie.

Nosotros no entraremos en ese ocioso debate porque nuestra oposición al plan es total y no simplemente técnica o parcial; ponga el énfasis en la estabilización o en el desarrollo, sus objetivos y métodos son falsos, nocivos para el país y ruinosos para la economía popular.

Para comenzar, negarnos su planteo general. Como todo desarrollismo, toma un nivel —el de las fuerzas productivas— y lo extrapola, como si no estuviese impregna-

do en una totalidad compleja de la cual es imposible aislarlo como no sea idealmente. Esto no está en pugna con la verdad científica de que del desarrollo de las Fuerzas productivas depende el *modo* de producción, pero el paso tic un sistema a otro (por ejemplo, de la economía feudal a la capitalista) es un proceso que ocurre en una sociedad cuyas relaciones de propiedad y superestructura política, jurídica, ideológica, estatal, constituyen una trama de mediaciones indisociables, en cuyo seno se originan las contradicciones y actúan las fuerzas que serán agentes del cambio. Reducir esa variedad a un nivel único es una operación del pensamiento, divorciada de la realidad sobre la cual se intenta operar.

Las funciones del gobierno en un sector de lo económico afectan todo ese conjunto de relaciones y no un nivel elegido. El Estado argentino actual no es un invento caprichoso sino una tentativa de adaptación a las necesidades de la sociedad burguesa en crisis; su acción reguladora en lo económico busca un mínimo de racionalización del proceso económico, ordenando los diversos intereses de las clases dominantes dentro de un esquema de convivencia que consolida sus privilegios frente al resto de la población. *No son, por lo tanto, funciones técnicas sino políticas.*

El gobierno cree que ese espíritu tecnocrático desaparece si presenta sus objetivos con permanentes invocaciones patrióticas y espirituales, buscando el origen de los males en una violación a supuestos códigos morales de los cuales se considera defensor. Con eso no contradice nuestra afirmación, sino que la confirma. Primero, porque esos imperativos morales, presentados como valores metafísicos, no son más que parte de la ideología del régimen. Pero no es esa sublimación la única falsedad en que incurre; esos valores están *agregados,* superpuestos a las estructuras económico-sociales. En otras palabras: por una parte hay *tecnocracia,* reducción de los problemas nacionales concretos, objetivos, a soluciones estrictamente técnicas; por otro *moralismo,* o sea transferencia al plano moral de problemas que son resultado de la convivencia social tal como está organizada. De esa manera, *la moral no aparece en el interior,* en las estructuras del sistema, sino que es un aditamento retórico que las deja incambiadas.

El gobierno presenta todo su plan —y tal vez el general Onganía lo vea así— como una unidad regida por el más puro principismo. Pero no existe tal unidad: el princi-

pismo es una envoltura exterior, y entre ella y la práctica económica hay una ruptura insoldable. Por ejemplo, en el programa se puede definir al *desarrollo* como "empresa colectiva cuya finalidad es lograr el más amplio desenvolvimiento de las potencialidades espirituales y creadoras del hombre en un marco de bienes y progresos", y salpicar todo el programa con expresiones de "formación moral", "autenticidad", "verdad", "prevalecerá un hondo contenido social", etc. Pero eso queda como protoplasma declarativo, desde que la manera de implantar esos principios es asegurar "plenamente el derecho de propiedad", y un ordenamiento *"basado en el ejercicio integral de los principios de orden, autoridad, responsabilidad y disciplina"; y* el *planeamiento* busca restablecer el sistema de libre empresa y "corregir las distorsiones estructurales y coyunturales que afectan el funcionamiento del sistema de precios", "la distribución de acuerdo a los verdaderos méritos e intereses lícitos de los componentes de la comunidad" y la "eliminación del estatismo que limita el espíritu creativo".

Se apela a la buena voluntad de todos para que reinen los grandes principios morales cuya negación se implantó simultáneamente al consolidar la explotación, desigualdad y autoritarismo. Es *en las estructuras* donde debe suprimirse el despojo de los débiles por los fuertes, el enriquecimiento de los ricos y las crecientes necesidades de los humildes. Pero el sistema queda intacto; lo que se quiere cambiar es la cabeza de los hombres. En última instancia, la cabeza de los pobres para que se resignen —en nombre de la moral y de la Patria— a la inmortalidad capitalista y al escándalo del imperialismo.

Conocemos estas declaraciones "sociales", estas afirmaciones del "ser nacional", esta "raigambre cristiana"; son también parte del lenguaje de nuestros burócratas reformistas, que encubren la irreformabilidad del capitalismo y sólo descienden de las esferas celestes para combatir toda proposición concreta de cambiar las estructuras del inmovilismo. En el mismo trabajo en que defiende los objetivos de la "Revolución Argentina", José Alonso insiste en la máxima de "que no se repitan errores anteriores de que el pueblo es para la economía y no ésta para el pueblo" *(De Pie,* 19/7), expresión que veremos en muchas arengas castrenses y seudo-obreristas, y que no tiene pies ni cabeza, porque en el capitalismo la economía se asienta en la producción y la producción se realiza para el lucro. *Y* es una incoherencia establecer o apoyar un siste-

ma basado en el motor de la búsqueda de la ganancia y luego esperar que prevalezca el "espíritu de servicio", "el sentido humano de la empresa" y demás vaciedades pías. Y si como consecuencia de ello algún corazón empresario se ablandase y quedara en inferioridad de condiciones para defenderse en la jungla competitiva, o no se cubriere en los precios contra algún salto inflacionario y luego no pudiese reponer su capital, ¿quién lo salvará de la ruina? ¿los que desparraman la moralina que va contra la lógica del mismo sistema que ellos sostienen?

Los grandes empresarios y financistas son quienes proclaman con mayor entusiasmo estas efusiones moralizantes: viven en paz con sus conciencias, con Dios, con Occidente y con la Patria, mientras acumulan plusvalía. El señor Faustino Fano, presidente de la Sociedad sural Argentina, lloró copiosamente hace poco por los mil quinientos millones de habitantes del planeta que padecen hambre da *Nación,* 31/7). Las demás almas caritativas que rodeaban la mesa del banquete en la Exposición Rural lo acompañaron en su congoja; evidentemente, cuando se alegraban por las bestialidades del genocidio imperialista contra los vietnamitas, los congoleños, los coreanos, etc. era porque no se habían enterado de que las víctimas son gente que vive en las condiciones miserables de los continentes subdesarrollados. La prueba es que, no bien lo supieron, allí mismo juraron que van a "contribuir a mitigar las angustias de nuestros semejantes". Claro que da la casualidad que justamente en ese momento se difundía que los grandes *stocks* acumulados por los EE.UU.. se han agotado y ahora hay *mercado* para colocar nuestros productos agrícolas. Se trata de que el Estado los ayude en diversas formas para que ellos puedan cumplir con su misión humanitaria. Conmovedor.

Y Jorge Antonio, en largas cartas que publica el diarucho que financia en la Argentina, además de felicitar a Onganía por haber liquidado al "liberalismo", lo protege con sus consejos. Más aún, afirma que "mentiríamos si dijéramos que algunos de los puntos concretos de su programa no nos agradan" *(Retorno, 7/7)* y, poseído del espíritu de servicio", no vacila en ofrecerse para ponerle el hombro; en la misma tribuna de doctrina propugna que se le devuelva la Mercedes Benz y se le permita volver a hacer filantropía como antes *(Retorno,* 15/7).

En fin, para poner un caso más, también la Unión Industrial Argentina, después de brindar la receta de la felicidad nacional (abstención del Estado en materia eco-

nómica, modificación de la legislación laboral, fin de las huelgas y de los aumentos de salarios que no sean compensados con una mayor productividad, etc.) declara con grandeza de alma que "la prosperidad del país no ha de procurarse en provecho o detrimento exclusivo de tal o cual grupo social, sino en beneficio de todo el pueblo en su conjunto". Está a la vista: gobierno, fuerzas vivas, sindicalistas, todos están de acuerdo. Los únicos que perturban son los "extremistas" como los que, cuando la UIA dice que „las relaciones entre el capital y el trabajo deben basarse en la convicción compartida de que ambos son elementos esenciales de nuestro desarrollo económico" contestan que, efectivamente, no se conoce ni se concibe la producción económica sin trabajadores, pero que, en cambio, no está probado que sea esencial ni necesaria —ni siquiera conveniente— la participación de los capitalistas.

Y aunque los ángeles y querubes del gremialismo al uso de los príncipes gobernantes revolotean en torno a los ejecutores de esa política oficial, ésta no pierde su carácter desalmado, antiobrero y esquilmador.

Tal como lo declararon el Acta de la Revolución y varias veces el general Onganía, un plan de recuperación nacional requiere el concurso de todo el pueblo. Pretender que este plan lo consiga es el error que pronto quedará al descubierto. Los programas que pueden contar con esa adhesión popular, que es la primera condición para su éxito, no necesitan ser impuestos con la "despolitización"; por el contrario, necesitan la sobrepolitización de las masas.

El general Onganía puede creer que en este programa de jubileo burgués están las soluciones, pero de ser así no debió haber temido que las masas fuesen incapaces de aceptar los sacrificios necesarios. En cambio, su procedimiento es contradictorio: suprime el albedrío de sus conciudadanos, y al mismo tiempo les exige la aceptación indiscutida de su política que oscilará entre el desarrollismo a lo Frigerio y el desarrollismo a lo Alsogaray (que, en lo esencial, es el de Frigerio pero con nombre alemán y sin excusas populacheras); lo novedoso será la mano dura para imponerlo. El mecanismo es el de siempre: con el aumento de la penuria de los obreros, los burgueses engordarán y, alentados por la facilidad y monto de las ganancias, han de reinvertirlas, aumentando en algunos porcientos la renta nacional. El gobierno, clases capitalistas, técnicos y allegados, declararán que están salvando a la República. Nosotros nos felicitaremos por tener un preclaro gobierno que no hemos merecido. Luz y Fuerza dará

un cocktail. Cuando en lugar de eso, los estadistas y los patriotas del empresariado vean que las masas no están contentas con hacerse cargo del alto precio del plan, dirán que una vez más se prueba que es por nuestra ingratitud, por nuestro incorregible resentimiento, que la Argentina no tiene un "destino de gran nación". *La burguesía nos presenta una variante blindada de su viejo procedimiento, consistente en "privatizar" el lucro y "socializar" los sacrificios.* Como dice Perón: "la burguesía está sólo a la hora de los beneficios". El gobierno mete sus "valores" por todas partes, menos donde tienen que estar: en los mecanismos de las relaciones productivas. Si esos principios morales están excluidos de las estructuras socioeconómicas, es en vano que luego el gobierno los exalte. Los capitalistas se declararán severos practicantes de esa moral que revolotea en la pura sentimentalidad pero los obreros ya saben que ése es un evangelio de la resignación. Por eso es que afirmamos que este gobierno ofrece una yuxtaposición de enunciados espirituales y de tecnocracia, que no se complementan sino en forma inversa a lo que declara el régimen: la ética no da contenido al régimen económico-social, sino que lo económico-social da su contenido al principismo, sirviéndose de él como cobertura idealista. Es lógico que el Ejército sea proclive a esta tendencia, pues la tecnología ha cambiado las formas de combate, la composición de las unidades, la logística, las relaciones de las FF.AA. con la investigación científica, con la industria, etc. Las "doctrinas" de la defensa nacional vienen ya confeccionadas del Pentágono y sólo hay que pensar en las adaptaciones técnicas. Esa metodología es la que ahora se ha trasladado al gobierno.

Parte del espejismo ideológico es considerar al Estado como una entidad *separada* de la sociedad civil en la cual cumple funciones reguladoras, cuando lo cierto es que forma parte de esa sociedad y está condicionado por su división en clases. Sus decisiones ni son exteriores a esa sociedad ni afectan parcialmente alguno de sus niveles: son parte de la interioridad de un sistema de estructuras interinfluidas. Por ejemplo, algún plan para mejorar el sistema previsional podría implicar la sustitución del régimen de despidos de la ley 11.729, por un seguro de desempleo; eso pondría a los patrones en condiciones de echar a su personal como se les diese la gana; lo que a su vez crearía una reserva de desocupados que presionaría negativamente sobre el nivel de salarios; ello frenaría a su vez la combatividad de los obreros ocupados y debilita-

ría la organización sindical[6].

Lo que ahora nos ofrece el gobierno, bajo promesas de un salto histórico, es el programita de los economistas burgueses. No había para qué ir a buscarlo a costa de disolver los partidos: cualquiera de ellos lo tiene, éste no es ni de los técnicamente mejores ni de los menos dañosos. Nos olvidábamos, los militares ponen la "eficacia". Pero como todos sus valores, es externa al plan, porque es la eficacia para suprimir las críticas *y* reprimir las protestas de los perjudicados.

Este programa se apoya en la creencia de que las contradicciones se irán repartiendo en el tiempo y resolviéndose a sí mismas por la aplicación de medidas correctivas. Es una tesis de gran prestigio. Jamás se ha visto que haya funcionado pero tal vez funcione algún día en alguna parte. Lo que no comprendemos es por qué llamarle "revolución" si no es más que el viejo programismo liberal con la técnica como elemento de propulsión. En todo caso, ¿esa es la alternativa que se pretende que aceptemos en lugar de un verdadero programa revolucionario? ¿resignarse a esperar, sufrir nuevas privaciones para tan magros adelantos?

A los peronistas se nos *elimina primero mediante la "despolitización" y luego se nos integra a nivel "técnico"*, y encima se aspira a que nos prestemos de buen grado.

Pero se equivocan al suponer que el programa sea lo que dicen las declaraciones etéreas del moralismo oficial (y no entramos a considerar la validez de ese sistema ético, desde que no admitimos una discusión abstracta sobre una axiología que debe apreciarse en relación con sus efectos sociales).

Y se equivocan al creer que la técnica es apolítica, neutral. Suponiendo que se cumpliesen los moderados objetivos económicos: ¿quién dice que ese *progreso económico*

---

6 El ejemplo no es arbitrario, era parte del Plan Prehisch y lo defendieron los economistas de Lonardi, encabezados por Coll Benegas. Dio la casualidad que entre los "liberadores" se había filtrado un hombre de buena voluntad, el Dr. Cerrutti Costa, que como ministro de Trabaio enfrentó esos planes que le abrieron los ojos sobre el significado del golpe setembrino al cual había adherido influído por la propaganda antiperonista. Su colaborador, Dr. Bledel, ha publicado un trabajo donde relata los pormenores de esa política destinada a fabricar miseria para que los patrones se capitalizasen.

trae *progreso social,* que disminuye las diferencias de ingreso entre las clases?[7] No hay poder extrasocial que tome las resoluciones finales sobre la distribución de las inversiones, los sectores a desarrollar, las ventajas a otorgar, las restricciones, etc.

¿Quién tiene el poder de decisión, la burguesía o los trabajadores? Esta pregunta concreta será respondida con alguna entelequia, resultante de la conciliación entre clases; pero dicho poder lo tiene la burguesía, porque el sistema es el de ella.

¿Y qué hacer para que las empresas inviertan en los sectores de mayor interés general y no en los de mayor ganancia? Por descontado que nada, porque eso iría contra .la libertad de empresa. Puede invertir el Estado, cuyas actividades económicas son "supletorias", cubriendo lo que no interesa a la empresa privada; pero entonces quiere decir que el Estado debe invertir en las actividades que no atraen a los capitalistas privados, o sea, en donde hay déficit. ¿Y no es que hay que suprimir las empresas estatales y eliminar el déficit de las que queden? ¿Y qué valor tienen los planes "indicativos" si el Estado no interfiere en el juego de las iniciativas privadas, es decir, si no ejerce ninguna clase de coerción? ¿Cómo puede confiarse a esta altura en que ese mecanismo sea el autorregulador de la economía? El programa —considerado como un conjunto de fines y de medios para alcanzarlos— no es tal: es una apuesta a que la libre empresa traerá la prosperidad, una convicción muy expandida entre los empresarios que quieren manos libres y los militares mal informados, pero que no tiene por qué compartir el pueblo. Y esas no son, como se ve, opciones técnicas, son decisiones políticas, no las van a resolver ni los actuarios ni los estadígrafos.

La clase de medidas que está dentro del espíritu del plan sólo son aplicables temporaria y parcialmente, y no conseguirán otra cosa que crear algunos focos de superganancias, sin contrarrestar el proceso general, que seguirá los fatales rumbos de la economía libre. Porque se ha de saber que los miembros de esa élite de patriotas formada por banqueros, empresarios, financistas, terratenientes, después de todo son

7 El plan de estabilización de 1959, también trazado de acuerdo a los lineamientos del FMI, determinó un aumento del 113 % en el costo de la vida, mientras el producto bruto por habitante descendía en un 7,5%.

humanos: exigen algunas condiciones para actuar como benefactores de la comunidad. Y los capitales que vendrán a participar en el salvataje también; tratados de garantías para las inversiones, los obreros metidos en caja, facilidades para remesar las ganancias, etc., todo esto lo ha prometido el gobierno, y Alsogaray ha sido bien detallista. El Estado intervendrá en lo económico-social, no tenemos dudas, porque tiene que asegurar las condiciones para ese desarrollo, que no capitalizarán al país sino que lo desangrarán aún más.

La desigualdad de ingresos no traerá más inversiones que las que sirvan para superexplotarnos; las devaluaciones desplazarán el ahorro hacia la especulación a corto plazo para estar a salvo de las subas de precios internos; las ganancias de los monopolios cuando vuelvan al país serán en forma de préstamos que cargarán la balanza de pagos; la renta se diluirá por mil intersticios de libreempresismo, la estabilización producirá su habitual impacto sobre la economía del pueblo y estabilizará sólo las ganancias de los consorcios; las inversiones que vengan a aprovechar la piedra libre de este régimen que niega la existencia del imperialismo, no sólo harán negocios gravosos para nosotros, sino que aumentarán aún más nuestra dependencia; etcétera.

Estas no son anticipaciones trágicas que inspire ningún misterioso don de agorería. Todo esto ya ocurrió y volverá a ocurrir.

No depende del propósito de administrar con honradez porque no es un problema de honestidad, sino la lógica del sistema. Podrían evitarse los manotazos delictivos de los advenedizos, pero *el despojo legítimamente consagrado continuará su obra inexorable;* justamente valiéndose de lo que es "técnico" y que el oficialismo considera éticamente neutro.

Civil o militar, dictatorial o demoliberal, la tecnocracia tiene su repertorio de astucias y de ingenuidades. Permite la resurrección ilusoria de la marchita ideología burguesa, que no cree reincidir en las antiguas mistificaciones: el capitalismo aparece cambiado, no rozado por cien años de crítica; hasta se conceden muchos de los argumentos de

Los teóricos socialistas desde que se los considera inaplicables a la realidad presente. Los "abusos" capitalistas son cosa pretérita; la tecnología es el elemento que permite un juego de evasiones, mezcla de pensamiento mágico y de manipuleo con

espejos, que ayuda a justificar "científicamente" el capitalismo presuntamente purificado de hoy.

El hombre como esencia inmutable, la sociedad y sus jerarquías como realidades humanas fuera de toda discusión crítica, siguen siendo conceptos defendidos con el ahínco de siempre, más dogmáticamente aún en vista de los presagios de un fin irreversible que se cierne sobre el orden social burgués; lo cambiante, lo móvil, lo que configura una nueva realidad y asegura mutaciones de fondo es la técnica. Los más cerriles prejuicios se defienden como valores absolutos y eternos, pues los detentadores del poder han fijado al hombre y sus relaciones como una constante intocada por la historia; lo dinámico, lo que presenta una nueva imagen del mundo es la técnica.

Algunos profetas del desastre se lamentan del dominio del hombre por la máquina. Los ejecutivos y sus teóricos, por su parte, han descubierto un nuevo centro del Universo: la *empresa.* Es la empresa la que debe marchar bien, el punto de reunión de los esfuerzos conjuntos de obreros, técnicos, empleados, ejecutivos, proletarios. Los espiritualistas del occidente capitalista tienen un nuevo objeto de devoción, un microcosmos armonioso. Donde consiguen, como en John Deere, Fiat u otras empresas de capital foráneo establecer el sindicato de empresa desconectando a su mano de obra del resto de los trabajadores de una determinada rama de industria, la mística y la utilidad se unen, para mayor gloria del capitalista y sus colaboradores. Algunos teóricos del capitalismo monopolista (Galbraith, Bede, entre ellos) han descubierto ciertos rasgos que "humanizan" a la empresa, como el "espíritu de corporación" que por sobre los egoísmos individuales crea en la clase directorial un *animus* de bien público. Los buscadores del lucro, al rendirse a la técnica y a la búsqueda de beneficio, han salido tocados por la gracia.

Sólo los sórdidos materialistas podemos descreer de ese enriquecimiento espiritual. Entonces el tecnócrata desprecia al izquierdismo y a la "ideología" —es decir, a lo que él designa así peyorativamente y que es la teoría revolucionaria—; declara que la crítica del socialismo revolucionario al capitalismo (que conoce por autores poco menos ignorantes que él) está superada; que el general Perón, que tantas veces lo llenó de pavor y a quien tanto odia, está superado; lo mismo que las masas en la Revolución Cubana, la toma del poder por el proletariado, la sociedad sin clases, etc. La "empresa" es como la esfera para la filosofía aristotélica, una manifestación de la

perfección. La supremacía técnico-militar yanki, custodia del empresismo en cualquier latitud, es esa maravilla en su máxima potencia. Esa confianza, que suele tener eclipses, no le impide también jugar a placé: como la tecnología es lo definitorio, el capitalismo occidental es cada vez menos un sistema de desigualdades, la propiedad de los monopolios se reparte multitudinariamente mediante la posesión de acciones, es un "capitalismo del pueblo", etc.; mientras el comunismo, por su parte, evoluciona hacia las categorías capitalistas; EE.UU. y la Unión Soviética, más que desemejantes por sus regímenes, tienden a aumentar los rasgos comunes, en cuanto "sociedades industriales". Es otra manera de exorcizar el espectro de la revolución social[8].

La división *técnica* del trabajo dentro de la empresa pasa a confundirse con una división que obedece a razones *sociales* y, simultáneamente, las diferencias sociales se justifican como requisitos técnicos. La mentalidad tecnocrática confunde y se apoya en dos hechos diversos —uno social, clasista, y otro tecnológico— para defender al capitalismo. En el pase de manos, la política también quedó traspapelada, y plusvalía, explotación del trabajo, injusticia, por supuesto que son cosas que es irrazonable *y* de mal gusto traer a colación. De paso, se divide el frente de los explotados, inculcando en los técnicos, empleados con funciones de dirección, etc., la conciencia de que no forman parte de los que cambian su trabajo por un salario sino que, mirándose con criterio tecnocrático, se consideran parte del grupo dictatorial (al tiempo que los empresarios se sienten a su vez, técnicos), como un estrato perfectamente diferenciado y con intereses propios.

De esa manera, la estructura técnica de la producción sirve para consolidar, y al mismo tiempo para disimular, las diferencias sociales de fondo, que provienen de la condición de explotadores y explotados en que se dividen los participantes.

Lo mismo ocurre con la conducción estatal, que la dictadura militar cree posible realizar como faena técnica[9]. Y a esa concepción del Estado y de las realizaciones en

---

8 Una dualidad en la explicación causal permite llegar a esa conclusión tranquilizadora: mientras el capitalismo norteamericano es la realización suprema de los ideales burgueses de "libertad", en la URSS resulta de un proceso que obedece a un determinismo tecnológico.

9 El que este elenco sea, a pesar de eso, de una pobreza técnica increíble, no debe hacemos

la comunidad pertenece la noción de un Consejo Económico y Social —o como se llame— como centro de acuerdos entre los sectores que confluyen a la producción, o la noción de que las negociaciones de los convenios colectivos agotan el problema social, mientras un Estado que no se considera pasivo pero sí neutral, garante del juego limpio o, mediante arbitrajes, busca las soluciones óptimas, científicamente determinadas en base a datos objetivos. Sobre ese tecnocratismo, de estirpe claramente positivista, se extiende la cortina de humo del idealismo oficialista. Como el régimen es en esencia una forma de sociedad y de política establecida por medio del manejo de la violencia, ahora en su estado más puro, sustrae su propia existencia del campo de lo debatible, lo considera como algo independiente de lo político, como el único mareo posible, lógica y éticamente, para la vida social del país, fuera de la jurisdicción de la política. Ese escamoteo transforma todas las contradicciones sociales en asuntos reducibles al análisis técnico.

No hay más que ver la actitud hacia la Universidad —actitud ampliamente apoyada por la oligarquía, el clericalismo sin caridad, el "nacionalismo" sin conciencia nacional, los autoritarios orgánicos de toda laya—. Se habla de una "Universidad al servicio del país", pero se le pide que esté estúpidamente embotada en el cientificismo, desvinculada de los problemas vivos y actuales, de los que afectan nuestro destino como las guerras coloniales y semicoloníales, la presencia del imperialismo, la suerte de la clase obrera. Eso queda afuera como "política".

Todos están de acuerdo en la "autonomía", la libertad (relativa) de cátedra, y otros principios semejantes; lo que no quieren es la *politización*. Quieren precisamente lo que era y es el rasgo que nosotros combatimos en la Universidad, y que predomina en las ciencias sociales: la supuesta "objetividad", el rechazo de los valores para considerar a una ciencia no valorativa, no política. Pero lo que se considera no valer son los viejos valores del *statu quo,* de la cultura imperialista, que se toman por datos objetivos cuando no son más que datos cargados de una determinada valoración y politización.

El supuesto campo científico que se quiere unificar como neutral es la condensación

---

perder de vista que lo esencialmente errónea es la concepción tecnológica.

de valores impuestos por la hegemonía cultural imperialista en los países dependientes. Pero, al presentarse como objetividad pura; pueden desechar peyorativamente lo "político" y lo "ideológico", denominaciones que quedan reservadas para lo *único que actualmente está vivo en medio de los fósiles mentales en que se asienta el statu quo: la política y la ideología revolucionarias.*

Toda idea de cambio, toda vivencia actual es un ataque a la base teórica del sistema, constituida por argumentos de autoridad, incapaces de sufrir el embate de ninguna confrontación racional: quien la enuncia es un infiltrado. El gobierno declara que combatirá a los "extremistas". Quiere decir que combatirá a la izquierda, porque el extremismo de derecha es el único que permite la perduración del régimen. De lo contrario, nos gustaría saber cuál es el *centro* que sirve de referencia para ubicar al extremismo, porque si derogar el sistema político, disolver los partidos, implantar una doctrina única, monopolizar el poder estatal y la violencia para imponer una orientación minoritaria no es "extremismo", entonces esa palabra no quiere decir nada.

Los "extremistas", los que estamos marginados de este lúgubre paraíso de cursilleros y oligarcas satisfechos, negamos no la moral, sino el "moralismo" que encubre la negociación a toda ética real.

La técnica no sustituye a la política revolucionaria. Aquella actúa sobre los resultados exteriores, mientras la acción revolucionaria, en cualquiera de sus alcances, es al mismo tiempo una reflexión, es un hecho de conciencia, de responsabilidad. Es un hecho moral. Los cambios técnicos son una *posibilidad* de aumentar la libertad del hombre, pero nada más que eso.

La técnica no es apolítica, desde su aplicación se hará dentro de un orden determinado de relaciones político-sociales. *El fetichismo técnico no es despolitización,* sino acentuación de la política predominante. La técnica, para que sea positiva como elemento transformador de fondo, debe estar al servicio de los hombres, es decir, responder a sus voluntades libres, en un país libre. No utilizada en una sociedad que se rige por la *ética de la competencia* —que el nuevo gobierno considera como el colmo de la espiritualidad— sino por una sociedad basada en la *ética de la solidaridad.* Una sociedad en que la unidad no exista sólo en las abstracciones —como la del "pueblo"— que homogeiniza en una imagen político-literaria a hombres que en la vida

real están separados por la disparidad de sus situaciones sociales. Que no sea una yuxtaposición de soledades, y cada conciencia esté aislada en su inmanencia, sino la comunidad en que los hombres se reconozcan como seres humanos, es decir, como personas libres que vivan la solidaridad vinculados por una tarea histórica común.

Los arcángeles blindados

Nos hemos metido en un predio cuyo dominio comparten con exclusividad la corporación castrense y un reducido número de núcleos selectos: el de los valores espirituales. Monopolio que no está en contradicción con la imagen que las FF.AA. tienen de sí mismas como categoría suprapolítica, intocada por las ideologías. Esa supuesta desvinculación de los intereses políticos y económicos, al tiempo que las predestina para asumir la representación global del país en los momentos cruciales, también las lleva a exponer sus propias concepciones como "los altos intereses patrióticos", "los altos principios de nuestra tradición", "los valores esenciales de la argentinidad", pues ellos no admiten profesar ideologías que son algo contingente, en el mejor de los casos, particularismos secundarios; a menudo formas insidiosas de agravio a lo nacional, es decir, ideas opuestas a las predominantes en la corporación militar. En esta segunda categoría deleznable han de caer, nos tememos, casi todas nuestras argumentaciones, puesto que no sólo se han formulado fuera de la normatividad fijada por las FF.AA. sino que hemos negado a esa normatividad como parte de la dimensión espiritual de la Patria, como sabemos que seremos ineludiblemente descalificados en cuanto integrantes de la comunidad, ya que nos juzgarán con el patrón de las formas culturales vigentes presentadas como fijaciones del ser nacional, hemos comenzado por demostrar el carácter de esa ideología militar como falsa representación de la realidad, instrumento integrador y justificador de una estratificación clasista y tan temporal como ésta. Es decir, hemos descripto esa fenomenología del nivel político-filosófico para negar a las ideologías como conjuntos de verdades desencarnadas ya que, por el contrario, las consideramos como sistemas de ideas que constituyen una visión de la realidad a partir de los intereses situacionales.

Al refutar la ideología burguesa como una condensación mistificada de la realidad

y oponerle una teoría revolucionaria de la sociedad y de la historia, no se nos admitirá el cotejo entre ambas concepciones con referencia a los datos objetivos de la realidad histórica, sino que la nuestra será puesta fuera de la ley porque desconocemos valores que el orden constituido considera inviolables y en nombre de esos mismos valores que negamos nos condenarán.

En otras palabras, atacamos las ideas burguesas oponiéndoles una concepción del orden social que surge de la experiencia histórica y del análisis racional; pero por lo mismo que aquellas revisten ese carácter ficticio que denunciarnos, sus valores —relativos a una situación social determinada— son defendidos como absolutos y fuera del alcance de la crítica.

La serie de inexactitudes, errores garrafales, interpretaciones paralógicas, que hemos venido señalando, responden a la forma mistificada en que la realidad social se proyecta en la conciencia de las clases dominantes y de allí se irradia a otras clases y sectores por medio de los mecanismos culturales da educación, La propaganda, etc.). En qué proporción se mezclan la alienación y la simulación intencional con el fin de justificar actitudes depende de cada caso individual.

Estos valores justificativos e integrativos constituyen verdaderos dogmas (o sea, opiniones no confirmadas de las que no se exige verificación porque se las supone verdaderas y además fuentes de otras verdades). No están sometidos al juicio crítico, sino que toda opinión contraria a ellos es denunciada sin consideración a su grado de exactitud y sólo se la concibe como dictada por intereses "extraños" a la sociedad.

La conciencia social de la clase trabajadora es su conciencia de las relaciones que imperan en la sociedad y el desarrollo de esa conciencia es lo que le permite desechar las falsas representaciones con lo que se le oculta su propia realidad existencial, su condición de oprimido y el carácter de la opresión. El Movimiento peronista nació en 1945 como resultado de una toma de conciencia que rechazó una mitología secular, pero otros mitos y prejuicios han surgido para tratar de apuntalar las estructuras actuales de la explotación.

La cacería de brujas es la forma policíaca de la defensa de esta ideología que consolida nuestra opresión bajo el régimen militar que a su vez ofrece una versión idealizada y fantasiosa de sí misma y del país. Los "comunistas", "marxistas", etc., que hace varios años se vienen denunciando desde todos los reductos del poder burgués

como una amenaza gravísima no son, por cierto, como dijimos, los militantes del Partido Comunista.

Lo que se persigue y se califica indiscriminadamente como "complot comunista" para especular con el terror que ellos mismos siembran en las buenas gentes es todo lo que ataque la organización social de rapiña y los "valores" con que se protege. Y como por su lucha y la potencialidad revolucionaria del proletariado el peronismo es el peligro real e inmediato, los "agentes" somos todos los que impulsamos la lucha de nuestras masas y repudiamos los ideales andrajosos que recubren la servidumbre colectiva y nacional.

Los que plantean, para congraciarse con los factores de poder interno y con los imperialistas, que el peronismo es la alternativa contra la "revolución comunista", no solamente practican la ignominia sino también la estupidez. Porque todo el mundo sabe que si fuese por el Partido Comunista argentino, el régimen burgués duraría aquí por lo menos 800 años más. Si lo persiguen no es por su peligrosidad, sino porque el régimen es "anticomunista", única ideología del mundo proimperialista. Pero la revolución a la que temen, a la que perseguirán, no como un requisito sino como autodefensa, es a la verdadera revolución que es real: la que hagan las masas populares. Y el deber del peronismo no es hacer de atajador de esa convulsión salvadora sino de ponerse a la altura de su misión como movimiento de las clases populares y eje del frente nacional.

Los burócratas que hacen méritos con los militares sumándose a las patrañas del "occidentalismo cristiano" no están atacando a los "comunistas"; están atacando, en definitiva, al peronismo como posibilidad —y como misión— revolucionaria.

Toda crítica que no sea "constructiva", es decir, que no se formule en el interior del régimen sino al régimen en sí, es por definición "exótica", contraria a la "esencia nacional". Lo que ha cambiado no es ese reflejo defensivo de identificar los intereses de un grupo social con los de la Nación, sino el recrudecimiento de la violencia y el ejercicio del poder por quienes la controlan directamente. Esa transición convierte en textual la disyuntiva que tiene ante sí el peronismo: *o resignado o subversivo;* o elegimos la mansedumbre o somos "comunistas". Porque al rechazar que las FF.AA. sean prescindentes en las luchas político-sociales y negar que sus posiciones expresen

los intereses patrióticos, somos comunistas. Si sostenemos que no existe la conspiración; si invocamos que personas menos sospechosas que nosotros, como sacerdotes o católicos *activistas* corroboran nuestra opinión, se nos responderá que han sido envueltos en los planes malignos, al menos como auxiliares despistados. Ese tipo de persecución en que, mediante un razonamiento circular se niega toda evidencia en favor de los acusados, fue utilizado hasta lo inverosímil por McCarthy y sus colegas, pero no lo inventaron ellos. Para citar un ejemplo bastante más antiguo y sin comunistas: la atmósfera que se creó en la Inglaterra del siglo XVII en torno a una presunta conspiración de los jesuitas para matar al rey. Dudar que los jesuitas conspiraban era establecer la presunción de que el escéptico era un jesuita disimulado; en ese caso debía ser un complotado para el asesinato, desde que todos los jesuitas lo eran.

Ni qué decir que no abundaban las expresiones dubitativas, porque la pena para los complicados en el regicidio —que se presumía que estaban complotados porque se presumía que eran jesuitas y se presumía que los jesuitas querían matar al rey— era la muerte por descuartizamiento.

Esperamos que no se recaiga en penalidades semejantes, pero el método incriminatorio se sigue practicando, y la "conspiración mundial comunista" es algo cuya existencia no puede ponerse en duda, salvo que uno sea parte de ella, y entonces…, etc. El general Osiris Villegas, en el trabajo citado, plantea los límites a que se puede llegar en la defensa contra esa conspiración. "Hasta dónde esta oposición [al comunismo] puede ser llevada a cabo sin vulnerar los procedimientos y principios que constituyen la base misma de la democracia? O, por el contrario, ¿es necesario defender la libertad mediante procedimientos que son opuestos a lo que el ideal democrático preconiza? En otros términos: los principios básicos de la democracia son sólo aplicables para quienes profesan esa ideología y se ajustan a sus normas de convivencia, pero ¿es necesario recurrir a otros métodos, que pueden resultar no democráticos, para defender esta concepción de la vida?... Este es el enunciado del problema general que trata de resolver media humanidad y sobre cuya solución no han coincidido aún los más preclaros pensadores de la libertad" (ob. cit., p. 165).

Con loable modestia, el general Villegas no da tampoco una respuesta, pero se trasluce una fuerte inclinación por la afirmativa. Las implicancias de esa duda filosófica, aparecen cuando a continuación da algunos ejemplos históricos en que se optó

por una u otra solución: "La historia universal presenta dos ejemplos típicos, que permiten observar cómo una religión aceptó procedimientos que combatía, para defender su estabilidad o para asegurar su supervivencia. Las Cruzadas y la Inquisición. No es ahora el caso de efectuar un análisis crítico sobre aquellos acontecimientos similares para mantener su supremacía universal o, por lo menos, para evitar o neutralizar la expansión del comunismo" (ídem, p. 166).

Esa ejemplificación convierte al dilema en algo muy concreto y, sobre todo, espeluznante. Al punto que, aún desde nuestra poco recomendable posición, nos gustaría contribuir a la cuestión con dos observaciones. La primera es atingente a los casos históricos que trae a colación el general Villegas. Si identifica tan ligeramente a "la religión" con las personas que transitoriamente han desempeñado las altas dignidades de la Iglesia y acepta apriorísticamente que sus actos han contribuido a salvar y defender los auténticos valores cristianos, como en el caso de las Cruzadas y la Inquisición, no le va resultar muy fácil responder a cuestiones como las siguientes: ¿Qué beneficios espirituales derivaron de la reunión de Sinigaglia, en que César Borgia asesinó en masa a sus comensales? ¿O de la quema de Juana de Arco? ¿O el degüello de los niños albigenses, o del aniquilamiento de la población frisosajona, que se negó a pagar un tributo fijado por el obispo? ¿Qué ganaron los principios de Cristo cuando los cruzados entraron en Antioquia o Jerusalén y degollaron a hombres, mujeres y niños? ¿En qué residen el bien sobrenatural que se obtuvo cuando Venecia organizó la Cuarta Cruzada como una operación contra Bizancio, a la que deseaba eliminar como rival comercial, propósito que cumplió con el saqueo de Constantinopla y el asesinato en masa de su población sin distinción de sexo y edad?

La segunda observación se refiere a la incógnita en sí: los "pensadores de la libertad" no le van a resolver el dilema al general Osiris Villegas, por la sencilla razón de que ese dilema no existe y el interrogante está mal planteado. Es una de las confusiones en que se incurre cuando uno se maneja con puras abstracciones, en un mundo de categorías y "esencias", donde se es la Patria, o la Religión, o la Libertad. Porque entonces se puede torturar guerrilleros del Frente de Liberación Nacional de Vietnam del Sur sin dejar de ser el paladín del "mundo libre", como Estados Unidos. O se implanta la tortura en gran escala, como los franceses en Argelia. Y hay quienes siguen admirando a los verdugos como exponentes de la civilización occidental y

modelos para nuestras FF.AA. Pero si en vez de distribuir esencias sagradas o perversas en forma abstracta, se juzga en la única forma que es admisible en el mundo de la historia en que estamos inmersos, es decir, *de acuerdo a lo que cada uno hace,* desaparecen las dudas artificiales como la que plantea el libro. Si se tortura, se encarcela, se asesina, se persigue, no se es un paladín de la *libertad;* si se asegura la subordinación del país a los intereses imperialista, no se es un patriota; si se priva al pueblo de su pan, no se es un cristiano; si se lo inhibe de participación en las decisiones, no se es un demócrata.

La civilización "occidental y cristiana" no es más que un lema de propaganda, pero si tuviese algún fundamento real, bastaría ver quiénes la defienden para que en lugar de estimarla, la maldijesen todos los hombres cuya conciencia moral se rebela contra la forma en que son explotados, vejados, negados los seres humanos. Lo que tanto entusiasma a los terratenientes y demás parásitos y a los que retacean la libertad ajena y la soberanía nacional, tiene que ser algo innoble como ellos.

Pero no hay tal cruzada civilizadora. Ninguna civilización necesita ser defendida salvo cuando está moribunda, y entonces no tiene defensa. Ninguna civilización surgió y floreció sino contra un orden caduco, en lucha contra los lastres de la historia. Y ahora los lastres de la historia se quieren apropiar de los frutos colectivos de la humanidad, y además para negarlas en cuanto tienen de positivo a fin de hacerlos servir como lemas embusteros. de las fuerzas del atraso, de la violencia contra la vida de los hombres y contra sus conciencias de seres libres. No. Que se lleven su occidente cristiano, que es s6lo una bandera de los enemigos de la humanidad. Los valores, los auténticos valores producto de la acumulación cultural a través de las edades, sólo pueden afirmarlos e integrarlos en nuevas creaciones de progresos los que constituyen la humanidad, es decir, los oprimidos de hoy, los pueblos de todo el universo y no sus explotadores.

El orden burgués ha ido abandonando las ilusiones de su época primaveral, adaptándose a las necesidades concretas de sus privilegios en peligro, renunciando al desarrollo de sus postulados fundamentales. Creyó en el "progreso indefinido" basta que la propia burguesía se constituyó en un obstáculo para el progreso; en la libertad política, hasta que las masas amenazaron suplantarlo; en la relatividad de los juicios y

el análisis racional hasta que la crítica demostró que sus valores estaban superados.

Al seguir apegado al mito de una razón impersonal y de un hombre ficticio fuera de sus relaciones económico-sociales, no considera al derecho y al Estado como guardianes del privilegio sino como soportes de la "libertad" abstracta. Esos "valores" son dogmas de una filosofía muerta, que cuanto más afirma su intemporalidad más desnuda su vinculación con mezquinos intereses materiales.

El Estado capitalista ha debido evolucionar, planificar, controlar y, ahora, regir la vida de los ciudadanos en todos sus aspectos; no obstante, esgrime el principio de que la libertad es invariable. Es que admitir que la libertad puede ser objeto de cambios e interpretaciones implicaría reconocerla como producto histórico y, por lo tanto, susceptible de pertenecer y realizarse en un orden no capitalista. Pero como en la práctica la restringe y modifica, esa libertad que el régimen reivindica como exclusividad es un concepto cada vez más evanescente, más errátil. El pensamiento de la clase dirigente, asolado por la descomposición de su mundo, se refugia en ideas que son negación de la vida social. Teorías zoológicas, malthusianas o biológicas, la llevan a la afirmación de que la desigualdad es inherente a la naturaleza y a la sociedad humana; otros llegan a igual conclusión por los caminos astrales del idealismo filosófico, de teologías pervertidas o de interpretaciones neofacistas.

La libertad queda confinada en la interioridad del ser o como promesa sobrenatural; en las, relaciones entre los hombres, la desigualdad es inamolible; cada uno tiene libertad "de acuerdo con sus méritos", como dicen nuestros "revolucionarios". De esa manera, se propaga el fatalismo de nuestra animalidad, sólo atenuable con la obediencia a la minoría superior que nos manda desde el Estado.

La clase poseedora sigue confundiendo su destino con el de la humanidad y la civilización. Al llegar a su última frontera histórica habla de "crisis de la civilización", de "peligros para Occidente" y, como dice un documento oficial de la "Revolución Argentina": "prevalencia dentro de la población de un estado de espíritu de descreimiento y falta de fe respecto a la proyección futura del país". Lo que no merece fe es el bloque que hace once años mantiene el poder. Otra cosa es el país cuya fe en sí mismo sigue intacta, aunque su destino está postergado por los despotismos civiles y militares. Hay crisis y falta de representatividad porque una minoría actúa presumiendo un mandato que no le ha sido conferido, pero hombres y mujeres hay

de sobra, esperando en las fábricas, en los campos, en las universidades, la hora de la reconstrucción argentina.

En suma, los valores éticos en cuyo nombre se nos gobierna son nada más que una enseña de propaganda del poder capitalista-imperial. Por una parte, se nos dice que la libertad es una calidad del alma, y nos privan de su práctica: el gobierno la ejerce por nosotros, y ese goce vicario debe llenarnos de alegría. Pero esa libertad que es pura esencia, que nada tiene que ver con la materialidad de las sujeciones económicas tiene como criterio para distinguir a los "libres" la adhesión que se profese por el sistema capitalista. La libre empresa, la igualdad "de oportunidades", el satelismo proyanki asumen los valores, y en su nombre condenan "un individualismo con motivaciones puramente materiales" (Informe del general Onganía, 6/8), que no es el de los aferrados a sus bienes terrenales sino el que guía a los que nos oponemos a la propiedad privada de los bienes de producción y al predominio de los poseedores. Extraño.

Aquí hay una dictadura militar, aunque ella misma no ose decir su nombre. Como cuando el general Onganía en su entrevista con periodistas norteamericanos, alegó el carácter civil de los que ocupan los cargos principales; también Thomas Mann, el hombre de la línea dura en el Departamento de Estado, dijo con respecto a la crasa tiranía de Castelo Branco: "No creo que pueda calificarse al nuevo gobierno de dictadura militar". Claro, tampoco son tiranías las de Portugal, Corea del Sur, Survietnam, Formosa, España, Nicaragua, Haití, etc., etc.; son baluartes de la libertad, de amor al prójimo y de justicia social.

Las afirmaciones espirituales son muy poco verosímiles: no son ellas, sino la contundencia de las bayonetas la que asegura el orden. Empavorecido por la presencia activa de las masas, el burgués vuelve la espalda a la razón que un día glorificara y huye hacía las brumas de la metafísica. Necesita que la Libertad y el Espíritu, sigan como conceptos puros, fulgurando lejos de las relaciones del hombre con el hombre, para poder mentarlo sin que sueñe a una afrenta contra la dignidad y la inteligencia del ser humano. Ahora el capitalismo es un artículo de fe. El Cristianismo es Occidente y Occidente es el régimen capitalista; este silogismo inaudito hace de la religión un arma más en el arsenal imperialista y transforman a Dios en aliado de la explotación.

¿Desde cuándo Dios se hizo capitalista? ¿Desde cuándo cuida las vacas de los terratenientes, la plusvalía de los industriales y las ganancias de los comerciantes? El capitalismo ha dejado de ser un instante del devenir, una pasajera elección de los humanos —como antes la esclavitud o el feudalismo— para transformarse en el reflejo de Su reino. Deben detenerse las ruedas de la historia porque la Voluntad Suprema es que la humanidad quede congelada en este estadio de su marcha, para lo cual dirige la espada de nuestros jefes militares. Pueden los portugueses seguir torturando en Angola, Guinea, Mozambique y Cabo Verde; los yankis ayudar a que los millonarios expropiados sigan matando guajiros cubanos; los generales del Pentágono extremar su vandalismo con protección atómica. El hijo de Dios no llora por los latinoamericanos, africanos y asiáticos con hambre, por los que mueren agotados prematuramente por el trabajo y la infra-alimentación, por los asesinados por las armas imperiales o por los que yacen oprimidos bajo sus militares occidental-cristianos: llora cuando le quitan la tierra a un oligarca, o privan de su lucro a un empresario, o corre peligro de emanciparse algún retazo de los imperios coloniales.

Pero ese es el Evangelio según san Caggiano, que es una creación que aunque la sostenga un bosque de bayonetas y un telón de aviones no pierde su carácter apócrifo. Este régimen tiene toda la fuerza. En cuanto a sacralidad, el único dios que pueden computar es a Osiris, que como divinidad no es gran cosa desde que cayó el imperio de los faraones, aunque como comandante del V Ejército sea un arcángel de gran potencia de fuego.

Es propio de nuestra repugnante clase oligárquica que no sólo se preocupe de cuidar sus almas —que buena falta les hace— sino que además le quiere sacar plusvalía a Dios. Nuestra oligarquía está rozada por las alas del Ángel. Tiene derecho a inventar pecados —como el del inconformismo y la resistencia a la explotación— y a fijar castigos para los transgresores. Si los pobres no quieren ir al infierno cuando mueran, tienen que aceptar este infierno terreno. Al cuidar dividendos, los plutócratas se asignan también una misión sagrada. Y el Estado, con todo el poder material concentrado, está detrás de ellos.

Pero nosotros no creemos en esa espiritualidad que se alimenta de la vida ajena. Somos "materialistas" y "agentes" muy extraños, que nos exponemos a las represalias de los "espirituales" que tienen todo el dinero, todas las armas, toda la fuerza. No es

que tengamos vocación de héroes, sino que más fuerte que nuestro temor es el honor de revolucionarios, la confianza en el coraje de nuestros militantes y en la formidable potencia del pueblo para realizar las tareas liberadoras, nuestra dignidad de argentinos que no callaremos lo que nos parece intolerable.

Algún día, el régimen será amenazado por la acción de ese pueblo y de sus vanguardias patrióticas. Entonces, las FF.AA., utilizando la religión que dicen profesar como ideología para justificar sus intereses contingentes, egoístas y en pugna con los ideales de justicia, aplicarán las tácticas de la guerra contrarrevolucionaria, presentando a los rebeldes como enemigos del país y de los valores religiosos. Pero ese papel de cruzados es demasiado absurdo y sólo engañará a los que tengan deseos de ser engañados. Porque los revolucionarios luchamos por la verdadera libertad de los hombres, y, por lo tanto, no les negaríamos jamás el derecho a sus convicciones y prácticas religiosas: lo que sí negamos es esta bastarda utilización de la religión.

Si los occidental-cristianos derraman la sangre de los rebelados, tal vez les sorprenderá comprobar cuánta es sangre de católicos que estaban cumpliendo con su conciencia cristiana. Podrán explicar el crimen achacando a las víctimas el ser parte de la "conspiración", "idiotas útiles" o cualquiera de las ingeniosidades que les confecciona el imperialismo, pero ¿qué será de los guerreros contrarrevolucionarios cuando deban rendir cuenta de sus actos y palabras ante su Dios si resulta que sus víctimas eran los verdaderos justos? ¿Qué les garantiza que no tendrán que responder a la pregunta que ya escuchó Caín?

El poderoso abuso de la certidumbre por parte de nuestras FF.AA. tiene poco sostén terrenal o religioso. Porque en eso no tienen a la "autoridad" con ellos, ni formalmente, sino todo lo contrario. El Concilio reciente establece bien rotundamente que pueden existir discrepancias en la interpretación del deber que como católico se tiene en la ciudad terrena y en consecuencia, "los interesados deben tener presente que en casos semejantes no es lícito a nadie apropiarse exclusivamente para su opinión la autoridad de la Iglesia". En cuanto al occidentalismo cristiano será muy apreciado en los altos centros de la doctrina militar antisubversiva, pero como definición religiosa no solamente es una estafa, sino que expresamente desacata la autoridad que como católicos dicen respetar: pues la voz más alta de la Iglesia ha puntualizado que

ella "no está ligada a ninguna forma particular de la cultura humana y a ningún sistema político, económico y social". (Ambas citas son del Esquema 13, Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, la Iglesia en el Mundo Contemporáneo, capítulo IV).

Prostituida como ideología de reemplazo para la ideología capitalista, destruida por la crítica y la historia, la religión correría la suerte que merece ese miserable intento. Y con la escoria capitalista destinada a ser barrida por la historia irán los prelados que sirven al poder económico, militar y político, los amanuenses metafísicos de la opresión.

Lo que valga como fe y como humanidad no está metido en estos menesteres inmundos de rociar con agua bendita el crimen contra los hombres sino que forma parte del mundo nuevo que surgirá sobre las ruinas de éste que se mantiene como una rémora afrentosa para la carne y el espíritu de los hombres. Es el mundo revolucionario, en cuya implantación están unidos todos los que poseen dignidad humana, sentimiento de solidaridad hacia sus semejantes, indignación ante la injusticia y ante los conformistas con la injusticia. Es la comunidad de los que se proponen la libertad porque tienen conciencia de la mengua de la libertad.

Fidel Castro rinde, ante un millón de cubanos emancipados, homenaje al padre Camilo Torres, que murió con las armas en la mano enfrentando al imperialismo y a la oligarquía colombiana, y presenta como modelo a ese heroico sacerdote que en manifiesto al pueblo de Colombia anuncia el holocausto de su vida: "El pueblo sabe que las legalidades están agotadas. El pueblo sabe que no le queda sino la lucha armada. El pueblo está desesperado y resuelto a jugarse la vida para que la próxima generación de colombianos no sea de esclavos. Para que los hijos de los que ahora quieren dar su vida tengan educación, techo, comida, vestidos y, sobre todo, dignidad. Para qué los futuros colombianos puedan tener una patria propia, independiente del poderío norteamericano".

Nosotros pertenecemos a ese mundo nuevo de hombres heroicos unidos por el ideal revolucionario. El mundo de Fabricio Ojeda, que renunció a su banca parlamentaria para ir a la guerrilla y murió asesinado, hace pocos días, por el ejército represor venezolano; de Luis de la Puente, Lobatón y otros mártires que combatieron por la libertad de Perú; de tantos que han caído porque amaban a su patria y amaban a los seres humanos. No eran, por cierto, almas heladas, occidentales y cristianos. Como

no lo es el padre Laje, de Belo Horizonte, prisionero y torturado por la tiranía brasileña, condenado a 28 años de prisión, y que al tiempo que refirma que no cejará en la lucha, escribe: "Es imposible acabar con el imperialismo y los grupos económicos que le hacen el juego sin recurrir a la violencia... A la violencia establecida tenemos que responder con la violencia de las masas, con una Revolución Socialista, auténticamente brasileña, humana aunque violenta. Porque la violencia ya está presente. Está en todas partes, a nuestro alrededor: en el hambre, en la prostitución, en la muerte de los recién nacidos, en esos crímenes perpetra do por el imperialismo".

Ni el padre Alippio, condenado también, a 25 años de prisión, que llamó a "... la lucha contra el imperialismo político y económico, la lucha contra toda clase de opresión. Creo que estoy en la verdad, y como la verdad se expande, de ningún modo podría guardarla para mí solamente. Debemos lamentar si algunos creen que los cristianos sólo subsistirían dentro de las limitaciones antihumanas y anticristianas del capitalismo; eso significa una perspectiva histórica totalmente errada, y, lo que es peor, repugnante al Cristo del Evangelio".

El frente de la revolución es una hermandad de voluntades patrióticas. El intento de dividirlo en base a motivos religiosos es una indignidad inútil de la táctica antipopular, pues quienes participan de la gran empresa liberadora argentina saben cuánto ésta se fortalece con la acción de tantos sacerdotes y millares de católicos que no quieren ser cómplices activos ni pasivos de las atrocidades yankis contra los vietnamitas, cuyos hombres, mujeres y niños mueren quemados por el napalm y sirven para que se experimenten las armas más perversas de la tecnología imperial. Ni de los representantes locales de la explotación, dispuestos a instaurar una supuesta paz afirmada en las armas y la represión, la impotencia de las víctimas, la cobardía de los egoístas.

La soberanía es indivisible

"Nuestra dignidad internacional ha sido gravemente comprometida por la vacilación y la indiferencia en conocidos episodios", dice el Acta de la Junta Revolucionaria. Alude a los fallidos propósitos de las FF.AA. y de los ministros Zavala Ortiz y

Leopoldo Suárez de enviar tropas a la República Dominicana para que engrosasen el contingente cipayo que colaboraba con el crimen del imperialismo, y a la resistencia que encontró su belicismo en los problemas fronterizos con Chile. Dos actitudes que, para nosotros, figuran en el activo del presidente depuesto, aunque no sea acreedora de igual respeto la política internacional de su gobierno, de cuya índole es prueba elocuente la forma elusiva, de oposición dilatoria, que tuvo que seguir en los dos casos citados.

El documento dice al final: "Unámonos alrededor de los grandes principios de nuestra tradición occidental y cristiana que no hace muchos años hizo de nuestra Patria el orgullo de América". ¿Cómo puede haber dirigentes peronistas que hayan pretendido encontrar alguna afinidad entre la política del peronismo y ésta que se proclama? Porque suponemos que nadie intentará sostener que esa exaltación del pasado se refiere a la época peronista. Y en lo que respecta a la política internacional, la de 1945-55 fue la antítesis de la actual —que es continuación de la seguida desde 1955—.

Contra los que no admitimos esta posición, "solidaria con el mundo libre y con las ideas rectoras del Occidente cristiano" ("Objetivos…", Onganía, 6/8) hay el anuncio de la persecución a "una peligrosa infiltración ideológica bajo las formas más sutiles qué está carcomiendo las raíces más profundas del ser nacional" (id.). Tras esta fraseología hinchada de falso trascendentalismo patriótico, sabemos que en primer término se alude a los peronistas, con Perón a la cabeza, que varias veces se ha mofado del "mundo libre" y del "Occidente cristiano", como meros lemas proimperialistas.

Definido el "ser nacional" como una acumulación de egoísmos, banalidades, alienaciones y deformaciones de las clases gobernantes, el régimen procede a declarar como no nacional o antinacional toda concepción que se diferencia de esa triste y degradada monstruosidad. Queda excluido de lo argentino todo lo que tiene algún valor superador de la atmósfera sofocante del país sometido.

Los estribillos que cumplen la función de enfrentar lo *revolucionario* a lo *nacional* son muy utilizados por nuestros burócratas, que así rinden pleitesía a los espadones; profesan un nacionalismo fofo y verboso, y, sobre todo, exento de riesgos. Porque un nacionalismo real, enfrentado a los factores que han conculcado la autodeterminación del país, es escarnecido como "exótico" y procomunista. El libro citado del general

Osiris Villegas —que resume los puntos de vista del conjunto oligárquico-militar— denuncia como posiciones viciadas por su procomunismo las que sostengan que la Argentina debe seguir una conducta internacional de abstención, no intervención, autodeterminación, etc., cuando la lucha en desarrollo es de proyección internacional y en escala mundial" (p. 168). La misma sentencia recae sobre la distinción entre "imperialismo y antiimperialismo". Es decir, que los intereses nacionales no existen como tales sino subordinados a la estrategia del bando imperialista. Negar el satelismo y la dependencia es considerado como el ataque de una ideología "extraña". Como todos los recursos de la guerra psicológica del occidentalismo, éste es deleznable en sus propósitos y carente de sentido como afirmación.

Las ideas no son exóticas ni aborígenes, ni extrañas ni vernáculas. Prácticamente todas las ideas son exóticas si nos atenemos a que no surgieron en nuestro ámbito geográfico. Si bien se mira, las ideas son exóticas en todas partes, desde que el desarrollo de la cultura es un proceso acumulativo de la sociedad a través de los siglos y de los pueblos. ¿Qué ideas "nacionales" se oponen a las "exóticas" de la revolución auténtica? La "economía de mercado" de Alsogaray es una creación alemana; el libre cambio, un principio de la economía europea, sobre todo inglesa; el corporativismo, una modernización de las relaciones feudales. Y el cristianismo, del que trata de valerse el orden constituido, ni siquiera es occidental; lo difundió un judío de Medio Oriente, extremista por añadidura. Tampoco corresponde el calificativo porque contraríe los modos de pensar generalizados y asentados en la costumbre, porque en tal supuesto no existiría el progreso social. Las *ideologías* son síntesis no de verdades abstractas sino de fuerzas sociales, y en toda la historia existe competencia entre las ideas cristalizadas del ordenamiento vigente y las ideas que lo niegan y expresan fuerzas contradictorias. Una concepción nacional es aquella capaz de plantear originalmente la revolución sin trasladar mecánicamente conclusiones que fueron válidas en otro cuadro histórico-social; a nadie se le ocurre que tenga que ser una construcción hecha con elementos conceptuales surgidos como productos nativos.

Lo que hace que una ideología sea foránea, extraña, exótica, antinacional, no es su origen sino su correspondencia con la realidad nacional y sus necesidades. El liberalismo económico era antinacional, no porque lo inventaron los ingleses, sino porque

nos ponía en manos de ellos. El sistema corporativo fascista es malo, no porque haya sido implantado en Alemania o Italia, sino porque es retrógrado en cualquier parte y doblemente desastroso en un país dependiente. Pero las ideas que sirven para el avance del país y la libertad del pueblo son nacionales, elementos preciosos para el esfuerzo argentino. Filosofías que el porvenir histórico demuestra que eran verdades provisionales, fueron útiles para una etapa determinada. Porque las ideas no son creaciones absolutas que existen desde siempre y para siempre, sino que son productos históricos que surgen en situaciones determinadas y son aplicables de acuerdo con condiciones concretas. Su vigencia depende de las nuevas áreas que revelen al conocimiento, de las tareas que planteen y contribuyan a cumplir en un momento dado, y no de una comparación abstracta con otras ideas igualmente desarraigadas de la sociedad humana.

Como dice Bernard Shaw, "las nuevas opiniones parecen al principio bromas y caprichos, después blasfemias y traiciones, después cuestiones controvertibles y, por último, son verdades establecidas". Los principios que tomaron auge en la época de nuestra independencia también eran "exóticos" para los apegados a la tradición colonial. Las ideas de Rousseau, de los enciclopedistas, de los comuneros españoles, de la revolución norteamericana, etc., ganaron la conciencia de los patriotas, con las adaptaciones que significaba el transvasamiento a una realidad como la de América Latina. Eran instrumentos de nuestra libertad y chocaron contra los que creían que toda tradición es en sí misma buena, toda autoridad respetable por el simple hecho de que existe, toda organización social establecida una emanación de la voluntad divina o el resultado de la lógica y la naturaleza. La actitud actual de las FF.AA. es la que tenían entonces los defensores del orden español; los argumentos, en sustancia, los mismos (Moreno fue tildado de "jacobino", que era como decir hoy en día "castrocomunista"). Es extraño que nuestros militares, que se adjudican los méritos de toda hazaña gloriosa de nuestro pasado, pasen por alto que los jefes y los ejércitos libertadores eran, en su época, lo que ahora el equivalente del enemigo que ellos se disponen a combatir. Eran subversivos, formados por "la hez de la sociedad", guerrilleros, malditos para el orden imperante, portadores de "ideas repugnantes a nuestras más puras tradiciones". El ejército de San Martín y el de Bolívar, el de Güemes, han merecido descripciones que no son muy diferentes de las que merecen a nuestros actuales jefes

militares los movimientos de liberación que luchan en cualquiera de los continentes subdesarrollados o que se prevé que puedan surgir, y que serán atacados con todos los recursos de la "guerra contrarrevolucionaria". Es que de tanto adorar los próceres como símbolos sin vida, estereotipados en la exaltación de las conmemoraciones acartonadas, nuestros militares no tienen en cuenta que aquéllos eran hombres que combatían contra los prejuicios y los intereses arraigados y que merecían calificativos equivalentes a los que ahora se aplican a quienes desean una América liberada del nuevo imperio y una sociedad organizada sobre bases de libertad y de justicia.

¿Perón no era también extraño, exótico, clasista, el "candidato imposible" en 1945? Y lo sigue siendo, por supuesto. Porque habla de cosas como "liberación nacional", que es una consigna exótica; lo mismo que el tercerismo internacional, expresamente repudiado por el gobierno actual. Y de acuerdo con lo que sostienen nuestros mandos militares, ejemplos de derrotas "nuestras" es decir, del occidente cristiano— son la independencia de Argelia, la liberación de Indochina del colonialismo francés, la liberación de Indonesia del colonialismo holandés, la independencia del Congo, etc., todos hechos que Osiris Villegas da como "agresiones comunistas".

Como el imperialismo es la cuestión central de la problemática argentina, aquí es donde se despejan todas las conclusiones en torno a nuestro total, absoluto e irreductible antagonismo con el régimen militar. El peronismo es antiimperialista, o no es nada. Salvo que ya no exista más la dependencia del imperialismo, en cuyo caso nos agradaría que los burócratas progubernistas nos informasen cuándo fue que nos liberamos sin darnos por apercibidos. Pero la lucha antiimperialista —que dijimos, es revolución social al mismo tiempo— es "comunismo" o "castro-comunismo" para un régimen que no comprende que castrismo, peronismo, brizolismo, caamañismo, etc., son las formas *nacionales* que toma un mismo proceso de dimensiones latinoamericanas y universales.

Como amenazamos a la versión local del occidentalismo, nos aplicarán el principio básico de la propaganda en la lucha contrarrevolucionaria: "Difundir que el comunismo no es una ideología nacional, sino un poder internacional, y que, por lo tanto, la lucha no es interna, aunque se desarrolle en el propio país, puesto que las fuerzas que desatan la violencia responden a directivas y órdenes provenientes del

extranjero y no a sentimientos o ideas vernáculas" ("Acciones político-psicológicas dirigidas a la población", ob. cit.). No se puede pedir mejor condensación del espíritu canalla de los defensores del "espíritu", de los caballeros "cristianos".

El régimen ha superado el problema imperialista: ha trasladado el imperialismo a la interioridad de nuestra práctica nacional. Ha "internacionalizado" la lucha entre los oprimidos y los opresores. Las FF.AA. harán masacre; si no bastan, vendrán los yankis. La Patria, según la conciben sus lugartenientes castrenses, ha entrado en conflicto con los hombres de carne y hueso: si estos no se resignan, occidente les dará batalla en la "frontera ideológica".

El "destino de gran nación", la Argentina que las dictaduras militares nos invitan a construir con nuestro esfuerzo su dirección es una nación satélite, obsecuente, que no aspira a autodeterminarse sino a disputarle la "rectoría" continental a Brasil, vale decir, a pelearse por el puesto de capataz que mantenga en orden a los restantes esclavos hemisféricos. ¿Eso es lo que creen los militares argentinos que puede aceptar un pueblo con conciencia nacional?

No. Las FF.AA. saben que únicamente un país silenciado y encadenado puede ser llevado a tales capitulaciones. Ese bochorno nuestro pueblo no lo consentirá pasivamente.

Porque si como nación, hemos perdido nuestra soberanía política y nuestra soberanía económica, es porque primero nos han privado de nuestra soberanía popular. Estamos en guerra como tropa auxiliar del Imperio, podremos mañana salir de la "guerra fría" y morir en la guerra caliente, o ir a causar la muerte y ser instrumentos de la esclavitud de otros pueblos hermanos que tienen nuestros mismos intereses. ¿Cuándo los argentinos resolvimos semejante cosa, que afecta nuestro destino y puede poner en juego nuestra misma existencia? ¿Quién declaró la guerra en nombre nuestro, acto que aun en la ficción demoliberal es atribución que no puede tornarse ningún gobierno sin el acuerdo de los representantes del pueblo? ¿Cuándo se dio el consentimiento para que nosotros o nuestros hijos vayan a morir a cualquier frontera lejana, en caso de requerirlo las necesidades del imperio? ¿Qué nos han hecho nuestros "enemigos", que soportan nuestro mismo drama? ¿Qué lazos nos unen con nuestros "aliados", que son nuestros opresores?

La "agresión" comunista no la hemos visto, es una novela para imbéciles. Pero, en

cualquier caso, la "libertad" que nos impone la oligarquía y el imperialismo, esa no la leímos en ninguna propaganda, no la sabemos por ningún recitado seudopatriótico, sino que la venimos sufriendo hace una década. Si el folletín del peligro comunista fuese cierto, resultaría que nos pueden pasar una serie de cosas *que ya nos están pesando:* prohibición de elegir nuestros gobernantes, ideología única, prohibición de agruparnos en partidos políticos, esclavitud bajo una potencia enemiga, etc. Lo más que podría alegar la propaganda, es que hay otras fuerzas internacionales tan opresoras como las que ahora soportamos. Lo que tampoco sería argumento para que renunciásemos a la libertad y aceptásemos seguir en la ignominia presente. Si este régimen no fuese tan integralmente reaccionario, las ambigüedades que pudiesen existir en torno a su acción interna desaparecerían en materia de política internacional. De acuerdo con la característica que tomó en cada etapa la situación latinoamericana, la orientación de la política de EE. UU. y la composición del equipo gobernante argentino, la conducta exterior del país ha conocido variantes y matices, desde el civilismo "progresista" del kennedysmo a la línea dura Johnson-Mann, pero siempre dentro de una invariada trayectoria diplomática que nos alineó entre los peones dóciles del panamericanismo. Integramos el coro de zafios y relucientes auxiliares de la prepotencia yanki, silenciando la agresión armada contra Cuba y votando, en cambio, la incompatibilidad de ese régimen revolucionario con la pureza democrática de las satrapías regimentadas en la OEA. Frondizi buscó, aprovechando un cierto margen de maniobra, poner precio a estos servicios celestinescos. Zavala Ortiz formó un eje con la tiranía de Castelo Branco para encontrar las fórmulas leguleyas que sirviesen a los propósitos del amo nórdico y fue el único estadista del mundo que descubrió el "progresismo" del gobierno títere del general Cao Ky y su banda de criminales en Vietnam del Sur, mientras uno de los más altos integrantes del gobierno radical del pueblo, el senador Gammond, era huésped de Chiang Kaishek y anunciaba que la China continental caería en manos de esa seudo nación mantenida por los norteamericanos en la isla de Formosa. Digamos, además, que también en esto el interino Guido y el equipo que gobernaba —el mismo que hoy ha implantado la dictadura— llegaron al límite de la humillación nacional enviando fuerzas cipayas a cooperar con el bloqueo a Cuba durante la crisis de los cohetes.

Toda esta historia de degradaciones permanentes de la dignidad del país fue po-

sible porque, como en todas las dimisiones de nuestra historia, las coaliciones del privilegio local y foráneo predominaron sobre el coraje inerme del pueblo argentino. Estamos al servicio del imperio porque la minoría que usurpa el gobierno se ha declarado tropa de occidente. Perón ha fijado bien claramente nuestra posición: *"Nosotros no somos comunistas, pero tampoco somos capitalistas, de manera que la denominada "defensa de occidente" no puede servir de pretexto para embarcarnos en la defensa de un capitalismo que es el culpable de los desastres actuales"*. La estrategia argentina y la acción de nuestras FF.AA. las fija el Pentágono a través de los mecanismos bélicos del interamericanismo. Perón atacó los pactos militares bilaterales cuando era presidente y ha denunciado la sujeción de nuestras FF.AA. no bien se forjaron los planes de la Junta Interamericana de Defensa, en Panamá y Puerto Rico.

Frente a la política seguida por el Estado Argentino, el peronismo afirma la vigencia de sus postulados de soberanía nacional. Denunciamos la desvirtuación de la OEA como sistema regional complementario de la ONU, que los EE.UU., hace tiempo buscan convertir en una alianza bélica como la NATO, la SEAO, la CENTO, etc., proyecto que ahora Mac Namara ha expuesto explícitamente y que contará con el apoyo de nuestros militares, ya unidos por los operativos Unitas, los planes conjuntos de defensa, etc. Denunciarnos el abandono de los principios de la autodeterminación y de no intervención, sólo mencionarnos como concesión verbal pero falseados bajo las doctrinas de la "guerra subversiva" y la "infiltración subversiva". Denunciamos el satelismo, las teorías sobre "fronteras ideológicas" y "frente interno", el Convenio sobre armamentos, la fuerza multinacional. Y proclamamos que sólo puede existir una nación cuando su política exterior es autodeterminada. Afirmamos que una política revolucionaria plantea nuestro retiro de la OEA y de todos los organismos militares hemisféricos. Negamos toda afinidad con el imperialismo y sus consignas occidentalistas y proclamamos nuestra activa solidaridad con los que luchan contra él para obtener su liberación en todos los continentes subdesarrollados. Refirmamos nuestra fraternal identificación con los guerrilleros de Vietnam del Sur, con el gobierno de Vietnam del Norte —objeto de actos de vandalismo sólo equiparables a las crueldades hitleristas—, con las guerras de liberación de las colonias portuguesas, del Congo, de Perú, de Venezuela, Colombia y Guatemala, con el pueblo cubano liberado y con todos los patriotas que luchan por liberar a sus países.

Los argentinos no se someterán jamás; aunque nos toquen las marchitas patrioteras, nos sigan atronando con la propaganda imperialista, y nos hagan objeto de persecuciones como si fuésemos enemigos del país. No lo somos del país, sino de este simulacro de país en que quieren convertir a una nación que conoció la soberanía. Ese país inmóvil, minoritario, servil del fuerte y malvado con los débiles, mirando hacia el pasado como si allí hubiese justificación pasa el inglorioso presente, ese país no es el nuestro, porque el pasado "es raíz y no programa". La patria no son símbolos y entorchados y pompa vacía. El país es una comunidad de *hombres,* es una tarea. Es proyecto, es dialéctica, devenir, sentido de futuro.

VII. LA AUTÉNTICA POLÍTICA REVOLUCIONARIA ES LA ÚNICA RESPUESTA AL DESAFÍO DE ESTA ETAPA DEFINITIVA

"Porque el verdadero idealista y el verdadero realista comparten el amor de la acción. El "político práctico" vive de formular objeciones prácticas a cualquier acción".

CHESTERTON

La epifanía "revolucionaria" de nuestra burocracia ha sido un factor de desconcierto para el Movimiento. Servirá también a medida que éste vaya captando la verdad con respecto al golpe militar y a su régimen para que las bases comprendan cómo todos los sacrificios se frustran y todo poderío resulta inútil mientras no terminemos con las fallas que hacen posible la entronización de direcciones conformistas y centrarrevolucionarias. Los casos concretos que hemos citado fueron una necesidad para esclarecer todo ese juego de complicidades, compromisos, ignorancia y reaccionarismo que en esta crisis ha salido a luz en toda su peligrosidad, en todo su mimetismo rastrero y su desconexión con los intereses de las masas; no desearíamos que algún compañero que nos lea vaya a desorientarse y ubique nuestros problemas en términos de una renovación de determinados hombres o equipos cuya conducta ha sido más notoria en estos días. Repetimos que el asunto es más profundo y la solución no está en tratar de adivinar comportamientos futuros de los candidatos o titulares de posiciones directivas sino en presionar en todas formas para imponer una política revolucionaria, *que es una necesidad existencial del Movimiento*, además de una garantía contra las duplicidades y las cobardías.

Ya en 1955, toda una burocracia se desbandó o perjuró abandonando a las masas que no había sabido defender desde las posiciones administrativas, políticas y sindicales. Aquéllos se revelaron en su debilidad y falta de entereza para afrontar el desastre; los de ahora se ponen de manifiesto celebran como triunfo un nuevo desastre.

Los de entonces creyeron que el peronismo era un asunto liquidado; los de ahora, que podrán encarrilarlo fácilmente hacia la resignación planificada. Se equivocaron los de antes y se equivocan los de ahora. Algunos han cometido las dos equivocaciones, porque la corrupción que comenzó a ganar los estratos de la conducción les permitió volver a trepar. La apostasía de 1955 era más notoria pero quedó impune porque los desertores se diluyeron en su propia insignifancia; la de ahora, que creen que va a pasar desapercibida, los expone públicamente como instrumentos de los enemigos de la clase trabajadora.

Desgraciadamente, mientras en 1955 el peronismo comenzó inmediatamente a construir una máquina de combate que deparó derrotas espectaculares al régimen restaurado ahora las bases tendrían que soportar el peso de esas direcciones, que seguirán auxiliando al poder militar todo el tiempo que consigan mantenerse en ese papel dual. Cuando comiencen a sentirse los efectos de la "estabilización" y otras medidas "revolucionarias" y sea imposible contener la protesta popular, estas flores de invernadero que se marchitan si no les da el sol oficial inventarán que viene "el golpe dentro del golpe", que el "verdadero grupo revolucionario" espera su momento y prepara sus fuerzas para actuar apoyado por la masa peronista. Es el neoperonismo versión 1966.

Contra las maniobras que se ejecuten y contra las que se intentarán, Acción Revolucionaria Peronista ha considerado que era útil publicar este análisis de la naturaleza real y el sentido intrínseco del golpe y la dictadura militar. Más que proponer una política determinada al conjunto del peronismo, nos ha preocupado *dar las bases de toda política:* la apreciación de las fuerzas propias y las del adversario y el cuadro de la situación en que debemos actuar.

Por nuestra confianza ilimitada en la acción del pueblo, no somos los mensajeros de una desgracia ineluctable; pero convencidos de que el espontaneísmo y la improvisación son inoperantes en esta época y se requiere que los grupos de vanguardia puedan crear conciencia en la masa de la real situación en que nos desenvolvemos, no podemos dejar de advertir sobre las condiciones de extrema gravedad que se han creado al Movimiento.

El régimen sólo tolera, en épocas "normales", la oposición "legal", que está autorizada para atacar la acción oficialista pero cumpliendo el prerrequisito de ser reco-

nocida como fuerza "democrática", parte de la calesita burguesa que gira en torno al eje inmóvil de la juridicidad capitalista. La crítica de los marginales, como el peronismo, tenía limitaciones que se tornaban más rigurosas en algunas fases y sumamente benignas en otras, según la estabilidad relativa del orden institucional. Todo eso ha dado un viraje. El margen de liberalidad es mínimo, y, para nosotros, nulo. Sólo es lícita la "crítica constructiva", ahora no desde oposiciones internas, porque han desaparecido las oposiciones políticamente estructuradas, y sólo existen en el seno de ese monopolio de la política que detenta el gobierno; se pueden comentar y criticar puntos secundarios a condición de reconocer expresa o tácitamente la positividad integral de la "Revolución".

En ese cierre del campo del interjuego de las fuerzas sociales, no hay para nosotros la zona intermedia, lo que llamaríamos la "acción de superficie", que es la que desarrollábamos en la semilegalidad da otra acción, la revolucionaria en profundidad puede no existir, y es lo que ha ocurrido, como política del Movimiento, pero existe en potencia y la masa la nota como una *carencia,* mientras los sectores revolucionarios la reclaman y la estimulan; esporádicamente aparece, aunque a través de episodios aislados en que la lucha gremial o la agitación política desbordan la legalidad).

Ahora existe sólo una alternativa: el acatamiento o la subversión. El acatamiento es imposible, por todo lo dicho, y la subversión ya se comete con actos que normalmente son parte de la práctica cotidiana. Cualquier crítica que tenga una mínima carga revolucionaria nos coloca fuera de la legalidad recientemente implantada. La persecución es por lo tanto ideológica. La ideología mistificadora no solamente es un obstáculo a la toma de conciencia de la ciudadanía, sino que cohesiona a los grupos que ostentan el poder, sea en su forma política o económica. La burguesía se define hoy negativamente, es *anticomunista,* y por lo tamo debe perseguir como "comunista" a cualquier análisis objetivo que, a poco que profundice, levanta hasta el séptimo velo de la protección espiritualista del régimen.

Hemos tocado el tema del "gremialismo puro" —que tiene mucho que ver con esto—, negando que la clase trabajadora pueda aceptar —y menos ser inducida a ella por sus dirigentes— una práctica que la condene a obrar sobre los efectos manteniendo intactas las causas.

Esa corriente había prevalecido al producirse el golpe de junio, haciendo el juego a la despolitización. Pero la situación actual no es simplemente una forma extrema de la pregolpista, sino que hay un cambio cualitativo; *ahora hay gremialismo puro sin política en ningún nivel.* Antes había, dentro de lo relativo, dirigentes peronistas que actuaban, en lo gremial, prescindiendo de tácticas y posiciones determinadas por su afiliación política; ahora, hay dirigentes gremiales que tampoco actúan como peronistas *fuera* de su actividad sindical. Como imposición del poder estatal es admisible que eso se acepte para poder cumplir con las funciones específicas de la representación obrera; que además se aplauda y se le preste adhesión es una manera de ilustrar la verdad que encerraban nuestras críticas contra la burocracia. El "pacto social" que busca el gobierno es una utopía, porque la lucha de clases no es un fenómeno que dependa de la voluntad de los jerarcas, aunque éstos, con acuerdos de ese tipo, pueden sabotear la acción de las masas trabajadoras. La clase burguesa no necesita manifestarse como tal desde que controla la sociedad, mientras que el proletariado sólo se transforma en una fuerza social cuando *actúa,* cuando se moviliza o está en condiciones de hacerlo como clase. Y ni siquiera limitándonos a la esfera de las reivindicaciones economicistas está en condiciones de hacerlo: las medidas de fuerza (dentro de lo que la dictadura militar considere admisible pues no tolerará las ocupaciones de fábricas ni otros actos que afecten el derecho de propiedad) serán parciales y limitadas a puntos muy concretos; y siempre y cuando no se coarte totalmente el derecho de huelga, consecuencia inevitable del arbitraje obligatorio. Más allá de los conflictos ajustados a las reglas del juego que fije el gobierno, no hay lucha posible. Incluso la presión de los dirigentes sobre el poder estatal en una eventual negociación estará sumamente reducida, porque la actitud adoptada por los dirigentes burocráticos les impide tratar luego desde "posiciones de fuerza". De entrada se han atado las manos, porque no tienen nada que ceder y muy poco con qué intimidar, y los militares y sus agentes gubernamentales saben que serán endurecimientos y amagos de una tropa que no piensa rebelarse.

Aparte de ese desarme a que lleva la docilidad burocrática, hay otras razones que anulan a la clase obrera mientras sólo actúe a través de las estructuras gremiales, mantenida en el vacío de la despolitización (vacío que no pierde su condición de tal porque subjetivamente los integrantes de esa masa mantengan su lealtad partidaria).

Al renunciar al poder político, a la lucha y a la pretensión al poder político, no se crea ningún "equilibrio"; la clase obrera renuncia a algo, *la burguesía no renuncia a nada,* porque lo que necesita económica, social y políticamente ya lo tiene; es un sacrificio unilateral. Dicho de otra manera: el pacto social, la tregua, son formas de consolidar la victoria de la burguesía en 1955; el régimen no pelea *por* nada sino que pelea para defenderse de los avances del proletariado, así que el cese o atenuación de la lucha es lo que más le conviene. El orden social queda intangible, cualquier conflicto de intereses que se cree no puede involucrarlo. Además, tales conflictos se dirimen de acuerdo con reglas que el propio régimen fija.

Y lo fundamental: podrá haber conflictos sectoriales, pero no de la clase como tal. Ni siquiera hay una *representación global* del proletariado; la unificación de la CGT, si se produce, será una *suma,* la contigüidad de una colección de representaciones parciales que existirá en la inercia mientras haya pasividad pues de lo contrario su fraccionamiento en núcleos impedirá la cohesión. Y en la base tampoco hay unidad porque falta lo que *conecta* a los trabajadores dispersos, lo que los cohesiona activamente: el partido, el movimiento. Ese impulso que mueve colectivamente a los trabajadores es lo que impide que se los devuelva a su condición de casos particulares con agrupaciones únicamente parciales, despojados de la fuerza que tienen como clase productora.

No es lo mismo el obrero aislado, el proletariado diseminado en un archipiélago de núcleos formados por los que se desempeñan en cada lugar de trabajo. La clase obrera multiplica su fuerza y su dinamismo cuando se moviliza en forma masiva, porque las dudas, las timideces, las vacilaciones ceden ante la presión que el conjunto ejerce sobre sus componentes. Porque el proletariado tampoco es una suma y mientras los obreros son un hecho estadístico no tienen lo que les permite defenderse: la dinámica de la actuación colectiva, la solidaridad, que exige un movimiento obedeciendo a objetivos o sentimientos comunes.

La burguesía, llena de espiritualidad y delicadeza, trata siempre de proteger la "libertad de trabajo", la libertad "interior", propone a menudo que las huelgas se resuelvan por votación, "democráticamente", porque así es como fracciona esa unidad, permite que las debilidades individuales frenen el impulso colectivo. Se horrorizan cuando los obreros les rompen la cabeza a los carneros, porque es un atentado a la

"persona". Lo que ocurre es que como "personas" dentro de la sociedad burguesa, los obreros son muy poca cosa, pero son poderosos como conjunto, unidos por la *solidaridad* —que es la ética proletaria, porque las reivindicaciones no son personales sino colectivas— contra la ética de competencia de la burguesía.

La huelga, la protesta, las formas de acción son los factores de unión del proletariado; unidad que no existe si se establecen mecanismos en que todo se discute técnicamente, en los alambiques de enfriamiento de la administración manejada por la burguesía. En cambio, la unidad patronal es permanente, porque son pocos, actúan con la agilidad de una minoría y con el apoyo de todos los medios económicos y estatales.

A diferencia de las otras clases, que al adquirir el poder económico se posesionaron del Estado, los obreros sólo tomando el poder político podrán luego revocar las injusticias económicas de las que son víctimas. Y en esta época la necesidad es también patriótica, porque el proletariado es una clase cuyos intereses se identifican con las aspiraciones nacionales.

Por su parte, el peronismo no es algo que está fuera de los obreros, un instrumento que éstos utilizan cuando lo necesitan y pueden. Pese a todas las fallas, pese a cuanto hemos denunciado en las altas jerarquías políticas y sindicales, *el Peronismo* es *el proletariado;* es una estructura que está fuera de la fábrica y actúa sobre ésta con sus directivas y consignas, que la comunica con el resto de los trabajadores; pero también es cada una de esas fábricas, toma su poder y existe porque los obreros le dan el hálito vital.

Y como el peronismo, por muchas razones que en otra oportunidad analizaremos, no ha logrado vertebrarse teórica y organizativamente, como sufre los efectos dispersivos de la burocracia, como es demasiado grande y sus estructuras orgánicas son tan desproporcionadamente chicas para él, en medio de las crisis, de las confrontaciones importantes —una elección lo es, aunque no lo sean los cargos que se conquistarán—, Perón no solamente es el dirigente máximo sino que es el punto de mira, el elemento aglutinador de las voluntades. Hacia la figura de Perón se converge porque es el elemento de orientación en medio del confusionismo del régimen y de las condiciones desfavorables en que actúa la masa.

Ese papel decisivo es el que los burócratas no comprenden y, en todo caso, no

les interesa. Perón es carismático, luego tiene poder, y de ese poder pueden ellos beneficiarse como aspirantes a las funciones sindicales o políticas. Por eso "están con Perón", pero toman cualquier actitud, defienden cualquier posición ideológica, cualquier nauseabunda mezcla de populismo que suene a ortodoxia y no predisponga en contra a los militares, monseñores perfumados y perros guardianes del régimen. El don de Perón es, para ellos, mágico, sin relación con los fenómenos sociales concretos. Es un ídolo al cual se le hacen ofrendas de adoración incondicional y que luego cada uno lo carga con el contenido que le conviene en cada oportunidad.

Ahora los burócratas buscan toda clase de pretextos para ser oficialistas. De paso, si se considera que estarnos en una "revolución", no hay obligación de tener que hacerla uno y andar buscando excusas por no intentarla. Algunos se desbocaron, porque Onganía está cerca y Perón está lejos (siempre hay tiempo para explicar que eran jugadas tácticas). Otros, han comprendido cuál es la verdadera situación, aunque, prudentes, guardan silencio. Pero el pueblo, que de ellos nada puede esperar, ha sido privado también de esa relación con el líder que sirve de punto de referencia en las tormentas políticas y simboliza lo antioligárquico. El odio del régimen y la adhesión del pueblo son el mismo fenómeno, escindido en dos efectos antagónicos; uno y otro se alimentan recíprocamente, se cargan de voltaje emocional y de significado social. Ahora circularán algunas cartas, se tendrá alguna noticia de tal o cual viajero, pero el régimen militar ha eliminado momentáneamente esta influencia en cuanto se traducía en operatividad política. No hay actividades políticas posibles, las gremiales no pueden existir sino cumpliendo el voto de silencio partidario, no puede publicarse prensa peronista ni de izquierda. Contra este enemigo, contra ese permanente factor de perturbación, estuvo dirigido el golpe, y contra el jefe exilado que producía efectos políticos por control remoto. Si cuando el general Onganía y otros miembros del régimen anuncian que la disolución de los partidos políticos es temporaria pero se niegan a hacer ninguna estimación sobre la duración de esa transitoriedad, casi parece que se les escuchase pensar: "hasta que Perón se muera". Los planes, sin apuro, para un gobierno de ocho a diez años, no tienen fundamento técnico serio. Calculan que de aquí a entonces la despolitización habrá terminado con las rebeldías, con la influencia de Perón.

Los que sostienen que esto que soporta el país es una revolución, lo creen por di-

versas causas: o porque lo que quieren es una dictadura, y por lo tanto, ésta, por serlo, coima sus aspiraciones; o porque creen que es la masa estudiantil o los obreros agrupados en sus sindicatos los que impiden el progreso; o porque el régimen satisface sus intereses económicos o sus esquemas ideológicos; o porque liquidó a los partidos liberales para instaurar a los liberales sin partido y a los violentos de la minoría y sin razón. Allá ellos: esta es una "revolución" a la medida de esos revolucionarios, que lo único que no quieren es una revolución verdadera.

Pero nosotros sabemos que es un reacomodamiento del régimen; y tal vez un reacomodamiento prematuro: todavía la crisis permanente no corría peligro de desembocar en clesastre, todavía podía "durar" el sistema burgués, que no tiene mejoría de fondo pero tampoco peligro de hecatombe. La disconformidad inicial de los EE.UU. era real, no porque esté en contra de las dictaduras militares, sino porque no era necesaria. De cualquier manera, las FF.AA. decidieron quemar las fases intermedias y entraron en la *última etapa.* Ésta podrá durar tanto como varias etapas anteriores —eso *depende* de nosotros— pero difícilmente tendrá marcha atrás.

El régimen ha asumido su violencia, ha desnudado su dictadura clasista. No nos alegremos, pero está claro que nuestros sentimientos nada influían y el proceso se produjo al margen de nuestra voluntad. Nosotros aspirábamos a suplantar la democracia liberal-burguesa por la democracia socialista, el país colonizado por el país libre. Y lo ocurrido no hace más que confirmar la justeza de nuestra posición, aunque la represión tome más difícil toda actividad. Quiere decir que es el régimen el que ha clarificado las cosas al recurrir a su violencia sin la mediación de las semilegalidades y democracias a medias. Y bien, *nosotros no hemos de acompañar a nadie que crea que la consigna es luchar por un retorno a la "democracia"*, sea la espuria y formal que existía o una hipotética democracia "pura", que además es una quimera irrealizable. *Habrá violencia reaccionaria hasta que pueda ser derrotada por la violencia revolucionaria. O dictadura del privilegio o liberación nacional. O los militares pentagonales o el poder del pueblo. Cualquier otro planteo es un engaño, una ilusión liberal restaurada de apuro por el reaccionarismo reformista.*

Apoyaremos cada lucha por una conquista democrática o cualquier atenuación de los aspectos más excesivos del régimen; pero no una restauración democrático-burguesa, aparentemente mucho más factible que la revolución popular, pero en realidad

mucho más utópica e irrealizable. No es que haya habido una alternativa al régimen: esta dictadura está tan agotada, desde el punto de vista histórico, como los partidos que liquidó por ineficaces, pero que no eran más intrínsecos al régimen que el condensado de violencia que lo ha reemplazado. El esclerosamiento histórico era más visible en los partidos liberales que en las FF.AA., pero es igual en uno y otro caso, por cuanto es el régimen el que está afectado mortalmente, y es lógico que primero sucumban las ramas resecas de un árbol que ya no tiene posibilidad de lozanía aun cuando pueda mantenerse en pie mientras falte la fuerza para demolerlo. El régimen militar es el orden, lo respetable; nosotros, los hijos de las tinieblas, las fuerzas del caos. Ellos son los "valores" y nosotros, mientras seamos peronistas y revolucionarios, los enemigos de esos valores. No se les ocurre pensar que ellos lo que sí poseen son las armas, y por eso los atributos que se adjudican. Nosotros, con Perón, éramos el mal absoluto, lo intrínsecamente perverso. Ahora, sin Perón como factor, sin actividad política que desarrollar y regulados por el gremialismo puro bajo la legislación "revolucionaria", podremos adherirnos y si no, callarnos la boca.

Lo único que no se admite son "perturbadores", "extremistas", "los intentos disociadores", como dijo el general Onganía el 9/7. ¿Disociadores de qué? Pues de esa "unidad" que los militares han decretado que exista en torno a sus objetivos y valores. Esto no es exactamente la noche de los cuchillos largos que deseaban los gorilas. Pero sabemos que sólo si no hay disidencia no habrá represión. Como dijimos: resignados o subversivos.

Y bien, al precio de la renuncia de las convicciones, no queremos este perdón de los guerreros. Porque por dignidad no podemos someternos a un gobierno que asume por la fuerza nuestra representatividad. Porque, además, no creemos en ningún programa que no sea el producto de la voluntad del pueblo y cuente con su adhesión expresa. Y por último, porque este plan, este programa y este gobierno, son contrarios al interés nacional y una afrenta para la condición humana de los trabajadores. Cuando el general Onganía asumió la presidencia insistió en lo irredimiblemente perjudicial que era el gobierno que acababan de deponer —cosa en la que estamos de acuerdo— pero no explicó más claramente que la Junta Revolucionaria en qué consistía esas fallas. Lo que ha quedado bien claro es que lo que volvía nefasto al gobierno radical no es lo que inquietaba a los militares, pues la dictadura actual ha

acentuado aún más esos rasgos negativos. Pero deseamos llamar la atención que, como explicación del golpe para terminar con el gobierno civil, precisó una vez más el impulso que movió a las FF.AA.: «*Cuando esa obligación es ignorada* [se refiere al incumplimiento que imputa a Illia] y *el sistema institucional se convierte en una carga que oprime al* país y anula sus mejores energías, vuelve al pueblo el supremo derecho de rebelarse. En defensa de su libertad y de su futuro, incumbía a las FF.AA. el deber de hacer efectivo ese derecho irrenunciable".

La primera afirmación la compartimos, y la segunda es condicional porque si vuelve al pueblo ese derecho, las FF. AA. pueden hacerlo efectivo en su nombre, pero no subrogarse a ese pueblo que es el titular de la soberanía. Y todavía más: si las FF.AA. se convierten en los intérpretes del pueblo mediante el recurso de silenciarlo, entonces es una usurpación. Que es lo que ha ocurrido.

No hay ninguna tiranía en la historia, por grosera que sea, que no alegue contar con ese consenso de los que no pueden hablar, y que no castigue como criminal a quien niegue ese acuerdo que invoca el usurpador. La fidelidad al mandato, *expresado* por el pueblo una vez restablecidas las libertades mediante el hecho insurreccional, es la única legitimidad —y además, la que está en la lógica enunciada para fundamentar el golpe militar—. Al no existir, el gobierno militar está viciado y hace fraude, además de violencia, al mentar un inexistente acuerdo con los argentinos.

Sucede sin embargo que cuando un grupo de argentinos, por esas mismas razones, intenta ejercer ese derecho, estas mismas FF.AA. lo reprimen. ¿Qué privilegio tenían las FF. AA. para intentar lo que reprimían, y reprimen, si lo ensaya un grupo de civiles? Se alzan contra fuerzas abrumadoramente superiores desde el punto de vista material y las FF. AA., en cambio, cuentan con ellas. Pero ese es un argumento de eficacia, no jurídico ni moral: antes, al contrario, la rebelión popular contra ese poder material tiene una calidad que difícilmente pueda pretender un gobierno opresor. Pero si además los militares triunfantes mediante el uso de esa fuerza que monopolizan, la emplean luego contra los ciudadanos que experimentan la asfixia moral que los golpistas mentaron como simple pretexto, ya ni siquiera puede hablarse en términos de un cotejo entre las dos actitudes. Los rebeldes de antes del golpe juniano y los posteriores tienen un derecho que no puede hacerse efectivo por causa del actual gobierno que reproduce agravados los vicios del derrocado.

Por lo tanto, si en algún momento el régimen militar consideró que era depositario de un mandato para hacer efectivo el derecho popular, ese mandato no fue cumplido y los sectores mayoritarios lo retomamos en su total plenitud. Esto no es una bravata sin sentido, y con esta afirmación de voluntad no varía la situación *de facto* existente, pues las estructuras actuales siguen contando con el soporte real que han tenido en todo momento.

Pero si no podemos rebelamos como los que tienen la ventaja de las armas, sí podemos aclarar que *el derecho a la rebelión es del pueblo, sigue siendo de él,* y *que su debilidad material no es una delegación del mismo.* Que ese derecho que es la aspiración a la libertad de la patria y a la libertad de los hombres, no es renunciable. Que no tenemos libertad, pero sí la voluntad *y* la conciencia de que obtenerla constituye la tarea de los argentinos.

VIII. CONVOCATORIA A LOS DEBERES DE NUESTRO DESTINO NACIONAL Y AMERICANO

"Vuestro tanque, general, es una máquina fuerte destroza una floresta, derrumba cien hombres pero tiene un defecto: precisa un conductor.
Vuestro bombardero, general, es todopoderoso vuela más rápido que la tempestady transporta más carga que un elefante pero tiene un defecto: necesita un piloto. El hombre, general, es muy útil pero tiene un defecto: sabe pensar"

BERTOLT BRECHT

Este gobierno es una mezcla de lo peor que tiene cada sistema: del liberalismo aplica el libre cambio y la libre empresa, del fascismo y variantes feudales diversas, el autoritarismo, las jerarquías consideradas como de orden divino; del cristianismo, la moralina ultramontana, el clericalismo, la utilización reaccionaria de los sentimientos religiosos para sostener todo lo que es orden establecido, autoridad de cualquier índole. Lo que es y lo que tiene autoridad se considera bueno de por sí.

Van a modernizar al país con una mezcla del siglo XII, siglo XIX y occidentalismo tecnológico. El país tendría maquinaria, capital monopólico, eficacia, productividad, patriarcalismo, jerarquías inconmovibles, beatería, orden, monotonía, censura, patrioterismo, recato en el vestir, puritanismo, uniformidad. Se desea un país que produzca en medio del aburrimiento, la sequedad de espíritu, la estolidez conservadora; sin peronismo, sin pueblo ni rebeldía, sin parejas candentes en las plazas públicas. Esta maravilla es la que quieren crear en nombre nuestro. La putrefacción eclesiástica aparece ahora momificada para contribuir con la metafísica silogística a apuntalar al liberalismo, que fuera su verdugo y está, a su vez, condenado por la historia.

Ya sabemos que el "realismo" burocrático sonríe ante nuestras rebeldías. ¿Qué puede

hacerse contra toda la fuerza monopolizada? Pero nosotros sabemos, como revolucionarios, que ninguna correlación abrumadora es permanente, que la dialéctica del devenir histórico-social ha destruido poderíos más abrumadores. Hasta podríamos agregar que Caamaño, los jefes guerrilleros de Guatemala como Turcio y Yon Sosa, el comandante de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional de Venezuela, Medina Silva, etcétera, también fueron militares, algunos de ellos educados en la lucha contra-guerrillera y hoy están al frente de las luchas y de las esperanzas populares.

Pero también sabemos que nada ocurre favorable al pueblo si no hay lucha, acción en las condiciones que se pueda. Sabemos que una correlación de fuerzas puede cambiar, pero a condición de que no se la considere definitiva e invencible. Sabemos que *sólo ganan las batallas los que están en ellas. Y que sí éramos peronistas hasta ayer, no vemos mo*tivos para dejar de serlo hoy, sino todo lo contrario: porque las armas y el peligro no son motivos suficientes.

Y aunque individualmente estamos desarmados, y la represión pueda llegarnos, el pueblo es un gran ejército desarmado que adquiere, a través de la lucha, la potencia suficiente para ser incontenible.

Repetimos que no tenemos vocación por el martirologio. Hay que cumplir con nuestro deber y lo cumplimos. Exactamente igual que miles de hombres y mujeres que cumplen y cumplirán con el suyo. Como vanguardia, tenemos que ayudar, orientar, promover ese esfuerzo colectivo, no andar con pretextos, no servir de bufones al régimen, y decir las verdades peligrosas y mirar a las cosas de frente.

El país es una regencia de bayonetas montando guardia al privilegio local y extranjero. Una opresión que sostiene como eternas una serie de transitoriedades que son letales para nuestra vocación de país soberano.

A nuestros mariscales de las grandes retiradas, que nunca combaten pero viven firmando armisticios, el golpe militar los ha dejado sin nada que negociar, salvo su aporte a la confusión. Si algún "reencuentro" se llegase a producir entre pueblo y fuerzas armadas o parte de ellas, no ha de ser por esa predestinación en que simulan creer los burócratas para ahorrarse los sacrificios del enfrentamiento y jugar a precursores sino que será también un producto de las luchas de masas. No es en el quietismo y la

sumisión como se debe en cara esta etapa.

Nosotros no tenemos ningún deseo de ser reprimidos. Nos gustarían las soluciones pacíficas y sin víctimas. Pero no somos quienes hemos cenado esa posibilidad: es la oligarquía, el imperialismo, los gendarmes de la explotación. No acataremos en silencio el holocausto de nuestro pueblo a los ídolos tristes de los cazabrujas, a la cohorte que los empuja a mayores errores mientras administran el patriotismo. El peronismo es más que un partido. No lo disuelven por decreto ni lo amansan por intimidación.

No llamamos a ninguna aventura desesperada. Llamamos a la lucha, que comienza por esclarecer las conciencias, pro clama las verdades y hablar por los que callan cuando debe ría orientar a la masa.

Esta Argentina que nos quieren imponer, contrahecha y mezquina, es un retroceso y una negación de los valores auténtico de la Patria. Esta mezcla de "Revolución Libertadora" y "década infame" no tiene nada que ver con lo que el pueblo anhela y merece.

Esta Argentina donde los niños y los sueños mueren des nutridos donde los explotadores dietan las condiciones de la convivencia, esta Argentina no la queremos. Esta unidad patriotera de obediencia al privilegio y sometimiento a la fuerza no es la nuestra, y contra ella proclamamos la unidad de todas las fuerzas patrióticas antiimperialistas que no se doblegará ante el *statu quo* y sus guardias de hierro.

Queremos a libertad, y empezamos por proclamar la conciencia de falta de libertad, Llamamos a la liberación en nombre de la conciencia nacional, que es conciencia de que somos un país sin autodeterminación. Si la fuerza material está monopolizada por el régimen, las fuerzas morales, los valores que no se afincan en lo material están de nuestro lado, del lado del pueblo, y la militancia los transformará en fuerza avasalladora: el fervor militante, el sentido de la Patria como proyecto de liberación, la solidaridad entre los hombres para luchar por una sociedad sin verdugos ni explotados, toda lo que es cálido, generoso, amor por los seres humanos, lealtad a nuestro destino argentino y americano.

Notas finales agregadas a la version digital:

i [Nota nuestra] Dice Marx en la *Crítica a la filosofía del derecho de Hegel*: "Cierto, el arma de la crítica no puede sustituir la crítica por las armas; la violencia material no puede ser derrocada sino con violencia material. Pero también la teoría se convierte en violencia material una vez que prende en las masas. La teoría es capaz de prender en las masas, en cuanto demuestra *ad hominem*, y demuestra *ad hominem* en cuanto se radicaliza." Pareciera que Cooke tiene en mente este texto en este lugar.

ii En este título, Cooke altera la clásica fórmula atribuida a Clausewitz: "*La guerra es la continuación de la política por otros medios*", reemplazando la palabra "guerra" por el término "despolitización" y "política" por "[política] antiperonista". Con ello acentúa la permanencia de la "política" del régimen identificándola, al mismo tiempo, con la guerra.

iii Cf. concepto de hegemonía en Laclau, E. Mouffe, Ch.: *Hegemonía y estrategia socialista*, Siglo XXI, España, 1987.

iv "Filosofía" tiene el significado de "ficción", "utopía", "ideal" y se lo contrapone a realidad efectiva.

ÍNDICE

La realidad política y social de la Argentina adquiere en este documento de John William Cooke dimensión de pronóstico, carácter de previsión. El golde de estado de 1966 aparece aquí, no como el comienzo de una nueva etapa, sino como la consagración del período inherente a la aceleración de la crisis del sistema. El lector hallará en el presente libro la explicación analítica del fracaso del golpe y el examen del papel de la burocracia sindical y política, la lucha de clases en el interior mismo del movimiento de masas y la proposición de la unidad de las fuerzas populares para poner la lucha bajo el signo del socialismo.

Biblioteca Popular 2010